
RICARDO CARRASCO
A cinco pasos

# Contents

# A cinco pasos

# A cinco pasos

RICARDO CARRASCO

Primera edición: marzo 2018
Segunda edición: abril 2021
Título Original: A cinco pasos

Imagen de portada: ©Pixabay
Diseño de portada: Patricia Marín
Ilustraciones de portada e interiores: Ricardo Carrasco
Maquetación: Silvia Ferrasse



Oscar



Lucas



Simón

A todos aquellos que, a pesar de lo cerca
o lejos que estén de mí, yo los siento
a menos de cinco pasos.

# *Prólogo*

Escuchaba sus sollozos. Podía hacerlo a pesar de la persistente lluvia que descargaba la tormenta al otro lado de su ventana; a pesar de los potentes truenos que hacían temblar los cristales. Lucas se destapó y alzó la cabeza, mirando con angustia al extremo opuesto de la habitación. Distinguía la silueta de su amigo, que yacía en otra cama. Sus hombros se agitaban, incontrolables. Lloraba tanto que parecía que el clima se había compadecido y estaba tan triste como él. Lucas tragó saliva, sin saber qué hacer. Era demasiado pequeño como para reaccionar con soltura en situaciones como esta. No tenía claro si su amigo lloraba porque le daba miedo la tormenta o por lo otro.

Por lo de su padre.

Simón se había tenido que quedar a dormir en su casa porque su madre estaba en un sitio, recibiendo a las personas que querían decir adiós por última vez a su marido. Lucas no tenía demasiado claras las implicaciones, pero lo que sabía con una certeza incuestionable era que el padre de su mejor amigo había muerto.

Sí, debía de estar llorando por eso.

Sin poder soportar más ser espectador de una demostración tan descarnada de dolor, el pequeño se incorporó del todo y dijo con voz trémula:

—¿Simón? ¿Estás bien?

Vio al otro niño girarse. La luz de la luna que se colaba por la ventana se reflejaba en las lágrimas derramadas que manchaban sus mejillas.

—Tengo miedo —contestó entre jadeos.

Lucas no quiso preguntar la causa de su temor. No le hacía falta.

—Vamos, estoy aquí, contigo. Mi cama solo está a cinco pasos de la tuya. No tienes nada que temer.

Para él era fácil decir cosas así: nunca tenía pesadillas, y la oscuridad o las tormentas no le despertaban el menor temor. Pero Simón era distinto. Además, su padre acababa de morir.

—No me puedo dormir.

El otro chico sentía una opresión tan dolorosa en el pecho que pensó que nunca volvería a poder respirar con normalidad. Solo tenía siete años y era la primera vez que notaba lo que era la verdadera preocupación por un ser querido.

—No voy a volver a ver a mi padre —dijo Simón tras unos segundos de silencio.

—Creo que no… —fue lo único que acertó a responder el otro niño. Se lo pensó un momento y preguntó—: ¿Quieres venirte aquí?

Abrió la manta, dejando bien clara la invitación. No hizo falta que lo repitiera. Simón saltó de la cama y el sonido de sus aceleradas pisadas a la carrera resonó por las paredes. Se tumbó al lado de su amigo y se tapó hasta el cuello. Ocupaban tan poco espacio que cabían los dos perfectamente en el pequeño colchón, sin llegar a tocarse.

—Sí que está tu cama a cinco pasos —comentó Simón mientras se acomodaba. Se le escapó una sonrisa.

—¿Los has contado?

—Claro. Quería saber si decías la verdad. ¿Me das la mano?

Lucas no contestó. Se limitó a entrelazar los dedos con los de su amigo y a darle un fuerte apretón. No le soltó en toda la noche, y no rompió el contacto ni siquiera cuando empezó a notar los dedos adormecidos por la presión que la mano de Simón ejercía. Al parecer, esto le dio la calma que tanto necesitaba después de un día tan horrible, pues se durmió en cuestión de segundos. Sin embargo, a él le costó horas lograrlo. El repiqueteo constante de la lluvia le distraía demasiado. Eso y sus turbios pensamientos.

*Diez años después…*

# 1

# Simón

¿Qué hace que una persona sea considerada como buena? No lo sé, ni lo entiendo. Supongo que sus actos, cómo se comporta con los demás y todo ese tipo de cosas, pero no lo tengo nada claro. Se me escapa qué puede ser lo que alguien percibe sobre otro para que automáticamente se tenga esa imagen del individuo. Es bueno. Es algo demasiado grande para concedérselo a cualquiera a la ligera. Yo no me considero a mí mismo alguien especialmente bueno, aunque creo que por lo que estoy a punto de hacer tal vez sí que lo sea.

Mi madre camina frente a mí, nerviosa. No sé por qué está tan inquieta; ni que tuviese opción a replicarle…

—Será bueno para nosotros, nos servirá para… desconectar. Además, la casa estará vacía todo el mes.

No respondo. Mi madre toma mi silencio como algo negativo y chasquea la lengua, desesperada. Me coge de las manos y me suplica.

—Cariño, por favor. Solo es un mes de las vacaciones. Si lo que te preocupa es estar separado de los chicos puedes decirles que se vengan. No me importa.

Me sorprendo. Esto no me lo esperaba.

—¿De verdad?

—Claro. Será divertido.

—De acuerdo —accedo, haciéndome un poco el reticente—. Se lo diré hoy en clase.

—¡Estupendo! Vamos, vete ya o llegarás tarde.

Me besa en la frente y me da un cachete en el trasero para que ande más deprisa. Me despido con un gesto de la cabeza de los clientes que empiezan a hacer cola frente al mostrador y salgo de la pastelería en la que trabaja mi madre. Es un lugar tan conocido para mí que no exagero si digo que paso más tiempo allí que en mi propia casa. Fernando, el jefe de mi madre, casi es como un padre. Sobre todo, después de que el mío muriera hace diez años. No es que nadie

le haya pedido expresamente que nos tenga bajo su protección, pero al hombre le sale de manera natural preocuparse por nosotros. Confieso que me molestaba un poco que se adjudicase un papel tan importante, aunque supongo que después empezó a darme igual.

Como la mayoría de las cosas.

Digamos que para todo lo que suelo comerme la cabeza (en serio, a veces mi mente es como un tornado) me siento bastante apático con el mundo en general.

Será por eso de ir a acabar un ciclo, el miedo al futuro incierto, la precariedad que invadirá mi existencia… Es igual, no quiero pensar en ello ahora.

Hace fresco, a pesar de que estamos en mayo. Es temprano, por lo que en solo un par de horas el calor sofocante típico de estas fechas en Madrid hará acto de presencia. A mí no suele importarme el calor, pero Lucas lo detesta. Se pone realmente insoportable cuando suda.

Por eso sé que me mandará a la mierda cuando le diga lo que tengo planeado para este verano. Bueno, lo que mi madre tiene planeado. Mi abuela, que vive en un recóndito pueblo perdido de la mano de Dios en el que solo están ella y sus recuerdos, se va todo el mes de agosto a un crucero por el Mediterráneo con sus amigos octogenarios. No es que mi madre y la abuela tengan una mala relación, pero ni en un millón de años accederíamos a pasar un mes encerrados en la misma casa que ella. Volarían demasiados cuchillos y, aunque algunos no lo crean, aprecio demasiado mi vida.

Siento lástima de mi madre. Sé que suena fatal, pero es la realidad. A veces me da una pena que me paraliza. Trabaja demasiado en la pastelería. Lleva allí cerca de veinte años, desde antes de que yo naciera. Fue donde conoció a mi padre. Un día entró a comprar uno de sus famosos cruasanes rellenos y se quedó prendado de los revueltos rizos castaños de mi madre. Recuerdo la anécdota perfectamente; me la ha contado mil veces: cómo la harina manchaba sus mejillas; cómo mi padre se quedó con la boca abierta como un pasmarote cuando sus ojos se encontraron por primera vez. No soy una persona sentimental, pero me habría encantado presenciar esa escena. Desde ese instante estuvieron juntos hasta que la muerte los separó, literalmente.

Creo que Fernando está enamorado de ella. Ha sido muy bueno con nosotros. Decenas de empleados han pasado por el negocio, pero los únicos constantes han sido mi madre y él. Supongo que parte de la culpa la tienen sus increíbles habilidades en la cocina (puedo asegurar que es la mejor repostera de España), aunque también influye lo mucho que nos quiere a los dos. Es un buen tío. No obstante, mi madre no piensa en esas cosas. Por suerte.

Se ha mostrado tan desesperada por alejarse de la ciudad que en

ningún momento se me ha pasado por la cabeza poner algún impedimento para sus vacaciones. Es cierto que no es un plan que me apetezca demasiado, pero ella lo desea. Siempre suelo hacer todo lo que esté en mi mano para que mi madre obtenga en cualquier momento lo que necesite. Esta era una batalla que tenía ganada desde el principio, aunque no pienso protestar porque me haya dejado que Lucas y Óscar vengan con nosotros.

Lucas.

Trago saliva, anticipando la guerra que se avecina. Es mi mejor amigo desde que tengo uso de razón, por lo que lo conozco casi tan bien como a mí mismo (quizás incluso mejor); aun así, me da un miedo atroz cuando se lo propone. Espero que Óscar aplaque sus ánimos si las cosas no salen como espero.

El instituto no está lejos; puedo ir andando perfectamente. Cruzo su umbral y suspiro, igual que llevo haciendo los últimos seis años. No odio el instituto, simplemente me provoca una desasosegante desidia. Me parece que hay lugares mucho más interesantes en los que invertir mi tiempo y, sobre todo, con gente mínimamente madura.

Esquivo a tres energúmenos que corren como si fuese normal tener esa energía a estas horas de la mañana y camino hacia mis amigos, que me esperan en la puerta, como cada día. Van cogidos de la mano, lo que tampoco es raro.

Lucas y Óscar son novios. Llevan saliendo tres años, y desde hace dos su relación es pública. Aún les siguen lanzando miraditas de vez en cuando, pero, como dicen, después de la tormenta siempre llega la calma. A ellos también les llegó la normalidad.

Lucas me sonríe de oreja a oreja y me da un fuerte abrazo. Siempre lo hace. Me invade su olor y me siento como en casa. Sé que eso acaba de sonar muy gay, pero Lucas no me interesa en ese aspecto. De hecho, ningún chico lo hace, en realidad. A pesar de lo que creen todos en el instituto, me gustan las chicas. La verdad es que no me molesta en absoluto lo que piensen de mí; en menos de un mes los perderé de vista de una vez por todas.

Óscar me revuelve mis rizos rubios y me saluda con afecto. Es el más alto de los tres y está muy cachas. No me extraña que Lucas se enamorase perdidamente de él; yo también lo habría hecho, si me gustasen los tíos (que no es el caso). Y es que sus atributos no se limitan simplemente a estar bueno: creo que es la mejor persona que conozco, y eso es mucho si tenemos en cuenta que el cumplido sale de mis labios. Además, aunque es callado, sabe ser muy divertido.

—Acompañadme a la cafetería. Necesito un café con urgencia —dice Lucas, bostezando—. Ayer me quedé hasta las dos de la mañana viendo un maldito *reality* en la tele. Esa mierda va a matarme.

—Eres un imbécil —le digo, aunque suelto una media sonrisa. Me

encanta que mis amigos me cuenten sus historias, aunque sean tan intrascendentes como lo que ven en la televisión.

Óscar guarda silencio. Sé que no participa en la conversación porque él se tiró hasta las tantas estudiando. Por la noche es en el único momento del día en el que puede hacerlo. Después de clase está demasiado ocupado con sus dos trabajos como para perder tiempo en eso.

—¡Ey, Escarola! —me grita un tío que pasa por nuestro lado.

Sí, así me llaman por aquí. Es por mi pelo.

Capullo.

Salidas como esta no son una novedad, así que ya hemos aprendido a obviarlas. Ninguno de los tres hace el más mínimo caso y seguimos a lo nuestro.

—No sabéis las ganas que tengo de que pase la Selectividad. Va a matarme, en serio.

—Créeme, lo sabemos —apunta Óscar, algo irritado—. Y también te puedo asegurar que no todo lo que te rodea va a matarte.

—Gruñón.

Lucas se pone de puntillas y le da un suave beso en la mejilla. Óscar recupera el buen humor de inmediato, y yo con él.

—Chicos, tengo algo que proponeros.

Ya está, he soltado la primera piedra. No puedo echarme atrás. Ellos me miran con curiosidad.

—¿De qué se trata? —preguntan al unísono. La conexión que tienen estos dos es terrorífica.

Hemos llegado a la cafetería. Lucas pide su café y cuando termina me animo a continuar.

—Mi madre quiere que vayamos el mes de agosto a la casa de mi abuela, en el pueblo. Va a estar vacía, y quiere aprovecharlo. Me ha dicho que podéis venir.

Se crea un tenso silencio tan espeso que podría cortarlo con un cuchillo sin afilar. Mierda.

—Quieres que vayamos a tu pueblo —empieza Lucas.

—No es mío, es de mi madre —aclaro.

—Semántica —rebate Óscar—. En agosto —prosigue.

—Después de habernos matado a estudiar para la Selectividad.

Pongo los ojos en blanco, cansado de su maldita manía de acabarse las frases el uno al otro. Es espeluznante.

—Sí —digo.

El silencio que sigue a esa simple palabra es de lo más revelador. Mierda, otra vez.

—Simón, te queremos, ya lo sabes. Pero conoces la respuesta —dice Lucas con condescendencia.

—Tampoco es que tengáis un plan mejor… —protesto, desanimado.

Es cierto. Ninguno tiene planeado pasar las vacaciones en ninguna parte; por un lado, los padres de Lucas están haciendo reformas en casa, por lo que no tienen ahorros para pagar ningún viaje este año; y al padre de Óscar, con cuatro hijos a su cargo y un trabajo a jornada completa, no le quedan ganas para planear absolutamente nada.

Al fin y al cabo, les estoy haciendo un favor.

Creo.

Noto que en Óscar calan mis palabras.

—La verdad es que tienes razón, pero no puedo ir. Tengo que buscarme algo para ayudar a mi padre. Últimamente estamos un poco ajustados en casa.

Veo cómo Lucas le lanza una cariñosa mirada y luego me dice:

—Lo siento, pero ni de coña. Esto es todo tuyo.

Dejo caer los hombros y decido no insistir. Caminamos hasta clase. Lucas termina su café y tira el vaso de cartón vacío en una papelera. De pronto, inquiere:

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Me pregunto a qué se refiere. Lo descubro en cuanto miro a la gente que hay a mi alrededor. Hay unas setenta personas en el recibidor, y las tres cuartas partes están emparejadas. Se dan besos, van de la mano, se abrazan. Esto no era así hace apenas unos días.

—Es como una epidemia —se me escapa.

—Es cierto. Será la primavera —apunta Óscar.

—Recuerdo cuando tú y yo éramos los únicos por aquí que hacíamos cosas de mayores y los demás nos miraban como si fuéramos extraterrestres. —Lucas suelta un suspiro—. Mmm… Tiempos maravillosos…

—Debo ser el único virgen en todo el instituto —me lamento. En realidad no lo hago, pero mi voz me traiciona.

—No lo creo. Acuérdate de David, el de tercero. Ese seguro que es virgen todavía, y lo seguirá siendo durante el resto de su vida… —me consuela Lucas. Eso último lo dice entre susurros.

—Apartaos, maricones.

Un chico al que reconozco de un curso inferior pasa entre mis amigos y les obliga a separar sus manos. Y los empuja, ya de paso. Óscar lo fulmina con la mirada. Podría darle una paliza si quisiera, pero Lucas apoya una mano en su pecho y logra tranquilizarle. Siempre lo hace. Es como si tuviera una especie de poder secreto que consigue que nunca haya nada más alrededor para el uno que el otro. A veces me da envidia.

Aun así, esto hacía tiempo que no pasaba. Desde que dieron a conocer al mundo su relación, hará cosa de dos años, se sucedieron los insultos y ataques. Por suerte para todos, la gente acabó acostumbrándose a que dos personas quisieran mostrar su amor

libremente sin avergonzarse.

Sin embargo, siempre queda algún gilipollas que no se da cuenta del siglo en el que vive.

Y luego me preguntan que por qué estoy deseando largarme de aquí.

—Quiero partirle la cara —gruñe Óscar cuando retomamos nuestro camino.

—Ya somos dos —mascullo.

—No merece la pena —responde Lucas. Siempre es la voz de la concordia—. Probablemente se sienta atraído por ti y no sepa cómo afrontar sus confusos sentimientos. —También es la voz del melodrama, por supuesto.

Llegamos a nuestra clase y ocupamos los sitios de siempre. El aula está casi llena de personas cuyas caras conozco desde hace años. Pero ninguna es importante para mí. Si no fuera por Lucas y Óscar no tendría ningún amigo, y la verdad es que no quiero ninguno más. Ellos son los mejores que podría desear. A veces me asalta un pensamiento que me dice que soy un estorbo para ellos, que lo único que hago es entrometerme en su relación. Esos son algunos de mis peores momentos.

—Como decía antes de que ese imbécil nos interrumpiera, tenemos que hacer algo. No puedo permitir que empieces la universidad sin haberte estrenado —sigue Lucas.

—Es el comentario más idiota que has dicho en tu vida —le pincho.

—Ya lo sé, pero ya que vamos a pasar un mes entero encerrados en un pueblo perdido en mitad de la nada, lo mínimo que podrías hacer es encargarte de asegurarnos un poco de diversión.

—Has dicho «vamos». —Sonrío.

El gesto de Lucas se contrae. Hace un movimiento con la mano para quitarle importancia, pero el mal ya está hecho.

—Se me ha escapado. Aún no hay nada decidido.

—Si digo que dejaré que me busques novia… —Me lanza una ofendida mirada, como si él no fuera el único responsable de este absurdo plan—. De acuerdo, que me busquéis novia, ligue, pareja o lo que sea, ¿vendréis?

Se lo piensa durante un par de segundos.

—Las posibilidades se multiplicarían, sí.

—De acuerdo. Adelante —cedo. Sé que me voy a arrepentir; de hecho, ya lo hago. No obstante, espero que merezca la pena.

—¡Genial!

Óscar permanece en silencio, con el semblante serio. Seguramente todo esto le parece tan ridículo como a mí. La mayoría de las ocasiones ninguno de los dos podemos soportar las histriónicas ocurrencias de nuestro amigo, aunque tampoco imaginamos vivir sin

ellas. Me temo que el repentino cambio en la actitud de Lucas se ha debido a él, a su novio. Probablemente quiera pasar tiempo con él, alejarlo de las obligaciones familiares que tiene día a día. No me importa si con ello evito pasar el mes más solo que la una. Aun así, el chico permanece callado.

—¿Te pasa algo? —le pregunto a Óscar. Su sombría apariencia empieza a incomodarme.

Él sale de su ensoñación para contestarme:

—No, solo pensaba en que creo que es un plan inútil. ¿Acaso tenéis pensado encontraros allí con alguien menor de sesenta años?

—Mierda, tienes razón —exclama Lucas, desanimado.

—Bueno, ya habéis dicho que vendréis. No hay vuelta atrás —digo con una radiante sonrisa que no suelo mostrar con frecuencia.

—No te emociones —repone Lucas mientras me revuelve el pelo.

El profesor entra y el ambiente se llena de quietud. Sé que Lucas es pan comido, aunque Óscar es mucho más difícil de convencer. Aún tengo unos días para lograrlo. No tengo ningún tipo de ganas de tener que aguantar el molesto plan de mi amigo para que logre perder mi virginidad antes de empezar en la universidad, pero lo haré encantado si con ello tengo compañía en un verano que se presenta de lo más tedioso. La idea me perece simplemente patética, una soberana y enorme estupidez, pero me temo que no tengo otra opción. Quién sabe, a lo mejor sale algo bueno de todo esto.

Tal vez hasta pueda resultar divertido.

# 2

# Óscar

No comprendo para qué me molesto en hacer esto. Estoy harto de estudiar, sobre todo cuando sé que no me va a servir para nada. Me preparo para sacar buenas notas en la Selectividad cuando ni siquiera voy a poder ir a la universidad. No es que no quiera; simplemente no me lo permiten mis circunstancias. Pienso en la cara que pondría mi padre si le dijese que quiero que se gaste el dinero que no tenemos en mis estudios universitarios y hasta me entra la risa.

Aunque realmente no sea divertido.

No es que papá no deseé que tenga un futuro relacionado con los campus, las facultades y todo ese rollo, todo lo contrario: sería un orgullo para él. Pero no podemos pagarlo, y yo no soy de los que tienen calificaciones tan buenas como para conseguir becas. Odio ser un motivo de disgusto para él, así que por eso cierro el pico.

Al menos hoy tengo la tarde libre. Tal vez sea un eufemismo teniendo en cuenta que estamos a primeros de mayo, con los exámenes finales a la vuelta de la esquina y la Selectividad no mucho más lejos. Pero a pesar de los montones de apuntes que tengo que estudiar, disponer de unas horas para mí, sin tener que cuidar de mis hermanos, es un lujo.

Tengo tres: Javier, Saúl y Daniel, de ocho y seis años. Saúl y Daniel son gemelos. Mi padre trabaja durante todo el día para poder mantenernos a los cuatro sin necesidad de que obviemos alguna de las comidas recomendadas del día, aunque a veces es difícil. Yo mismo trabajo de vez en cuando para contribuir; actualmente tengo dos empleos, de esos precarios y en absoluto bien pagados, pero que ayudan a pagar las facturas. Suelo ir por las tardes, aunque ahora mismo estoy demasiado ocupado con mis estudios como para pensar en otra cosa.

Sin embargo, sí que hay algo en lo que pienso.

Mi madre.

Es un tema recurrente en mi cerebro, como un disco rayado que se repite una y otra vez. Mi madre. Cómo nos abandonó hace ya casi cinco años. Dejó atrás a su marido y sus cuatro hijos, dos de ellos aun siendo bebés, para perseguir su repentino sueño: labrarse una carrera como actriz porno.

Lo sé, es increíble, ridículo y bochornoso, pero es la verdad. Y muchas veces la verdad es todas esas cosas.

Mi vida es como un chiste sin pizca de gracia.

Pocas personas saben este secreto: algunos familiares cercanos, Lucas, Simón y su madre. Ya me parecen demasiadas. Es una confidencia tan lamentable que temo que en algún momento me explote en la cara. Tengo pesadillas en las que Javier se acerca a mí con el ordenador portátil que compartimos todos entre las manos para enseñarme un vídeo de nuestra madre en acción, montándoselo salvajemente con un afroamericano al lado de la imponente piscina de un chalet de lujo. Es tan perturbador que siento ganas de chillar.

Lo peor de todo esto fue tener que hacer partícipes a mis hermanos pequeños de lo que había pasado. El abandono de una madre no es algo fácil de afrontar, que me lo digan a mí, pero es aún más duro siendo tan pequeños. Los pobres llamaban a su madre a gritos, llamada que no era respondida por la persona que esperaban con tanto anhelo. Por fortuna, el tiempo hizo su magia. Mi madre no es más que un mal recuerdo, uno que de tanto en tanto, cuando le apetece, se pasa para atormentarnos. Ya nadie habla de ella. Es como si estuviera prohibido por alguna norma no escrita. Lo prefiero. Su simple nombre me escuece en los labios.

Supongo que mi padre tenía tanto con lo que lidiar con la madre de sus hijos que no pudo ni sorprenderse por mi homosexualidad. Se lo solté de sopetón, cuando llevaba cinco meses saliendo con Lucas. Me miró desde el sillón, con los ojos vidriosos por el cansancio y una mueca indescifrable en los labios. Tras unos segundos que se me hicieron interminables, dijo:

—Ya puede tratarte bien si no quiere que le arranque la cabeza. Y ahora, si me haces el favor, tráeme una cerveza.

Juro que nunca he querido más a mi padre que en ese momento.

Reconozco que tuve miedo cuando decidí confesarle mi secreto. ¿Quién no se siente aunque sea un poco nervioso ante tal paso? Siempre he sido un chico al que le han gustado los deportes, los coches y jugar con la pelota. A veces dormía de pequeño abrazado a mi balón de fútbol. Nunca le había dado, por así decirlo, razones para sospechar que lo que realmente me atraían eran los chicos. Por eso me asustaba tanto. Por suerte, todo salió bien.

Para ser sincero, ni yo mismo sabía que me gustaban los hombres hasta que conocí a Lucas. Creo que siempre lo intuí. Era como una

semilla que permanecía escondida, tímida, pero que se convirtió en una enorme flor en el momento en el que vi por primera vez la sincera sonrisa del que luego sería mi novio y su pelo del color de la canela brillando al sol. Supe que ya estaba, que ya lo había encontrado. Básicamente, al entrar en la adolescencia el balón de fútbol dejó de ser la única pelota con la que me gustaba jugar.

Y no me lamento por nada.

Amo a Lucas y a Simón. Gracias a ellos salí adelante. Como si el abandono de mi madre fuera poca cosa, tuve que sumar a la lista de desgracias una mudanza, con su correspondiente cambio de instituto. Quise morirme. Pero aparecieron los otros dos y me aferré a ellos como si fueran un bote salvavidas. Y no los solté. Hacemos un trío de lo más pintoresco, aunque no me puedo imaginar mi existencia sin ellos. A veces entiendo que nuestros compañeros de instituto se metan con nosotros, que piensen que formamos una especie de romance a tres bandas.

Luego me doy cuenta de que la gente es demasiado gilipollas como para comprender que los gais pueden tener amigos heterosexuales sin querer tirárselos y se me pasa.

Nos ha tocado soportar muchas cosas, pero todo está a punto de acabar. En unas semanas me despediré de todos para siempre. Me muero de ganas de que llegue el momento.

Supongo que después de todo lo que he vivido en mi corta existencia era muy probable que me convirtiera en la persona constantemente preocupada que soy ahora. No me gustan los cabos sueltos, por eso huyo de ellos en cuanto veo que pueden aproximarse.

Mi cabeza es como una centrifugadora. No me concentro, cosa más que evidente por mis divagaciones. Aparto la mirada de los apuntes de Química que tengo abiertos frente a mí y me doy la vuelta. La silla de ruedas chirría un poco, y me recuerda que tenemos que comprar otra, pues esta se cae a trozos. Todo está viejo en mi casa. El problema es que no tenemos dinero para sustituir nada.

Lucas está tumbado sobre mi cama, con sus notas de cuatro asignaturas distintas desperdigadas por todas partes. Él estudia así, rodeado por un completo caos, y si tenemos en cuenta sus resultados, podemos asegurar que es un método de lo más efectivo. Yo no puedo. Me gusta el orden, lo sistemático y cuadriculado. A veces pienso en lo diferentes que somos y me sorprende que estemos juntos. Tal vez por eso nos queremos tanto.

Me fijo en sus hombros, mucho más anchos que cuando le conocí, en sus piernas cruzadas a la altura de los tobillos, en el bolígrafo que sujeta con los labios, en la pálida franja de piel de su espalda que se adivina porque se le ha subido la camiseta… Siento un cosquilleo por todo el cuerpo que poco favorece a que pueda volver a centrarme.

Lo escucho suspirar. Hemos venido a estudiar a mi cuarto aprovechando que la casa estará vacía toda la tarde. Mis hermanos tienen la fiesta de cumpleaños de un amigo, y mi padre llegará del trabajo dentro de casi dos horas.

A pesar de todo lo que siento por él, las cosas han estado un poco… tensas entre nosotros. Estamos pasando por una especie de racha oscura en la que no paramos de discutir. Supongo que es algo normal en todas las parejas, pero a veces llega a preocuparme que haya algo más serio detrás de los reproches y las reprimendas de las que pronto nos olvidamos. Ahora estamos en un agradable periodo de paz, aunque si las cosas siguen el patrón de estos últimos meses, no tardará en acabarse.

Discutir con Lucas es agotador, lo odio. Consume mi energía por completo a los pocos segundos de empezar; por el contrario, él tiene cuerda para rato. Es evidente quién se cansa primero.

—Esto es un asco —se queja. Entierra la cara en mi almohada y le escucho aspirar el olor que se ha quedado impregnado en ella. Mi olor. Adoro cuando hace esas cosas.

—No protestes. Tú eres el que saca sobresalientes sin tener que abrir un libro —me lamento.

Es cierto; es capaz de sacar una matrícula solo recordando lo que hemos dado en clase sobre un tema. Me da una envidia atroz. En ocasiones creo que deberían donar su cerebro a la ciencia para que lo estudien. Seguro que es superdotado y no tiene ni idea.

—Yo no tengo la culpa de ser un genio. —Se encoge de hombros y me regala una media sonrisa. Después me mira con ternura—. Vamos, lo harás genial.

Me ha adivinado los pensamientos, como siempre. Vale que no vaya a ir a la universidad, pero no quiero acabar el instituto con unas notas mediocres. Es una cuestión de orgullo: quiero irme por la puerta grande.

Consciente de que no lo estoy pasando bien en este momento, Lucas se levanta, camina hacia mí y apoya sus manos en mis hombros. Después las desliza suavemente y las detiene sobre mi pecho. Me echo hacia atrás y me recuesto sobre su cuerpo. Cierro los ojos, en paz.

—Creo que deberíamos ir con Simón a su pueblo en agosto. Será bueno para ti, para desconectar un poco.

—No me puedo creer que tú quieras pasar tu último verano antes de la universidad en un sitio recóndito rodeado de nada. Además, sabes que no puedo. —Me da rabia que se empeñe en no comprender mi situación. Lo hace a menudo, mucho más de lo que me gustaría—. Mi familia no puede permitirse momentos para desconectar. Tengo que cuidar a mis hermanos y ayudar a mi padre. Creo que va a conseguirme un trabajo.

—Óscar, ya sabes que si necesitas algo…

—No, estamos bien. —No le dejo terminar—. Todo va bien, simplemente no puedo irme de vacaciones, joder.

Sé que estoy siendo cruel, insensible y un completo capullo, pero no he podido contenerme. Odio que sienta lástima por mí, que se compadezca de mí y de mi vida. Lo hace porque me quiere, lo sé, pero me desquicia de todas formas. La familia de Lucas es rica. Bueno, no es rica como tal, pero comparada con la mía son algo así como unos jeques árabes. Solo son tres; Lucas, su padre y su madre. Son muy agradables, aunque algo distantes. Llevo tres años saliendo con su hijo y los he visto aproximadamente unas cinco veces.

Nunca dejo que Lucas me ayude. Aún recuerdo lo humillado que me sentí cuando le comenté que quería apuntarme a un gimnasio, hace un año. No tenía dinero para la inscripción, obviamente, y Lucas se ofreció a pagármela. Me negué con tanto fervor que acabamos discutiendo de una manera terrible. Yo me quedé sin gimnasio y él se pasó una semana mirándome con el ceño fruncido. Sin embargo, logró resarcirse: me regaló para mi cumpleaños un juego completo de pesas, de todos los tamaños y medidas. Lo acepté por eso de que fue un regalo justificado, aunque procuro no pensar en la cantidad de dinero que tuvo que gastarse. Probablemente lo suficiente como para alimentar a mis hermanos un mes entero.

Yo nunca podré comprarle cosas tan bonitas y caras. Él nunca me lo ha pedido, ni parece molestarle lo más mínimo. Sé que el problema es mío, pero no necesito la caridad de nadie. Puedo arreglármelas solo.

Los ojos de Lucas reflejan el daño que le han hecho mis palabras. Niego con la cabeza y me lamento en el acto por ser tan bocazas.

—Lo siento, no quería decir eso. Soy un gilipollas.

—No, no lo eres. Eres demasiado bueno, eso es lo que te pasa. —Me acaricia el mentón y no quiero que deje de hacerlo nunca.

—Es mi familia, tengo que estar ahí para ellos.

—Siempre lo estás. No creo que puedan echarte nada en cara.

Vale, eso es verdad. A falta de una, yo me he convertido en la madre sustituta de mi casa. Llevo las cuentas, hago la compra, baño y doy de comer a mis hermanos… Muchas veces siento que no merezco esto, que debería estar disfrutando de mi adolescencia. Después siempre me enfado conmigo mismo. Es injusto para mi padre que piense así. A cada uno nos toca vivir una vida, y a veces hay que joderse pase lo que pase.

—Es complicado…

—No, no lo es tanto. Sé que te necesitan, y tú a ellos, pero no creo que el mundo se acabe porque te tomes un mes de descanso. Y más cuando tu padre tendrá vacaciones en esas fechas.

—¿Cómo sabes…?

—Él me lo dijo —me corta. No me gusta nada que mi padre y mi novio confabulen en mi contra. Da miedo. Al contrario que yo con los míos, Lucas tiene una relación envidiable con su suegro—. De todas formas, voy a obviar el hecho de que me has mentido diciéndome que no podías escaparte de Madrid por tus obligaciones y voy a seguir insistiendo: tenemos que irnos.

—No.

—Sí.

—¿Se puede saber por qué tienes tantas ganas? —exploto. Me está sacando de mis casillas.

—¡Porque será divertido! Vamos, tú también lo crees. ¿Sabes el tiempo que he querido buscarle a Simón una novia? ¡Toda mi vida, y ahora ha aceptado! Estás loco si piensas que voy a desaprovechar esta oportunidad.

—Pues vete tú.

—No sin ti.

—Te odio. —Frunzo el ceño.

—Mentiroso.

Es frustrante pelear con él, siempre acaba saliéndose con la suya. Y sé que en esta ocasión no será diferente. Realmente me apetecen esas vacaciones, y Lucas lleva razón en lo que dice de mi padre; obvié comentarle que tendría todo el mes libre, que él podría cuidar de mis hermanos, solo para que no fuese pesado y me dejase centrarme en mis obligaciones. Es un asco tener un sentido de la obligación tan desarrollado.

Pero ahora que todo ha salido a la luz y que mi coartada se ha ido a la mierda, ha llegado el momento de dejar de resistirme. No recuerdo la última vez que fui de viaje. Quiero disfrutar de mi verano.

—Está bien. Iré.

Sonríe con alegría y me da un pequeño abrazo.

—Eres el mejor.

—Ya… —Es un adulador terrible.

—¿Sabes una cosa? No sé cuándo fue la última vez que tuvimos tiempo para… ya sabes.

Ronronea y me tenso. Me encantaría acostarme con él, pero no puedo.

—Estate quieto, tenemos que estudiar.

—Podemos descansar un rato. Es nuestro derecho como ciudadanos.

—Déjalo, mi familia podría pillarnos. —Se me acaban las excusas. A veces me detesto por ser tan responsable. Cualquier adolescente normal ya estaría desnudo a estas alturas.

—¿Qué puedo hacer para convencerte? —me provoca.

Desplaza las manos por mi vientre, con una lentitud abrasadora. Me estremezco, aunque trato de ocultarlo haciéndome el duro. Sabe tan bien como yo cómo va a acabar esto, por eso le hace tanta gracia que finja no morirme de ganas.

—Nada. La decisión está tomada.

Llega más abajo y me toca por encima del pantalón. Oh.

Mierda.

—No depende de mí, y lo sabes. —Casi no consigo hablar. Las palabras se me atascan en el paladar. Trago saliva.

—Seguro que puedes hacer algo.

Me ha metido la mano por dentro de la ropa, y yo se lo he permitido porque ardo de ganas de que me acaricie. Estoy perdido.

—Lucas, para. Mi padre llegará en cualquier momento.

—No lo hará hasta dentro de más de una hora. Tenemos tiempo de sobra.

Hace rato que estoy convencido con este plan; solo me he negado… no sé por qué, la verdad.

A la mierda los estudios.

—¿Cómo quieres que me niegue? Estoy en tus manos.

Literalmente, además.

Se ríe por el doble sentido de mis palabras y dice:

—Eso está mejor. Te lo suplico, haz el favor de callarte de una vez y relájate aunque sea solo un minuto.

Cierro el pico y asiento.

—Eso está mejor.

Me besa, con profundidad, con ansia. Me corta la respiración y le facilito el camino para que se siente a horcajadas sobre mí. La silla lanza un quejumbroso lamento, pero me da igual. Ahora ya nada me importa, ni los exámenes, ni lo agobiado que estoy por tener que ayudar a sacar a mi familia adelante, ni la perspectiva de pasar todo el mes de agosto rodeado de campos de trigo. Ahora solo importa Lucas y lo mucho que sigo deseándole.

Lo alzo en volandas sin dejar de besarle y noto su sonrisa sobre mis labios. Nos lanzamos sobre la cama y sus apuntes se arrugan bajo nuestro peso.

*Unas semanas después...*

# 3

# Lucas

Es uno de agosto. Ha llegado la hora de partir. Voy caminando con mi maleta de ruedas hasta la casa de Simón, lugar donde hemos quedado. Estoy nervioso. Es una tontería, lo sé, pero tengo ganas de pasar este mes con él. Adoro a su madre; Sofía es como una tía para mí. Desde que perdió a su marido pasó a formar parte, aún más, de mi familia, y no hay día en el que no dé las gracias porque ella y Simón estén en mi vida. Bueno, obviamente no agradezco que muriese el padre de mi amigo, eso sería horrible, pero… da igual.

Nunca me ha molestado ser la especie de niñera que soy de Simón. Es mi amigo, y siempre me gustó ayudar a su madre en todo lo posible con su hijo. Él se apoya en mí, soy su respaldo y su sustento. A veces me da la sensación de que entrego más de lo que recibo, aunque no es algo que me preocupe demasiado. Así es nuestra relación, así soy yo. No me quejo; sin embargo, no estaría mal tener un poco de independencia de vez en cuando…

Óscar es algo así como la persona más puntual en este maldito planeta, así que seguramente ya esté allí esperándome. Óscar. No sé qué sería de mí sin él. Y de él sin mí, dicho sea de paso. Nos compenetramos a un nivel que va más allá de lo racional, casi como si nos hubiesen fabricado en una cadena de montaje para existir juntos.

O al menos así era antes. Nunca me habría cuestionado la veracidad de esas afirmaciones, pero a raíz de los últimos acontecimientos las cosas están cambiando. Discutimos, mucho. Pensaba que eran peleas ocasionadas por el estrés de los exámenes, pero ahora que estamos liberados de toda responsabilidad la situación no ha mejorado. No es que esté mal a su lado, aunque sí que empieza a resultar algo cargante. Nuestras discusiones son por temas muy variados; celos estúpidos, comentarios mal intencionados, ganas de picar al otro… Normalmente lo solucionamos rápido. No obstante, cada vez es más frecuente que me planteé cosas que antes ni me

imaginaba. Y eso me da un miedo atroz.

Por supuesto, no he compartido con Óscar mis dudas. Espero que se pasen solas. Que duren algo más de la cuenta es natural, ¿no?

Reconozco que no soy una persona… fácil. Soy cabezota, mucho, y bastante impulsivo. Aunque soy como el cabecilla dentro de nuestro pequeño grupo y los chicos me quieren, no se me escapan las expresiones de exasperación que ponen cuando salgo con alguna ocurrencia de las mías. Vale, sí, a veces me pongo demasiado… intenso, pero ¿qué puedo hacer?

Ya casi estoy llegando. Hace tanto calor que creo que voy a morirme derretido o algo así. Se me va a fundir el cerebro y me voy a quedar aquí tirado, con la cabeza licuada entre un excremento de perro y un cigarro a medio consumir.

Es posible que Óscar tuviese razón con eso de que creo que todo me va a matar siempre… Bueno, da lo mismo.

Odio el verano.

Razón por la cual es una locura que vaya a pasar un mes entero en uno de los lugares más calurosos de España (lo es, lo busqué en Google). Sin embargo, tengo que hacer esto. Nos vendrá bien a todos. Es cierto que la tontería de la misión para que mi mejor amigo pierda la virginidad antes de empezar la universidad puede ser algo divertido, pero también lo hago por mí. Necesito cambiar de aires, alejarme un poco de la ciudad, pasar el rato con gente a la que quiero, disfrutar estos últimos momentos juntos antes de que todo cambie.

Porque va a cambiar, lo sé.

Es imposible que no lo haga. Los tres hemos sacado buenas notas en la Selectividad, lo suficientemente buenas como para asegurarnos el acceso a las universidades que queremos. Bueno, mis notas han sido excelentes, pero eso no viene al caso. Simón se irá a las afueras para estudiar en una escuela de cine, mientras que yo permaneceré por aquí para empezar mi ingeniería. Y Óscar buscará trabajo, desaprovechando su magnífico potencial para conseguir lo que quiera en su vida…

Acabo de decidir que ese tema tampoco viene al caso.

¿Por dónde iba?; por mucho que queramos, por mucho que nos esforcemos, estamos destinados a tomar caminos diferentes. Simón va a conocer a gente con intereses comunes; yo voy a conocer a personas que compartirán mis gustos y aficiones, y eso me aterra. Confío en lo que tengo con Óscar; sin embargo, me asusta pensar que algo vaya a cambiar. Normalmente me obligo a ser una persona optimista y no me dejo llevar por la desesperanza, aunque últimamente me cuesta un poco más.

Suspiro. La vida es un asco.

Cruzo a toda velocidad la carretera y me subo de un salto a la

acera. Me tropiezo con un adoquín suelto y por poco beso con mucho amor el suelo. Maldiciendo, diviso a lo lejos a Óscar, Simón y a su madre. Mi amigo mete la bolsa de deporte de mi novio en el maletero del viejo Toyota. Está tan lleno que me temo que tendré que llevar mi equipaje delante, entre las piernas.

Cuando me acerco el rostro de Óscar se ilumina con una sonrisa. Es guapísimo. Aún ahora, después de tres años a su lado, me sigo preguntando cómo un chico como él pudo fijarse en un tirillas como yo. Es un dios. En serio, es simplemente espectacular, con todos esos músculos, su mandíbula cuadrada y su pelo que parece tostado por el sol. Es como yo me imagino que tiene que ser un ángel, o al menos un ángel deportista y tremendamente sexy. Antes me volvía loco; ahora lo hace, aunque en otros sentidos mucho menos agradables.

—Hola, guapo —me dice justo antes de darme un tierno y casto beso de bienvenida.

—Ya era hora. —Es el saludo de mi amigo.

Vaya, está de mal humor. Sofía pone los ojos en blanco; conoce tan bien a su hijo como yo.

—No le hagas caso, Lucas. Buenos días.

—Hola a todos. Siento llegar tarde —me excuso.

—Un poco más de retraso y nos habríamos ido sin ti —responde Simón. Está realmente enfurecido—. Aunque bueno, dado que vamos a pasar el verano en el culo del mundo, no es una desgracia, precisamente…

—Simón, para. —Sofía empieza a perder la paciencia—. Esta guerra pasivo-agresiva empieza a desquiciarme. Vamos a irnos de vacaciones; supéralo.

Simón murmura algo en voz baja, pero ahí se acaba la discusión. Menos mal. La tensión era tan sólida que casi la siento meterse en mis ojos.

—Esto es supercómodo —digo con una tirante sonrisa.

—Idiota —me responde Simón, riéndose de medio lado.

Ya está, se acabó el problema. Mi amigo puede resultar complicado, pero es tremendamente manejable una vez conoces unas simples reglas. Y los aquí presentes las conocemos a la perfección.

Sofía encaja como puede mi maleta entre el resto de bultos y cierra el maletero con un fuerte empujón. Después me sonríe y mira por encima de sus gafas, que se le han resbalado hasta la punta de su respingona nariz. Tiene la corta melena oscura revuelta, como si acabase de atacarle un murciélago furioso. Parece tremendamente cansada.

—¿Listos? —nos pregunta.

Como soy el único con un mínimo de interés por esta aventura, respondo:

—Allá vamos.

***

No sé cuánto tiempo llevamos encerrados en este cacharro de metal, en este horno con ruedas que me tiene prisionero. NECESITO llegar ya. Hace tanto calor que no puedo dejar de sudar. Me doy asco, me da asco el mundo, la vida, el universo. Ahora el viaje me parece una idea terrible. En serio, ¿cuándo diablos vamos a llegar?

Óscar, que va a mi lado detrás, desliza una mano por mi pierna y luego entrelaza sus dedos con los míos. Hasta su contacto me da un calor sofocante.

—¿Estás bien?

—No —contesto—. Estoy chorreando, y noto cómo se me están derritiendo los huesos.

Siento la culpable mirada de Sofía clavada en mí a través del espejo retrovisor.

—Lo siento; el aire acondicionado está estropeado. Prometo que llegaremos enseguida.

Aprieta un poco más el acelerador. Me encuentro tan mal que no me importa correr el riesgo de morir en un accidente de tráfico si con eso llegamos antes. De todas formas, lo haré igualmente si no salgo pronto de este coche. Me evaporaré.

Simón, que va en el asiento del copiloto, se gira y me regala una provocadora sonrisa.

—Lucas, cualquiera diría que te estás arrepintiendo de haber venido.

—Cállate —respondo.

—Vamos, no hace tanto calor.

—Cierra. La. Boca.

—No sabes dónde te has metido —sigue pinchándome.

—Chicos, parad —dice Óscar, con el asomo de una sonrisa en los labios.

No pienso dejar que Simón, ni mucho menos el calor, me quiten la firme convicción de que este viaje es una buena idea. Armándome con todo el autocontrol que todavía no se me ha derretido, construyo una mueca que pretende ser de alegría.

—No pienso dejar que manches mi buen humor, querido amigo. —Simón pone los ojos en blanco, lo que me hace saber que le he ganado—. Decidme, ¿qué vamos a hacer?

—¿Aparte de abrasarnos y contar hierbajos? Creo que nada.

Desde luego, el chico me lo pone difícil.

—Tal vez hagamos amigos. —Óscar llega en mi ayuda—. Habrá gente de nuestra edad, ¿verdad?

La inquietud asoma en su voz. Honestamente, yo tampoco las tengo todas conmigo. Es un pueblo minúsculo, lo más probable es que no haya nadie con el que poder quedar para salir por ahí, y mucho menos una chica con la que Simón pueda liarse.

Estoy perdido.

Me siento ridículo simplemente por pensar en un plan como el que me traigo entre manos, pero tampoco voy a fingir que no me divierte.

—Sí, nuestros mejores amigos serán los más jóvenes del pueblo: un matrimonio que celebró hace dos años sus bodas de oro. Una fiesta continua.

—Tu constante ironía es agotadora —comento.

—Lo mismo digo de tu optimismo. No hay quien se lo crea.

—Vamos a pasarlo bien. Y tú por fin echarás un polvo. —Esto último lo digo en un susurro junto a su oído.

Me dedica una mirada cargada de escepticismo. Baja un poco la voz para que su madre no pueda escucharnos. La música que sale despedida de los altavoces nos da un poco más de privacidad.

—Suponiendo que lleves razón, ¿te has parado a pensar cómo voy a reaccionar yo ante esa situación? No sé si te has dado cuenta, pero no soy una persona lo que se dice… normal.

Esto ya lo había pensado. Tengo la costumbre de analizar cada una de las situaciones posibles que puedan producirse. Sé qué contestarle:

—Estoy seguro de que sabrás comportarte en consecuencia. Además, ¿quién coño es normal en este mundo?

—¿Te estás escuchando? Soy yo, Simón. Recuerda en tercero, cuando estuve a punto de echarme a llorar cuando Marta Abril quiso darme un beso. No he nacido para esto.

—Deja de decir tonterías. Lo harás bien.

Óscar me da un golpe en la pierna. Siempre lo hace cuando me estoy poniendo demasiado insistente. Ha llegado la hora de que me relaje un poco.

—Si no os quisiese tanto me daría vergüenza escucharos hablar —dice—. Estáis organizando un mes de vuestras vidas alrededor de la idea de que Simón se acueste con alguien. ¿Os dais cuenta de lo superficial y penoso que suena esto?

—Lo dice el de la vida sexual hiperactiva —le recrimina Simón. Vaya, parece que la idea no le parecía tan estúpida al fin y al cabo.

Como es mi plan y soy el principal instigador de toda esta gilipollez, no me queda más remedio que salir en su defensa.

—Óscar, chitón. Simón, creo que tu madre se está enterando de todo, lo cual no sería raro puesto que está a menos de un metro de distancia. Luego hablamos.

Los tres asentimos a la vez y volvemos a nuestras posiciones. Sí, todo esto es increíble, imbécil y tremendamente superfluo, pero

también nos mantiene entretenidos. Nos ha dado un objetivo, una meta que alcanzar en ese desazonador paraje. Me fijo en los dos y veo que están sonriendo como idiotas, disfrutando de nuestro juego privado.

No puedo evitarlo; sonrío yo también. Aunque no soy el único: las comisuras de los labios de Sofía se curvan casi imperceptiblemente.

Vaya.

***

En cuanto entramos en el pueblo es como llegar a otro tiempo. Parece que la luz ha cambiado; todo es amarillo, naranja, seco. Hay viviendas por todas partes de los más diversos colores, y varios edificios más grandes que no logro saber lo que albergan. La casa de la abuela de Simón está algo alejada del centro, a una calle de una vasta extensión de prados color arena. La paja que crece sin control se mece con el viento, creando unas ondas hipnóticas. Estoy tan concentrado en ellas que ni siquiera me doy cuenta de que hemos llegado y que el coche está parado. Reparo en ello porque Óscar me zarandea con ligereza un hombro y me avisa.

—Despierta.

El sol brilla en lo alto. Descargamos todo el equipaje y caminamos hasta la entrada. Es una casa antigua, estrecha, situada entre otras dos bastante más grandes. La fachada es de color marrón oscuro, aunque tiene grandes pedazos descascarillados por los que se vislumbra el ladrillo desnudo.

Sofía abre la puerta y todos entramos dentro. La temperatura desciende varios grados y yo suspiro, agradecido. Un pasillo largo y sorprendentemente alto se extiende ante mí. Está oscuro. La abuela de Simón ha dejado todas las persianas, que son de madera, bajadas hasta el final. Entramos en una amplia estancia, que compruebo que es el salón cuando Sofía tira de una cuerda y permite que entre la luz a raudales por las ventanas.

—Vuestro cuarto está arriba, en la buhardilla.

Ignoro el hecho de que ha hablado en singular y sigo a Simón por una estrechísima escalera. Casi no cabe la maleta, que golpeo sin control contra las paredes. Noto que Óscar se ríe a mi espalda; pongo los ojos en blanco.

—Ya hemos llegado. Bienvenidos al infierno —dice Simón una vez entramos en nuestra habitación.

A ver, no es un palacio, pero llamarlo infierno me parece un poco excesivo. El techo es bajo, tanto que mi novio tiene que agacharse para no darse en la cabeza. Todo lo que nos rodea es de madera oscura, y huele intensamente a cerrado. Camino hacia la pared de

enfrente y abro la pequeña ventana. La luz entra y todo parece un poco menos horrible.

—No está tan mal —digo yo, fingiendo optimismo.

Simón me lanza una mirada tan furibunda que cierro el pico.

—No quiero escuchar ni un comentario positivo sobre esta casa ni sobre esta idea estúpida. Voy a limitarme a pasar este mes tirado sobre mi cama sin interaccionar con nadie, ¿de acuerdo? —nos advierte.

Óscar mira a nuestro alrededor y dice:

—¿Qué cama?

Es cierto; el desván está completamente vacío, a excepción de un armario y tres estructuras metálicas que tienen todo el aspecto de ser camas plegables.

Simón suelta un gruñido al reparar en ellas y se deja caer sobre el suelo. Sé que lo está pasando mal. Mi amigo es una persona muy temperamental, aunque no lo parezca. Sus cambios de humor pueden resultar devastadores, por eso hay que saber manejarlos correctamente. A pesar de que me está desesperando su actitud, no puedo mostrarme implacable con él. Así solo se cerrará aún más en banda.

Inspiro hondo y me siento a su lado. Después le paso una mano por la espalda y hago unos círculos, despacio. Eso le tranquiliza. Óscar permanece en un segundo plano, observándonos.

—Venga, Simón. Esto no está tan mal. —Mi voz suena calmada. Cuando a Simón le dan este tipo de ataques de pesimismo y yo soy el único disponible para sacarle de ellos, me imagino que soy una especie de ilusionista que pretende hipnotizar a alguien, controlar su voluntad. Normalmente funciona.

—He dicho que no quiero escuchar…

—Ya sé lo que has dicho —mierda, no puedo perder los nervios—, pero piénsalo así. Tenemos un mes por delante los tres juntos antes de que dejemos de vernos tanto. Lo pasaremos bien.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Sí lo hago —respondo. Por supuesto, estoy mintiendo.

—Te conozco demasiado bien.

—Pues tal vez no lo hagas tanto. —Sé que se me está yendo de las manos; tener la inquisitiva mirada de Óscar clavada en mí me lo confirma. Está bien—. De acuerdo. Tú abúrrete todo lo que quieras, pero al menos podrías fingir estar bien por tu madre. Ella necesita esto, desconectar un poco, y nunca estará a gusto si te tiene a ti todo el día delante con esa cara de amargado.

Se revuelve, incómodo. He tocado un tema sensible. Me mira con los ojos brillantes por la emoción y por fin confiesa aquello que lo atormenta de verdad:

—La última vez que vine aquí fue con mi padre.

Mi pecho se estremece por la pena. No tenía ni idea. Su abuela está cada dos por tres en Madrid, pero no sabía que mi amigo hace años que no pisa esta casa. Le paso un brazo por los hombros y le aprieto con fuerza.

—Ahora estás con nosotros. Ya sabes que estamos cerca, a cinco pasos como mucho.

Me sonríe al recordar aquella noche, cuando los dos supimos que nuestra amistad sería eterna.

—Ni siquiera tenemos camas.

—Están ahí—señalo hacia el rincón donde están apiladas—, y nos vendrán bien para colocarlas a la distancia perfecta —concluyo—. No puedo evitar que estés triste, pero sí que puedo ayudarte a estarlo un poco menos. Y tú puedes hacer lo mismo con tu madre.

Suspira y asiente una vez, con gravedad. Parece que por fin ha entrado en razón.

—De acuerdo, me portaré bien. ¿Cuándo vamos a encontrar a mi futura *desvirgadora*?

Me río y miro a Óscar, que también sonríe.

—¿Ves? Al final ha acabado gustándole la idea.

—Tu brillante idea…

Hay tanto amor en las palabras de Óscar que siento un escalofrío. A veces me sorprende hasta qué punto llega a quererme. ¿Y si solo soy yo el que está confundido y él sigue amándome como el primer día? Que no estemos igualados me parece horrible, tremendamente injusto para él. Otra vez me asaltan las dudas, el temor a estar jugando con los sentimientos de una persona. Estoy seguro de que le quiero, pero ¿es suficiente? Me obligo a dejar de pensar en esto ahora. Los miro alternativamente y con una sonrisa traviesa, digo:

—Nunca la encontraremos si no lo intentamos, ¿no?

# 4

# Óscar

Lucas lo ha vuelto a conseguir: convencernos. Podría ser político. A pesar de nuestras quejas, ha logrado hacernos salir bajo este calor insoportable para ver si encontramos a alguien de nuestra edad por la zona. Ha puesto la excusa de que quiere hacer turismo (como si aquí hubiese mucho que ver…). Yo quiero hacer turismo a la sombra. Simón quiere dormir, directamente.

Andamos sobre un camino de tierra, el cual creo que es la arteria principal del pueblo. Así de pequeño es. Hay casas de lo más variopintas por todas partes, y a lo lejos se aprecia la torre de un campanario y un tejado terminado en un pico pronunciadísimo. Simón dice que es el ayuntamiento.

Este sitio es minúsculo, y debido a las temperaturas de la tarde, está completamente vacío. Casi lo prefiero; me siento como un completo extraterrestre andando sobre la Tierra después de su primera incursión en el planeta. Este entorno me es tan desconocido que me hace sentir incómodo.

A pesar de que parece un auténtico pueblo fantasma, no puedo negar que es bastante bonito. Las casas antiguas, la plaza del centro repleta de bancos de madera y el gran reloj de la torre le dan personalidad. Lástima que sea tan aburrido.

Lucas camina unos metros por delante. Fingir buen humor durante tanto tiempo empieza a pasarle factura. Se le ve cansado y a punto de perder los nervios. A mí también me crispa verle siempre tan forzado en algunas ocasiones. Me preocupa que últimamente me molesten tantas cosas de él. Con un suspiro, dice:

—Es terriblemente complicado subiros el ánimo si no colaboráis.

—Cariño, creo que te estás pasando.

Me fulmina con la mirada.

—¿De verdad?

Oh, no. Levanto las manos en el clásico gesto de rendición y le

permito continuar con su viaje. Prefiero derretirme antes que soportar su cólera.

Simón permanece callado. Juguetea con un palo entre sus dedos. Llegamos al final de un camino de tierra y desembocamos ante una amplia superficie de campos de maíz que se mecen lentamente con la brisa. Es idílico, como si hubiera llovido oro desde las nubes.

—Mirad, ahí está el alcalde —dice Simón.

Sigo la dirección que señala con su dedo y reparo en un gallo que picotea con insistencia algo en el suelo. Me río con ganas y Lucas también suelta una risita. Mirando alrededor reparamos en que hay un grupo de unas diez gallinas por la zona. Lucas nos indica una con un plumaje blanquísimo y dice:

—¿No te gusta esa como novia, Simón? No te quita el ojo de encima.

Vuelvo a carcajearme y el aludido pone los ojos en blanco.

—Lo peor es que probablemente será la única opción real —se lamenta.

—Vamos, no te pongas pesimista. Este sitio es una fiesta sin fin —digo yo, dispuesto a seguir con la broma.

Vuelvo a mirar a los animales. Las gallinas siguen a lo suyo, ajenas a nuestra presencia, pero el gallo se ha incorporado. Y no deja de mirar a Lucas. Él sonríe, tomando la fijación del animal como un gesto amistoso. No se está dando cuenta de cómo hincha el pecho, de cómo sus plumas empiezan a ahuecarse. Sé lo que significa.

Mierda.

—Lucas, será mejor que te alejes. —Intento que mi voz no transmita la preocupación que empiezo a sentir.

—Es un gallo, Óscar. ¿Qué podría hacerme?

Hay veces en las que mi novio no parece todo lo inteligente que es.

—Hola, bonito —dice, acercándose otro paso.

Y entonces el gallo toma carrerilla y salta. Lucas lanza un grito tan agudo que parece el de un bebé recién nacido y se cubre la cabeza con las manos mientras levanta una pierna. El gallo agita las alas con violencia, sacudiendo la tierra de alrededor con sus fuertes embestidas. Las gallinas se vuelven locas y corren en todas direcciones.

Una viene a por mí.

—¡Mierda! —gritamos Simón y yo a la vez.

Me vuelvo hacia él; tiene las manos sobre la cabeza y el gesto contraído por el pánico. No le he visto tan despierto en mucho tiempo.

Corro para huir de mi gallina, aunque por suerte pasa de largo y se pierde en la lejanía. Cuando estoy a salvo vuelvo a reparar en Lucas y su contrincante. Mi novio corre despavorido mientras grita, con el animal persiguiéndole de cerca. Sé que los gallos son animales

peligrosos cuando se ponen violentos; por eso tengo que hacer un gran esfuerzo para no reírme ante esta situación.

—¡Corre, Lucas! —chillo.

—¡Cuidado con los ojos! —exclama Simón a su vez. Veo que también ha logrado librarse de su gallina.

—¿QUÉ? —Oímos gritar a Lucas.

—¡A una prima de mi madre le sacó un ojo un gallo furioso de un picotazo! —nos cuenta, espantado—. ¡CORRE!

Lucas vuelve a gritar y corre más rápido, lo que hace que el gallo acelere el ritmo también.

—¡AH, MIS OJOS! —va vociferando aunque el gallo no se los ha tocado. Todavía—. ¡MIS OJOS NO!

Buenos, creo que ya está bien. Tengo que ayudarle.

Miro alrededor, buscando cualquier cosa que pueda servirme como arma de defensa. A unos metros distingo una tela marrón de aspecto áspero. Me agacho junto a ella y la alzo. Al hacerlo salen despedidos algunos bichos que por suerte no me caen encima. Es un saco. Servirá.

Con el saco en alto, corro detrás del gallo. Hago mucho ejercicio, por lo que no me cuesta darles alcance. El gallo me escucha llegar y se da la vuelta. Aprovechando el respiro, Lucas se detiene y coge aire con avidez. Está tan empapado de sudor que su ropa ha cambiado de color a varias tonalidades más oscuras, y su cara parece a punto de explotar.

El animal ahora solo tiene furia homicida para mí. Vuelve a hinchar su pecho cubierto de oscuro plumaje y agita las alas. Después se lanza al ataque. Pero ahora estoy preparado.

Con un grito más propio de un combate entre gladiadores, abro el saco y se lo tiro en pleno vuelo. Milagrosamente, consigo colarlo dentro. El gallo cae al suelo y se revuelve frenético dentro de la rugosa tela.

No para de agitarse, por lo que no tardará en liberarse. Con los ojos abiertos de par en par por el pánico, me vuelvo hacia los otros dos y grito a pleno pulmón:

—¡CORRED!

Alargo la «e» mientras corremos como si nos fuese la vida en ello. O al menos los ojos. Nos movemos con energía y dejamos atrás a las gallinas, el maíz, el ayuntamiento, la plaza y el camino de tierra. No nos detenemos hasta que no estamos frente a la casa de la abuela de Simón, nuestro refugio.

Lucas, sin aire, se apoya en el coche de Sofía para tratar de recuperarse. Aparta la mano de golpe al quemársela contra la ardiente carrocería.

—¿DE DÓNDE DEMONIOS HA SALIDO ESE ANIMAL DIABÓLICO? —pregunta, histérico—. ¡CASI ME MATA!

Simón, que está detrás de mí con las manos en sus caderas y

cubierto de sudor, apunta:

—No ha estado a punto de matarte; casi te saca los ojos.

—¿Es que en este pueblo entrenáis a esos pajarracos como animales de caza? —sigue despotricando. Yo tengo que taparme la boca con disimulo para que no vea mi incipiente sonrisa.

—Tengo entendido que no —responde Simón, completamente en serio.

Lucas se le queda mirando con una expresión tan divertida que me gustaría hacerle una foto para conservarla para siempre.

—¿Cuándo pensabas decirme que corríamos peligro de muerte? —le recrimina con un dedo alzado.

—No pensaba que te fuera a atacar un gallo. Claro, que tampoco creo que nadie haya intentado acariciar a uno como si fuera un cachorrito.

Ya está. Se acabó. No puedo más.

Rompo a reír.

Mis carcajadas resuenan por toda la calle, estruendosas.

—¿Te estás riendo de mí? —me dice Lucas, incrédulo.

Por toda contestación, me río con más ganas. Simón se contagia y comienza a partirse. Los dos nos doblamos sobre nuestras cinturas para poder respirar entre las carcajadas. Lucas nos sigue contemplando con indignación, pero poco a poco su máscara se va rompiendo. Acaba llorando de la risa. Cuando logra tranquilizarse un poco, dice:

—Os doy permiso para no hacerme caso cada vez que proponga hacer algún viaje. Odio este pueblo.

Esto hace que Simón ría aún más alto.

# 5

# Lucas

No he dormido nada en toda la noche. ¿Cómo iba a hacerlo si cada vez que cerraba los ojos un pollo gigante me atacaba sin piedad? He tenido tantas pesadillas que perdí la cuenta. En serio, esto me va a pasar factura. Probablemente tenga que acudir a la consulta de algún profesional para que me ayude a superar este trauma.

Odio el campo.

Es temprano, pero estamos todos despiertos. A pesar de ser rígidos y tener algún que otro muelle al aire, los colchones no están tan mal. Me incorporo y me desperezo. La cama de Óscar está pegada a la mía. Se está despertando ahora. Duerme sin camiseta, por lo que ver sus músculos contraerse bajo su piel me provoca un cosquilleo de lo más agradable. Me obligo a despegar la mirada de su cuerpo y me fijo en Simón, que se encuentra a unos metros. La luz del sol que se cuela por la ventana incide totalmente sobre sus ojos, y por ello tiene una expresión de lo más divertida en el rostro. Me hace reír. Además, tiene el pelo tan revuelto que dudo que pueda peinárselo. Me mira mientras bosteza y dice:

—Hola.

—Buenos días —respondo con una sonrisa animada.

Óscar se estira todo lo que puede y me regala una brillante mirada.

—Hola, tú —dice suavemente.

—Hola, tú.

Acaricio su rostro y luego salto hacia su cama, donde me tumbo junto a él.

—Mi madre está abajo. Ni se os ocurra hacer esas cosas que tanto os gustan —nos regaña Simón.

—Se llama sexo, Simón, y cuando lo pruebes, te aseguro que tú tampoco querrás dejar de hacerlo —replico. Adoro meterme con él.

—Imbécil. —Siempre suele responderme eso cuando no sabe qué decir.

—¿Has oído cantar al gallo esta mañana? —me pregunta Óscar con una maliciosa sonrisa.

Ya lo creo que lo he escuchado. Por un momento creí tenerlo a mi lado, dispuesto a desfigurarme la cara a picotazos. Decido que no merece que lo tome en serio, así que lo fulmino con la mirada. Cuando dejan de reírse de mí y de los recuerdos del día anterior, digo:

—Bueno. Ha llegado la hora de comenzar con nuestro plan. Simón, ¿dónde podemos encontrar personas en edad de ir al instituto?

—Aquí no. Aquí no vive nadie, ya lo sabes —dice, sombrío.

—Deja ya de ser tan negativo. No te va a servir de nada.

Sopesa mis palabras y asiente. Ha comprendido que, efectivamente, a mí no va a vencerme con esa actitud derrotista.

—Supongo que en la piscina.

—¿Hay piscina municipal? —pregunta Óscar, repentinamente más animado. Me fijo en su cuello y veo que lo recubre una película de sudor. Tiene que estar muerto de calor, por lo que la idea de darse un chapuzón le parecerá de lo más atractiva.

—Sí, no muy lejos de aquí.

—Nada está lejos de aquí…

—Entonces ya tenemos destino —sentencio, con un cosquilleo de excitación recorriéndome el pecho.

—Esto es una completa idiotez. Ni siquiera sé si estoy listo para acostarme con alguien —expone mi amigo, cabizbajo—. ¿Quién va a querer estar conmigo?

—¡Cualquiera querría tener algo contigo! Eres un chico genial; si alguien no lo aprecia, es su problema.

Guarda un silencio de lo más revelador.

Escucharle me hace recapacitar. Tal vez me esté comportando como un estúpido, obligándole a hacer algo para lo que no está preparado. Me acerco a él con la expresión más conciliadora que soy capaz de fabricar y apoyo una mano en su huesudo hombro.

—Eh, no tienes que hacer nada que no quieras. Solo vamos a pasarlo bien, es solo eso. Además, ya sabes: a cinco pasos. Siempre.

Escucharme decir eso le hace sonreír. Es nuestra frase, nuestro código. No es extraño que Simón entre en sus conocidas espirales de pensamientos que no terminan nunca; cuando esto ocurre y lo atrapan, se retrae, se encierra en sí mismo y le cuesta horrores volver a la realidad. No quiero que lo pase mal por mi culpa.

—Esta vez nuestras camas están un poco más lejos —replica, sonriendo de medio lado.

Vale, todavía no le he perdido.

—Pero también nosotros podemos dar pasos más largos —respondo.

***

Después de despedirnos de Sofía y de recorrer aproximadamente quinientos metros bajo un sol abrasador, los tres nos plantamos frente a la reja metálica del recinto de la piscina. La verdad es que tenemos una pinta lamentable; los tres con nuestras chanclas de dedo, las bermudas de todos los colores imaginables y las toallas sobre los hombros. No llevamos camisetas, lo que en el caso de Óscar es algo así como un regalo para la vista, pero que en el de Simón y el mío… no tanto. Mi amigo tiene incluso restos de crema solar por la espalda y la nariz. Como decía, decadente.

Sin más preámbulos cruzamos la puerta sin tener que pagar entrada. Pasamos al lado de los vestuarios y, tras doblar un recodo, aparecemos frente a la piscina. Vaya, es enorme. Y está llena de gente. El ruido llega a mis oídos como si lo hubieran liberado de su jaula; gritos, chillidos, risas, todo mezclado. Sin embargo, lo más sorprendente de todo es la cantidad de personas de nuestra edad que hay. Habrá unas sesenta, de las que un noventa por ciento de ellas tendrán un rango de edad comprendido entre los quince y los veintiuno.

Esto. Sí. Que. No. Me. Lo. Esperaba.

Por la cara que tiene Simón, diría que él tampoco.

—Parece que no es un pueblo fantasma al fin y al cabo —apunta Óscar, divertido.

Más animado, agarro a mi amigo por los hombros y estiro el brazo libre para abarcar todo el paisaje.

—¡Mira qué de tías buenas! —exclamo, contento.

—¿Qué sabrás tú de eso? —me replica—. Te gustan los penes.

—Idiota. ¿Qué tendrá que ver? —A veces me saca de quicio—. Vamos a buscar un sitio para dejar las toallas antes de que me arrepienta.

—¿Queda mucho para que eso pase?

—Cierra. El. Pico.

El lugar está tan abarrotado que nos cuesta encontrar un hueco. Conseguimos uno bajo una sombra, a unos metros del borde de la piscina. El suelo es de losa, por lo que no es muy cómodo para tumbarse. Suerte que no tengo intención de estar mucho tiempo fuera del agua.

Me he estado convenciendo desde que pusimos un pie aquí de que no estaba pasando, pero ya se ha vuelto demasiado evidente; atraemos todas y cada una de las miradas. Lo comprendo. Aquí se conoce todo el mundo. Nosotros debemos ser algo así como la novedad más visitada en una galería arte, y no porque seamos especialmente hermosos. O sí.

Decido que me da igual y camino junto a los otros hacia el agua.

Y entonces lo veo. Sale de la piscina con tranquilidad, o al menos a mí me parece verlo a cámara lenta, como en un videoclip de esos tan calientes. No tengo ni la menor idea de quién es, pero no puedo apartar los ojos de él. Me he quedado anclado al suelo, observando cómo se sacude su cabello azabache apelmazado por el agua con una mano. Miles de gotas salen disparadas en todas direcciones, mientras que otras se deslizan por su piel, reflejando la luz del sol como si fueran diamantes. Es pálida, perfecta. Siento deseos de acariciarla. Parece suave.

Su torso es esbelto, fibroso, con cada músculo perfectamente marcado. Se me escapa un jadeo involuntario que espero que nadie haya escuchado. El conjunto es tan increíble que resulta abrumador. Me obligo a cerrar la boca; lo último que quiero es que Óscar o Simón me pillen con esta expresión de completa y total fascinación.

Entonces sus ojos reparan en los míos y el mundo parece detenerse. En serio, no se oye nada. Ni el ruido del agua, ni la gente. Solo puedo escuchar el martilleo de mi desbocado corazón y la energía que desprenden sus ojos. Son oscuros, como su pelo y sus pobladas cejas. Es tan guapo que cuesta creer que sea real.

No deja de mirarme, y puedo jurar que aprecio una sonrisa burlona en sus labios. Joder.

Joder, joder, joder.

No estoy pensando con claridad, y ahora mucho menos; se está acercando. Prometo que voy a volverme loco. Camina hacia nosotros con total confianza, un pie delante de otro, con paso sexy y decidido. Desprende fuego con cada movimiento y me estoy abrasando a pesar de tenerle lejos.

¿Qué demonios me pasa? ¡Ni siquiera sé quién es! Yo no me comporto así, ni pienso estas cosas… Aun así, no puedo despegar la vista de sus andares. Parece un maldito modelo. Es un dios, un puto ángel, y me tiene completamente fascinado.

Estoy tan tenso que temo romperme con el más mínimo contacto. Sigue acercándose, sin desclavar sus ojos de los míos. Ay.

—¿Estás bien? —me pregunta Simón, que ha notado que algo extraño me sucede. Si él supiera…

—¿Le conoces? —le pregunta a su vez Óscar. Ha reparado en el extraño, al que dedica un gesto receloso.

—No le he visto en mi vida.

Óscar está tan pendiente del chico como lo estoy yo, y por un segundo me pregunto si sentirá lo mismo, si su visión le habrá perturbado tanto como a mí. Un amargo latigazo de celos me cruza el estómago al imaginarlo. Sin embargo, contemplo su ceño ligeramente fruncido y adivino que sus pensamientos van por otro camino.

El extraño llega hasta nuestra posición y los tres nos envaramos, en guardia. Su presencia es tan imponente que eclipsa el sol; su sombra me cobija. Cuando dejo de verlo como un ser caído del cielo me doy cuenta de que solo es unos centímetros más alto que yo. Su voz suena clara y masculina cuando dice:

—No sois de por aquí. Me acordaría de vosotros.

Me ha mirado a mí al decirlo. Solo a mí. Me está provocando, me abrasa.

Trago saliva.

—Hemos venido de vacaciones. Es mi abuela la que vive en el pueblo. —Es Simón el que responde, cosa que me sorprende. Siempre suelo ser yo el que habla por él con el resto del mundo. Debe de verme tan perturbado que hasta ha adquirido habilidades sociales de repente.

En este momento reparo en que el chico no ha venido solo. Le acompañan dos chicas; la primera tiene una cara preciosa y un cuerpo curvilíneo en el que exhibe una camiseta negra de un grupo de música; la otra es menos agraciada, pero tiene un cuerpo que hasta yo puedo apreciar que es de infarto. Su bikini es tan escueto que en cualquier momento temo que saque a pasear algo que no quiera.

Por un horrible instante siento envidia porque alguna de ellas sea su novia. Recapacito al segundo, pero la desagradable sensación de desasosiego no desaparece.

—¡Oh! ¡He oído hablar de vosotros! Tu abuela es lo más; me encanta que sea tan divertida como para irse de crucero, me da celos. —Se ríe.

Simón permanece impasible, haciendo eso que le sale sin querer pero que pone tan nerviosa a la gente. El semblante del extraño titubea, y como Óscar tampoco está ayudando, decido intervenir antes de que esto se vuelva aún más incómodo.

—Me llamo Lucas, y estos son Óscar y Simón. Estaremos por aquí todo el mes.

—Genial. Yo soy Gabriel. Encantado.

Me estrecha la mano. Solo a mí. Juro que ahora mismo genero tanta electricidad que podría electrocutarme de estar dentro del agua.

Gabriel (¿no es un nombre precioso?) señala con un gesto de la cabeza a sus acompañantes y dice:

—Esta de aquí es mi prima Helena. —Señala a la joven de la camiseta—. Ha venido de visita, como vosotros. Y ella es Mer —dice refiriéndose a la chica del bikini casi inexistente—. Ella, como yo, tiene la desgracia de vivir aquí los trescientos sesenta y cinco días del año.

Las dos nos dedican tímidos saludos y nosotros se los devolvemos. No me pasa desapercibido lo fijamente que se queda Simón mirando los pechos de Mer.

—Bueno, supongo que ya nos veremos por ahí. Hasta luego.

—Adiós —contestamos los tres a la vez.

Gabriel me sonríe y se da la vuelta, seguido de las chicas. Helena le dedica un fugaz gesto de despedida a Óscar con la mano y él se lo devuelve. Tiene una cara realmente adorable. Veo a Gabriel perderse entre la gente, y no sé qué llama más poderosamente mi atención, si los fuertes músculos de su espalda o el prieto trasero que le marca el bañador.

Creo que me estoy muriendo.

—Eso ha sido raro —comenta Simón—. Y lo digo yo, que de cosas raras sé bastante.

—Es la presentación más extraña que he vivido en mi vida. —Me río, intentando relajar la tensión.

—Ya. —Es todo lo que aporta Óscar.

Me estremezco. No quiero que esté molesto conmigo. Solo puedo desear que no haya notado nada y su arisco tono de voz provenga de mi imaginación. Simón me mira de reojo y puedo saber por su expresión que se ha dado cuenta de lo que he sentido al conocer a Gabriel. Alza una ceja y suspira con teatralidad.

—Al menos ya conocemos gente. Justo lo que tú querías, Lucas.

Me está pinchando, el muy bastardo. Le fulmino con la mirada y digo:

—Me voy al agua. ¿Venís?

Óscar asiente y pasa por mi lado sin rozarme. La piel se me eriza, pero en nada tiene que ver el frío con mi estremecimiento. Temiéndome una buena bronca en cualquier momento de soledad, le sigo hasta el agua, que está sorprendentemente fresca. Simón también se mete y me esfuerzo por pasármelo bien con los dos. Sin embargo, me reprendo cuando me doy cuenta de que no paro de buscar a Gabriel con la mirada por todas partes.

# Simón

El agua está demasiado fría. Y húmeda. No me gusta. No obstante, finjo que sí para que Lucas deje de darme la brasa y pare de decirme que soy un amargado que no sabe pasárselo bien. Por cómo escrutaba

a Gabriel, el chico nuevo, creo que él debería dejar de pensar en pasárselo DEMASIADO bien. Ha sido tan descarado que me daba miedo mirar su bañador. En serio, mis ojos no se han desviado por la zona por temor a lo que pudieran encontrar.

Óscar y Lucas juegan a hacerse aguadillas. A mí me parece un juego absurdo, pero ellos ríen sin parar. Como están muy ocupados metiéndose mano sutilmente, nado unos metros hasta conseguir un poco de soledad. Adoro a mis amigos, pero a veces necesito estar a mi aire. Las cosas se suelen poner bastante intensas cuando Lucas está de por medio. No tengo más que recordar el incidente del gallo para saber que tengo razón.

Nado un poco más lejos. A pesar de que me da bastante asco sumergirme en un caldo de cultivo de gérmenes y diversos sudores como es el agua de esta piscina, no puedo negar que me relaja. Sobre todo flotar; adoro flotar. Dejo que el movimiento me lleve donde él quiera, sin pensar en nada.

Entonces noto que algo me roza la pierna.

Me pongo en tensión, con miles de monstruos marinos cruzando mi mente, buscando al responsable. La veo emerger a unos metros de distancia. Es una chica. Su larga melena caoba se desliza por su espalda, chorreando. No puedo verle la cara, pero sé que es preciosa. Una chica con esos hombros tan espectaculares tiene que serlo. Nada hasta la escalera y se impulsa para salir de la piscina. Vaya. Lleva un bikini rojo que tapa más de lo que me gustaría. Está delgada, pero no demasiado. Sus curvas me están mareando. Su piel está ligeramente tostada, recubierta de gotas de agua. Sigo sin poder ver su rostro y eso me está matando. Necesito verla. Por un momento pienso seriamente en salir corriendo y plantarme delante. Por suerte, recapacito antes de hacer el idiota.

La chica aprieta su melena con los dedos para deshacerse del exceso de agua y luego mueve con energía la cabeza. Creo que voy a explotar. De pronto, me mira.

Bum.

BUMBUMBUM.

Solo es un segundo, aunque ha sido lo suficientemente intenso como para clavarme al sitio y ocasionarme un derrame cerebral. Suerte que estoy agarrado al borde; si no me habría hundido como una roca hasta el fondo.

Y entonces algo encaja en mi cerebro. Un recuerdo. Un instante de mi pasado enterrado en el olvido. Y ella estaba presente en él.

Mi cabeza, en ocasiones, es un lugar… complicado en el que habitar, pero si de algo puedo fiarme, es de mi memoria.

La extraña se da la vuelta y echa a andar hacia la salida. Por el camino se cruza con el grupo de Gabriel y las otras dos chicas, a los

que saluda con un escueto gesto de la mano. Gabriel le dedica una abrasadora sonrisa y yo siento celos porque pueda estar ligando con ella. Me consuela el hecho de que estoy bastante seguro de que hace unos minutos lo ha intentado con Lucas… Bueno, por cómo ha reaccionado mi amigo, puede que no me consuele tanto.

La chica sigue su camino sin detenerse y yo me quedo aquí, burbujeando. La piel me hierve, la sangre se ha evaporado en mis venas. ¿Esto es la adolescencia? ¿Esto es sentirse atraído por alguien? Me niego a contarles nada de esto a mis amigos. Imagino lo insoportable que se pondría Lucas si supiera que me ha gustado una chica y me dan ganas de volverme gay. Si pudiera, lo haría.

Sí, será mi secreto por el momento. Bueno, al fin y al cabo, puede que la sorprendente y avasalladora incursión en escena de Gabriel sea conveniente. Si es un conocido de la chica, tal vez me sirva para llegar hasta ella. Siento que ya la conozco, y solo necesito un acercamiento para saber si estoy equivocado. Pienso llevar a cabo un nuevo plan, uno que desarrollaré yo solo alejado de las locuras de mi amigo.

Tengo una misión, y voy a cumplirla.

# 6

# Lucas

Se ha hecho de noche, y la vuelta de la oscuridad ha traído con ella un descenso considerable de las temperaturas, cosa que es de agradecer. Como manera para celebrar este respiro del calor, hemos subido a la azotea para contemplar el cielo mientras tomamos unos refrescos. Sofía no nos acompaña; ha quedado con unas antiguas amigas a las que hacía años que no veía.

Afortunadamente, he logrado sobreponerme un poco al huracán Gabriel. Sospechaba que Óscar se había dado cuenta de todo lo que había pasado por mi cuerpo cuando le vi, aunque luego se mostró como el de siempre en la piscina, cuando compartimos juegos y risas. Eso me hizo respirar un poco más tranquilo. El que está más raro que de costumbre es Simón. Se le ve serio, pensativo, como si estuviera maquinando un plan maestro en su cabeza. Lo conozco tan bien que seguro que es eso lo que está haciendo.

Doy un trago a mi bebida de naranja y le digo:

—¿Se puede saber en qué piensas?

Él despierta de su letargo con un cómico saltito y me mira, sorprendido.

—¿A mí? Nada. En absoluto. Absolutamente nada. Nada de nada. Cero.

—Ya.

—Estás más serio de lo normal, lo cual es preocupante —apunta Óscar, apoyándome.

A veces se me olvida lo observador que es mi novio. No es que lo infravalore; solamente se le da mejor que a mí ser discreto. Decido cambiar de tema.

—Pues parece que estábamos completamente equivocados. Esto está lleno de gente.

Simón asiente, con los ojos muy abiertos. Definitivamente le pasa algo muy gordo.

—¿Vas a contarlo de una vez o tendré que torturarte? —le digo fingiendo estar enfadado.

Pone los ojos en blanco y alza las manos. Ha cedido. ¡Ja!

—Ni medio día me ha durado el secreto… —se lamenta.

—Entre nosotros no hay secretos —respondo haciendo una mueca en la que se me ven todos los dientes.

—He conocido a alguien.

Abro la boca y me inclino hacia él, atónito. Óscar también lo hace.

—¡¿QUÉ?!

—Bueno, a lo mejor decir que la he conocido es pasarse, puesto que ni siquiera nos hemos dirigido la palabra. La he visto. Y me ha gustado.

—Esto es… ¡fantástico! —exclamo, animado—. Ya tenemos un punto de partida. Supongo que no sabes su nombre.

—Obviamente no. Pero saludó a ese chico, a Gabriel. Tal vez sean amigos.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza. La electricidad que asocio con él me sacude ante la simple mención de su nombre; la expectación me contrae el estómago.

—Entonces tendremos que volver a verle —me aventuro a decir, intentando no parecer demasiado ansioso.

Óscar se revuelve en el asiento, a mi lado, no sé si porque está incómodo por mi comentario o porque cada vez hace más frío. No me atrevo a mirarle. Me siento fatal conmigo mismo por hacerle esto.

—Supongo. —Le escucho murmurar. Trago sonoramente.

Simón deja su lata en el suelo y me mira con fijeza. Va a hablarme en serio.

—Lucas, no quiero que te vuelvas loco con esto. Sí, me ha gustado una chica, pero no quiero que juntarnos se convierta en tu objetivo en la vida. Vamos a dejar que las cosas sigan su camino y pasen como tengan que pasar. ¿Entendido?

Me cuesta aceptar sus peticiones, aunque sé que debo hacerlo. No está bien que sea tan insistente, ni tan intenso. Asiento con gravedad.

—Entendido. Lo haremos a tu modo.

Él se recuesta en su asiento, satisfecho. Una lánguida sonrisa se dibuja en sus labios.

—Así me gusta. Es placentero cuando haces caso sin rechistar.

—Que me lo digan a mí —apunta Óscar, y los tres nos echamos a reír.

—Creo que la conozco de algo.

—¿A la chica? —inquiero, curioso.

—Sí. Vine aquí muchas veces de pequeño. Creo que éramos amigos o algo parecido en aquella época. No me acordaba hasta que la he visto.

—Es el destino. —Me río.

Estiro el brazo y entrelazo mis dedos con los de mi novio, que me los aprieta con fuerza. Tiene las manos frías; siento el impulso de hacerle entrar en calor, de protegerle de todo lo malo que pueda pasarle. Luego me acuerdo de Gabriel y el líquido se revuelve en mi estómago. Casi como si adivinara mis pensamientos, Óscar me mira de soslayo y dice en voz baja para que solo yo pueda oírle:

—Era guapo ese Gabriel, ¿verdad?

Sé que está provocándome, pinchándome para averiguar por dónde van mis cavilaciones. Sin embargo, no puedo evitar sentir una punzada de celos al ser consciente de que tal vez él también se sienta atraído por el chico, que le guste tanto como a mí. Que le guste más que yo.

Otra vez un nuevo juego, una pelea velada.

Siento tantas cosas contradictorias que prefiero guardar silencio para evitar decir algo de lo que seguramente me arrepienta después. Óscar asiente al recibir mi quietud y aparta mi mano de la suya, dejándome colgado en el espacio que nos separa. Agarra con fuerza su refresco y da un trago mientras contempla las estrellas, tan luminosas que parece que en cualquier momento se descolgarán del cielo y caerán sobre nuestras cabezas.

Ahora son mis dedos los que están fríos.

## Simón

A la mañana siguiente me despierto temprano. Lucas y Óscar siguen dormidos, ambos con una postura imposible que probablemente les cause una contractura en la espalda. Son todo brazos, piernas y sábanas entre medias.

Me levanto sin hacer ruido y bajo las escaleras. Escucho movimiento en la cocina, así que voy hacia allí. Mi madre está detrás de la encimera, con la cara llena de harina, pero sonriente. Está horneando algo, creo que galletas. O alguna otra clase de dulce, no lo sé. Cuando me ve, deja el rodillo con el que aplasta la masa a un lado y me dedica un gesto cargado de ternura.

—Hola, cariño. ¿Has dormido bien?

—Sí.

Me acerco y ella me besa en el pelo. Huele a pastelería, a hogar. Ahora que me fijo mejor en sus mejillas sonrosadas y en el brillo de su mirada, me doy cuenta de que algo le pasa.

—Estás muy contenta.

—Así es —responde.

Continúo observándola mientras ella sigue golpeando la masa de hojaldre, a la espera de que me dé una explicación sobre la razón de su felicidad. Por supuesto, mi madre me conoce demasiado bien como para seguir ignorándome mucho tiempo más.

—Es este pueblo, Simón. Me gusta estar aquí. Es cierto que normalmente huyo lo máximo posible de él, pero es que ya sabes lo insistente que es la abuela a veces… con todo. Estar aquí, tranquila, reencontrándome con gente de mi pasado a la que apreciaba… me está viniendo bien. Simplemente es eso.

Asiento, sopesando sus palabras. Tienen sentido. Mi abuela es como un ciclón.

—Lo entiendo —contesto.

Sonríe y me revuelve el pelo con la mano, como hace siempre. Creo que me ha llenado la cabeza de harina.

—Cada vez me recuerdas más a tu padre. —Su sonrisa se ha vuelto melancólica. Nunca sé qué responder cuando me dice estas cosas. Cuando habla de mi padre—. Estaría muy orgulloso de ver el hombre en el que te estás convirtiendo.

Trago saliva. De verdad que no sé cómo actuar. Apenas recuerdo a mi padre. Le quiero, recuerdo quererle, y le echo de menos, pero no sé hablar de él. No puedo mantener una conversación con mi madre sobre el tema cuando solo le conocí durante mis primeros siete años de vida. Prácticamente no sé nada sobre su figura. Me obligo a decir algo:

—Me alegro.

Sí, sé que es patético, y bien visto hasta un poco de mal gusto, pero es lo único que me ha salido. Mi madre compone una sonrisa triste y me acaricia la mejilla. Ahora sí que estoy seguro de que me ha manchado.

—Bueno, cuéntame qué tal estás llevando el estar aquí. ¿Los chicos lo están pasando bien? —me pregunta, cambiando de tema.

Le explico por encima lo que han sido estos primeros días en el pueblo y ella me escucha mientras saca unas bandejas del horno. Efectivamente, son galletas.

—Son para una amiga —confiesa cuando me caza mirándolas con deseo—. Voy a verla esta tarde. Perdió a su marido hace poco. La pobre lo está pasando fatal.

Asiento. Obviamente, me gusta que mi madre sea feliz, aunque

estoy tan poco acostumbrado a verla tan deslumbrante que me resulta raro, como si temiera que en cualquier momento se fuera a desmoronar. Pocas veces ha tenido momentos de debilidad delante de mí. Sin embargo, la escucho llorar de vez en cuando desde mi cuarto por las noches.

—Me ha dicho una vecina que habéis conocido a su hijo. Es un chico muy guapo; no me puedo creer cuánto ha crecido —me dice. Supongo que se refiere a Gabriel—. La última vez que lo vi no era más que un renacuajo.

No tenía ni idea de que Gabriel y su familia fueran vecinos de mi abuela, aunque si tenemos en cuenta el tamaño de este lugar, se pueden considerar vecinos aquellos que viven en la otra punta del pueblo.

—Es simpático —digo.

—Me alegro de que estéis haciendo amigos.

Habla en plural, pero sé que se alegra de que YO esté haciendo amigos. Odio que siempre esté tan preocupada por mí.

—Mamá, creo que hablar de amistad es un poco fuerte. Apenas hemos cruzado cuatro frases.

—Bueno, es un comienzo. Anda, ve a despertar a los chicos; os he preparado el desayuno.

Me sonríe y yo le devuelvo el gesto, contento. Adoro cuando mi madre hace estas cosas.

***

—Sofía ha dicho que estarán en el parque, así que dejad de protestar —dice Lucas, perdiendo los nervios.

Son las seis de la tarde y hace calor. En el transcurso de esta mañana, mi madre ha vuelto a hablar con la vecina que no sabía que existía y esta le ha comentado que su hijo y el resto de sus amigos estarían por la tarde en el parque del pueblo, el que está al lado de la piscina. Tal vez a Lucas se le vea un poco más ansioso de lo que debería; no le quiero dar demasiadas vueltas. Óscar va a su lado, con las manos en los bolsillos. Ese gesto me llama la atención; normalmente las suelen llevar entrelazadas.

—No hace falta que tengas tanta prisa —dice, sombrío.

Lucas pone los ojos en blanco y sigue andando. Llegamos en unos pocos minutos. El parque es verde, abundante, lo cual es bastante increíble si tenemos en cuenta lo achicharrado que está todo.

No nos hace falta mucho tiempo para encontrarles. Gabriel, Helena, Mer y el resto de sus amigos están sentados sobre el césped bajo la sombra de un gran árbol, hablando animadamente. Son doce. Nos acercamos despacio, con vergüenza. Al menos yo estoy avergonzado.

Sin embargo, Lucas sonríe de oreja a oreja y saluda con un gesto de la mano. Gabriel nos ve y se levanta del suelo enseñándonos todos sus blancos y perfectos dientes en una sonrisa.

—Hola —saluda mi amigo. Le tiembla un poco la voz.

—¡Hola, chicos! Mi madre me dijo que os pasaríais por aquí.

Se acerca a Lucas y le da un abrazo. Un abrazo, así, sin más, apretando bien fuerte. Noto que Óscar se contrae a mi lado como si le hubieran dado una descarga eléctrica. Lucas está rígido entre los brazos del desconocido, sin saber cómo reaccionar. Finalmente le da unos golpecitos en la espalda y el otro se separa. A nosotros nos sonríe y nos hace un gesto con la cabeza que vale por todo saludo. Después dice:

—Venid, os presentaré a los otros.

Caminamos hasta allí, no sin antes reparar en lo colorado que se ha puesto Lucas. Gabriel empieza a recitar nombres y señalar caras, pero no retengo ninguno. Sinceramente, no me importan en absoluto. Lo único que quiero es pasar este trámite y acabar el mes de una pieza.

—Y esta es Valle —termina Gabriel.

Es el único nombre que escucho. Porque es ella.

ELLA.

La chica de la piscina.

La chica de mis recuerdos.

Nos dedica un gesto que pretende ser animado, pero noto la tristeza que desprende por cada poro. La reconozco porque yo la he sentido. La siento todavía. Apenas nos mira un segundo; pronto vuelve a centrarse en desojar una flor que sujeta entre los dedos. Está apartada del resto, como si no perteneciera a este grupo, y eso me hace sentir aún más atracción por ella.

Lucas comienza a hablar animadamente con los demás y se sienta al lado de Gabriel, con Óscar bien pegado. Yo decido armarme de valor y me siento junto a Valle. Ella ni se inmuta. Tengo que hablarla, necesito romper el hielo cuanto antes. Pero estoy paralizado. No me suelo enfrentar a estas situaciones. Normalmente incomodo lo suficiente a la gente como para que sientan la imperiosa necesidad de llenar mis silencios. No obstante, eso no pasa con Valle.

Trago saliva y digo:

—Valle. Es un nombre muy raro.

«Estupendo, genio. Has abierto la boca y ha sido para insultarla», me digo. La chica me lanza una mirada de soslayo y hace una mueca.

—Me lo pusieron mis padres porque me concibieron en uno. Fue una especie de homenaje.

Ahogo la risa. No me esperaba en absoluto su respuesta. A Valle también le parece divertido.

—Ahora dime cómo te llamas tú para que también pueda meterme

contigo.

Ignoro el hecho de que hace apenas dos minutos que Gabriel nos ha presentado y se lo repito:

—Soy Simón.

—Encantada de conocerte, Simón. Me suenas de algo —apunta.

—No vivo aquí. Estamos de vacaciones, aunque solía venir de pequeño.

—¿Estamos? —pregunta.

Vaya, sí que no ha prestado la más mínima atención a lo que ha contado antes Gabriel. Señalo a Lucas y a Óscar.

—Mis amigos y yo, con mi madre. Mi abuela es…

—Es cierto, te pareces a ella.

No sé cómo sabe quién es mi abuela, pero tampoco hago preguntas. Que alguien me diga que me parezco a una anciana me da escalofríos.

—¿Te acuerdas de mí? —inquiero de sopetón.

—¿Debería?

—Creo que sí. Me resultas muy familiar. Me parece que éramos amigos cuando éramos unos críos.

Temo asustarla, que crea que soy un pirado. No obstante, me observa con curiosidad.

—Has dicho que te llamas Simón…

—Así es.

—Me parece que sí. Solíamos corretear por ahí. —Sus ojos se iluminan—. Tú siempre te caías.

Se ríe y yo enrojezco. Me encanta su risa. Ese del que habla, sin duda, soy yo.

—Vaya, me había olvidado completamente de ti —dice con una sonrisa culpable.

—Yo también. Cuando te vi ayer en la piscina todo vino a mi cabeza de repente.

—Bueno, pues me alegro de volver a encontrarme contigo, Simón.

—Lo mismo digo, Valle.

Nos sonreímos y el corazón me late con tanta fuerza que lo noto en las puntas de los dedos.

—No parece que te lleves muy bien con ellos —apunto, refiriéndome al resto del grupo.

—Sí que lo hago. Son simpáticos. La rara soy yo. No estoy muy bien últimamente.

Su rostro está sombrío, así como su ánimo. Transmite tanta pena que resulta asfixiante.

—¿Y eso?

Puede que me esté precipitando, que esté buscando una confianza que aún no existe entre los dos. Sin embargo, ella me responde. Sus ojos brillan demasiado.

—Mi padre murió hace un mes. Aún no me he hecho a la idea.

Trago saliva. Ahora comprendo la razón por la cual he entendido tan bien las señales de su depresión; yo mismo las he pasado. Yo mismo las tengo. También adivino que las galletas que mi madre horneaba eran para ella y su madre. Se conocen, son viejas amigas.

—Es comprensible —acierto a contestar.

—No me has dicho que lo sientes —comenta ella con una media sonrisa.

—Yo también he perdido a mi padre, y sé lo desesperante que es escuchar esa frase de labios de desconocidos. Dudo que creyeras mis palabras. Pero si te sirve de algo, de verdad que lo lamento.

Me mira a los ojos, y por primera vez noto que lo hace de verdad, como si acabase de aparecer ante ella rodeado de una luz cegadora. En el momento en el que he confesado que mi padre también ha fallecido algo ha nacido entre los dos. Lo siento. Un vínculo invisible que nos une.

La muerte. La tragedia.

La pérdida.

—Eres sincero. Y tienes toda la razón. Todo el mundo me trata como si fuera de cristal. Agradezco que por fin alguien me hable como a una persona normal —responde.

—Eres normal, pero también estás muy triste.

Cada vez estoy más sorprendido con lo fácil que me resulta hablar con ella. Yo no soy así. Yo no hablo con nadie; hacerlo con tanta soltura con una extraña es simplemente increíble. Solo me abro así ante mi madre y Lucas. Hasta con Óscar tengo alguna barrera a veces.

Estoy seguro de que no es por haberla conocido en el pasado. Es cierto que ese detalle ha servido para romper el hielo, pero hay algo más. Su presencia me tranquiliza, me invita a ser de otro modo. Más. Diferente. Como una versión actualizada y durmiente de mí mismo que siempre, por algún motivo, se ha resistido a aparecer.

Valle mira a la lejanía, perdida en sus pensamientos. No consigo averiguar qué pasa por su cabeza. El viento mece su pelo. Tiene que apartarse un mechón de los ojos. Lo hace antes de que mis dedos salgan despedidos solos y lo hagan ellos.

—¿Alguna vez se pasa? —me pregunta de pronto.

Sé a lo que se refiere. Al dolor, a la quemazón que te contrae las entrañas por la pérdida. Decido que no la voy a mentir.

—Yo era muy pequeño cuando mi padre murió, así que no puedo asegurártelo. Mi situación es un poco confusa, pero solo con ver a mi madre puedo decirte que nunca desaparece. Simplemente se hace más llevadero.

Suspira profundamente. Me parece ver el aire que expulsa, como una nube que se pierde en su libertad.

—No es un consuelo.
—Con el tiempo todo se soporta mejor.
—Es como si tuviera una hoguera ardiendo en el pecho.
No sé qué decir para animarla. Igual que si leyera mis pensamientos, Valle niega con la cabeza y sonríe con cansancio.
—Creo que ahora mismo soy una pésima compañía. Siento haberte amargado la tarde. Tengo que irme.
La veo levantarse y me siento como un cachorrillo desvalido al que abandonan en una cuneta. No puedo evitar decir:
—¿De verdad?
—Sí. Se me hace tarde, y tengo que estar en casa para ayudar a mi madre. Tampoco lo está llevando muy bien. Ha estado guay hablar contigo, Simón. Seguro que volveremos a vernos por ahí.
—Eso espero —murmullo.
Valle se despide del grupo y echa a andar. La observo alejarse y disfruto de la visión de su cuerpo. Escucho que Mer comenta:
—Pobrecilla. Desde lo de su padre no es la misma.
Pongo los ojos en blanco. Pues claro que no es la misma, idiota. Me dan ganas de gritárselo a la cara, pero guardo silencio. Lucas me lanza una rápida mirada y comprendo que teme que me lance al ataque. Sabe lo sensible que soy a temas como este. Óscar pregunta sobre lo que le pasó al padre de Valle y Helena se lo cuenta. Yo dejo de escuchar. No me hace falta que me repitan la historia; la conozco a la perfección.
Sin darme cuenta, pienso en papá. Es cierto lo que he dicho antes; le quiero, y le echo de menos. Pero, por otro lado, en la totalidad de las veces en las que me acuerdo de él me asalta una duda: ¿se puede amar algo que no es ni siquiera un recuerdo? Yo no guardo en mi mente imágenes sobre él, solo atesoro lo que he creado según lo que he escuchado decir a mi madre o a familiares que lo conocían, viendo fotografías o antiguos vídeos en VHS. ¿Eso es falso? ¿Todos mis sentimientos hacia su figura son una estafa? No lo sé, aunque tampoco quiero planteármelo demasiado. Solo sé que me falta y que nada me lo devolverá.
Yo no puedo asegurar que conozco lo que Valle está sufriendo, pues cada dolor es único. Sin embargo, puedo asegurar que está rota.
Yo, a pesar de todo, lo sigo estando.

# 7

# Óscar

Es de noche. Tras todo el ajetreo de la tarde, Simón ha caído fulminado sobre su cama. Duerme tan profundamente que sus ronquidos se oyen por toda la casa. Lucas y yo hemos subido a la azotea. La noche es fresca, y ninguno de los dos está cansado.

El ambiente está raro entre nosotros, más aún. Me he dado cuenta de lo de Gabriel, de cómo le mira. No paro de darle vueltas, aunque luego me regaño a mí mismo por no convencerme de que todo es un producto de mi imaginación, que Lucas está igual que siempre y que ver a ese tío no le ha hecho nada por dentro. Sin embargo, nosotros no estamos igual que siempre. Algo había cambiado antes de que apareciera este chico. Cansado de marearme a mí mismo todo el rato con el tema, lo dejo reposar.

He hablado esta tarde con mi padre. Todo va bien por casa. Se apaña con los niños, así que me ha prohibido siquiera pensar en volver. Me tranquiliza que todo esté en su sitio, aunque también sé que mi padre podría estar rodeado de fuego con medio piso calcinado que ni así me pediría ayuda si con eso me molesta.

Aprovechando que nuestro amigo duerme, vamos a planear cosas que hacer en su cumpleaños. Es el diez de agosto, dentro de exactamente siete días. Gracias a la enfermiza previsión de Lucas, compramos sus regalos antes de llegar a este pueblo; aquí lo habríamos tenido complicado para conseguir algo decente.

Tras un rato de discusión sin llegar a una conclusión satisfactoria, decidimos que lo mejor será que hablemos con Sofía. Ella podrá ayudarnos. Bajamos hasta la planta baja y la vemos en la cocina, tomando una copa de vino. La saludamos y nos sentamos con ella a la mesa. Nos ofrece bebida, pero la rechazamos. Me encanta esta mujer. No me conoce de tanto tiempo como a Lucas, pero siempre me ha tratado con amabilidad y cariño. Me encantaría tener una madre así. Y más si me acuerdo de que la mía nos abandonó por convertirse en

una… Dios, no lo quiero ni pensar.

El chiste de mi vida, ya se sabe.

Es un asco no tener una figura materna en la que buscar apoyo o consejo. Es cierto que quiero a mi padre con locura, pero una madre es una madre, y yo mataría porque la mía no nos hubiera dejado, porque todo fuera como antes. A veces me pregunto cómo sería mi vida si nada hubiera cambiado, si mi madre siguiera con nosotros. Tal vez pudiera ir a la universidad, tal vez fuéramos una familia feliz.

Me cuestiono muchas veces si lo somos, felices. Podría decirse que sí, pero la afirmación no me sale con la rapidez que debería. Es cierto que mi padre y yo procuramos que mis hermanos siempre tengan todo lo que necesiten, que no echen nada en falta, pero en ocasiones es imposible. Hay agujeros que son difíciles de llenar, sobre todo cuando estás más centrado en las vidas de otros que en la tuya propia.

Intento apartar estos pensamientos. Supongo que a cada uno nos toca vivir unas situaciones concretas, y solo podemos afrontarlas de la mejor manera posible.

Tras un rato lo tenemos todo planeado. La mujer se despide cuando se va a dormir y nosotros volvemos a ocupar nuestros sitios en la azotea. Es aquí cuando decido pincharle un poco. No suelo traerme estos juegos entre manos, pero necesito saber qué está sucediendo, o al menos hacerme una idea.

—¿Vas a decirme qué te pasa con Gabriel?

Se tensa en el acto. Noto que se ha puesto colorado también. Lo que hay aquí no es producto de mi imaginación, ahora lo sé. Él me lo ha dicho sin pronunciar ni una palabra.

—¿A qué demonios te refieres?

—No me has respondido —rebato.

—No puedo hacerlo si no sé de lo que hablas.

—Te comportas de manera… extraña cuando estás con él. Parece que te gusta. —Se lo suelto así, sin piedad. Y no lo lamento.

—¡No seas ridículo! —exclama, enfadado. Ha alzado la voz, así que temo que Simón o su madre puedan oírnos discutir.

—¿Lo estoy siendo?

Me mantengo impasible, lo que hace que él se muestre todavía más inquieto. Está tan incómodo que se ha levantado de su tumbona.

—¡Por supuesto! ¿Acaso te he dado motivos para pensar eso?

Tengo que hacer esfuerzos para no poner los ojos en blanco o romper a reír. Le miro con fijeza y él se encoge un poco.

—No creo que quieras que responda a eso.

Estoy siendo duro, implacable, pero es que hasta este momento no me había dado cuenta de lo cabreado que estoy. Si le molesta, que se aguante. Estoy descargando parte de la frustración que siento en nuestra relación ahora mismo, y no me arrepiento. Es liberador. Me

mira como si no me conociera.
—No entiendo a qué viene esto.
—Yo tampoco.
—Será mejor que me vaya. No quiero seguir hablando de estupideces —dice.
—¿Así es como quieres que resolvamos nuestros problemas, huyendo? —pregunto, incrédulo.
—Por supuesto que no. Hablaré de nuestros problemas cuando existan, no cuando te los inventes. Esto no tiene ningún sentido.
—Estás evitándome, lo haces desde que conocimos a Gabriel. Para mí tiene mucho sentido.
—Me voy.
—No.
—Sí. Además, tengo que llamar a mis padres.
—Son casi las doce.
—Estarán despiertos. Ya hablaremos cuando vuelvas a confiar en mí.
Y dicho esto, se va. Me quedo aquí sentado, con cara de tonto y el estómago revuelto. Siempre me perturba discutir con Lucas, pero esta vez ha sido diferente a todas las anteriores. Esta discusión la he empezado yo, porque por una vez es él el que ha hecho algo, aunque se niegue a reconocerlo.
No entiendo en qué punto nos deja lo que acaba de pasar. Él me ha asegurado que no tengo nada de lo que preocuparme con respecto a Gabriel. No obstante, no le creo. Sé que me miente. Le conozco demasiado bien como para no saber interpretarle.
Nunca he sido celoso y, la verdad, no sé si lo que me atormenta por dentro puede considerarse como tal, celos. Sé que Lucas tiene ojos en la cara y que los usa constantemente, a veces para disfrutar del físico de otros seres humanos. No es eso lo que me molesta. Es… joder, no puedo especificarlo.
Simplemente estoy cabreado.
Mucho.
Con él. Con los dos.
Con lo nuestro.
Ahora estoy demasiado cansado como para seguir comiéndome la cabeza. Tal vez sea buena idea eso de hablar cuando haya recuperado la confianza en él.
Vaya…

# Lucas

He huido. Así de simple. He salido corriendo como una sucia rata que escapa de un gato callejero que quiere zampársela. Soy un cobarde. Y un mentiroso. Óscar lleva toda la razón, soy un fraude. Y me odio por ello.

Me encuentro tan mal que bajo de la azotea, cruzo nuestro cuarto en silencio y continúo hasta la planta baja. Allí abro la puerta y salgo a la calle. No sé adónde voy, no me importa. Solo quiero alejarme de Óscar y de mis mentiras. No pienso hablar con mis padres, solo era una excusa para escapar de allí. Estaba al aire libre, pero el peso de mis palabras me había hecho sentir como si paredes invisibles se cernieran sobre mí, asfixiándome.

He mentido. He mentido a mi novio a la cara. Por más que quiera negármelo a mí mismo, siento algo por Gabriel. Solo es simple atracción física, pero algo es algo. Me siento el ser más despreciable del mundo, como si le estuviera engañando.

Tal vez todos los problemas que nos han asolado estos últimos meses nos estén pasando factura. No quiero creerlo, no quiero darle más importancia a este simple capricho de la que tiene.

Pero ¿qué podía haber hecho? ¿Confesarle que ese desconocido me gusta? Ni de coña. Ni en un millón de años. No voy a poner en peligro la historia que comparto con Óscar (no niego que cada vez sea más frágil) por un enajenamiento momentáneo. No quiero hacerlo, y ninguno de los dos merecemos que rebaje tanto lo que compartimos.

Camino sin rumbo fijo; cuando me doy cuenta compruebo que estoy en el centro del pueblo. Todo está muy animado. Hay varios bares abiertos, y están llenos de gente. Me siento fuera de lugar, como si no mereciera ser partícipe de la fiesta que me rodea.

Tengo que volver a casa, pedirle perdón a mi novio y olvidarme de todas las ridiculeces que pasan por mi mente y centrarme en lo que de verdad quiero. Que es a él, a Óscar. Estoy a punto de desandar mis pasos cuando él aparece entre la gente para ponerlo todo del revés y dejarme la mente en blanco.

Gabriel.

Sus ojos se abren por la sorpresa cuando repara en mí. Va acompañado de su prima, que se mantiene en un segundo plano, y por otros chicos que conocí esta tarde. Creo que son Manu y Raquel,

aunque no estoy del todo seguro. Solo puedo mirarlo a él. Lleva una copa en la mano, con su pelo azabache peinado hacia arriba y una camisa ceñida que perfila cada una de sus curvas.

Guau.

Me saluda con la mano y se acerca. Viene él solo. Y yo no pienso con claridad. Contemplo sus labios, tan rosados, curvados en una sonrisa. Por un momento temo abalanzarme sobre ellos. Cuando llega junto a mí me da un abrazo a modo de bienvenida.

—¡Lucas! ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

No puedo contestarle, no con su cuerpo pegado al mío, no con cada uno de los músculos de su vientre presionando los míos. Mi temperatura corporal asciende tan rápidamente que temo empezar a echar vapor por mis poros. Justo cuando se separa entierro las manos en los bolsillos de mi pantalón para disimilar una sobreexcitada parte de mí que no quiero que me deje en evidencia.

—Pues no lo sé, la verdad. Me apetecía dar un paseo y he aparecido aquí.

—Ya que estás, ¿quieres quedarte a tomar algo?

—No, no creo que sea buena idea.

—¿Estás bien? Tienes mala cara —me dice.

Me revuelvo, incómodo. No quiero que Gabriel sepa que me pasa algo, y menos cuando ÉL es ese ALGO.

—He discutido con Óscar —reconozco.

Sabe que somos pareja. Esta tarde le hemos contado a él y a sus amigos cosas sobre nosotros, y nuestra relación fue una de ellas. Todos se mostraron comprensivos y con la mente abierta, por lo que no se produjo ninguna situación incómoda. Sinceramente, lo pasé bien. Me encontré a gusto y cómodo con esa gente. Y con Gabriel. Sobre todo con Gabriel.

Desde que le vi por primera vez sospeché que era gay también. Sin embargo, hace unas horas me lo confirmó por completo. No me quitó el ojo de encima en ningún momento, esperando a que reparara en él, a que nuestras miradas se cruzasen para compartir un momento de secreta complicidad. Le gusto, puedo notarlo. Y creo que es recíproco.

—Vaya, lo siento. Seguro que todo se arregla rápido.

—Sí, supongo. Ha sido todo muy raro. Quería despejarme, por eso he salido.

Esta situación sí que es extraña. Estoy hablando de la discusión con la causa de esa discusión. Increíble.

—Sé que nos conocemos desde hace muy poco, pero quiero que sepas que si necesitas hablar sobre algo, aquí me tienes. Me has caído bien.

Lo dice de tal forma que me parece lo más erótico del mundo. Su voz es como miel espesa que se desliza lentamente. Madre mía, estoy

delirando…

—Gracias —acierto a contestar.

—Tienes una cosa en el pelo.

Estira el brazo y desenreda de mis cabellos algo que me habrá caído encima desde algún árbol. Sus dedos se entretienen más de lo debido jugueteando con unos mechones. Los acaricia, y yo me estremezco entero. Cuando aparta la mano me siento como si estuviera desnudo en medio de una ventisca.

Sin ninguna duda, le intereso.

—¿Eres gay? —le pregunto sin pensarlo. En cuanto lo hago me muero de la vergüenza.

Él se ríe y me mira con algo parecido a la ternura.

—Creo que es algo más que evidente, ¿verdad?

Vuelve a provocarme, a retarme a que diga algo para dejarme en evidencia.

—Tal vez. Debe de ser difícil ser gay en un pueblo tan pequeño.

—Bueno, digamos que es algo así como un secreto. Sé que puedo fiarme de ti para que no se lo cuentes a nadie.

—Tranquilo.

Trago saliva. Por supuesto que no voy a abrir la boca. Ahora mismo, bajo su abrasadora mirada, no puedo hacer nada.

—Estoy pensando en celebrar una fiesta en unos días, aprovechando que mis padres no estarán. Creo que deberías venir.

—No sé…

—Vamos, será divertido. Ya te contaré los detalles. Ahora vamos a beber algo.

—No puedo, tengo que volver. Óscar estará preocupado.

—Como quieras. Piénsate lo de la fiesta. No acepto un no por respuesta.

—Gabriel…

—¡Nos vemos!

Se marcha, dejándome con la palabra en la boca. No quiero quedarme mirándole como un idiota, así que me doy la vuelta y vuelvo a casa antes de que me arrepienta de hacer caso a este poco de cordura que aún conservo.

# 8

# Simón

Por las caras que tienen mis amigos, han debido de tener una noche movidita. Y no en el buen sentido, me temo. Lucas se ha levantado, ha desayunado y se ha vuelto a meter en la cama. Óscar, por el contrario, se ha dedicado a lanzar gruñidos hasta que se ha distraído mirando la televisión. Mi madre no está en casa, pues ha ido a hacer algunas compras que seguro están relacionadas con lo que quieren preparar para mi cumpleaños. Se piensan que no me he enterado de nada, pero se equivocan. No es que les haya escuchado hablar de sus planes; simplemente se les da fatal disimular.

No sé qué les pasa. Supongo que discutieron anoche, cuando yo ya estaba dormido. Y me temo que fue por Gabriel, seguro. Me preocupa la situación. No deseo que venir aquí suponga un problema para su relación, aunque me temo que ya es un poco tarde para eso. Por más que no quiera, la brecha ya está hecha.

Le hablé a mi madre acerca de Valle, y me corroboró que efectivamente nos conocíamos. Saber que algo existía entre nosotros antes de este viaje me crea una agradable sensación de pertenencia, como si hubiera alguien más en el mundo a quien le importo. Es una locura, lo sé.

Como el ambiente es extremadamente incómodo, decido ir a dar un paseo por el pueblo. Hace calor, pero ya no me molesta tanto. Creo que me estoy acostumbrando a él. Llego hasta la calle principal, donde se aglutinan la mayoría de los comercios. Hay un montón de gente. Pongo cuidado en no cruzarme con mi madre; no quiero fastidiarle ninguna posible sorpresa. Me cruzo con Helena, la prima de Gabriel, que me saluda con una agradable sonrisa. No me gustan los encuentros fortuitos, pues considero que son la mar de incómodos, aunque por suerte este dura poco.

Unos minutos más tarde se produce otro, pero por el contrario este no me molesta en absoluto.

Es Valle.

Camina con unas bolsas de plástico llenas de productos. Parecen pesadas. Sonríe de oreja a oreja cuando me ve.

—Hola —me saluda.

—No te estaba siguiendo, lo juro —digo y ella se ríe.

Vaya, ahora hasta hago bromas. ¿Qué me pasa?

—Tranquilo, no me asustas. He ido a hacer unas compras para mi madre —dice, señalando las bolsas con un gesto—. Sabes, tenía ganas de verte. He estado pensado en algo.

Sus palabras me crean un cosquilleo en las entrañas. Ha pensado en mí, o en algo para hacer conmigo. Creo que tengo náuseas.

—¿Ah, sí…? —La voz me sale ridículamente chillona.

—Sí. Vamos, acompáñame a mi casa para dejar esto y te lo cuento después.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto, refiriéndome a las bolsas de la compa,

—No, puedo sola. Gracias.

Asiento y la sigo. Estoy tan nervioso que tengo ganas de echar a correr. Mi imaginación se ha puesto a trabajar a toda pastilla y eso no puede ser nada bueno. Esto es raro, porque no la conozco de nada. Procuro que Valle no note mi agitación; sería de lo más vergonzoso. Veo que no lo consigo cuando dice:

—¿Te pasa algo?

Niego con la cabeza. No me sale ningún sonido. Ella tampoco habla, aunque no se hace incómodo.

Me tranquilizo cuando llegamos a una casa de dos plantas con la fachada pintada de un elegante color verde. Me resulta familiar, como todo lo que la rodea. Entra sola y yo la espero bajo un pequeño cenador, refugiado del sol. Bueno, parece que voy a seguir siendo virgen un ratito más. Y hasta cierto punto es un alivio.

Valle baja a los pocos minutos y volvemos al pueblo, buscando una zona sombreada. Tomamos asiento en un banco de madera colocado en una pequeña plaza y digo:

—Bueno, dime de qué se trata.

Aunque el paso de los minutos ha conseguido relajarme, ella no lo ha logrado en absoluto. Se revuelve, tensa. Finalmente dice:

—Verás. Al decirme que tú también habías perdido a tu padre, pensé que tal vez pudieras ayudarme con algo, pero ahora que lo pienso es una tontería…

—Sigue.

—De verdad, no es… Apenas me conoces.

Eso me hace un poco de daño. Es verdad, pero ninguno de los dos nos consideramos desconocidos. No lo puedo explicar; es como si en vez de nacer, nuestra amistad hubiera resucitado después de una

interminable pausa.

—Venga.

Asiente, cediendo a mi presión.

—Está bien. Creo que al haber pasado por algo similar puedes comprender todo lo que siento, lo que me martiriza esto.

—Entiendo.

—Verás; antes de morir, cuando todavía estaba en el hospital, mi padre me dijo algo.

Noto como si nos encontrásemos dentro de una burbuja, un espacio solo nuestro en el que nada nos perturba. Estoy tan concentrado en sus palabras que ya no existe nada más. La curiosidad me está matando.

—¿El qué?

—Que había dejado algo para mí. Un secreto.

—¿Un secreto? —Esto es lo más emocionante que he escuchado nunca.

—No tengo ni idea de a lo que se refería, pero no puedo sacármelo de la cabeza. Hace ya un mes y no hay ni un segundo del día en el que pare de pensar en ello.

—¿Y no te dijo nada más?

—Sí. Me dio una especie de pista, o de coordenadas, según se mire. Me dijo que mirara en la oscuridad que me asustaba de pequeña. Simón, mi padre me dejó algo antes de morir.

—Valle, es una…

—Sí, sé que es una locura, que lo que sea que mi padre guardó para mí puede estar en cualquier parte, pero eso no me disuade. Necesito encontrarlo.

Esto es una majadería. Lo que me dice es una tarea casi imposible. No obstante, entiendo perfectamente lo que siente. Yo también querría remover cielo y tierra si supiera que queda un mínimo rastro de mi padre que no conozco, un mensaje oculto que dejó específicamente para mí. Por más que me parezca improbable que encontremos nada, sé que voy a ayudarla.

Queriendo convencerme, toma mi mano y dice:

—Piensa que eres tú el que está en mi situación. ¿No querrías saber lo que tu padre tiene que decirte, lo que no pudo contarte cuando estaba vivo? No me digas que no porque no te creería.

La miro a los ojos con tanta fijeza que temo quedarme bizco.

—Lo haré. Te ayudaré.

Se ríe, aliviada, y me abraza el cuello con fuerza. Me tenso con su contacto y ella malinterpreta mi gesto. Se separa rápidamente y dice:

—Lo siento.

Ansío decirle que no pasa nada, que simplemente me ha pillado desprevenido, que puede abrazarme todas las veces que quiera. Pero

no digo nada de eso.

—¿Qué crees que puede ser?

—No tengo ni idea. Tal vez una nota, o un maletín lleno de dinero. Mi padre viajaba mucho; tal vez encontrase una mina de oro y quiera que yo encuentre su tesoro. —Sonríe con tristeza.

—Eso sería una pasada.

—Lo sé. En serio, no puedo imaginarme lo que es, ni qué quiere decirme con ello. Estoy segura de que es un mensaje para mí, solo para mí.

—¿A tu madre no le dijo nada de esto o parecido?

—No que yo sepa.

—¿Sabes por dónde empezar a buscar? —pregunto, aclarándome la garganta.

—Tengo algunos sitios pensados, sí.

Asiento, metiéndome de lleno en esta nueva aventura. Parece que las misiones que tengo que conseguir completar en este verano se me multiplican.

# 9

# Simón

Apenas he podido pegar ojo esta noche por los nervios. La revelación de Valle me ha mantenido en vela por completo. Parecía que mis párpados formaban dos polos iguales de un imán y les era imposible pegarse ni un segundo. Le he dado tantas vueltas a todas las variables que hasta me duele la cabeza.

Ahora estamos en la piscina, y yo estoy muerto de sueño. Aun así, me mantengo despierto. Tengo a Valle a mi lado y estamos a punto de empezar a perfilar los movimientos que realizaremos a continuación. Quedamos en vernos aquí ayer, antes de despedirnos. He venido con Lucas y Óscar, pero pronto los he perdido de vista. Ellos se han metido en el agua con Gabriel y los otros, mientras que yo he corrido al lado de mi nueva antigua amiga, que me esperaba cobijada en la sombra de un árbol.

—Tienes pinta de cansado —me dice a modo de saludo.

Lleva un bikini negro. Me concentro en mirar sus ojos.

—No he dormido mucho.

—Yo tampoco. Estoy nerviosa.

—Me pasa lo mismo. ¿Has pensado en sitios donde tu padre haya podido esconder eso de lo que hablas?

—Sí. Me ha costado, pero al final he logrado recordar lugares oscuros que me aterrorizaban de pequeña. He resumido la lista a tres posibles opciones.

Dudo que haya que resumir nada, pues cualquiera es un posible escondite. Ella parece leerme el pensamiento y pone los ojos en blanco antes de decir:

—Vale, no se me han ocurrido más que esos tres sitios. ¿Quieres oírlos?

Asiento. La emoción por la aventura que se avecina me pellizca la piel.

—Bien —continúa—. Son estos: el primero, el cobertizo que tienen

mis abuelos en su casa; el segundo, el trozo de jardín que se ve desde mi ventana por la noche; y el último, una cueva que hay en una pequeña montaña. Se puede ver desde la carretera a la salida del pueblo. Y ya está.

—Supongo que no pensarás que tu padre ha podido dejar algo en esa cueva, ¿verdad?

—No, no lo sé. Es posible. Aún no quiero desestimar ninguna opción. Bueno, ¿qué te parece?

—Me parece que tenemos trabajo.

Mi respuesta le hace sonreír, y ese gesto me llena de felicidad. Una agradable calidez me acaricia por dentro. Me pierdo en sus ojos, donde no veo más que tristeza y esperanza.

—Creo que debemos comenzar por el cobertizo —apunta.

—Sí, es el más fácil. Dejaremos la cueva como última opción. No quiero despeñarme ni nada de eso.

Se ríe. Juro que me tiembla el pecho cada vez que lo hace.

—Está bien; olvidemos la cueva por el momento. Iremos mañana al cobertizo.

—¿Tan pronto?

No sé por qué me entra este repentino pánico.

—Sí. No quiero perder ni un segundo. Sigues apuntándote, ¿verdad?

Como si pudiera negarle cualquier cosa que me fuese a pedir.

—Claro.

—Genial.

—No he parado de pensar en esto en toda la noche. No sé qué debemos buscar. ¿Un papel, una caja, una bolsa? —digo para mí, impotente.

—Yo tampoco he llegado a una conclusión clara. Mi padre era una persona muy imaginativa, por eso tenemos que mantener la mente abierta.

Nos quedamos en silencio. En este momento se me ocurre una cosa y decido preguntársela. Ya que me he embarcado en esta aventura por ella, creo que me he ganado el derecho a saber ciertos detalles.

—¿Qué le pasó? —quiero saber.

Ella hace un gesto parecido a un estremecimiento y responde:

—Enfermó. Cáncer.

Asiento. Qué horrible.

—¿A qué se dedicaba?

—Era camionero. Siempre estaba viajando. Creo que no hay un solo lugar de Europa que no haya visitado. Pasaba mucho tiempo fuera de casa; yo le echaba muchísimo de menos.

—Tuvo que ser duro.

—Un poco. Aunque cada vez que estaba en casa era increíble. Nos

quería mucho, a mi madre y a mí.

Sus ojos brillan con una luz nostálgica y la sonrisa de sus labios es descorazonadoramente triste. Mi madre tiene un gesto parecido cada vez que hablamos de mi padre.

—¿Y al tuyo? —inquiere.

—Un accidente de tráfico. Se estrelló con el coche por culpa de una tormenta. Yo tenía siete años, no recuerdo mucho.

Es mentira. Recuerdo la noche en la que todo pasó con precisa claridad. Cada segundo, cada instante, cada lágrima de mi madre. Ahí fue cuando supe que mi vida iba a cambiar para siempre, y también que Lucas sería mi mejor amigo para toda mi existencia. Odio tener tan nítidas las escenas de aquella noche en mi mente, pero no ser capaz de rememorar el rostro de mi padre. Es como si se empeñase en desaparecer.

—Todo esto es un asco —dice y yo no puedo estar más de acuerdo con ella.

—¿Te apetece darte un baño? —le pregunto.

Asiente. Nos levantamos y caminamos en silencio hasta el agua, cada uno perdido en su propio mundo interior.

No tardamos en regresar al tema que nos roba el sueño. Hay demasiadas posibilidades, demasiadas opciones como para no valorarlas todas.

## Óscar

Veo a Simón ir hacia la piscina junto a su nueva amiga, Valle. Van muy pegados. Los he visto hablar bajo el árbol, en susurros, con las cabezas muy juntas, como si compartieran un secreto. No sé qué se traen esos dos entre manos, pero espero que se lo pasen bien. No como yo.

Definitivamente, venir a este maldito pueblo fue una idea terrible. Apenas he cruzado dos palabras en lo que llevamos de día con Lucas tras nuestra discusión de anoche. Y para arreglar las cosas, justo cuando llegamos a la piscina nos encontramos con la razón de mi dolor de cabeza: Gabriel. Nos ha invitado a meternos en el agua con él

y con sus amigos. No me ha dado tiempo a rechazar la invitación; Lucas ha saltado con un efusivo «de acuerdo» antes de que yo hubiese procesado sus palabras. Su emoción es tan evidente que me parece insultante.

Después de lo que hablamos tengo bien claro que no son imaginaciones mías, que algo pasa dentro de mi novio. Y no sé cómo actuar. Estoy completamente perdido.

Gabriel se despide momentáneamente de nosotros y sale de la piscina. Joder, la verdad es que está muy bueno. Qué demonios, es espectacular. ¿Será por eso por lo que Lucas lo prefiere antes que a mí? Yo también tengo músculos, y no estoy nada mal. Además, seguro que le vencería en una pelea. Por favor, ¿qué me pasa? Esta mierda de pensamientos no me vienen bien.

Lucas le sigue con la mirada y cuando está lejos, me dice:

—Tengo que ir al baño.

Asiento, aunque tengo ganas de gritarle que se deje de tonterías y secretos. Le veo salir de la piscina y se aleja camino de los vestuarios.

Tengo el estómago revuelto. Esta situación me es tan desconocida que no sé cómo moverme, ni cómo pensar. A pesar de todo lo que hemos discutido anteriormente, nunca ha sido porque una tercera persona existiera entre nosotros. Presiento que todo comienza a derrumbarse sobre nuestras cabezas, y me da un miedo terrible. Espero equivocarme.

Yo también salgo del agua y camino hasta alcanzar mi toalla. Me la paso por la cara para quitarme las gotas de los ojos y me siento en el césped. Un minuto después Helena, la prima de Gabriel, se sienta a mi lado, asustándome.

—Hola —me saluda.

Me sobresalto y pego un bote.

—Perdona, no te había visto —me excuso.

—Es el mejor cumplido que me han hecho nunca. —Se ríe.

Al principio no entiendo su broma. Después sonrío de medio lado. He hablado alguna vez con esta chica, pero no lo suficiente como para mantener ahora una conversación fluida y que resulte cómoda. Sin embargo, ella no se da por vencida.

—¿Qué haces aquí? Aún están todos en el agua.

—Se me han quitado las ganas de baños. De todas formas, podría decirte lo mismo —respondo.

—Yo nunca me meto.

—¿Por qué? —pregunto, extrañado.

Helena me mira con las cejas alzadas y se señala a sí misma.

—¿Acaso quieres que enseñe mis lorzas en público? Ni de coña.

—No digas tonterías. Eres muy guapa.

—Ahora eres tú el que dices tonterías.

—No te hagas esto, no te menosprecies. —Apenas la conozco, pero escucharla valorarse tan poco me está poniendo enfermo—. Eres preciosa, y punto.

Helena me regala una tierna sonrisa.

—Es una desgracia que seas gay, lo sabes, ¿verdad?

Me río involuntariamente. La chica es más divertida de lo que creía. De pronto veo a Gabriel en la lejanía y se me evapora todo rastro de buen humor.

—¿Se puede saber qué te pasa? Tienes cara de ir a asesinar a alguien.

—No es nada —contesto. No quiero parecer borde, pero ahora mismo no tengo ánimos para esto.

—Sé que no nos conocemos mucho, pero te prometo que soy una persona de fiar —insiste.

La miro con fijeza y finalmente cedo.

—Es por Lucas.

—Lucas es tu novio, ¿no?

Asiento.

—Se ha colado por ese tío de allí. —Lo señalo. No sé por qué estoy hablando tanto; el caso es… que necesito desahogarme—. Se cree que no me doy cuenta, pero está muy equivocado.

—¿De Gabriel? —pregunta con la boca abierta.

—Sí. El muy gilipollas no para de aparecer en todas partes. Parece que hace todo lo posible para que Lucas caiga en su juego.

En cuanto digo esto, me arrepiento. A pesar de que Helena se está mostrando compresiva, no deja de ser la prima de mi enemigo. No debería haber dicho nada malo de él en su presencia.

—Siento si he dicho algo que te haya ofendido —me disculpo, aunque las palabras me escuecen en la lengua.

—¿Yo? ¿Ofenderme por Gabriel? En absoluto. Es mi primo, pero no mi amigo. Tienes razón; es un gilipollas. Mucho más si está intentando meterse entre los dos.

Me río, contento por tener una inesperada aliada.

—El caso es que no sé qué porcentaje de culpa tiene cada uno —continúo—. Tu maldito primo es un jodido supermodelo, y Lucas ha conseguido que deje de fiarme de él. Eso es lo que me da miedo.

—Entiendo —dice ella.

Guardamos silencio; en ningún momento se me hace incómodo. Me gusta Helena, es agradable estar con ella.

—Vivo en la misma casa que él —dice de pronto—. Puedo echarle un ojo por ti.

—Te lo agradezco, pero yo no soy así. No quiero controlar a Lucas. Si quiere estar conmigo, adelante. Si no… bueno, si no ya sabe lo que tendría que hacer.

—No le controlas a él, sino al pervertido de mi primo. Además, en un caso como este, un poco de… supervisión, está más que justificada.

—No sé… No me siento cómodo.

—Pero yo sí. Tú no te preocupes; déjamelo a mí.

A pesar de todo, no puedo evitar sentir cierta tranquilidad.

—Gracias —le digo con una sincera sonrisa—. Bueno, cuéntame. ¿Cómo es que vives en su casa?

—Estoy de visita. Gracias a Dios no soy de este pueblo. A mis padres les pareció una idea excelente mandarme aquí todo el verano con mis tíos. Digamos que no tuve mucho poder de decisión.

—No te llevas bien con tu primo. —No lo pregunto; creo que es un hecho más que evidente.

—Es algo así como el líder de su grupo, y yo solo soy su prima gordita que no encuentra su lugar en el mundo. No es que me tenga muy en cuenta que digamos. Me lleva con él y sus amigos porque sus padres le obligan. No sabes las ganas que tengo de que acabe este sufrimiento y volver a casa.

—¿Sabías que era gay?

—No antes de este verano. Me lo contó en cuanto llegué. Supongo que decidió confiarme su secreto para poder ligar con quien quisiera sin necesidad de esconderse. Suficiente tiene con escabullirse de sus padres como para que yo sea un problema también.

—¿Es de fiar? —cuestiono, no sé muy bien por qué. Creo que simplemente quiero que Lucas se rodee de buenas personas, por mucho que se tuerzan las cosas entre nosotros.

—Como te he dicho, lo tendré vigilado. —Es todo lo que dice y eso me preocupa aún más.

No veo a Lucas. Su estancia en el servicio se está alargando más de lo necesario. Tampoco está Gabriel, lo que hace que el escozor que siento en el estómago queme como brasas. Helena, que parece capaz de hurgar en mis pensamientos, dice:

—Tranquilo, todo saldrá bien.

Sonrío, agradecido. Creo que algo ha nacido entre Helena y yo, algo bonito. Sí, presiento que seremos amigos.

# Lucas

En cuanto he visto alejarse a Gabriel he sentido la necesidad de ir tras él. No sé exactamente para qué, pero era como si los pies se me moviesen solos. Ante la atónita mirada de Óscar, he salido del agua fingiendo necesitar ir al baño y me he alejado. Ahora busco a Gabriel entre la gente. Lo encuentro enseguida, saludando a unas personas. Cuadro los hombros, inspiro con fuerza y camino hacia allí. Fingiré un encuentro casual, totalmente fortuito.

Ni siquiera me acuerdo de Óscar. Sé que estoy jugando con fuego, que he empezado a quemarme, pero ahora mismo me da igual. Quiero vivir este momento. Y este momento es Gabriel.

Miro hacia todas partes menos a él, para que se crea que no he reparado en su presencia. Incluso tengo la osadía de chocarme ligeramente con su hombro cuando paso por su lado. Me vuelvo hacia él y fabrico una expresión de sorpresa

—¡Vaya! No te había visto, lo siento —digo. Seguramente me he puesto colorado. Soy patético.

—¡Lucas! No pasa nada. ¿Dónde ibas?

—Al servicio.

—Te acompaño.

Echamos a andar juntos y yo tengo que aguantar una sonrisa. Noto las chispas saltar entre los dos. Me dan ganas de estirar el brazo y tocar su piel, en la que aún brillan pequeñas gotas de agua.

—¿Te has pensado lo de la fiesta que te propuse? —me pregunta de pronto—. He decidido que sea de disfraces.

—No sé, no puedo dejar a mis amigos solos —repongo, aunque me muero de ganas por ir.

Me he referido a Óscar como mi amigo, y es un detalle que no nos pasa desapercibido. La salvaje sonrisa de Gabriel me lo confirma.

—No seas tonto; por supuesto que estáis invitados los tres. Vamos, será divertido.

—De acuerdo. Sabes que yo iría encantado, pero tengo que consultarlo con el resto.

—Eres el mejor.

Sonríe y me abraza con fuerza. Lo siento en todas partes. Y yo no puedo respirar. El contacto entre los dos dura más de lo recomendable y las cosas para ambos empiezan a ponerse… tensas. Me ruborizo y me aparto, avergonzado. No quiero que note lo que me provoca, por mucho que a mí me haya encantado sentir lo que causo en su cuerpo. Él no se muestra avergonzado en absoluto, sino que me mira como si fuera comestible y en cualquier momento fuera a pegarme un bocado. Señala a su espalda con un movimiento de cabeza.

—¿No tenías que ir al baño?

Mierda. No me había dado ni cuenta de que ya hemos llegado.

Asiento y entro con la cabeza gacha, arrepentido por mi conducta, por mis pensamientos y por lo poco que me importa todo lo anterior. Estoy en un lío. Joder, estoy en un lío grandísimo.

# 10

# Simón

Parece que la azotea de la casa de la abuela se va a convertir en nuestro lugar de reunión. Es de noche. Después del día en la piscina me he quemado con el sol. Tengo la nariz roja como un tomate y los hombros me escuecen una barbaridad. Casi no puedo recostarme en mi asiento.

Lucas nos está contando que Gabriel nos ha invitado a una fiesta que va a celebrar en unos días, aprovechando que sus padres no estarán en casa. Asistir a ese evento me parece una idea horrible, y por la cara que tiene Óscar veo que al él también.

—¡Y lo mejor es que será de disfraces! —exclama, emocionado.

Óscar y yo nos miramos y después él dice:

—¿Y eso es algo bueno?

—¡Pues claro! Será muy divertido. Ya tengo alguna idea para mi disfraz.

Se nota que Lucas está loco por ir. También se nota que Óscar moriría por no hacerlo. Vaya.

—Ni de coña —digo.

—Ni en sueños —repone Óscar.

Chocamos las manos con camaradería. Lucas pone los ojos en blanco y hunde los hombros con desánimo.

—Chicos, por favor. Estamos conociendo a gente, haciendo nuevos amigos, y todos van a estar. Este verano prometía ser un aburrimiento y puede que no lo acabe siendo. No seáis muermos. Además, probablemente estén Valle y Helena. Sé que os lleváis bien con ellas.

—También estará Gabriel —apunta Óscar, sombrío.

—Obviamente: es el anfitrión —responde Lucas, dejando en evidencia lo absurdo de la apreciación de su novio.

—Ya sabes que no me gustan las fiestas —digo yo, intentando calmar los ánimos entre ellos.

—Vosotros veréis. Yo pienso ir.

Sé que lo hará. También sé que Óscar no dejará que vaya solo si Gabriel está por ahí suelto. Y también sé que no me quedaré solo en casa estando Valle por allí. Esta pelea estaba perdida desde el principio.

—De acuerdo —cedo.

Óscar gruñe, enfadado.

—Vale —dice a su vez.

—¡Genial! Tenemos que pensar qué ponernos.

Lucas empieza a soltar un rollo interminable sobre posibles disfraces y yo desconecto. Le quiero mucho, pero mi amigo es simplemente extenuante. Cuando termina, el cambio de tema me hace centrar la atención.

—Simón, no nos has contado cómo van las cosas con Valle. El plan va viento en popa, ¿verdad?

—No.

Óscar se ha incorporado, atento.

—Venga, desembucha —me exige. Estar enfadado con Lucas le hace mostrarse de lo más irritable.

—No tengo nada que contar. Simplemente es una amiga.

—Pasas mucho tiempo con ella —sigue pinchándome Lucas.

Ya está, se acabó. Me he hartado de esta conversación.

—Y tú pasas mucho tiempo con Gabriel, y no creo que por eso quieras tirártelo, ¿verdad?

Puedo jurar que la cara de Lucas se ha puesto tan colorada que probablemente se vea desde las estrellas. He soltado una bomba horrible de discordia entre mis amigos, pero al menos ha servido para que Lucas cierre la boca. Aprovechando la calma que he causado, me levanto y digo:

—Me voy a la cama.

Camino hasta la puerta, dejando a mi espalda el silencio más incómodo y tenso que he presenciado nunca.

Sin embargo, no me duermo. Las conversaciones que he mantenido con Valle estos días me persiguen, me mantienen en vela. Ardo en deseos de saber qué demonios es ese secreto que su padre escondió. No veo el momento de dar con él, si es que realmente hay algo que encontrar. Yo también he dejado vagar mi imaginación y he buscado posibles opciones sobre lo que es; ninguna me convence, o directamente son imposibles. Todas estas dudas solo hacen que las ganas que tengo de saber la verdad aumenten.

# Óscar

Las palabras de Simón aún resuenan en mis oídos horas después. Mi amigo duerme en su cama, ajeno a mi insomnio. La respiración de Lucas es muy superficial, lo que me indica que también está despierto. Conozco cada uno de sus sonidos, de sus gestos; sin embargo, ahora me parece un extraño.

Creo que no soy el único al que la conducta de mi novio le ha parecido sospechosa, y eso me ha hecho enfadar aún más. Quiere decir que no es una imaginación mía, que realmente pasa algo.

Le escucho moverse y después se levanta. Seguramente va al servicio. No me lo pienso y le sigo. La casa está a oscuras y en silencio. Todo duerme a mi alrededor. Camino despacio, sin hacer el más mínimo ruido. Lucas no ha reparado en mi presencia, por lo que si me acerco a él probablemente le dé un susto de muerte. Bajamos hasta la planta baja, recorre el pasillo con ligereza y enciende la luz del baño. Es aquí cuando le abrazo por la espalda y tapo su boca con una mano para que no pueda gritar. Después cierro la puerta del servicio a nuestra espalda.

Lucas se revuelve, asustado. Cuando ve que soy yo, me pega con fuerza en el brazo.

—¿Tú te has vuelto loco? ¡Me he acojonado, joder! ¿A qué juegas?

—No podía dormir y quería hablar contigo —respondo.

—¿Ahora? ¿Y por eso tienes que comportarte como un puto secuestrador? Sal de aquí, quiero mear.

—Pues hazlo.

—¡No pienso hacer pis delante de ti!

—No alces la voz; despertarás al resto. Y yo tampoco voy a irme de aquí hasta que no me des una respuesta honesta.

—¿Sobre qué?

—¿Por qué quieres ir a esa fiesta?

Pone los ojos en blanco, cansado, pero aun así responde:

—Porque lo pasaremos bien.

Me mira directamente, sin parpadear. Quiere dejarme claro que no se acobarda, y eso está empezando a excitarme.

—¿Qué te traes entre manos con Gabriel?

—¿Otra vez con esa mierda? Pensaba que te lo había dejado claro la otra noche.

—Pues no lo has hecho.

—Joder, Óscar. No pasa nada con él, casi ni le conozco. Solo es un amigo.

—Dime, ¿sientes algo por él?

—No.

Mentira.

—¿Te gusta?

—No.

Mentira, mentira.

—¿Lo prefieres a él antes que a mí?

—¡No!

Mentira, mentira, ¡mentira!

Me acerco a él y traga saliva. Estamos tan cerca que noto su aliento. Nuestros labios casi se rozan. No puedo contar las veces que hemos estado en esta postura, pero ahora algo nos separa, una electricidad que antes no estaba presente. No sé qué pasa, me siento febril. Necesito sentirle, dejar salir mi enfado. Necesito que todo sea como antes.

Aunque es eso lo que necesito, nunca antes había sentido nuestra relación como algo tóxico.

Y a pesar de toda mi ira y el miedo, no puedo negar que estoy tremendamente cachondo en estos momentos. Cegado por la lujuria, estiro el brazo y le agarro por el trasero, pegándole a mí de un fuerte tirón. Jadea.

—¿Ya no te gusta esto? Antes te encantaba.

Tengo tantas ganas de besarlo que me escuecen los labios. Quiero provocarle, ver hasta dónde está dispuesto a llegar. Él mantiene las manos en sus costados, tenso.

—Claro que me gusta —dice entrecortadamente.

Por cómo se están poniendo las cosas por ahí abajo sé que lleva razón.

—No te creo —le suelto. Acaricio su boca con la mía—. Creo que no te gusto en absoluto.

Esta última frase termina de encenderle. Me rodea el cuello con los brazos y me besa con ferocidad, haciéndome daño. Yo le abrazo y recorro su espalda con las manos. Echaba esto de menos, su proximidad, su olor, su tacto, cosas que me son más que conocidas pero de las que nunca me canso.

En un ataque de cordura echo el pestillo de la puerta para que nadie pueda entrar. Después le quito la camiseta y lamo su piel. Él hace lo mismo con mi ropa y me contempla. Siempre me ha maravillado el brillo que había en sus ojos al verme desnudo, pero ahora no lo encuentro. Ahora solo hay fuego.

Me empuja y me golpeo contra el lavabo en la cadera. El choque

me duele, pero no me importa. Algo ha cambiado entre los dos, es evidente. El sexo nunca ha sido tan visceral, tan violento. Le arranco el pantalón de un tirón y lo aparto de mí sin delicadeza. Mi rudeza no hace más que aumentar su deseo. Parece que la rabia que sentimos el uno hacia el otro está explotando aquí, en este baño a las tres y media de la madrugada.

Muerde mi cuello y yo le agarro del pelo. Tiro hacia atrás y succiono la piel de su clavícula, arrancándole un gruñido que me vuelve loco. Nuestras respiraciones están tan agitadas que probablemente se escuchen por toda la casa.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunta, con la voz tan atropellada que casi no logro entenderle.

—Creo que está bastante claro —la mía tampoco es que salga muy clara precisamente.

—Pueden oírnos en cualquier momento. Es una locura —jadea cuando muerdo el lóbulo de su oreja.

—Cállate.

—Imbécil.

—Bésame.

Lo hace, y ya no vuelve a decir nada. Destilamos tanta pasión que casi puedo tocarla. Saboreo su boca y percibo en ella todo lo que me atormenta, esos miedos que tan presentes están últimamente. Él también los tiene, él también los guarda. Las cosas han cambiado entre nosotros y la perspectiva de descubrir lo que nos depara el futuro me da miedo. Sin embargo, pienso disfrutar de esto. Recorre mi pecho con la lengua y yo me concentro para ahogar un jadeo. Después, se pone lentamente de rodillas.

Cierro los ojos con fuerza cuando me hace ver las estrellas.

# 11

# Simón

Sostengo el vaso lleno de refresco entre los dedos, mirando cómo mi madre va de un lado para otro de la cocina.

—Cariño, me parece genial que salgas con esa chica, con Valle. Lo está pasando muy mal últimamente. Además, os lo pasabais muy bien de pequeños. Recuerdo que os encantaba perseguir a todos los bichos que encontrabais por ahí —me dice, dándome un apretón en el hombro.

—Es una chica muy agradable—respondo algo avergonzado.

—Seguro que sí.

Estamos los dos solos en la habitación. Lucas y Óscar, que parece que hoy están de mejor humor, ven la televisión en el salón. Tienen ojeras, aunque se muestran sonrientes. Ninguno está enfadado conmigo por mi cruel comentario de la noche anterior, lo cual es un alivio. Dejo de pensar en ellos y me centro en mi madre.

—He quedado con ella en un rato —le cuento.

—Estupendo. ¿Qué vais a hacer?

No sé qué responderle. ¿Jugar a ser buscadores de tesoros? ¿A detectives? Ni siquiera sabemos cómo es el secreto que nos tiene obsesionados. Podría ser un objeto, una nota en un papel, o una simple palabra. Es una locura tremendamente emocionante.

—Dar una vuelta.

Por suerte, no pide más detalles.

Valle está de los nervios, estado que me contagia continuamente. A estas alturas siento que este misterio es tan suyo como mío, como si su padre también hubiera dejado unas palabras para mí.

Es algo así como si lo conociese a través de lo que me cuenta, de sus recuerdos e historias de las que no he formado parte. Yo, perdido en mi bucle de pensamientos, he analizado cada detalle. Por eso creo que ya forma parte de mí.

Igual que me sucede con mi padre.

En fin. Vayamos a por ello.

***

El granero se alza frente a nosotros. Es una edificación de madera, bastante parecido al de cualquier película americana, igual a esos en los que el asesino guarda los cadáveres. El sol brilla sobre nuestras cabezas. Es media tarde y hace un calor insoportable. Decidimos venir a esta hora porque es el momento en el que los abuelos de Valle se echan la siesta. Disponemos al menos de sesenta minutos para colarnos en la propiedad sin necesidad de contestar ninguna pregunta. La chica usa su mano a modo de visera para protegerse de la luz y mira al monstruo de madera.

—Primera parada de la lista. ¿Preparado? —me pregunta.

Asiento. Me preocupa que en cualquier momento el abuelo de Valle salga corriendo de la casa con una escopeta y nos cosa a tiros pensando que somos unos ladrones. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

Valle va hasta la puerta y abre de un tirón. El interior del cobertizo está oscuro y flota mucho polvo en el aire. Toso y agito una mano frente a mi cara, intentando despejar el ambiente. Apenas puedo ver nada. Cuando mis ojos se acostumbran a la falta de luz empiezo a distinguir figuras. Esto está lleno de trastos viejos, cajas y montañas de paja seca. Suelto un suspiro. Valle está a mi lado, con las manos en la cintura.

—Esto es imposible. ¿Cómo vamos a encontrar algo que ni siquiera sabemos qué es en este caos? —No soy capaz de disimular mi desánimo.

—Empecemos por allí.

Señala un montón de piedras que hay al otro lado, justo en la pared contraria a la entrada. Al acercarnos descubro que se trata de un viejo pozo. El agujero de entrada está tapado con un grueso tablón de madera. Valle va a quitarlo, pero la detengo agarrándola del brazo.

—No pensarás que tu padre ha escondido ahí dentro algo para ti, ¿verdad? Quería que descubrieras algo, no que te abrieras la cabeza.

Lo piensa un instante y suelta el tablón.

—Tienes razón. Será mejor que empecemos a buscar.

Convenimos en separarnos y nos repartimos zonas del cobertizo. A mí me toca la parte derecha. Pasan los minutos, y como es comprensible, no damos con nada significativo. Con paciencia, camino entre los montones de cosas inútiles y medio rotas y aparto cajas de cartón que se caen a pedazos.

—Tal vez deberías aconsejarles a tus abuelos que hicieran una limpieza por aquí —comento, intentando librarme de una telaraña que

se me ha quedado pegada en la mano.

—No tiran absolutamente nada. Aquí hay porquería de por lo menos tres generaciones de mi familia.

Me río y doy un paso adelante. Noto que el suelo cambia bajo mis pies. La madera que piso ahora se ha combado bajo mi peso, cosa que hace unos segundos no pasaba. Me encojo de hombros y doy otro paso. En ese momento escucho a Valle soltar un gemido de desesperación.

—Llevamos media hora dando vueltas sin encontrar nada. Es inútil.

—Venga, no te desanimes. Seguro que…

No puedo acabar la frase. El suelo cede debajo de mí. La madera cruje con un quejido ensordecedor y todo se llena de astillas y polvo. Y yo caigo.

La caída apenas dura unos segundos, pero a mí me parecen minutos. Choco con fuerza contra un duro suelo de tierra apelmazada y me quedo aquí tirado, haciendo balance de daños. Jadeo, dolorido. Me cuesta respirar por el impacto. En la lejanía escucho el grito de Valle y sus pasos a la carrera. Instantes después veo asomar su cabeza por el hueco que he dejado sobre mí.

—¡Simón! ¡¿Estás bien?!

Me duele todo. Intento moverme, y aunque lo hago con lentitud, lo consigo. Aliviado, compruebo que no tengo nada roto.

Ay, Dios. Creo que va a darme un ataque de ansiedad.

—Sí, estoy bien.

—Joder, qué susto me has dado.

Poco a poco me tranquilizo. No me estoy dejando llevar por el pánico, lo que es una suerte.

—Créeme, yo también me lo he dado. ¿Qué coño es este sitio?

—Supongo que será el cuarto de la depuradora de agua. ¿Puedes ver algo?

—Esto está muy oscuro. Ten cuidado, no te asomes tanto. No te vayas a caer tú también.

Se echa para atrás, temerosa. Ahora que estoy de pie puedo ver que habré caído unos tres metros. Todavía no me he hecho un ovillo ni puesto a llorar, por lo que me parece que he superado con sobresaliente esta situación. Meto la mano en el bolsillo y saco mi teléfono. Afortunadamente no se ha roto la pantalla. Enciendo la aplicación de la linterna y un halo de luz alumbra la negrura. Giro el móvil en todas direcciones. Estoy en un cuarto de unos cinco metros cuadrados, en el que hay una escalera de madera a un lado y, efectivamente, una depuradora de agua enorme al otro. La escalera asciende hasta una trampilla en el techo: la salida.

—Aquí no hay nada —anuncio.

Justo cuando lo digo, me doy cuenta de que es mentira. En el

centro de la habitación, en el suelo, hay unos papeles. Me acerco con cuidado, como si temiese que pudiesen saltarme a la cara. Cuando los tengo delante proyecto la luz sobre ellos. Suelto una carcajada.

—¿Qué pasa? —me pregunta la chica, con una nota de histeria en la voz.

—Hay unas viejas revistas porno. Creo que hemos encontrado el refugio secreto del pajillero oficial del pueblo.

Nos reímos y voy hasta las escaleras. Crujen bajo mis pasos, así que me doy prisa en subirlas antes de que también se desmoronen. Me cuesta moverme. Creo que estoy completamente magullado, y me parece notar sangre resbalar por mi cuello. Llego a la trampilla y la empujo con fuerza. Una caja que había encima al otro lado sale disparada. Valle corre a socorrerme y me ayuda a salir.

—Tienes un aspecto horrible —comenta.

Tiene razón. Estoy cubierto de suciedad, tierra y marcas coloradas. Aun así, digo:

—Tú también estás muy guapa.

—Vámonos de aquí. Está claro que no hay nada para nosotros.

Apoyándome en ella, andamos hacia la claridad del día.

***

Un rato después estoy en casa de Valle sentado sobre una silla, sin camiseta y dejando que la chica me cure la herida del cogote. Hemos decidido que el golpe ha sido poca cosa y que no necesito ir al hospital. La verdad es que no me duele demasiado. Ella aprieta un algodón empapado de desinfectante en la zona afectada y yo suelto un gruñido.

—No te quejes, apenas te he tocado.

—Escuece.

—Llorón.

Se ríe. Me encanta su risa, supongo que porque es muy escasa.

—Dime, ¿por qué te daba miedo ese cobertizo? A mí me ha parecido un sitio de lo más acogedor —bromeo.

—¿Estás de coña? Aún tengo pesadillas. No podía ir a casa de mis abuelos sin temblar. Es terrorífico. Una vez, cuando tenía nueve años, fui a entrar para buscar algo. En cuanto abrí la puerta, un gato callejero que se había colado saltó sobre mí y huyó despavorido. Desde entonces tengo miedo a los cobertizos y a los gatos.

Sonrío. Después digo:

—Siento que no hayamos encontrado nada.

—No es tu culpa. Aunque yo también lo hago. Pero bueno, todavía tenemos dos lugares más en nuestra lista.

Termina de curarme la herida de la cabeza y se pone con una del

codo derecho. Su madre no está en casa, por lo que hemos entrado sin necesidad de tener presentaciones. Bien.

Mientras desinfecta y me cubre los cortes con tiritas, comenta:

—Siempre quise tener una familia.

—Ya la tienes —apunto, extrañado.

—No me he expresado bien. —Se ríe—. Deseaba tener una familia grande, con muchos hermanos que me hicieran compañía. Ser hija única es un rollo.

—¿Por qué no tuvieron más hijos tus padres?

—Mi madre lo pasó demasiado mal durante mi embarazo como para tener ganas de repetir. Creyeron que conmigo tenían suficiente —me explica.

—Yo también soy hijo único. Creo que los míos sí tenían pensado darme hermanos, pero supongo que no les dio tiempo. —Valle hace una mueca—. Aunque tengo a Lucas y a Óscar. Prácticamente son como tales.

—Son buenos amigos, ¿verdad?

—Los mejores. A veces me sacan de mis casillas, sobre todo Lucas, pero los quiero mucho. No sé qué sería de mí si no los tuviera.

—Me da la sensación de que no sueles decirles estas cosas a ellos.

Me río. Vaya, soy más transparente de lo que pensaba. Miro hacia el suelo, avergonzado.

—No soy una persona muy dada a expresar sus sentimientos.

—Se nota, aunque eso no quiere decir que lo que sientas sea menos real. Créeme, no te juzgo. Yo soy igual.

Permanecemos unos segundos en silencio. Después Valle continúa confiándome aspectos de su mundo:

—Antes era una persona muy popular. A ver, no me entiendas mal, ser popular en un pueblo tan pequeño como este no es muy complicado, pero todo el mundo me quería. Salía por ahí con mis amigos, me divertía; tenía una vida. Desde lo de mi padre todo eso se acabó.

—Claro que lo sigues teniendo. Lo que pasa es que lo has dejado un poco aparcado. A mí también me pasó.

—Tenías siete años cuando tu padre murió; creo que no es una situación comparable. —Sonríe.

—Vale, es cierto, pero seguro que a cualquiera le pasaría.

Suelta un triste suspiro y empieza a curar la herida que tengo en el otro brazo. La tierra del fondo de aquel cuarto secreto se me ha clavado por todas partes.

—Intento pasar tiempo con mis amigos, ser la misma de antes. Pero no me siento cómoda con ellos. Cada uno sigue con su vida, y aunque siempre se muestran cuidadosos y amables conmigo, no dejo de ser yo la que lleva el dolor en su interior. Aunque ahora te tengo a ti. —En

sus ojos hay cariño.

—¿A mí? Si casi no me conoces.

—Sí que lo hago. Tenemos un pasado. —Se ríe—. Sé que me puedo fiar de ti, que me comprendes. Me siento cómoda.

Enrojezco hasta la raíz del pelo. Me resulta imposible mirarla a la cara. Es lo más bonito que me han dicho nunca, y la fuerza de sus palabras me ha golpeado como un mazo. Mi corazón bombea desbocado. Creo que Valle me gusta de verdad.

# 12

# Simón

Pongo los ojos en blanco, otra vez. Como siga haciéndolo me voy a quedar así para siempre. Lucas se está riendo tanto de mí que va a darle un ataque. Óscar, mucho más comedido, solo suelta risitas. Me acomodo en la silla de la cocina en la que estoy sentado, esperando a que dejen de meterse conmigo. Por suerte no está mi madre; también se habría unido a sus burlas.

—Sé que ya ha pasado un día, pero aún no puedo dejar de reírme cuando te veo —se excusa mi amigo entre carcajadas.

La razón de su mofa es el enorme chichón que me ha salido en la frente a raíz del golpe que me di ayer cuando caí por el agujero del suelo. No sé en qué momento me di en esta zona como para tener semejante volcán en la cabeza. El caso es que lo tengo, y mis amigos se mueren de risa.

—Pareces…

—Un unicornio con un cuerno con sobrepeso, sí, ya me lo has dicho —le corto, volviendo a poner los ojos en blanco. Como decía, es inevitable.

Esto solo hace que Lucas se ría todavía más y yo quiero tirarle algo a la cara para que cierre el pico.

Cuando logra tranquilizarse, dice:

—Parece que lo tuyo con Valle va viento en popa.

—Que va —respondo.

—Estáis todo el día juntos. Es sospechoso —apunta Óscar, pero no sé si lo dice por mí y por Valle o por Lucas y por Gabriel. Su mirada perdida me da la respuesta.

—No se trata de eso. Estamos en medio de… una especie de misión.

—¿Una misión? —pregunta Lucas, extrañado—. ¿Es alguna especie de juego sexual de espías o algo así?

—No, imbécil. Estamos buscando algo. —No quiero contarles más. Sentiría que estoy traicionando la confianza de Valle si lo hago.

—Yo también: el sentido de todo esto. Cuéntanos de una vez qué es lo que está pasando.

Sé que no me van a dejar en paz si no lo hago. Resignado, empiezo a hablar. Les cuento todo: la muerte de su padre, el mensaje misterioso que le dijo antes de irse, la lista de lugares y nuestra incursión en el cobertizo. Me escuchan en silencio, sin interrumpirme, lo cual es una novedad. Cuando les cuento que me caí por el agujero ponen caras de sorpresa. La versión oficial (y completamente falsa) que conté de la historia fue que me tropecé caminando y rodé por un pequeño terraplén. La realidad les hace un poquito menos de gracia.

Termino y Lucas dice:

—Vaya. ¿Haces todo esto para acostarte con ella?

Nunca le he pegado, pero ahora le suelto un enfadado puñetazo en el hombro. No me ha gustado nada su comentario. Él se ríe y se frota la zona, dolorido.

—Tranquilo, era solo una broma.

—Ya…

Sus ojos brillan; he debido de hacerle daño. No me siento en absoluto culpable, aunque él sí se muestra de ese modo.

—De verdad. Es guay que hagas todo esto por ella. Pero tenéis que tener cuidado. Ya has tenido un accidente; puede ser peligroso.

—No tendría que haberos dicho nada… —me lamento, negando con la cabeza.

—¿Por qué dices eso? —se queja Óscar, contrariado.

—Porque a partir de ahora os vais a meter en medio, y no quiero.

Mis amigos se miran entre sí, sopesando la seriedad implícita en mis palabras. Necesito que me dejen esto para mí; es algo a lo que tengo que enfrentarme solo. Esta aventura me pertenece, y sé que si ellos dos se inmiscuyen acabarán interfiriendo. Finalmente es Óscar el que dice:

—Te prometo que te dejaremos tranquilo. No haremos nada.

Recalca muy bien el «haremos», clavando la vista en su novio con dureza. Lucas asiente en mi dirección y me asegura que me dejarán mi espacio. Acepto sus palabras, aunque no sé si me las creo.

***

A la mañana siguiente nos despertamos con una terrible noticia. Manuel, el dueño de la pescadería del pueblo, ha fallecido. Lo hizo por la noche, cerca de las dos de la madrugada. Un infarto.

Es curioso cómo funciona la vida. Yo teniendo pesadillas sobre el disfraz que ponerme para la fiesta mientras que un señor moría fulminado en su cama, junto a su mujer. No tenía antecedentes de enfermedades cardiacas. Simplemente pasó. Y él se fue. Mi madre, que

le conocía desde pequeña, está apesadumbrada. Nos ha pedido que vayamos con ella al tanatorio para presentar nuestros respetos. No hemos visto a Manuel en nuestra vida, pero no nos hemos negado.

Justo después de desayunar, muy temprano, vamos hacia allí. Los tres nos hemos vestido con nuestras mejores galas, lo que se traduce en unos vaqueros largos y camisetas oscuras. La familia del difunto recibe en la sala número seis del tanatorio a todos aquellos que acuden a dar sus condolencias. El edificio es pequeño, con diminutas habitaciones que dan a la calle, cada una con su propio cuarto de baño, conjunto de cuatro sofás y una pared de cristal desde la que poder velar al muerto. Mi madre va a ver a Manuel; le encanta hacer esas cosas tan siniestras. Lucas, Óscar y yo saludamos con timidez a los familiares del fallecido y después esperamos fuera de la sala. Está a reventar. A pesar de lo temprano que es ha acudido todo el pueblo y probablemente el de al lado. Se oyen multitud de conversaciones, incluso alguna que otra risa. Joder, parece un maldito evento social, todos vestidos de manera elegante. Da escalofríos.

Vemos a Gabriel y a su familia con Helena. La chica nos saluda con un gesto de la mano y una sonrisa. Es bastante mona, pero parece inaccesible, como si no le interesasen en absoluto los chicos ni ningún ser humano en general. Es una lástima; no me importaría salir con ella.

Gabriel, por su parte, saluda efusivamente a Lucas. A Óscar y a mí nos ignora deliberadamente. Mi madre regresa del interior de la habitación y va a saludar a los padres del chico. Recuerdo que me dijo que eran algo así como amigos. Me alejo lo suficiente y evito el contacto social. No me apetecen las presentaciones. Mis amigos me siguen, y es entonces cuando vemos a Valle. Lleva un sencillo vestido negro que le llega por encima de la rodilla y a su madre cogida del brazo. Son muy parecidas físicamente. Se las ve compungidas, tristes. Saludan calurosamente a todos con los que se cruzan, sobre todo a la familia afectada por la pérdida, con la que se funden en un sentido abrazo. Después Valle repara en mi presencia y viene hacia nosotros.

—Hola.

—Hola. ¿Estás bien? —respondo.

—No me gusta este sitito. No contiene recuerdos agradables.

—Por tu padre —adivino.

Asiente. Apenas hace un mes y unos días que ella misma estaba en esta situación, despidiéndose de su ser más querido. Se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y nos dice:

—Tengo hambre. ¿Me acompañáis a la cafetería?

Aceptamos y la seguimos hasta el interior del edificio principal. La cafetería del tanatorio es pequeña, de aséptico color blanco y rígidas sillas de plástico. Por la pared de detrás de la barra hay carteles con

todos los productos que se ofrecen para comer. Escucho a Lucas susurrar:

—Fíjate en eso. Hay un plato que se llama «Menú melancolía». ¿Esto es una broma?

—La verdad es que tiene buena pinta —apunta Óscar. Es cierto.

—Mira ese. —Señalo otro—. «Plato combinado último adiós». En serio, quiero conocer al dueño de esto. Es un genio.

—Hashtag: mal gusto. —Se horroriza Lucas.

Valle saca su monedero de un pequeño bolso que lleva y nos mira al decir:

—Cuando murió mi padre me pedí el «Menú melancolía» y la verdad es que el nombre le va genial. Me sentí como una mierda después.

Involuntariamente se me escapa una media sonrisa. Esto es increíble…

## Lucas

Sofía nos ha contado durante la comida que en el centro del pueblo hay una papelería bastante grande en la que venden un montón de productos de manualidades. Puesto que necesitamos cosas para hacer nuestros disfraces para la fiesta de Gabriel, vamos cuando no hace tanto calor. Ayudo a los otros a comprar todo lo que necesitan. Yo cojo un par de cosas para mí, ya que no necesito mucho más. Es un disfraz muy sencillo, pero tremendamente divertido. Lo mantendré en secreto para crear la máxima expectación posible.

Todo el pueblo está consternado por el fallecimiento del pescadero. Hay caras largas y tristes por todas partes. Supongo que es normal. Aquí todo el mundo se conoce.

Llevamos todas las compras hasta casa y nos ponemos manos a la obra. Ayudo a Óscar. La verdad es que es una completa nulidad para las manualidades. Estoy recortando un enorme trozo de cartón cuando el móvil me vibra en el bolsillo. Lo saco y miro la pantalla. Es un mensaje de un número desconocido. Con el ceño fruncido, lo abro.

No puede ser.

Gabriel.

Me aparto un poco para evitar que Óscar pueda leerlo y me fijo en las palabras:

*Ven a la plaza del centro en veinte minutos.*
*Tengo algo que enseñarte.*
*Por cierto, soy Gabriel.*

Parpadeo, incrédulo. ¿Cómo demonios tiene mi número de teléfono? Yo no se lo he dado a nadie, y dudo que ni Óscar ni Simón se lo hayan proporcionado. Esto da un poco de miedo. Y a pesar de que la situación me recuerda a una película que vi en la que un psicópata se obsesionaba con la chica guapa de turno, no puedo evitar sentirme excitado. Quiero acudir a su llamada, necesito saber para qué me reclama. Solo tengo dos problemas, y están a cada uno de mis lados. Estoy jodido. Por eso, decido improvisar.

—Mierda —comienzo—. He olvidado comprar una cosa.

Estoy sudando, y no es por el calor. Óscar me conoce muy bien, sabrá que le estoy mintiendo. Me va a descubrir y me va a dejar cuando conozca mis verdaderas intenciones. Sí, eso va a hacer. Sin embargo, no me detengo.

—¿El qué? Es posible que tenga mi abuela por aquí —dice Simón, entretenido cortando una gran circunferencia de cartulina roja.

—No, seguro que no. Tengo que ir a la tienda. Vuelvo enseguida.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta Óscar, con la confusión pintada en su bello rostro. Trago saliva.

—No, no es necesario. Iré corriendo. No tardaré nada.

Él asiente y me observa mientras me voy. Noto lo inquieto que está. Parecía que las cosas volvían a estar más o menos bien entre nosotros, pero yo voy ahora y me comporto de esta manera tan extraña. Sé que le estoy confundiendo, que estoy jugando con él, pero ¿cómo no voy a hacerlo cuando ni yo mismo puedo aclararme?

Corro hasta la salida, despidiéndome de Sofía con un gesto por el camino. Abro la puerta y acelero mis pasos calle arriba. No puedo perder tiempo. La excusa de ir a la tienda me da cierto margen de maniobra, pero no lo suficiente como para permitirme entretenerme por ahí. Además, tendré que volver a casa con algo comprado para disimular. Suerte que cogí mi cartera antes de salir.

Tras unos minutos llego a la plaza. Ahí está, bajo una sombra, apoyado contra una pared. Hay tanta soltura en sus movimientos que parece flotar en el aire. No es como yo, que me muevo como un mazacote de carne sin coordinación. Anda como lo haría la persona con más confianza en sí misma del mundo. En cuanto me ve, emprende su danza y se coloca frente a mí, a mitad de camino. Sonríe al contemplarme y puedo jurar que sus ojos son como un cielo despejado cuando me observo en ellos.

—Has venido, y antes de tiempo. —Me deslumbra con la blancura de sus dientes.

—¿Por qué tienes mi número de teléfono? —inquiero. Creo que es mejor ir directamente al grano, dejar la amabilidad de lado y preguntarle por qué es un maldito acosador. De todas formas, tampoco está de más hacerse un poco de rogar.

—¡Oh! Lo siento, no pensé que te molestaría. El otro día, en la piscina, vi tu móvil tirado sobre la toalla y me hice una llamada perdida. Como no tienes patrón de bloqueo… Óscar estaba rondando por ahí, no me pareció bien pedírtelo directamente.

—¿Y por qué presupones que te lo habría dado?

Su mirada es tan salvaje que creo que me voy a derretir. Dios, me tiene loco.

—No creo que sea necesario contestar a eso.

—Está bien. Pero, ¿sabes una cosa?: puedo tener amigos. Mi novio no se enfada por eso, obviamente.

—Ya.

Su silencio encierra tantas cosas que por un segundo me parece oírlas a gritos. No me gusta su tono acusatorio. A pesar de que me cuesta una barbaridad volver a hablar, digo:

—Bueno, ¿para qué querías verme?

—Tengo un nuevo inquilino en casa y quería que lo conocieras. Estoy seguro de que te encantará.

No hago más preguntas, simplemente me limito a seguirle. Bueno, no hago preguntas durante aproximadamente diez segundos:

—¿Adónde vamos?

—A mi casa. No queda lejos. Nada queda lejos aquí.

Se ríe, pero yo en lo único que puedo pensar es en que me lleva a su casa. *Sucasasucasasucasa.*

Soy consciente de que con este improvisado plan echaré por tierra toda mi tapadera, pues sé que tardaré más de lo debido. Pero no me importa. La verdad es que ahora mismo no me puede importar menos nada de lo que pase en el futuro. Estoy actuando sin tener en cuenta las consecuencias de mis actos, algo que empieza a ser una costumbre desde que conozco a Gabriel. Y es ciertamente liberador.

Caminamos hombro con hombro, rozándonos. Pronto llegamos a una bonita casa de dos plantas, rodeada de una cerca de madera. Una amplia extensión de terreno se adivina en la zona trasera, por lo que entiendo que gran parte de esos campos son propiedad de la familia de Gabriel. La fachada es de color blanco; al fijarme en las ventanas intuyo que hay movimiento dentro.

—Es mi familia —me cuenta él cuando le pregunto.

Sin embargo, nadie sale a saludar, ni siquiera Helena. Dudo que hayan reparado en nuestra presencia. Vamos a la parte de atrás. Hay

varias cercas, así como pequeños huertos repletos de plantas. Con una sonrisa enorme, se acerca hasta una valla donde corretean unos animales y se agacha dentro. Por un momento temo que sean gallos y que salten sobre él, pero me tranquilizo al ver que son cerdos. Luego recuerdo que estos animales se utilizan para hacer desaparecer cadáveres y me vuelvo a preocupar. No obstante, en cuanto lo veo incorporarse con una preciosa cría de cerdito en los brazos, me olvido de todo lo demás.

—Ven, quiero presentarte a este pequeñín —me dice. Sonríe tanto que va a dejarme ciego.

Corro hasta él y acaricio al animal. Su piel es tan rosada, y hace unos sonidos tan graciosos, que siento deseos de llevármelo. Lo cojo y el cerdito patalea un poco, pero en cuanto lo acuno se sume en un estado de profunda relajación.

—¿Pero de dónde ha salido esta cosita?

—Mi familia cría animales de granja desde hace siglos. Este es el nuevo miembro. ¿No es lo más precioso que has visto nunca?

—Lo es.

Me sonrojo cuando me doy cuenta de que lo estoy mirando a él y no al cerdito. Gabriel sonríe con regocijo. Me coge al pequeño de los brazos y lo deja dentro de la cerca otra vez.

—Será mejor que lo devolvamos con los suyos. Su madre se estresa cuando no puede verlo.

Asiento, incapaz de decir nada.

—¿Quieres ir a dar una vuelta?

—Debería volver a casa. E ir a la tienda. Tengo que regresar con algo si no quiero que me descubran —confieso.

—¿Descubrir? ¿De qué estás hablando?

A regañadientes le cuento toda mi aventura secreta para acudir a su encuentro y él se parte de risa. Cuando termino, dice:

—Vaya, sí que te has tomado molestias para mantenerme oculto.

—A Óscar no le haría ninguna gracia esto.

—Lucas, no te entiendo —me dice. Noto cierto enfado en su voz—. ¿Qué es esto? ¿Por qué no le gustaría? No estamos haciendo nada.

No me he explicado con claridad, y tampoco pienso hacerlo. Que me vea con Gabriel no es algo que pueda perturbar a mi novio, no es una persona celosa. Lo realmente preocupante es lo que quiero hacer con él cuando lo tengo delante. Guardo silencio; no quiero que las cosas se vuelvan aún más incómodas. Finalmente, me justifico con medias verdades.

—Sabe que hemos pasado mucho tiempo juntos últimamente. Piensa que puede haber algo entre nosotros.

—Pero eso es ridículo. Tú estás con él.

—Ya, pero no le entra en la cabeza.

Ni a mí tampoco. Las mentiras me escuecen en la boca como si fueran ascuas. Soy lo peor, un manipulador. Estoy jugando con dos personas porque no sé decidirme. Me gusta Gabriel. Quiero a Óscar. Y no sé qué lado de la balanza pesa más. Mi relación con mi novio lleva tiempo pasando por un túnel oscuro. ¿Y si Gabriel es la luz que necesito? ¿Y si es hora de…?

Decidimos que la vuelta se suspende y nos sentamos bajo la sombra de un gran árbol, frente a la puerta trasera de su casa. Él suspira.

—¿Llevas mucho tiempo con él?

Asiento y le cuento nuestra historia. Cómo empezamos y hasta dónde hemos llegado. Me fijo en que su gesto se ensombrece por momentos. Finalmente le pregunto:

—¿Te pasa algo?

—No, no es nada —me rehúye.

—Esa cara no se pone por nada.

—Me da envidia tu vida.

Alzo las cejas, sorprendido. ¿Envidia, de mí? Me aclara sus palabras antes de que tenga que preguntarle.

—Yo nunca he podido estar con nadie.

Esto me sorprende aún más. Jamás me lo habría esperado de alguien como él, tan guapo, lanzado e increíble. Me dan ganas de ponerle remedio en un segundo. Sigue hablando.

—Siempre he tenido claro lo que soy, lo que me gusta, pero en un pueblo como este no es fácil encontrar a otro gay. Es desesperante. Por eso me gustó tanto veros a Óscar y a ti. Sois la personificación de lo que quiero para mí.

Otra vez esa mirada, otra vez esos significados escondidos detrás de los evidentes. Me quiere para él, desea conseguirme. Tiemblo.

—Tiene que ser duro. —Es lo único que se me ocurre responder. Muy elocuente, lo sé.

—Ya lo creo. Sobre todo cuando tienes diecisiete años.

Me mira con picardía y los dos nos reímos. Después suspira.

—Ni siquiera se lo he contado a mis padres. Solo lo saben mis amigos más cercanos y mi prima Helena. No quería contárselo, pero ya que iba a tenerla acoplada como una lapa todo el verano no me quedó más remedio.

—Lo siento —digo, y apoyo impulsivamente una mano en su rodilla.

Él la mira y coloca la suya sobre la mía. Después entrelazamos los dedos. Creo que el mundo se rompe, cruje y me pierdo en el vacío. Esto está mal, no debería coger así de la mano a otro chico, no cuando mi corazón está ocupado por otro. Pero se está tan bien, es tan agradable…

Se acerca. Noto su cálido aliento sobre mi boca y presiento que va a

besarme. Quiero que lo haga, que tome mis labios mientras yo devoro los suyos. Creo que no seré capaz de parar cuando de repente lo hago. La verdad me golpea de golpe y me levanto, turbado. Tengo náuseas, estoy sudando y me tiemblan las manos. Consciente de lo que me pasa, Gabriel me contempla desde abajo. No hay preocupación en sus ojos; se regodea en mi sufrimiento, en mis dudas. Y esa malevolencia solo hace que me excite más.

—Tengo que irme.

—Eso ya lo has dicho antes.

Su sonrisa burlona me perturba. Quiero enterrarla bajo mis besos.

—Esta vez va en serio. Me están esperando para acabar nuestros disfraces.

—Parece que los has convencido.

—Así es. —Necesito irme, salir corriendo.

—Está bien. Ya nos veremos.

No me despido. Me doy la vuelta y emprendo una desesperada carrera contra él, contra mí mismo. A pesar de que lo he perdido de vista, lo siento aquí, a mi lado. Es como una sombra que me persigue, y a mí nunca antes me había gustado tanto la oscuridad.

***

Cuando llego a casa casi una hora después (con un rotulador de tinta dorada para mantener en pie lo poco que quede de mi endeble tapadera) veo que los otros dos ya han terminado sus disfraces y ven tranquilamente la televisión. Se limitan a saludarme. Ninguno me pregunta dónde me he metido tanto rato. Lo saben, saben que he mentido. Me hundo en el sofá, dejando que la indiferencia de la persona que creía que era el amor de mi vida me congele por dentro.

***

No he podido pegar ojo en toda la noche. Mis agitados pensamientos no me lo han permitido. Ni siquiera he podido mirar a Óscar sin que me abrase el sentimiento de culpa. No es que haya hecho nada malo, pero sé que en realidad estoy traicionando su confianza, que me la estoy jugando en este tira y afloja que no lleva a ninguna parte. Quiero a Óscar, eso lo tengo claro. Aun así, las dudas me consumen. No me he enamorado de Gabriel, aunque el deseo que despierta en mí me hace cuestionarme la lucidez de mis pensamientos.

Estoy cansado, frustrado.

Durante el desayuno me limito a clavar la vista en mi tazón de cereales y a mantenerme en silencio. Los otros dos charlan animadamente con Sofía, que se ríe con sus comentarios. Óscar no me

ha dicho nada, pero sé que sabe que ayer estuve con Gabriel. Sé que me ha descubierto y a pesar de eso sigue con su táctica de mostrarse indiferente, de actuar como si no le importase en absoluto. Eso es lo que más miedo me da, que ya la haya cagado tanto como para ganarme su desprecio. Pasábamos por unos momentos complicados antes de este viaje, pero ahora soy consciente de la gravedad de la situación, de lo peligrosos que son mis actos y las palabras que no se dicen.

# Simón

Me comen los nervios. Hoy es el día, el momento en el que tenemos planeado Valle y yo registrar el segundo lugar de la lista: su jardín trasero. No tengo ni la menor idea de cómo vamos a hacerlo, pero debo reconocer que me muero de ganas. A pesar de que la primera experiencia no fue del todo buena (por eso de que me caí por un maldito agujero y casi me maté), fue de lo más entretenida y excitante. Además, estaré con ella. Eso siempre hace las cosas mucho más interesantes.

Estoy de buen humor, y se lo demuestro a Óscar y a mi madre en el desayuno. A Lucas no le dirijo ni una palabra. Desde que ayer tardase más de una hora en «ir a la tienda» está raro. Más de lo acostumbrado. Creo saber de qué va todo esto; empiezo a arrepentirme de haberlos traído de vacaciones.

—Son unos disfraces increíbles —dice mi madre cuando terminamos de explicarle cómo iremos a la fiesta. Es dentro de un par de días; se ha emocionado tanto por nuestros planes con la gente del pueblo que me ha contagiado su entusiasmo.

—Espera a ver cuando los tengamos puestos. —Se ríe Óscar. Se le ve sorprendentemente tranquilo, aunque sé que en el fondo no lo está en absoluto. Mis amigos se creen que no me fijo en las cosas, que siempre estoy perdido en mi mundo. No saben cuánto los observo, cuánto los conozco.

De pronto, mi teléfono suelta un pitido. Está enchufado al cargador, colocado sobre la repisa de la chimenea del salón. Curioso, camino hacia él y contemplo la pantalla. Son unos mensajes de Valle. Un

cosquilleo me recorre el estómago al ver su nombre. Creo que darle mi número fue la mejor idea del mundo. Escribe:

*Hola, Simón.*
*Siento tener que cancelar nuestros planes, pero he tenido que ir a Madrid para resolver algunos asuntos de mi padre.*
*Volveré a tiempo para la fiesta.*
*Espero que no te aburras mucho sin mí.*
*Besos.*

El desánimo cae sobre mí como una losa. Esto no me lo esperaba. Apesadumbrado, dejo el teléfono y vuelvo a la mesa. Mi madre nota mi cara de circunstancias y pregunta:

—¿Te pasa algo?

—Mis planes para hoy se han cancelado.

—Vaya, lo siento. —Tuerce la boca en una sonrisa triste—. Tendremos que buscar algo con lo que entretenernos.

Asiento, no muy convencido. Este imprevisto me ha dejado realmente tocado. Siento como si me faltara algo, como si no cuadrase una pieza de mi interior con el resto. Me preocupa la intensidad con la que me afecta Valle, su historia y la búsqueda del secreto perdido.

Tengo la necesidad de sacar a la luz este misterio, de ayudar a la que considero mi amiga y de la que no sé si quiero ser algo más. Valle me gusta, pero la dependencia que comienzo a notar de su presencia me desconcierta. Tal vez me vengan bien estos días en los que estará fuera para aclararme y averiguar qué está pasando dentro de mí.

Parece que Lucas no es el único que está hecho un lío. Me da pena ver a mis amigos así, tan distantes y fríos el uno con el otro. Pensaba que el suyo era un amor de verdad, de esos que se encuentran pronto pero que duran toda la vida. Ahora no lo tengo tan claro. Puede que sea un exagerado y esté sacando las cosas de quicio, que solo se trate de un simple bache en su camino. Sin embargo, no tengo esa sensación. Siempre he deseado tener una relación como la que ellos comparten. Eran mi ejemplo de un amor sincero, basado en el respeto y la comprensión. La clase de amor sano al que aspiramos todos. Pero si ni siquiera ellos pueden mantenerlo, ¿qué hago yo buscándolo?

Tal vez todo esto sea un error, una equivocación que lamentaré toda mi vida.

Necesito dejar de pensar.

# 13

# Óscar

Miro a Helena, que saca un billete de su cartera para pagar su helado. El dependiente de la pequeña tienda de alimentación lo coge y le devuelve el cambio en monedas. Después volvemos a salir al calor de la calle. Mientras le quita el envoltorio, me dice:

—Me sabe fatal decirte esto, pero tampoco quiero engañarte. Creo que mi primo está completamente decidido a que Lucas caiga en sus redes.

Suspiro. Cuando Helena me dijo hace unas horas de quedar para dar una vuelta no me lo pensé dos veces. Me cae bien, disfruto de su compañía, por lo que no vi ninguna razón para negarme. Además, ni Lucas ni Simón tenían ganas de salir.

Tenerla a mi lado está siendo una experiencia de lo más liberadora. No soy una persona dada a hablar de sus sentimientos libremente. Normalmente prefiero guardarme todo para mí; es más sencillo que verbalizar los problemas. Tengo la firme creencia de que algo se convierte en una realidad cuando se dice en voz alta. Supongo que solo quiero huir de ciertos temas refugiándome en el silencio.

Sin embargo, Helena me escucha, me comprende y no me juzga. Y es honesta, una cualidad de la que no me rodeo especialmente en los últimos tiempos. Es sencillo confesarse ante ella. Me gusta la agradable sensación de liberación que tengo en el estómago.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer? —me pregunta con curiosidad.

Parpadeo con rapidez, despejándome. Ha malinterpretado mi quietud. Probablemente crea que me he quedado bloqueado pensando en cómo actuar ahora con Lucas, cuando en realidad apenas me lo he planteado. Carraspeo, incómodo.

—No lo sé. Supongo que si Lucas quiere estar con él no puedo impedírselo…

Han pasado tres días desde su fuga en mitad de la tarde. Tres días en los que me he esforzado por parecer indiferente, frío como un

témpano de hielo. Me he metido tanto en el papel que ya me sale sin esfuerzo.

—¡No hables así! —me regaña—. Te estás rindiendo, y no me da la gana que lo hagas. Ni siquiera sabes lo que está pasando entre ellos.

—Tampoco me hacen falta detalles…

—Pues yo creo que sí. ¿Por qué no hablas con él?

—Porque me rehúye como si me tuviera miedo.

—Tal vez lo tenga.

—Cosa que no hace más que verificar que se siente culpable —apunto, cargado de razón (creo)—. Está terriblemente raro desde que llegamos. Y sabe que me doy cuenta. Si no es capaz de parar ni con esas no es mi culpa.

—Ni idea, Óscar. Me caes bien; no me gusta que pienses así de tu relación.

—No sé lo que pienso. Aún no.

Permanecemos en silencio unos instantes. En este rato Helena ha dado buena cuenta de su helado y yo me arrepiento de no haber comprado uno también.

—Esta noche es la fiesta —comenta.

Hundo los hombros.

—Una noche en la guarida del enemigo —me burlo—. No sabes las ganas que tengo.

—Lo pasaremos bien.

Mi teléfono vibra. Lo saco del bolsillo y veo que es mi padre quien me llama. Hemos hablado varias veces en los últimos días. Charlo con él unos minutos, en los cuales me pone al corriente de cómo van las cosas por casa. Mis hermanos están bien, y él parece estar relajado, a pesar de que tiene a los pequeños completamente a su cargo. No sé si lo hace porque realmente está de maravilla o porque no quiere que me preocupe y decida volver a casa. No sabe lo cerca que estoy de esto último sin necesidad de implicar en absoluto a mi conciencia. Cuelgo y me vuelvo hacia mi reciente amiga.

—Era mi padre —le cuento aunque no me haya preguntado—. Normalmente cuido yo de mis hermanos, pero se empeñó en que viniera aquí. Ojalá no le hubiera hecho caso.

—¿Tienes hermanos?

—Sí, tres. Se llaman Javier, Saúl y Daniel, de ocho y seis años. Los dos últimos son gemelos.

—No sé si al preguntarte esto puedo molestarte, pero ¿y tu madre?

Me río sin ganas.

—Mi madre es un tema complicado.

—¿Ha fallecido?

Me dan ganas de decirle que sí, pues esa razón me libraría de pasar una vergüenza atroz si decidiese contarle la verdad. Pero ni en un

millón de años pienso confesarle que mi madre, probablemente, sea una reconocida estrella del porno. Se me revuelve el estómago con solo pensarlo.

—No, no es eso. Simplemente no me permito pensar en mi madre. Digamos que nos abandonó.

El recuerdo de mi madre está más presente que nunca en estos días. Veo cómo Sofía trata a Simón y el corazón se me encoge por la pena. Me siento mal, como una rata envidiosa, pero yo también quiero eso. Deseo tener una madre que me quiera y se preocupe por mí. Está claro que nunca podré tenerla en mi hogar, pues ni siquiera sé dónde se encuentra.

—Lo siento, me he metido donde no me llaman. Soy una cotilla y una bocazas —se lamenta.

—No, no pasa nada, de verdad. Es solo que no quiero acordarme de ella. Es doloroso.

—De acuerdo, entendido. Nada de padres.

—Tú puedes hablarme de los tuyos si quieres. —Le sonrío.

Tomamos asiento en un banco cubierto por una sombra, en la plaza del pueblo. Ahora que el sol empieza a esconderse, las temperaturas descienden y la gente sale de sus casas. La plaza es un hervidero de actividad.

—No hay mucho que contar. Soy hija única, y mis queridos padres han decidido endosarme a mi tía (la hermana de mi madre) para que me cuide mientras ellos pasan un mes de película a bordo de un crucero. Por el amor de Dios, tengo diecisiete años, creo que puedo cuidarme sola sin la necesidad de canguros. Por lo demás, todo correcto.

Me río. Me encanta estar con esta chica. Ella suspira, contrariada.

—Y encima ahora me toca estar unos días sola con mi «querido» primo, que por supuesto ha decidido hacer una fiesta a la que asistirá medio pueblo. Con lo que adoro las fiestas…

—No tienes mucha vida social, ¿verdad?

—¿No se me nota?

—Casi tanto como a mí. Si no fuera por Lucas y Simón estaría completamente solo.

—Nuestra vida es un asco. Gabriel tiene un auténtico séquito de adeptos. No sé cómo lo hace, ¡si es realmente insoportable! Te lo juro, tarda casi una hora en peinarse por las mañanas. Y no, no tiene tanta cantidad de pelo.

Me río y pienso en lo que ha dicho. No creo que mi vida sea desagradable. Sí, es cierto que tiene algunas cosillas mejorables, pero ¿cuál no las tiene? Nadie tiene una existencia perfecta, y yo no voy a ser menos. Aun así, no la saco de su error.

—A veces me gustaría tener un amigo —dice, muy seria, con la

vista perdida en la lejanía.

—Creía que te manejabas perfectamente sola —bromeo como un idiota. Lo triste que se ha puesto de repente me ha incomodado y he sentido la necesidad de rebajar la tensión.

—¡Por supuesto que me valgo por mí misma! —exclama fingiendo indignación. Por suerte ha seguido mi juego—. Lo único es que a veces estaría bien tener a alguien con quien… hablar.

—¿Estás bien en tu instituto? —le pregunto, iluminado por una repentina idea.

Ella me sonríe con tristeza.

—¿Acaso me has visto? Estoy gorda. Ya te digo que no soy muy querida entre mis antiguos compañeros.

Niego con la cabeza, furioso. Sé lo que siente, lo que es sufrir discriminación cada día. Ella por su físico; yo por sentir atracción por los chicos. Es tan asqueroso que me revuelve el estómago. Suspira y mira al cielo, como si allí pudiese encontrar la solución a cada uno de sus problemas.

—Por suerte, todo eso ya ha terminado. La universidad será diferente.

—Estoy seguro de que sí.

No sé si se lo digo a ella o a mí mismo. Yo también deseo empezar de nuevo, alejarme de todo aquello para comenzar de cero en otro sitio, en un lugar en el que espero que no me juzguen por mi orientación sexual. Después me doy cuenta de que ese futuro no es el mío y mis hombros se hunden hasta tocar el suelo. Yo no iré a la universidad. Eso no es para mí.

Helena se da cuenta de mi reacción y me da un golpecito en el hombro.

—¿Estás bien? Siento ser tan bocazas, he conseguido amargarte la tarde.

—No, no has sido tú. Sé cómo te sientes. Ser un gay reconocido no es nada fácil a los diecisiete.

Permanecemos en silencio unos segundos.

—Tío, esta es la conversación más deprimente en la que he participado nunca. Normal que estemos solos.

Me río con ganas. Cuando paro, decido cambiar de tema.

—Bueno, dime, ¿de qué vas a ir disfrazada?

—¿A la fiesta? ¿Qué te hace pensar que iré?

—Pues que vives en la casa donde se celebra. Eso me ha parecido bastante indicativo.

—Mierda. ¿Encima tendría que ir disfrazada?

—¿Acaso te has enterado de algo de esto? Es una fiesta de disfraces; claro que tendrás que buscarte uno.

—No me jodas… Estarás, ¿verdad? No me hagas denigrarme para

luego no aparecer.

—Sí, te lo prometo. Me apetece tan poco como a ti, pero tengo que ir. Se lo he prometido a Lucas.

—De acuerdo. Oye, ¿te puedo decir una cosa?

—Claro —respondo, extrañado.

—Tal vez, si quieres, podrías ser tú esa persona con la que pueda hablar.

Sonrío y una agradable sensación me estalla en el pecho.

—Sí, claro que quiero. Sería un placer.

***

Estamos ridículos. Penosos. Patéticos. Me da tanta vergüenza ir así por la calle que si no fuera porque probablemente acabaría metido en una zanja caminaría con los ojos cerrados para no ver nada. Y eso que yo soy el más decente. Voy de una especie de Capitán América *low cost*, con una camiseta azul, un casco endeble hecho con cartulinas y un escudo redondo de cartón. Es lamentable, lo sé, pero ni punto de comparación con mis acompañantes. Lucas va de Britney Spears en su época dorada, es decir: vestido de colegiala. Lleva hasta una peluca rubia. Es terrible, pero a él le flipa. Camina como si realmente fuese una estrella del pop y sus dos pechos (dos pares de calcetines dentro de un sostén de Sofía) fueran de verdad. Es ciertamente hipnótico que se encuentre tan cómodo en el papel. Simón, por su parte, va de trozo de pizza gigante: una idea mucho más divertida, llamativa e inflamable. Espero que no se ponga cerca de ninguna llama, porque acabaría como una antorcha humana en menos de un segundo.

La gente nos mira de camino a casa de Gabriel, sobre todo a Simón. En lo que llevamos andando ya se le ha caído tres veces un trozo de beicon hecho con cartón al que le hace falta un poco más de pegamento. Aquí va la cuarta.

—Decidme por qué esto es buena idea —dice, arrojando con frustración el pedazo de cartón por los aires.

—Porque es una fiesta. Es divertido —le responde Lucas mientras saluda con un gesto teatral a un par de ancianos que pasan por nuestro lado.

—¿Puedes parar? —le digo, enfadado.

Él se vuelve, confuso.

—¿Parar de qué?

—De llamar la atención.

—No hago nada de eso. Si estás mosqueado allá tú, pero no pienso consentir que me arruines la noche.

Sigue caminando y yo bufo, cabreado. Es cierto que no estoy bien. La furia me corre por dentro. Pero no es porque vaya vestido como

una chica y salude con descaro a desconocidos. Lo que realmente me afecta es lo que va a pasar a continuación, lo que sucederá cuando lleguemos a casa de Gabriel y ellos dos se vean. Eso es lo que me hace enloquecer.

La casa está en las afueras, y cuando llegamos todo es una locura de luz, color y ruido. Damos con ella gracias a las indicaciones de Sofía, aunque Lucas parecía conocer perfectamente el camino, pues él ha guiado la marcha.

Mmm…

La gente grita, canta las canciones que salen con potencia de los altavoces, vocifera de felicidad. La vivienda es grande, con dos plantas y fachada pintada de blanco. Recuerdo que Lucas me contó que los padres de Gabriel se habían ido de vacaciones. El chico ha tenido la capacidad de previsión de ubicar el alboroto fuera, lejos de riesgos para con la propiedad de su familia.

Cruzamos la cerca que delimita el terreno y camino entre la gente. Hay tantas personas que dudo que todas sean de este pueblo. Es imposible; sin duda son de localidades vecinas. Todos van disfrazados, aunque no de una manera tan cutre como nosotros. Hay princesas, asesinos en serie de películas famosas, personajes de dibujos animados… Hay tanta variedad que me siento mal por haber pensado tan poco en mi indumentaria. La mayoría beben de vasos de plástico, y es en este momento cuando me doy cuenta de que no hemos traído nada que tomar. Espero que Gabriel se estire y nos invite a algo.

Como si mis pensamientos lo hubieran invocado, le veo aparecer por un recodo. Va vestido con una corona dorada y una capa de piel. Como un rey, claro. No sé cómo no lo había pensado antes. Está dejando claro su estatus, su posición, aunque sea a través de un simple disfraz. Nos sonríe con engreimiento y dice:

—¡Chicos! Me alegro de que estéis aquí. Lucas, te sienta bien el rubio.

Puedo notar el rubor de mi novio a pesar de la cantidad de maquillaje que se ha puesto encima. Puaj.

—Gracias. La verdad es que me estoy planteando tomar este cambio de manera definitiva —bromea.

—Espero que eso no vaya con doble sentido —murmuro. Ninguno me escucha.

—Simón, tú también estás genial.

A mí me ignora, por supuesto. Gilipollas.

—¿Está Valle? —pregunta él. Me alegra que el chico le sea tan indiferente.

—No, no ha podido venir. Como os lleváis tan bien pensaba que ya lo sabrías. Va a retrasar su vuelta un poco más.

Percibo la desazón de mi amigo. Casi puedo ver sus hombros

hundirse debajo de toda esa goma y cartón.

—Vaya. —Es todo lo que responde.

—No te preocupes, lo pasaremos bien aunque no esté ella. Veo que no habéis traído bebida; no pasa nada, hay de sobra.

Le pasa un brazo por los hombros a Lucas y nos guía hasta una mesa de madera donde hay dispuesta la colección más grande de bebidas alcohólicas que he visto en mi vida (fuera de una tienda, claro).

Me hierve la sangre. Quiero acercarme y pegarle bien fuerte. Sin embargo, me coloco junto a Simón y le digo:

—¿Estás bien?

—Pensaba que vendría.

Lo que en idioma Simón significa que está hecho una mierda.

—No pasa nada, la verás enseguida.

—Pero ¿por qué no me ha dicho nada? Él lo sabía, y ni siquiera le cae bien.

—No te cae bien a ti; lamentablemente, sí que es su amigo.

—Da lo mismo. Creía que teníamos confianza.

Suspiro y le doy un apretón en el hombro. Joder, está realmente afectado.

—No te pongas en lo peor como haces siempre. Sabemos que tienes tendencia a ver las cosas del tono más oscuro. Seguro que todo está bien.

Me mira con las cejas fruncidas y dice:

—¿Cuándo has pasado a ser tú el que me dé consejos?

—En el momento en el que Lucas está demasiado ocupado para hacerlo.

La amargura de mi voz escuece. Ahora es él el que me contempla con preocupación.

—No sé qué está pasando entre vosotros, pero tenéis que solucionarlo.

Es más una súplica que una advertencia.

—Yo no tengo nada que arreglar. Eso tendrás que decírselo a él.

—No. Es cosa de los dos. No podéis cagarla, no en lo vuestro. No me da la gana.

Me provoca ternura. Me siento como si estuviera ante un niño pequeño al que le ha entrado una rabieta por cualquier tontería. Lamento no poder responderle otra cosa más que un frío «ya se verá», pero de verdad que no me siento capaz de pronunciar otra cosa. Realmente no sé lo que pasará a continuación.

Me acerco a la mesa y agarro el vaso que me tiende Lucas. Me ha servido ron con refresco de naranja, tal y como a mí me gusta. Esta cercanía, esta seguridad y la confianza que existe entre nosotros no hace más que enmarañar el lío de pensamientos que me atenazan por

dentro.

Simón coge su bebida y le veo perderse entre la gente. Mer se aproxima y saluda con efusividad a mi novio. Sin duda está borracha. Otro chico con el pelo naranja al que conocimos aquel día en la piscina, creo que se llama Valentín, se parte de risa al ver el disfraz de Lucas y le invita a unirse a sus bailes. Ni siquiera me mira cuando se marcha con ellos. Paso el nudo de mi garganta con un trago de mi copa. Está fría, así que bebo más. Pronto me la he acabado, y no dudo en volver a servirme otra. Al fin y al cabo, Gabriel me está robando el novio. Un poco de alcohol me parece una compensación mínima.

Con la mente un poco nublada, miro a mi alrededor. Soy como un pez fuera del agua. Yo no pinto nada aquí. No pinto nada en ninguna parte. Dios, este sitio es enorme. La superficie tiene dos alturas, protegidas por barandillas de escayola blanca y conectadas con una escalera de cuatro peldaños. En la explanada de arriba atisbo a ver el azulado fulgor de una piscina. Hay personas dentro, chapoteando y armando escándalo.

Bebo más. Seguro que alguien del pueblo va a llamar a la policía y me van a detener por ir como una cuba siendo menor. A la mierda. Me sirvo otra.

Estoy considerando seriamente la idea de meterme en el agua cuando veo a Helena acercarse. Me río como un poseso al ver que se ha envuelto en papel higiénico. Es como una madeja de hilo tamaño GIGANTE.

—¿Qué eres, la fantasía de alguien con diarrea? —me burlo cuando la tengo delante.

—Soy una momia, imbécil. Taparme la cara era la forma más sencilla de huir de esto.

—Anda, quítate eso y bebe conmigo. Lo único que es más deprimente que tu mejor amigo y tu novio te dejen tirado en una fiesta es que tu mejor amigo y tu novio te dejen tirado en una fiesta y encima te emborraches solo. Vamos, solo una copita.

—Creo que tú ya llevas más de la cuenta. Y no te rías, que me he enfadado de verdad. He gastado cuatro rollos de papel para tener un aspecto decente. Y para tapar toda mi envergadura, todo sea dicho.

—Deja de hacer eso, deja de menospreciarte. Si fuera heterosexual me gustarías.

—Tú ya me gustas aunque seas gay. Si te sientes despechado, ya sabes.

Me guiña un ojo y yo me parto de risa. Se arranca el papel que cubre su cara y deja su rostro al aire. Suspira con resignación y me dice:

—¿Dónde está el maldito vodka?

Entrelazo nuestros brazos y la llevo hasta la mesa. Se sirve y yo

aprovecho para rellenar mi vaso. Los minutos pasan y nos dedicamos a criticar a todo aquel que nos rodea. Sí, sé que está mal, pero es divertido. Y yo ahora mismo necesito pasármelo bien.

A decir verdad, todo el mundo lo hace. Se mueven como locos, desinhibidos.

—¿No crees que alguien llamará a la policía? Esto es una completa locura —le pregunto a mi amiga por encima del estruendo de la música. Parece que también se ha olvidado de sus complejos por un momento.

—No lo creo. Por lo que me ha contado Gabriel, es una especie de tradición. Todos los años arma una gorda cuando sus padres se van de vacaciones. Supongo que todo el mundo lo ignora y cierran las ventanas. No te preocupes, estamos a salvo.

Asiento y decido dejar de preocuparme. En realidad, todo esto mola bastante. Es una pasada de fiesta. Nunca había visto a tanta gente pasárselo bien en un mismo lugar. No encuentro a Simón; supongo que estará en alguna esquina llorando por la ausencia de Valle. Me doy cuenta de lo poco que queda de la ridícula misión que teníamos al principio del verano. A nadie le interesa ya buscarle un ligue a Simón; las cosas se han torcido demasiado como para centrarse en cosas tan infantiles.

Lucas baila junto a la piscina, con Gabriel muy pegado. Le está rozando. De verdad, esto es asqueroso. Helena, que ya va por su tercera copa, me dice:

—¿Sabes una cosa? No entiendo por qué no vas allí y le cruzas la cara de un puñetazo. El muy cerdo le está restregando el pene por todas partes a tu novio. Estás fuerte, seguro que podrías con él.

—Nadie le está restregando el pene a nadie. Deja de decir esas cosas si no quieres que me vaya corriendo. Además, aquí el que tiene pareja es… ¡vaya, mi novio!

—Pero dime, ¿por qué no haces algo? Y no me refiero a que pegues a nadie. Parece que todo esto te da igual.

De un trago masacra medio vaso. Después se peina con los dedos, como si tener en su sitio su salvaje melena fuera una cuestión de vida o muerte en este instante. Compruebo que, a pesar de lo borracho que estoy, me ha molestado lo que ha dicho.

—Claro que no me da igual. Simplemente no tengo ganas.

—Eso es una gilipollez. Y tú un gilipollas.

—Calla.

Me agarra y empezamos a bailar. Gabriel abraza a Lucas por los hombros mientras él baila desatado. Ha bebido mucho, no es del todo consciente de lo que hace. Mi novio le pasa las manos por el pelo al otro chico y la corona cae al suelo. Igual que mi vaso. Me doy cuenta de que se me ha resbalado de los dedos cuando el líquido me moja los

pies.

—¡Óscar, ten cuidado! —me regaña Helena.

—Vas vestida con papel higiénico, no digas que no tienes nada con lo que limpiarte. Mira eso.

Sigue la dirección que le marco y hace una mueca.

—Si tú no quieres hacer nada, estupendo. Pero yo no pienso quedarme de brazos cruzados. Vamos.

Me toma de la mano y me arrastra hasta allí. Diviso a Simón por el camino. Va tambaleándose y me mira con extrañeza. Viene hacia mí. Helena me coloca junto a Gabriel, pasa sus manos por mi cuello y empieza a contonearse.

—¿Qué haces?

—Presión. De nada. Como le digas a alguien, o como me recuerdes alguna vez que he bailado de esta forma, te mataré.

Me asomo por encima de su hombro y veo que Gabriel no ha dejado de provocarme; lo hace aún más si cabe. Ha colocado una mano en la espalda de Lucas y la baja lentamente. Cabrón. Simón ronda cerca, perdido a más no poder. Frunzo los labios y gruño.

—Tu primo es una persona odiosa.

—Lo sé —me corrobora.

—Se acabó, estoy harto —digo, furioso.

Me quito sus manos de encima y me dirijo hacia Gabriel. La furia me ciega, los celos me controlan. Alargo la mano y lo cojo del hombro. No me molesto en decir ni una palabra. Me limito a flexionar los músculos y a empujarle dentro de la piscina. Solo que no había agarrado a Gabriel; había cogido a Lucas. Mi novio, tratando de mantener el equilibrio, estira los brazos y se engancha de mi camiseta. Está volando por los aires, por lo que me arrastra con él. Simón, que contempla la escena con su vaso en la mano, se ve arrastrado por nuestra maraña de extremidades y nos acompaña hasta el agua.

Está fría, tanto que el efecto del alcohol se desvanece un poco. Cuando emerjo a la superficie, me espera la furiosa expresión de Lucas. Su peluca rubia flota a unos metros. Alguien la coge y se la empieza a pasar con sus amigos como si fuera una pelota de playa, esparciendo gotas por todas partes.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —me grita, salpicándome en la cara.

Me limpio el exceso de agua de los ojos y me excuso.

—Tropecé. Lo siento.

—¡Y una mierda que lo sientes!

—Chicos, me ahogo.

Nos volvemos y vemos que Simón, dentro de ese enorme y aparatoso disfraz, apenas puede mantenerse a flote. La goma se ha empapado de agua y pesa, y el hueco que tiene para sacar la cabeza

no le está poniendo las cosas precisamente fáciles. Nadamos hasta él y le ayudamos a salir de la piscina. Cuando está de nuevo de pie en el borde un charco enorme se crea a sus pies.

Las carcajadas estallan en todas direcciones. Gabriel, Mer, Valentín y los otros ríen con tantas ganas que tienen lágrimas en los ojos. Hasta Helena se ríe con disimulo tapándose la boca. Genial. Soy el puto hazmerreír, un chiste. Lucas se escurre la falda, lo que causa aún más diversión. Cuando consigue calmarse un poco, Gabriel se acerca a nosotros y nos pone una mano a cada uno sobre los hombros.

—¿Sabéis una cosa? Me habéis dado envidia. —Se vuelve hacia el resto y grita—: ¡Que siga la fiesta!

Y se lanza al agua con una perfecta zambullida. Lucas se ríe con regocijo y le sigue junto a Mer, que chilla como una histérica. Se tira tanta gente dentro de la piscina que parecen fideos flotando en un caldo de sopa. Pongo los ojos en blanco y me giro, resignado. Helena, a mi lado, bebe de su copa, otra vez llena.

—¿Por qué tu primo va a una piscina municipal de mierda teniendo esto en casa? —Es todo lo que acierto a decir.

—Por la vida social. No te preocupes, lo has intentado.

Asiento, contemplando la guerra de agua que se ha desatado ante mí. Alguien coge a Simón y lo lanzan de nuevo. Se lo pasan de uno a otro como si fuera un muñeco. Le veo sonreír, así que supongo que no le está molestando mucho. La gente grita, chilla, alegre. Se lo están pasando bien mientras que yo tengo esta expresión de profunda amargura. Una ola nos empapa y Helena dice:

—Vámonos de aquí si no quiero acabar disfrazada de pasta de papel.

Asiento y dejo que me lleve lejos, sintiendo que todo esto es una batalla perdida.

***

El amanecer nos sorprende regresando a casa. Aquí estamos los tres, caminando por en medio de una carretera, medio borrachos, con lo que queda de nuestros disfraces hecho un auténtico asco y Simón todavía goteando. Vamos despacio, como zombis en busca de carne fresca que devorar. Ninguno ha dicho nada durante un rato, tan perdidos en nuestros pensamientos que no somos capaces de hablar. Es Simón el que rompe el silencio.

—Os odio. No me puedo quitar esta mierda de disfraz, y aún está empapado. Joder, no sabéis cuánto os odio.

No puedo evitarlo: estallo en carcajadas. Río tanto que los otros dos me miran como si hubiera perdido la razón, pero no puedo acallar la risa. El estómago se me contrae y me cuesta respirar. Sé que tengo una

conversación pendiente con Lucas después de lo que he visto esta noche, aunque al menos podré guardar un buen recuerdo de cómo terminó.

# 14

# Lucas

Todo es un asco. Y yo soy un completo imbécil. Cuando llegamos a casa eran cerca de las siete de la mañana, por lo que me metí en la cama en el acto. Casi no pude pegar ojo, a pesar de lo cansado que estaba. Mi cabeza era un hervidero de frenética actividad. Puedo recordar poco de lo que pasó, pues bebí más de la cuenta. Sin embargo, me acuerdo de Gabriel. Perfectamente. Recuerdo bailar con él, pegar mi cuerpo al suyo, enterrar mis dedos en su oscura cabellera. Dios, soy gilipollas.

Es cierto que me cabreé con Óscar por haberme tirado a la piscina (por mucho que él diga que fue un accidente, sé que fue a propósito), pero en el fondo lo entiendo. No justifico que se comportase como un capullo, pero sí que entiendo su enfado ante mi descaro. Joder, si me faltó enrollarme con Gabriel frente a su cara.

Por si fuera poco, olvidé felicitar a Simón por su cumpleaños. Hoy es diez de agosto. Aún iba medio borracho de camino a casa; lo que menos podía recordar eran detalles como ese, y menos con la huella de Gabriel tan reciente. Acabo de desearle un feliz día ahora, cuando son las cuatro de la tarde.

En definitiva, me siento como una auténtica mierda.

Por más que quiera negármelo a mí mismo, la llegada de Gabriel ha abierto una brecha entre Óscar y yo, ha despertado temores que creía extintos. Le quiero, pero ¿estamos hechos para estar juntos toda la vida? Somos muy jóvenes, y para siempre es mucho tiempo. Nunca me había planteado esto, porque nunca me había visto en esta tesitura. ¿Y si Óscar solo es una parada en el camino? ¿Y si me quedan muchas aventuras que vivir, pero con otras personas? ¿Y si todos los problemas que hemos arrastrado hasta aquí son el indicativo de que se acerca el desenlace? Al fin y al cabo, el nuestro es un amor que nació en el instituto, tendría sentido que muriera con él.

Me dan escalofríos con solo pensar en dejarlo, aunque puede que

no sea una solución tan descabellada, o tan improbable como creía. Aún lo veo como un escenario muy lejano. Sin embargo, no me provoca rechazo. Me gusta estar con Gabriel. Me gusta Gabriel. Es fresco, nuevo, y me fascina cada vez que abre la boca. Puede que esté planteándome echar por la borda la vida que me he construido con tanto esfuerzo por un simple capricho, pero ¿no es precisamente eso una señal de que algo no va bien? No debería pensar estas cosas, no tendrían que tener cabida en mi mente. Soy feliz con Óscar.

O al menos creía serlo. Hace tiempo que no lo tengo claro.

Tal vez necesite un cambio completo y radical en mi vida. Este puede ser un momento perfecto, justo cuando voy a empezar la universidad. Pensar que nuestro amor sería eterno no era más que una fantasía de adolescente, un engaño autoimpuesto. Por suerte, he madurado de golpe.

Óscar entra en la cocina y me saca de mis pensamientos. Incluso doy un pequeño salto, asustado. Abre la nevera, coge un cartón de zumo de naranja y me dice con extrañeza:

—¿Te pasa algo?

Su frialdad es como una bofetada. Lo sabe, lo sabe todo, y aun así no dice ni una palabra. Es posible que él sienta lo mismo, que ya esté aburrido de lo nuestro y que crea que es el momento de ponerle un punto y final a nuestra historia. No sé si me alegraría de que me pusiera las cosas tan fáciles o me hundiría en la miseria. Por la amargura que me emponzoña ahora mismo el estómago, me inclino por lo segundo. Odio pelear en esta constante contradicción. Me vuelvo hacia él y digo:

—No, no pasa nada.

—Voy a acompañar a Sofía a comprar algunas cosas para la cena de esta noche. ¿Quieres venir?

Hay algo en sus ojos, algo que no sé identificar porque no lo he visto nunca. ¿Súplica, a lo mejor? Niego con la cabeza.

—Creo que prefiero quedarme aquí y hacer compañía a Simón.

Se bebe el zumo y deja el vaso en el fregadero. Esto es tan incómodo que tengo ganas de salir corriendo.

—¿No quieres que hablemos sobre la fiesta? —le pregunto, sin poder contenerme. Su indiferencia me ataca los nervios.

—Siento haberte tirado a la piscina, ya te lo he dicho mil veces.

—No me refiero a eso.

—¿Y a qué te refieres? Dime.

Me sostiene la mirada, retándome. No puedo con esto, no ahora. Tal vez nunca. Me levanto y paso por delante de él.

—Da igual, déjalo.

Salgo de la cocina y me encierro en nuestra habitación. Al poco rato escucho a Sofía y a Óscar cerrar la puerta al marcharse. Sé que

dije que me quedaría en casa para acompañar a Simón, pero lo cierto es que no lo veo en toda la tarde. No me encuentro lo suficientemente bien como para mantener una conversación con nadie.

# Simón

La noche es maravillosa. La temperatura es increíble y estoy rodeado de las personas que más quiero. Me han organizado una cena deliciosa y ahora la disfrutamos en la azotea, sentados alrededor de una mesa redonda de madera.

Me han mantenido completamente alejado de la cocina en el tiempo que han tardado en tenerlo todo listo. Escuché sus risas al otro lado de la puerta y he sentido envidia. Un poco más tarde me han dado los regalos (ropa y un par de películas antiguas en DVD), y ahora estamos comiendo la tarta de cumpleaños más increíble que mi madre ha preparado jamás. Es de chocolate, mi sabor favorito, con una cobertura de nata tan deliciosa que quiero llorar. Lucas suelta unos gemidos tan escandalosos cada vez que da un bocado que empiezo a sentir vergüenza ajena (suenan bastante… sexuales). Con la boca llena de bizcocho, dice:

—Sofía, te quiero.

Mi madre se ríe y sus ojos brillan, feliz. Me toma de la mano y me da un cariñoso apretón.

—Espero que te haya gustado tu cena no tan sorpresa de cumpleaños.

—Es perfecta.

De verdad que lo es. Los miro a los tres y juro que me duele el pecho de todo lo que los quiero. No sé qué sería de mí sin ninguno de ellos. Por eso no puedo consentir que nada cambie entre mis amigos, ni tampoco que mi madre lo pase mal por el recuerdo de mi padre. Tengo que luchar para que todos estemos bien. Para que todo se quede como está.

Aunque eso sea… bueno, imposible.

Ojalá Valle estuviera aquí. No he tenido más noticias suyas desde el mensaje de texto; supongo que estará muy ocupada con todos los asuntos legales que les queden por solucionar de su padre. La echo de

menos. Apenas hace diez días que la conozco, y me asusta lo profundo que ha calado en mis sentimientos. No la quiero, no todavía, pero me importa. Me preocupa. Y para mí eso ya es mucho. Solo puedo esperar que vuelva pronto.

—No me digas que vas a llorar —me pincha Óscar, riéndose.

Se le ve relajado; a Lucas también. Parece que han dejado su guerra fría aparcada, al menos por esta noche, por mí. Me encojo de hombros.

—No, no creo.

Me toca aguantar unas cuantas bromas sobre la mayoría de edad. No, no me siento diferente por tener dieciocho años. ¿Acaso debería?

Mi madre se acomoda en la silla y posa las manos sobre sus rodillas. Casi no ha tocado su porción de tarta.

—Bueno, chicos, decidme. ¿Lo estáis pasando bien? Casi no os veo en todo el día.

Es cierto. Me siento mal por el poco caso que le estoy haciendo. Ya lo remediaré. Ahora me centro en mis amigos, pues su contestación me resulta de lo más interesante. Los dos se revuelven incómodos, sin saber dónde mirar. Es Lucas el primero en contestar:

—Está siendo divertido…, sí.

—Para unos más que otros —masculla Óscar, con el ceño fruncido.

Todos le oímos menos mi madre.

—¿Perdón?

—Digo que sí, que está siendo mucho mejor de lo esperado. ¿Verdad, chicos?

Nos pregunta a los dos, pero solo mira a Lucas. Se sostienen la mirada con tanta fiereza que temo que salten chispas entre ellos. Yo hago esfuerzos para no echarme a reír.

—Divertidísimo —dice el otro, retándolo claramente.

Mi madre se vuelve hacia mí y me pregunta con extrañeza:

—¿Qué les pasa a estos dos?

Me encojo de hombros, divertido ante su sincera confusión.

—No tengo la menor idea.

Por suerte, acaban pronto con su duelo. Cuando se dan cuenta de que no nos hemos perdido ni un segundo de esta escenita, se ponen rojos hasta el cuello. Ya no lo aguanto más: me río. Me sigo riendo cuando noto el móvil vibrar en mi bolsillo. Son unos mensajes de Valle.

*Sé que es un poco tarde, pero te escribo para decirte que regreso mañana.*

*Espero que no tengas planes.*

*En cuanto llegue quiero seguir con nuestro secretito.*

*Besos.*

No me ha felicitado, pero no me molesta porque la chica no sabe

que es mi cumpleaños. Me pongo tan contento al saber de ella que río con más ganas. Cuando me calmo, digo:

—Os quiero a todos.

Mi madre entrelaza sus dedos con los míos y por un segundo me siento completamente satisfecho.

# 15

# Simón

En cuanto la veo aparecer, me doy cuenta de hasta qué punto la había extrañado. Su melena castaña ondea a su espalda mientras viene hacia mí con un ligero trote. Algo me pellizca por dentro. Me da un beso en la mejilla en cuanto la tengo enfrente.

—Hola. Tenía ganas de verte —me dice, con una sincera sonrisa en los labios.

Se la devuelvo, ruborizado.

—Yo también. ¿Todo bien por la ciudad?

—Aburrido, aunque ya está todo listo por fin.

No insisto. He notado que no quiere hablar de ello. Caminamos hacia la plaza y mientras, me pregunta:

—¿Y por aquí? ¿Ha pasado algo interesante?

Le cuento todo lo relacionado con la fiesta y con mi cumpleaños. Se enfada conmigo por no haberla avisado cuando se da cuenta de que no me ha felicitado, pero yo le resto importancia con un gesto de la mano. En su cara perdura durante un rato una expresión de contrariedad, aunque lo deja pasar. Para cuando nos sentamos en un banco de madera en el centro del pueblo tengo la sensación de no haber hablado tanto tiempo seguido en mi vida.

Los minutos se nos pasa tan deprisa que en un momento de lucidez me acuerdo del propósito de esta reunión:

—Bueno, explícame qué tenías preparado para hoy.

—¡Oh, es cierto! Quiero que revisemos mi jardín. Mi madre no está, así que tenemos vía libre para buscar sin miradas indiscretas.

Una súbita emoción me recorre las venas.

—De acuerdo. —Es todo lo que digo.

***

La amplia extensión de terreno se extiende ante mí. Serán

aproximadamente cerca de cincuenta metros cuadrados, bordeados por una fila de árboles que separan la propiedad de la vecina. La casa, ya conocida para mí, está silenciosa y sombría. Como si también estuviera de luto. Trago saliva y me vuelvo hacia mi amiga.

—¿Por dónde empezamos?

Ella asiente, pensando.

—Cuando era pequeña me aterraba la oscuridad que se formaba aquí. Esa es mi ventana. —Señala una, en el segundo piso. Tiene una panorámica completa de todo el jardín desde allí—. Mi padre siempre venía a consolarme en mitad de la noche cuando me despertaba por las pesadillas. Creo que puede ser aquí. Supongo que lo más obvio será ver si se ha enterrado algo hace poco.

—¿Cuándo ingresaron a tu padre?

—Hace dos meses. Pasó uno entero en el hospital antes de morir.

—De acuerdo. Miremos a ver si hay tierra removida en alguna parte.

Nos repartimos el terreno e inspeccionamos con detenimiento. No tengo ni idea del tiempo que tiene que pasar para que se disimule un entierro reciente, aunque me da la impresión de que dos meses es más que suficiente.

Tal y como esperaba, no encontramos la más mínima pista. Valle, enfadada, patea el suelo con fuerza.

—No puede ser, tiene que estar aquí. Estoy segura de ello. No hay otra alternativa.

—Valle…

—No. Conozco a mi padre. Sé que está aquí, en alguna parte. Tengo que remover la tierra.

—Eso es imposible —digo, con las cejas alzadas por la incredulidad.

—No lo es si uso el tractor que tenemos en el cobertizo.

Señala una pequeña construcción anexa de madera muy parecida a la que hay en la casa de sus abuelos y yo creo que ha perdido la cabeza. Así se lo hago saber:

—Te has vuelto loca.

—Claro que no. A mi padre le encantaba cuidar de los terrenos que tiene mi familia en las afueras. Plantaba cosas cuando estaba en casa, y ayudaba a mi abuelo en todo lo que podía. He ido con él muchas veces, sé manejarlo.

—¿Me estás diciendo que quieres destrozar tu jardín con un tractor? No puedes hablar en serio.

—Sí que lo hago.

—Piensa un momento: si hay algo enterrado, lo destrozarás con las palas de la máquina.

—No lo harán si solo araño la superficie.

—¿Y qué me dices del ruido? Vas a alertar a todo el maldito pueblo.

—No vamos a hacerlo ahora, idiota. Esperaremos hasta dentro de cuatro noches.

—¿De noche? —Todo tiene menos sentido a cada frase que sale de su boca.

—Sí. Ese día comienzan las fiestas. Todo el mundo estará en la plaza, comiendo, bebiendo y distraídos con la música y las atracciones de la feria que montan cada año. No habrá nadie que nos escuche.

—A tu madre le dará un infarto cuando vea la que vas a liar…

—Le echaré la culpa a unos gamberros. Y si no se lo traga diré que ha sido un ataque de locura por el estrés postraumático. Vamos, Simón. No me puedes dejar tirada ahora.

Me toma de las manos y yo me estremezco. La búsqueda del secreto, sea lo que sea, se ha convertido en algo personal. Por supuesto que no voy a retirarme.

No obstante, me sumerjo en esa espiral de pensamientos que me arrastra cada vez que le apetece. Sopeso todas las cosas que pueden salir mal, lo que se pueden torcer los planes y lo potencialmente peligroso que es todo. Doy vueltas; giro y giro en ese bucle infinito que me ha guiado toda mi vida, que me ha condicionado tanto. Las excursiones de mi amiga llevan días preocupándome, pero lo que siento ahora mismo está a otro nivel.

No obstante, lucho con ferocidad para sacar toda esa ponzoñosa maraña de dentro de mi cabeza. Me afianzo a la fuerza de sus ojos y digo:

—Esto es coacción.

—¿Y funciona?

—Joder, sí.

## Lucas

Cuando Simón nos dijo esta mañana que tenía planes con Valle, y que esos planes no nos incluían, me quise morir. No quiero estar a solas con Óscar. Le pregunté si iba a quedar con Helena, pero me contestó que no. Le tengo todo entero para mí. Y eso me da un miedo

atroz.

Sofía tampoco está. No me extraña que quisiera venir a este pueblo: tiene diez veces más vida social que en casa.

Estamos sentados en el sofá, con la televisión encendida. La abuela de Simón no tiene DVD, así que nos conformamos con ver un programa cualquiera, de esos que duran toda la tarde. Es tan aburrido que no logra mejorar el ambiente.

Permanecemos en un tenso silencio, cada uno en su lado, poniendo especial cuidado en no rozarnos siquiera. Parecemos desconocidos a pesar de todo lo que hemos compartido el uno con el otro. Y aunque ya lo sé, no puedo evitar preguntarle:

—¿Se puede saber qué te pasa?

Su indiferencia me está matando. Me dan ganas de zarandearle y obligarle a decirme todo lo que siente. Sin embargo, se vuelve con lentitud hacia mí. Su voz suena congelada.

—Nada, ¿y a ti?

—Y una mierda —exploto—. Te estás comportando como un niñato. Esta no es manera de afrontar nuestros problemas.

Por fin he logrado despertar en él una mínima reacción. Sus cejas se alzan y veo cómo la piel de su rostro se tiñe de rojo. Le he cabreado.

—No me puedo creer que tú seas capaz de decirme eso. Precisamente tú.

—¿Qué coño quieres decir?

Estamos alzando la voz. Va a estallar, todo entre nosotros va a saltar por los aires.

—¿No tienes algo que contarme? —me pregunta, con la calma otra vez entrelazada en sus palabras.

Bufo, desesperado. Por supuesto que sí, pero no puedo hacerlo. Decirle lo que siento supondría acabar con lo nuestro, y aún no estoy preparado para dar ese paso.

—No sé a qué estás jugando, Óscar, pero me gustaría que me hablaras claro por una puta vez en tu vida. Estoy harto.

Me levanto y le dejo allí, con la boca torcida en una mueca de sorpresa. Salgo a la calle y camino hacia arriba, alejándome. Las paredes de esa casa me ahogan, me aprisionan. Encierran demasiada culpa. No me creo que pueda ser tan injusto con él, tan cabrón como para echarle la culpa de todo. No obstante, la carga pesa un poco menos ahora.

Tengo el estómago revuelto, y quiero llorar. Necesito hablar con alguien, contarle toda la mierda que me llena por dentro y purgarme para volver a ser el que era. Solo se me ocurre una persona a la que recurrir. Sé que está mal, pero pienso hacerlo. Saco mi teléfono móvil y le llamo. Responde al tercer tono.

—¿Sí?

—Gabriel, necesito hablar. He discutido con Óscar.

Unos segundos de pausa. Después:

—Dime dónde estás.

# Óscar

Esto es el colmo. Me ha dejado plantado. El muy desgraciado se ha ido, haciéndome quedar como el culpable de todo.

Y una mierda.

Me levanto, corro hasta el recibidor y cojo la copia de las llaves que Sofía nos dejó el primer día. Después salgo a la calle y busco a Lucas. Lo diviso al final de la vía, justo cuando dobla un recodo. Troto hasta allí y me asomo con cuidado de que no me vea. Va con las manos dentro de los bolsillos y la cabeza gacha, a una distancia lo suficientemente prudencial como para que no se percate de que le sigo. Madre mía, estoy espiando a Lucas. En la vida me había pasado por la cabeza ser capaz de algo así. ¿Cuándo se han torcido tanto las cosas? ¿Cuándo he consentido convertirme en esta persona furiosa y llena de rencor? ¿Cuándo todo lo que nos une se ha podrido? Decido plantearme estas cuestiones en otro momento. Ahora solo tengo que procurar no perderlo de vista.

Pasamos frente a un montón de escaparates de tiendas, pero él no entra en ninguna. Tengo un presentimiento sobre cuál es su destino. Cuando le veo detenerse en un parque lleno de niños, me doy cuenta de que he fallado. Me quedo en la acera de enfrente, escondido entre dos coches. Desde aquí tengo visión completa.

Lo que sí acierto es el acompañante. Gabriel aparece a los pocos minutos, a la carrera. En cuanto le ve abraza a Lucas y este le recibe de buen grado. Creo apreciar que los hombros de mi todavía novio se estremecen. Está llorando. Gabriel se separa y le limpia las lágrimas con sus dedos. Después pasa una mano por su espalda y se lo lleva de allí.

Me quedo paralizado, como si me hubieran atrapado dentro de un bloque de hielo. Quiero correr hacia ellos, acabar con lo que quiera que tengan y terminar con toda esta locura de una vez. Por otro lado,

siento deseos de huir, alejarme lo máximo posible y dejar que las cosas sigan su curso sin que yo me inmiscuya. Finalmente no hago nada. Me quedo donde estoy, clavado al suelo. No es que crea que sea lo mejor; sencillamente no puedo moverme.

Una mano me agarra del hombro y me giro, sobresaltado. Es Helena. Me contempla con extrañeza.

—¿Óscar? ¿Qué haces aquí?

—¡Helena! Nada, no hago nada. ¿Y tú?

—Vengo de comprar unas cosas. —Me enseña una bolsa de plástico que tiene en la mano—. Y por favor, no me mientas. Es obvio que pasa algo. De lo contrario no estarías agazapado entre dos coches como un perro que quiere hacer sus necesidades. Vamos, dímelo.

Suspiro y cedo. La voz me tiembla tanto que creo que voy a echarme a llorar en cualquier momento.

—Es por Lucas. Creo que se ha acabado.

Me rompo y dejo que ella recoja mis pedazos. Me abraza con ternura y yo aspiro su olor, un aroma que empieza a resultarme muy familiar. Su camiseta negra resulta suave contra mi mejilla. Mis lágrimas la mojan. Cuando me tranquilizo un poco, cruzamos la calle y ocupamos el mismo banco que Lucas ha dejado libre un rato antes. Helena me anima a contarle lo que ha pasado y yo lo hago. Me desahogo, le insulto, les insulto. Me insulto a mí mismo. Tengo tanta rabia dentro que no sé contra quién dirigirla.

Termino de hablar y mi amiga me pregunta:

—¿Qué vas a hacer?

—No tengo ni idea —dudo.

—Pero es tu novio. Le quieres…

—Claro que le quiero, pero no sé si eso es suficiente. No en este momento, no desde hace meses.

—No puedes dejar que vuestra historia se vaya a la mierda por un contratiempo —me pide, enfadada—. Solo tenéis que hablar para solucionarlo.

—¿Y si no queremos hacerlo? ¿Y si ya no tiene solución porque ninguno de los dos quiere encontrarla? Me está destrozando, y ni siquiera parece importarle.

—Tú tampoco estás luchando por él —me echa en cara, pero no me molesta. Tiene toda la razón.

—Lo sé. No sé si quiero hacerlo. No es que esté cansado de enfrentarme a un imposible; simplemente tal vez me haya dado cuenta de que es inútil. Llevamos mucho tiempo juntos, somos muy jóvenes. Lo nuestro no puede durar.

Me quema decir estas palabras, pero no quiero retirarlas. Creo en ellas con una firmeza ciega. La traición y el dolor son tan fuertes que me cuesta respirar. No obstante, hay algo más que los acompaña. La

indiferencia, y esa es la que más miedo me da. Helena se revuelve a mi lado, incómoda. Sé que le importo, a pesar del poco tiempo que hace que me conoce. No quiere que sufra.

—Puede que esto sea lo que tiene que pasar —continúo; sienta genial hablar sin tapujos—, puede que lo nuestro tenga que terminar. Ya veníamos acarreando problemas en los últimos tiempos; ninguno de los dos estábamos del todo a gusto con el otro. Me duele pensar así, de verdad, pero ahora mismo es lo único que tiene sentido.

Helena me abraza los hombros.

—Óscar…

—Como se te ocurra decirme que todo va a salir bien, me largo.

Sonríe de medio lado, culpable.

—Me has pillado.

Nos reímos durante un rato, y luego hablamos de todo y de nada. A pesar de que estoy disfrutando enormemente de su compañía, no soy capaz de arrancar de mi mente mis sospechas, mi angustia. Tengo que hablar con Lucas urgentemente, aunque no sé si tendré fuerzas para hacerlo.

Tal vez no sea capaz de afrontar la verdad que tenga que mostrarme.

# 16

# Lucas

No puedo decir que ha sido un mal día, por lo que no me quejo. Todo ha estado envuelto por una densa calma que hasta a mí mismo me ha desconcertado. Con lo tensas que han estado las cosas últimamente, ha sido todo un alivio.

Sin embargo, cuando menos me lo espero, se desata el infierno.

Óscar, que ha pasado de mí durante casi dos días, se planta frente a mí y me suelta:

—Dime lo que tienes con Gabriel.

Sus brazos están cruzados sobre el pecho, en actitud dominante. Me intimida un poco, pero no dejo que lo vea. Cierro la nevera con el refresco que he venido a coger en la mano y paso de largo.

—Es mi amigo. También lo es tuyo, por si no te habías dado cuenta.

Ni Simón ni Sofía están en casa, afortunadamente. Esto parece que se va a caldear en breves instantes. Iban a ver a unos familiares; espero que tarden en venir si no quieren presenciar los gritos.

—Dudo que lo que mantengo con ese chico sea una amistad —me dice—. También lo dudo por tu parte.

—Ya te pedí que me hablaras claro —le reto—. Hazlo de una vez y acúsame a la cara.

—Te has enrollado con él —me suelta, a bocajarro.

Me estremezco. Escuchar las sospechas que guarda de sus labios me ha dolido. Me hiere pensar que cree que puedo traicionarle de esa forma tan a la ligera.

—No, no me he enrollado con nadie que no seas tú —respondo, y es la verdad.

—Os vi el otro día en el parque. Vi cómo te abrazaba, cómo te ibas con él. Por favor, deja de mentirme en la cara.

Aprieta tanto los puños que tiene los nudillos blancos. En ningún solo segundo se me pasa por la cabeza que vaya a hacerme daño, pero

aun así su fiereza me acobarda.

—No he hecho nada con él. Sí, es cierto que le vi el otro día. Estaba cabreado contigo, y necesitaba a alguien con quien hablar. Acudí a él porque es mi amigo. Luego fuimos a dar un paseo para despejarme. No pasó nada, te lo juro. Lo que no entiendo es cómo te atreviste a seguirme. No soy de tu propiedad; creía que teníamos confianza.

Suelta una amarga carcajada.

—¿Hablas de confianza? De verdad, no me hagas reír. Ya no sé lo que es eso entre nosotros. Ni se te ocurra darle la vuelta a esto. El traidor eres tú, no yo.

Sus palabras son como un aguijonazo en el pecho. Tomo aire, recuperándome del golpe. Las cosas están mucho peor de lo que yo creía.

—Puedes no fiarte de mí, pero te he dicho la verdad. No ha pasado nada entre Gabriel y yo. Me duele que creas que valoro tan poco lo nuestro.

—No me das muchas opciones, me temo.

Me habla con tanta dureza que estallo.

—Eres un gilipollas.

Odio faltarle el respeto, aunque lo acabo de hacer. Él se ríe.

—Insúltame todo lo que quieras, pero sigues siendo tú el que la está cagando.

—Vete a la mierda.

Salgo de la cocina como un vendaval y me encierro en nuestro cuarto en la buhardilla. Pateo con fuerza mi cama y luego le pego puñetazos al colchón. Le doy tantas veces que ni siquiera me doy cuenta de que me he echado a llorar. Todo es una mierda. Es una mierda porque él lleva razón. No ha pasado nada con Gabriel, pero cada vez lo deseo más.

# Óscar

Se acabó, me vuelvo a casa. No quiero permanecer en este sitio ni un segundo más. Tengo dinero suficiente como para comprarme un billete de autobús y regresar yo solo sin molestar a los demás. Será un gasto que no tenía previsto, pero merecerá la pena. Necesito irme.

Esta mierda va a acabar conmigo.

Salgo de la casa en busca de cobertura y algo de intimidad. Cuando veo que tengo suficiente marco el número de mi padre. Contesta enseguida. Su voz suena cansada al otro lado de la línea.

—Hola, Óscar. Estoy trabajando, ¿pasa algo?

Me olvido de todo un segundo y le pregunto, extrañado:

—¿Trabajando? Se suponía que estabas de vacaciones.

—He tenido que volver. Han surgido unos problemillas que solo yo puedo resolver. Me lo compensarán; lo han prometido.

—¿Y los niños?

—He contratado a una niñera. Antes de que me digas nada, he conseguido un precio muy económico, y solo serán un par de días. Ni se te ocurra decirme que no es necesario. Bueno, ¿qué pasa?

Me trago mis reproches y le explico:

—Voy a volver a casa. Las cosas no están bien con Lucas, y quiero regresar. Solo te llamaba para informarte. Cogeré el primer autobús que salga hacia Madrid.

Mi padre suelta un suspiro. Puedo imaginarlo acomodándose en su silla, dispuesto a darme la charla.

—¿Qué os ha pasado?

—Ahora no quiero hablar de ello. No te llamo para que me sermonees.

—Vamos, hijo, seguro que nada puede ser tan malo. Os he visto juntos. Estáis hechos el uno para el otro.

—Yo no lo tengo tan claro… Voy a volver. No quiero estar aquí. Y así podría encargarme de los chicos. Por mucho que digas, gastar dinero en una niñera no nos ayuda en absoluto.

—Óscar, no lo hagas. Intenta arreglarlo. Estoy seguro de que te arrepentirás si no lo haces.

—De verdad, no insistas.

—Está bien, tú verás. No quiero decirte lo que tienes que hacer, ya eres mayorcito. Hazme saber los horarios para ir a recogerte a la estación.

—No hace falta, iré por mi cuenta.

Nos despedimos y cuelgo. Tengo un sabor agrio en la boca. No me gusta hablarle así a mi padre, y enseguida me siento culpable por mi actitud. Además, él solo quiere lo mejor para mí. Mierda. Pienso en llamarle otra vez para pedirle disculpas cuando el tiempo se detiene.

No. Puede. Ser.

Gabriel se acerca por el final de calle, con las manos en los bolsillos y un paso resuelto y seguro. Un fuego abrasador nace en mi estómago y me tiñe el cuello de rojo. Aprieto los puños, tanto que temo destrozar el teléfono que todavía sujeto. Viene derecho hacia mí. Sonríe al verme y creo que me va a explotar la cabeza. Llega a mi

posición y, sin perder su arrebatadora e irritante sonrisa, dice:

—Hola, Óscar. ¿Todo bien? —No espera a que conteste. Sigue hablando—. Venía a ver a Lucas. Ha tenido unos días un poco… complicados.

Como si no lo supiera.

Cabrón.

—Está bien —respondo, furioso.

Él nota mi desagrado y se aparta un paso.

—Me alegro. Voy a ver si le apetece…

—Será mejor que te vayas —le corto, a punto de perder la paciencia—. No quiere ver a nadie.

—No creo que eso te corresponda a ti decidirlo…

—He dicho que te largues, Gabriel.

Me controlo. Me fuerzo a no perder los nervios. Mi fiera tranquilidad le intimida más que mis gritos. Él me sostiene la mirada, retándome a que salte sobre él y quedé aún peor delante de Lucas. Quiere vencerme haciéndome fallar. No muevo ni un músculo. Ni siquiera parpadeo. Los segundos se alargan tanto que parecen horas y se hacen tan incómodos que resulta insoportable. Finalmente, se rinde.

—Está bien, como quieras. Dile que he venido.

—Seguro.

Me lanza una última mirada y se da la vuelta, de nuevo con las manos enterradas en sus bolsillos. Me parece oírle llamarme gilipollas, aunque no pico en su provocación. Le veo marcharse, sintiendo que por una vez salgo vencedor de una de estas batallas de mierda a las que me he visto arrastrado. Y justo en este momento lo decido. No pienso irme. Si Lucas quiere dejarme por este chico, que lo haga, pero no pienso ponérselo fácil. Si quiere jugar conmigo, prefiero ser testigo de sus intrigas. Se acabó el ser un mero espectador en todo esto. Ha llegado la hora de que yo también me lo pase bien.

Alzo otra vez el teléfono y vuelvo a llamar a mi padre para decirle que he cambiado de opinión.

# Simón

Acabo de llegar a casa. Mi madre se ha empeñado en que vea a

unas primas lejanas suyas que viven en el pueblo, y he accedido. Han sido las dos horas más aburridas de mi vida, pero por suerte ya han pasado. Sin embargo, al llegar las cosas no podrían estar más tensas. Lucas ve la televisión en el salón con cara de haber presenciado un asesinato, mientras que Óscar está encerrado en nuestra habitación.

Temeroso de que me muerda si le hablo, me acerco a Lucas y me siento a su lado. Mi madre se ha metido en el baño para darse una ducha, así que tenemos intimidad. Trago saliva y le pregunto:

—Lucas, ¿qué os pasa a Óscar y a ti?

—No nos pasa nada.

—Eso no es cierto. Parece que os odiéis. ¿Es por Gabriel?

—¡Simón, no! —me grita—. No sabes una mierda de lo que está pasando, así que cierra la boca y déjame tranquilo.

Me quedo de piedra. Nunca, en todos los años que nos conocemos, me había tratado de esta manera. Entiendo que lo esté pasando mal, que se sienta confundido, pero no tiene derecho a hablarme así. No pienso consentírselo. Me levanto y clavo mi mirada en la suya.

—Eres un gilipollas, y vas a acabar solo.

Me fulmina, pero me da igual. Me doy la vuelta y le dejo plantado, con cara de echarse a llorar en cualquier momento. Estoy harto de todo este drama, y eso que ni siquiera sé nada con seguridad. Necesito una cara amiga ahora mismo.

Voy a buscar a Valle.

*17*

# Simón

Estos días han pasado como en una especie de caleidoscopio de imágenes inconexas. Ninguno hemos intercambiado más de tres palabras con los demás. Se respira tanta tensión en nuestra buhardilla que casi no he podido dormir. Cada uno hemos hecho vidas separadas. Yo con Valle, Lucas con Gabriel y Óscar con Helena.

Las cosas han estado tan raras que hasta mi madre se ha dado cuenta. La mañana pasada se acercó a mí y me preguntó si nos sucedía algo. Evité sus preguntas con débiles excusas, pues ni siquiera yo sabía qué responderle. Está claro que algo nos pasa, aunque yo soy el primero que debe descubrir qué es.

Por fin han montado la feria, lo que quiere decir que esta noche Valle y yo asaltaremos su jardín. Según sus palabras, su madre asistirá con unas amigas para intentar distraerse un poco. Espero que no cambie de opinión y acabemos pronto con esto. Registrar el cobertizo fue divertido; esto me aterra. Sobre todo después de nuestra conversación de anoche.

Fue algo parecido a esto:

Ella: Simón, tengo algo que decirte.

Yo: Adelante.

Ella: Pues… verás. Resulta que mi abuelo se llevó nuestro tractor y todavía no nos lo ha devuelto. Está en su casa.

Yo: Mierda.

Ella: La buena noticia es que no lo tienen guardado en el cobertizo, por lo que no vamos a allanar ninguna propiedad. Tengo una copia de las llaves, así que será cogerlo y ya está.

Yo: Cogerlo y recorrer el pueblo desde casa de tus abuelos hasta la tuya.

Ella: Sí, eso también.

Como decía, estoy acojonado. Vale que el pueblo esté en fiestas y que todo el mundo estará distraído, pero marcarme un *Fast and*

*Furious* a lo rural no me parece un ejemplo de discreción. En fin, no sé para qué me martirizo. Ya le he dicho que sí; no hay vuelta atrás. Además, con cada nueva misión, regresan las ganas de saber qué demonios escondió el padre de Valle. Es prácticamente de lo único que hablamos; le damos vueltas y más vueltas, sacamos las más locas conclusiones. Espero que demos con ello pronto, por nuestra salud mental.

Gracias a esta guerra que mantenemos los tres, no tendré que informar a mis amigos de mis actividades nocturnas. Cuanto menos sepan, mejor.

# Lucas

Estas fiestas son tan típicas que me encantan. Puestos de comida, música atronadora, rifas, atracciones en la plaza y mucha, mucha gente. Gabriel va a mi lado, con un vaso gigante de cerveza. Yo llevo otro, aunque mucho más vacío que el suyo. Tengo la errónea creencia de que cuanto más beba, más fácil me va a resultar dejar de pensar en Óscar y en cuánto lo odio ahora mismo. No lo estoy consiguiendo, por supuesto. Lo único que estoy logrando es estar cada vez más mareado.

Sé que los otros rondan por aquí, aunque todavía no los he visto. Ni quiero, a decir verdad. Gabriel hoy está increíble: atento, agradable, gracioso, y tremendamente sexy. Le arrancaría la ropa aquí mismo si no me diera vergüenza tener sexo en público. Y si no tuviera novio, claro.

Hace un rato me contó que Óscar no le dejó entrar la otra tarde en casa cuando vino a visitarme. Incluso ha querido disculparle, alegando que parecía muy alterado, que no pasaba nada. Esto solo me ha hecho estar aún más cabreado con Óscar; pienso ajustar cuentas con él.

Como si mis pensamientos lo hubieran invocado, le veo aparecer a unos metros. Va con Helena, la prima de Gabriel. La chica va vestida igual que siempre: vaqueros largos, zapatillas Converse y una camiseta negra de un grupo de música de otra década. Empiezo a creer que no tiene otra ropa. Nos ven y se acercan. Se les ve bien juntos, como si fueran buenos amigos. Llevo tanto tiempo sin hablar sinceramente con Óscar que ni siquiera sabía que fueran tan íntimos.

—Hola, ¿lo estáis pasando bien? —nos pregunta la chica con cierta incomodidad.

—Genial. No sabíamos que estabais por aquí —responde su primo. Agradezco que tome él la palabra. Ahora mismo no puedo mirar a la cara al que todavía es mi pareja.

—¿Dónde íbamos a estar?

Bueno, ya basta. Esto es insufrible. Óscar no abre la boca tampoco. Se mira los pies como si fueran lo más interesante del mundo. Esta situación es tan surrealista que da escalofríos. Y encima se encargan de llevarla Helena y Gabriel, dos primos que no pueden compartir menos cosas y tener una relación más débil. Genial. Verdaderamente genial.

—Estupendo. Ya nos veremos —dice Gabriel, y yo quiero abrazarlo de puro agradecimiento.

—Hasta luego —se despide ella.

Gabriel me apoya una mano en la espalda y me aleja de allí. Cuando ya no pueden oírnos, dice:

—Joder, eso ha sido raro de cojones. ¿Seguís en pie de guerra?

—Más que nunca. Le odio.

—No digas eso, no es verdad. Lo arreglaréis.

Su amable sonrisa me enternece el corazón. Es tan respetuoso, tan cortés y cariñoso… Le miro más tiempo del necesario los labios. Parecen tan carnosos…

—No lo tengo tan claro.

—Vamos, ahora lo ves todo negro. No te desanimes. Venga, pasémoslo bien.

Toma mi mano con disimulo, poniendo cuidado en que nadie le vea, y me acerca hasta una caseta desde la que sale una potente música. Empieza a bailar, meciéndose entre la gente que como él danza sin reparos. Me cuesta un poco, pero pronto bailo yo también. Y la verdad es que es agradable mostrarse despreocupado. Para cuando quiero darme cuenta, me estoy riendo como un bobo y meneando mi cuerpo como si no hubiera un mañana. Al rato compramos otra cerveza, y me la termino enseguida. El alcohol me sienta bien, me libera y yo me dejo llevar.

Una hora después, más borracho y agotado que cuando empezó la noche, siento que mis piernas no dan más de sí. No puedo moverme.

—Por favor, necesito descansar —le pido a mi amigo.

Él asiente. Está sudando, y puedo jurar que es la imagen más erótica que he visto nunca.

—Vale.

Andamos hasta una zona despejada. Nos sentamos en un bordillo y yo gimo, agradecido. Noto cómo los músculos se contraen igual que si tuvieran un corazón propio. Gabriel se deja caer a mi lado y suelta un

suspiro.
—¡Vaya! No me había dado cuenta de lo realmente cansado que estoy.
La música se oye amortiguada. Por aquí no hay nadie, y la oscuridad es tan intensa que es casi inescrutable. Es agradable después de tanta luz en la feria.
—Hacía siglos que no bailaba tanto. Creo que nunca he bailado tanto, de hecho.
—No sales mucho, ¿verdad? —Se ríe.
—No. ¿Tú sí?
—Vivo en este pueblo, y dada su inexistente variedad de vida nocturna, nos tenemos que buscar otras opciones. Me gusta divertirme.
—Se nota.
Sonríe de medio lado, confuso.
—¿Qué quiere decir eso?
—Nada, nada malo. Simplemente te gusta provocar.
—No te entiendo. ¿A ti te provoco?
Se acerca a mí. Noto el leve rastro de su aliento cerca. Me estremezco.
—Ya lo sabes.
—No, no lo sé. Dilo.
—Sí, creo que encuentras particularmente divertido buscarme las cosquillas.
Suelta una carcajada. Se acerca un centímetro más. Yo también me aproximo. Estoy perdiendo la cabeza.
—¿Y eso te molesta?
—Me está destrozando la vida y está a punto de acabar con todo lo que quiero y tenía por seguro, pero no, no me molesta.
—Siempre lucho por lo que quiero conseguir.
—¿Me quieres conseguir a mí?
Sus labios, su piel, sus ojos. Me tiene hipnotizado.
—Creo que ya lo he hecho.
Rompe la distancia que nos separa y pega sus labios a los míos. Los disfruto. Su lengua es dulce, sabe a alcohol y a lujuria. Entierra sus dedos en mi pelo y me acerca más a él. Alentado por la intimidad que nos rodea, el beso se vuelve más ardiente, más salvaje, más desesperado.
Y justo entonces me arrolla la realidad.
Óscar.
Es a él al que debería estar besando. No puedo hacerle esto.
Lo separo de un empujón y me levanto, alejándome de él como si me hubiera dado una descarga eléctrica. Él me mira, confundido hasta el extremo.

—Lucas, ¿qué pasa? Creía que era lo que querías.
—No. No puedo. No puedo hacer esto.
Me doy la vuelta y echo a correr, dejándole allí plantado. Le escucho llamarme a voces, pero no me detengo. Solo quiero huir, lejos. Muy lejos. Solo.

# 18

# Simón

Cualquiera que me conozca sabe que no soy una persona aventurera. Ni siquiera de pequeño sentía las mismas inquietudes que los niños que me rodeaban. Nunca fui de los que se suben a los árboles, ni saltan charcos ni se lo pasan pipa haciendo el cafre en los columpios. Yo siempre prefería la seguridad que me proporcionaba el suelo firme. Lucas se metía conmigo cuando jugábamos en el parque. No entendía que me mostrase tan estático. Para él era… aburrido. Para mí, normal.

Por eso no estoy nada convencido con lo que nos traemos entre manos.

No llevamos ni dos minutos en la parcela de los abuelos de Valle cuando me tropiezo y me caigo de bruces contra el suelo. Casi no me he recuperado de mis anteriores heridas y ya tengo otras nuevas. La chica me ayuda a incorporarme y me regaña por ser tan torpe.

—Gruñona —la susurro, molesto.

No tengo la culpa de que este suelo de tierra sea tan endiabladamente inestable. Poniendo más cuidado en donde piso, sigo caminando. Me saca unos metros, pero pronto la alcanzo.

—¿Seguro que no están tus abuelos? —pregunto por enésima vez, temeroso.

—Como vuelvas a decir eso te pego, te lo juro. No, no están. Mira la casa, no puede estar más a oscuras.

—¿Entonces por qué estás susurrando?

—¡Que no están, pesado! —enfatiza sus palabras alzando la voz.

Asiento y la sigo. Llegamos al granero, lo bordeamos y allí encontramos el tractor. Es una enorme máquina de color rojo, con ruedas gigantes y unas palas giratorias en la parte trasera. Bufo, desesperado.

—No podemos llevar esto hasta tu casa.

—Sí que podemos. Cierra el pico y ayúdame a subir.

Obedezco. La puerta está a bastante altura, así que la aúpo (con algo de dificultad) para que alcance el manillar. Con agilidad, se alza, abre y se cuela dentro. Veo un brillo peligroso en su mirada y en este fatídico segundo me doy cuenta de que está disfrutando con esto. Genial. Me relaciono con una desequilibrada.

Se me queda mirando desde su asiento frente al volante y mueve las cejas.

—¿Tienes pensado quedarte ahí todo el día?

Resignado, me agarro al tirador y me siento a su lado. Hay espacio de sobra para los dos, pero entre los nervios, el calor y el tenerla tan próxima siento que me voy a asfixiar. Valle mete la copia de las llaves en el contacto y gira con decisión. El motor petardea y todo tiembla. Aprieto con fuerza las manos contra el techo. Esto es una completa locura.

—¿Nos vamos? —me pregunta. Otra vez esa luz en sus ojos, esa diversión terriblemente enmascarada. Mierda, me está contagiando. Antes de que pueda evitarlo, sonrío yo también.

—Vamos.

Se ríe a carcajadas y pisa el acelerador. El tractor se mueve con lentitud, pero a mí me parece que vamos a una velocidad de vértigo. Gira el enorme volante y sale de la propiedad. Dejamos atrás la casa, con la cerca de madera abierta de par en par. Las ruedas del remolque impiden que las aspas arrastren por el suelo, lo que hace que nuestro viaje sea mucho más silencioso. Con esto no quiero decir que seamos sigilosos, en absoluto. Vamos en un maldito tractor por un pueblo desierto, por el amor de Dios.

Me río y disfruto del viaje. Esto es muy divertido.

Valle conduce muy bien. El volante parece duro, pero ella lo maneja sin problemas. Aprieta los dientes, flexiona los músculos y gira a la derecha. Toma una de las arterias principales y pone rumbo a su casa. Desde aquí el pueblo se ve de otra forma. Todo se percibe de una manera distinta si estoy junto a ella.

No nos cruzamos con nadie por el camino, así que llegamos hasta la propiedad de su familia sin sufrir ningún percance. Valle dejó antes la cancela convenientemente abierta, por lo que metemos el tractor en el terreno sin dificultades. Lo conduce hasta el jardín trasero y salta de la cabina sin apagar el motor. La sigo.

—Tengo que preparar esto. Cuidado.

Me echo para atrás, apartándome varios metros. La veo quitar unas protecciones y las palas metálicas besan la tierra. Pesan tanto que se hunden unos centímetros.

—Listo. Sube.

Corro de nuevo al interior del vehículo e ignoro lo mandona que es conmigo. Soltando un grito, vuelve a pisar el acelerador y comienza

con el barrido. Las hélices empiezan a girar despacio y la tierra se remueve. Cualquier cosa enterrada a poca profundidad saldrá a la luz.

Da varias vueltas, peinando la zona con cuidado. Tarda bastante, pero cuando ya está prácticamente el cien por cien del terreno arruinado, abandonamos la cabina y nos ponemos a inspeccionar.

—¡Mierda! No hemos traído linternas —me lamento, enfadado.

—Estamos en el siglo XXI, usa tu móvil. —Tiene razón. Lo saco y enciendo la aplicación indicada—. De todas formas, mi casa está a dos metros. No hay de qué preocuparse.

—Cierra la boca y busca.

Se ríe y continúa con la tarea.

Es parecido a lo que hicimos en el cobertizo de sus abuelos, solo que ahora tenemos mucha menos luz. Cuando veo una zona sospechosa, me agacho y aparto la tierra con las manos. Tras cuatro falsas alarmas, comienzo a perder la esperanza. Y Valle también. Cuarenta minutos de búsqueda sin resultados después, digo:

—Creo que aquí no hay nada.

—No puede ser, tiene que ser aquí. Estoy segura.

—Valle, hemos mirado por todas partes. Este no es el lugar.

—¡Que sí! Estará enterrado a más profundidad. Venga, no pares.

—Entiendo que estés ansiosa por encontrar lo que sea que tu padre escondió, pero aquí no está. Lo siento.

Se incorpora, me mira, y veo cómo su gesto se transforma. Su frente se contrae y enseña los dientes en una fiera mueca de desesperación.

—¡Joder! ¡Mierda, JODER!

Patea con fuerza la rueda delantera del tractor tantas veces que pierdo la cuenta. Cuando se cansa, empieza con los puñetazos. Grita, maldice, golpea. Quiero acercarme, conseguir que se calme, pero no lo hago. Necesita desahogarse, sacar toda esa negrura que la consume por dentro. Pasan los minutos y por fin se detiene. Tiene las manos enrojecidas y le tiembla el labio. Parece al borde del llanto.

—Voy a ir a la cueva. Es el único sitio que queda en mi lista. Tiene que estar allí.

No digo lo poco probable que es que eso sea cierto, pues no ayudaría a calmar los ánimos en absoluto.

—Sí, iremos, no te preocupes.

—No. Voy a ir ahora.

Niego con la cabeza.

—No puedes. Es de noche, está muy oscuro. Si ya es peligroso en pleno día, imagínate ahora.

—No puedes detenerme. Tengo que ir ahora mismo y acabar con todo esto. No puedo más.

—Lo entiendo, pero tu padre no querría que cometieras una

estupidez como esa. Valle, podrías matarte. Por favor, no me pongas en una situación comprometida.

Sus ojos me abrasan. Por un segundo me odia tanto que me encojo, asustado. Sin embargo, parpadea con rapidez y se retira, vencida. Su voz se quiebra al usarla.

—Tienes razón, lo siento.

—Prométeme que no irás. Prométeme que no me dices esto para que te deje en paz y luego te escaparás sin mí. Prométemelo —suplico, ansioso.

Ella asiente. Las lágrimas fluyen libres por sus mejillas.

—Lo prometo.

Me abraza con fuerza y yo huelo el aroma de su pelo. Llora contra mi cuello y sus lágrimas me mojan la piel. La aprieto más contra mí, como si así fuera a conseguir que no se desintegrase en pedacitos diminutos. De momento, creo que lo estoy consiguiendo.

Llora durante mucho tiempo, pero yo no me muevo. Me quedo quieto, sin soltarla. Y es aquí cuando me doy cuenta de una cosa. Quiero a Valle, aunque no de la manera que me esperaba. O de la que buscaba al principio del verano. Es cierto que en un primer momento me atrajo tanto que confundí esas sensaciones con unas que no son. La quiero, pero no estoy enamorado de ella. Es mi amiga, necesito acompañarla, apoyarla y que sea feliz. Nuestra relación ha ido cambiando, evolucionando de tal manera que ahora la mera idea de tener un romance con ella me parece descabellada. Es mi amiga, solo eso. Todo eso, más bien. Conseguir una amistad tan grande como la nuestra no es algo que menospreciar.

Valle logra tranquilizarse y me mira a los ojos.

—Lo siento, siento haberte tratado así. Tú no tienes la culpa.

—Tranquila, no pasa nada.

—Sí que pasa. Estás siendo increíblemente bueno y generoso conmigo. No mereces que me comporte de esa manera. Jamás podré agradecerte lo suficiente lo que estás haciendo por mí.

Seguimos abrazados, mirándonos el uno al otro como si no hubiera nadie más en el mundo. Y en cierto modo, ahora es así. Por un segundo creo que va a besarme. No quiero que lo haga, no cuando me he dado cuenta de lo bonito que es lo que tenemos. Sin embargo, no lo hace. Sonríe con tristeza y dice:

—Si algo bueno tengo que sacar de todo esto, me alegro de que seas tú. Estoy feliz por haberte encontrado de nuevo.

El corazón se me detiene. Hay tanta sinceridad en sus palabras que me abruma. No puedo hablar. Me limito a volver a atraerla hacia mí y la abrazo. Esta vez soy yo el que necesita sentirla, saber que está ahí, que es real. Es Valle, mi amiga. La conozco desde hace muchísimo tiempo y poquísimo a la vez, pero en este instante ya no concibo mi

vida sin ella. Así de importante es.

Nos seguimos abrazando durante un rato más, y cuando por fin estamos listos, nos separamos, nos montamos otra vez en el tractor y Valle lo pone en marcha. Debemos dejarlo en su lugar antes de que alguien se percate de su ausencia.

# Óscar

Vago por la feria como un alma en pena. Es cierto que la fiesta es bastante animada y que el ambiente es genial, pero no me encuentro bien. Solo quiero irme a casa y no salir en cien años. Helena permanece a mi lado, fiel. Lleva toda la noche soportando mi mal humor, acrecentado desde que nos hemos encontrado a Lucas y a Gabriel. Sé que prometí pelear, esforzarme por no ponérselo fácil. Sin embargo, no he reunido las fuerzas para hacerlo. Me da todo tanto igual que empieza a preocuparme que esta desidia se convierta en algo permanente.

Helena, cansada de mi silencio, chasca la lengua y dice:

—Tienes que animarte. Ir contigo por ahí es como hacerlo sola, y ahora que me he acostumbrado a tener un amigo no quiero volver a lo de antes. Hazlo por mí, ten piedad.

—Lo siento. No sé qué me pasa.

—Claro que lo sabes. Esta situación es una mierda. Es normal que estés jodido.

—Creo que voy a irme a casa.

—De acuerdo, te acompaño. No es que me apetezca estar por aquí sin ti.

Agradezco su honestidad con una tímida sonrisa y echamos a andar fuera de la atestada plaza. A medida que nos alejamos, la música se vuelve más difusa, aunque aún puedo identificar la canción.

—No te olvides de lo que te he dicho antes; tienes que hacer un esfuerzo por animarte —me recuerda la chica.

—Lo intentaré. No puedo prometerte nada.

—Tal vez pueda ayudarte.

Me vuelvo hacia ella, curioso. Como no sigue hablando, la invito a hacerlo con un gesto.

—Verás. Cada año parte de mi familia se reúne en casa de Gabriel

para hacer una comida y después echar un partido de fútbol. Es una especie de tradición. Siempre invitan a amigos, y tú eres mi amigo. Sé que te gusta el deporte; puede que te lo pases bien.

Sopeso sus palabras, no muy convencido.

—Estará Gabriel.

—Sí. También sus padres, que ya han vuelto de sus vacaciones. Incluso vendrán los míos, que también han regresado de su retiro sin hijos de por medio. —Pone los ojos en blanco y yo me río—. Vamos, ven, por favor. Trae a los demás si quieres.

—Será lo más incómodo del mundo.

—Solo al principio. Gabriel también juega; tal vez tengas alguna oportunidad para vengarte.

Eso llama mi atención. Es posible…

—Seguro que ya ha invitado a Lucas. Ahora mismo no quiero ni verle.

—Pero así sabrán que sigues por aquí, que no te has rendido. Venga, hasta tú tienes que reconocer que es una oportunidad fantástica.

Tiene razón, lo es. Además, el ejercicio físico me ayudará a liberar tensiones. Hace tanto tiempo que no lo hago que lo echo de menos.

—Está bien, me has convencido.

—¡Genial! No pienses ni por un segundo que lo he hecho por ti. Estas reuniones me parecen peor que la muerte.

La empujo con suavidad y ella se ríe con regocijo. Llegamos a la casa de la abuela de Simón. Nos despedimos y prometo ponerme en contacto con ella por la mañana para que me informe de los detalles del partido. Después la veo marcharse. Antes de perderla de vista, la llamo con un grito. Se da la vuelta y espera a que hable.

—Gracias, por todo.

Ella sonríe y hace un gesto con la mano para restarle importancia.

—¿Para qué están los amigos?

Después se gira y ya no vuelve a mirarme. Sonrío mientras abro la puerta con mi juego de llaves. Sí, ella lo es. Una amiga de verdad.

La casa está a oscuras y en silencio. Pienso en ver un rato la televisión, pero desestimo la idea. Estoy cansado y mi cabeza es un hervidero. Dormir es lo único que me apetece. Paso primero por el servicio y me voy desvistiendo de camino hacia la habitación. Me saco la camisa por la cabeza y me desabrocho el cinturón de los vaqueros. Normalmente no haría esto, pero ahora que estoy solo me permito algunas licencias exhibicionistas.

Me sorprende encontrar la puerta de la buhardilla cerrada. Nunca la dejamos así, solo cuando dormimos. Abro. La luz que se cuela por la ventana es suficiente para ayudarme a distinguir a Lucas sobre su colchón, de espaldas a mí. Me quedo de piedra. Imaginaba que estaría

con Gabriel, pasándoselo bien por ahí. No comprendo qué ha pasado. En cualquier otro tiempo me acercaría hasta su cama, le acariciaría con suavidad, me tumbaría a su lado y le preguntaría sobre lo que le pasa. Si no fuera nada importante, le incitaría para hacer marranadas. Con un poco de suerte, él aceptaría y tendríamos un sexo increíble, como siempre.

Sin embargo, este no es uno de esos momentos. La brecha que existe entre nosotros es demasiado grande, demasiado profunda. Por eso me deshago de las zapatillas, termino de quitarme los pantalones y me meto en calzoncillos bajo mi sábana. Le doy la espalda, exactamente igual que él hace conmigo.

A pesar de que la temperatura es muy alta, tengo frío. Él no se mueve, no me mira, pero por su respiración sé que no está dormido. Y así, en este amargo y definitivo silencio, dejamos que pasen las horas.

De repente ya no tengo sueño.

# 19

# Simón

La mañana se ha presentado con dos novedades. La primera: Óscar quiere que vaya con él y con Helena a un partido de fútbol en casa de Gabriel. Para convencerme, me ha dicho que puedo invitar a Valle. He aceptado con el único propósito de alejar a mi amiga de la cueva y retrasar su incursión en ella todo lo posible. Óscar no se ha dirigido a Lucas en ningún momento, pero por su gesto he descubierto que ya estaba al corriente de este plan. Como no nos habla a ninguno de los dos no sé si asistirá o no. Supongo que lo averiguaré esta tarde.

Valle ha contestado afirmativamente a mi invitación a través de un mensaje: una nueva sorpresa. Según me ha comentado, su madre vio el desaguisado del jardín. Le montó una pequeña bronca, aunque pronto se olvidó del asunto. Supongo que está tan anestesiada por el dolor que cosas de este tipo la traen sin cuidado.

La segunda novedad, y esta es mucho más impactante, es que Fernando, el jefe de mi madre, el dueño de la pastelería en la que trabaja, se acaba de presentar aquí hace solo unos minutos. Sí, aquí, en la casa de mi abuela. Con una maleta.

Mmm…

Mi madre le ha abierto la puerta con una radiante sonrisa.

—¡Fernando! Qué poco has tardado. ¿Qué tal el viaje?

—Muy bien, sin incidentes. Tu madre tiene una casa preciosa.

Se han dado dos besos y el hombre, con sus anchos hombros y su pelo canoso, ha entrado en la vivienda. Y ahora lo tengo frente a mí, esperando a que lo salude. No es que sea un extraño para mí, lo conozco de toda la vida, pero lo que no sé es qué coño hace aquí.

Lucas y Óscar se acercan a darle la bienvenida, igual de confundidos, solo que lo disimulan mucho mejor que yo. Cuando termina con ellos, vuelve a la carga conmigo.

—Hola, Simón. Veo que te ha pillado desprevenido mi visita.

Me da un abrazo que le devuelvo con rigidez.

—Un poco, la verdad.

—Era una sorpresa —me explica mi madre. Está colorada; se nota que está apurada por la situación. No me da pena; ella se lo ha buscado—. Fernando ha cerrado la tienda unos pocos días, y el pobre necesita unas vacaciones, así que lo invité a venir aquí con nosotros.

—Es fantástico —dice Lucas, tan correcto como siempre. Él tendrá su vida hecha un completo desastre, pero nunca perderá los modales.

—¿Por qué no nos habías dicho nada? —le pregunto a mi madre con recelo. No me gusta esto. No me gusta lo que me estoy imaginando.

—Ya te lo he dicho, era una sorpresa. Hijo, es Fernando. Creí que no te importaría.

Su tono de desánimo me ablanda. Carraspeo ligeramente y me obligo a mentir.

—Claro que no me importa. Bienvenido, Fernando.

El hombre, visiblemente aliviado, me estrecha la mano con vigor.

—Intentaré molestaros lo menos posible, os lo prometo.

Tengo que hacer grandes esfuerzos para que mi ceño no se frunza solo y para mantener esta máscara de impasibilidad. Lucas y Óscar contemplan la situación como si fuera una película. Si se sacaran una bolsa de palomitas y empezasen a comerlas con toda parsimonia no podría sorprenderme menos.

—Venga, chicos, id a desayunar. Así le enseño a Fernando la casa mientras y se acomoda en su habitación.

«Habitación que espero no sea la tuya, madre». Vamos hasta la cocina y escuchamos sus voces perderse por los pasillos. Solo cuando sabemos que tenemos intimidad, Lucas dice:

—Aquí huele a algo raro.

Vale que yo también lo crea, pero no puede ignorarme durante casi una semana y ahora pretender que no ha pasado nada para poder cotillear a gusto sobre mi madre. Ni de coña pienso pasársela. Me cruzo de brazos y alzo la barbilla.

—¿Qué pasa? ¿Has decidido que ya es momento de hablarme?

—Venga, Simón, no seas tan tremendista. Discutimos, pero ya es hora de solucionarlo.

—¿Tremendista? Fuiste tú el que se comportó como un gilipollas. Pídeme perdón.

Nunca le he hablado así, básicamente porque siempre era yo el que la cagaba. Me mantiene la mirada en un silencioso duelo que, afortunadamente, gano. Cede y dice:

—Está bien, vale. Lo siento. ¿Contento?

—No hasta que lo digas de verdad.

Gruñe. Óscar, que no tiene ni idea de nada de lo que pasó entre nosotros la otra tarde, nos mira como si estuviéramos mal de la

mollera. Lucas deja de luchar consigo mismo y se disculpa con sinceridad. Lo sé porque con el tiempo he aprendido a saber cuándo me habla desde el corazón.

—Lo siento, de verdad que lo siento.

Asiento, convencido, y él se relaja. Vuelvo al tema que nos ocupaba hace unos instantes.

—¿La aparición de este tío os parece tan sospechosa como a mí?

—Ya te digo —corrobora Óscar.

—Está bueno —suelta Lucas. Su novio y yo lo miramos, impactados. Él se justifica, molesto—. Oh, por favor. Creced. Me refiero a que está bueno para su edad; entiendo que a Sofía le resulte atractivo.

—Primero: es raro que te fijes en hombres tan mayores teniendo a tu novio delante. —Un frío glacial nos recorre tras mis palabras. Decido pasar página lo más pronto posible para que la herida no se haga más grande—. Segundo: no sabes si a mi madre le resulta atractivo. Son solo conjeturas de tu mente calenturienta.

—¡Y una mierda! —protesta. Después se da cuenta de que este es un tema sensible para mí y suaviza su tono—. Simón, entiendo que esto te resulte extraño e incómodo, pero tal vez tengas que aceptar que tu madre quiera rehacer su vida.

Algo desagradable y pegajoso me baja desde la garganta hasta el estómago. Quiero que se calle.

—No puedo hablar de esto ahora.

—Simón, no lo digo para enfadarte —se justifica, triste por mi reacción—. Simplemente quiero hacerte ver que es una posibilidad.

—Sé que no lo haces para incomodarme, pero el caso es que es así. Por favor, dejemos el tema. Tengo hambre.

Camino hasta la nevera y saco el cartón de zumo. Desayunamos, con el acostumbrado silencio que nos acompaña de un tiempo a esta parte acoplado entre nosotros. Por primera vez, lo prefiero. Creo que no estoy preparado para escuchar lo que piensan sobre esto.

## Óscar

Helena me sonríe en cuanto me ve. Le devuelvo el gesto y troto

hasta ella.

—¡Has venido! Creía que te rajarías en el último momento.

—¿Por quién me tomas?

—También ha venido él.

Señala a Lucas, que permanece a unos metros por detrás. Asiento.

—Sí. Supongo que no podía perder la oportunidad de estar cerca de tu primo.

Me dedica una expresión triste y entrelaza su brazo con el mío.

—Venga, te presentaré a mi familia.

Nos reúne a Lucas, a Simón y a mí y nos conduce hasta el grupo de gente que nos espera entre risas y alboroto. Aprieto manos y beso mejillas, con una tensa sonrisa en los labios. Los padres de Helena son encantadores. Para mi sorpresa, es al hombre al que se parece mi amiga. Son igual de altos, anchos, con el mismo cabello rebelde del color de la avena. Me caen bien de inmediato.

Hay varias generaciones de la familia. Hay un señor muy mayor que dudo que juegue, pero también mucha gente joven. Estamos en los dominios de Gabriel, y como dueño de todo, deja bien claro con cada gesto su estatus. Me sentiría aún más fuera de lugar si entre los presentes no estuvieran Mer, Valentín, Julio y el resto de amigos del anfitrión. La casa es alucinante. Ya la conocía de la fiesta, pero ahora, a plena luz del día, puedo apreciar su magnificencia. Detrás de unas cercas llenas de todo tipo de animales de granja (seguro que a Lucas le encantaría acariciar a los cerdos) se expande un terreno infinito. Allí están las porterías. Gabriel saluda a Lucas con evidente nerviosismo y me pregunto qué habrá sucedido entre estos dos la noche pasada.

Helena se encarga de presentarme a toda su familia. Adivino antes de tenerlos delante quiénes son los padres de Gabriel. Tienen el mismo aire de superioridad que su hijo. El chico ha heredado de ellos su regio y altivo atractivo. Son tan atrayentes como repulsivos.

Tras unos minutos, el padre de Gabriel comienza a hacer los equipos. La mitad de los presentes no jugará, Helena y Valle entre ellos. En mi equipo están Simón, Mer, Valentín y algunos más. En el contrario Gabriel, Lucas, Julio y el resto de sus amigos. Genial.

Comienza la batalla.

# Lucas

Conocer a los padres (y a toda la familia) de tu casi amante no es algo cómodo. Y menos si está tu novio delante. Por suerte, todas las presentaciones han acabado y ahora estoy aquí, a punto de jugar al fútbol. Yo, el negado para los deportes. Me coloco junto a Simón, que tampoco tiene muchas intenciones de moverse lo más mínimo, y contemplamos el espectáculo.

# Óscar

El partido empieza y yo corro. Me sienta bien el ejercicio. Notar mis músculos luchar por ir a más, por ir más rápido, me da ganas de no detenerme nunca. Robo el balón, avanzo unos metros controlándolo con maestría y se lo paso a un compañero. Mer resulta ser una jugadora extraordinaria, mucho mejor que la mayoría de los presentes. Antes de que nos demos cuenta mete un gol y mi equipo lo celebra entre gritos. Yo también. Estoy totalmente dentro del juego y ahora solo quiero ganar.

# Lucas

Dios, estoy cachondo. Me avergüenza admitirlo, pero es así. Ver a estos dos chicos retarse, correr, sudar… Puedo apreciar sus poderosos músculos prietos bajo su piel, el movimiento de sus espectaculares cuerpos al forzarlos hasta el máximo. No sé a cuál mirar más tiempo. Los dos me tienen completamente hipnotizado. Y lo que más me sorprende es esta faceta de Óscar. Oscura, luchadora, tremendamente sexy. Nunca había visto esta parte de él, y no puedo decir que no me vuelva loco. Me meto las manos en los bolsillos para que nadie note lo «contento» que estoy.

Esto es bochornoso.

# Óscar

Tanto Lucas como Simón permanecen sobre el campo sin hacer lo más mínimo. Se están moviendo tan poco que ni siquiera están sudando. Los ignoro. El que sí se entrega es Gabriel. Con el balón entre sus pies, esprinta como un atleta, cruza el terreno de juego y marca un gol increíble. Veo que Lucas no le quita el ojo de encima, con tanto deseo que quiero gritar. Contento, Gabriel alza sus brazos para celebrar el tanto. Su camiseta se alza y deja parte de su musculoso vientre al aire. Hasta yo me quedo mirándolo como un pervertido. Por un segundo, un solo segundo, comprendo por qué a Lucas le gusta tanto. Después se me pasa y continúo odiándolo.

Por si fuera poco, Gabriel corre hasta mi novio y le pega un fuerte abrazo. De pronto se me ocurre una idea: nadie de su familia sabe que es gay. Me resultaría sencillísimo ponerle en un aprieto. Solo tendría que decir una frase en voz alta y todo se acabaría, me vengaría con creces por todo lo que me está haciendo.

Pero yo no soy así. Nunca haría nada tan cruel.

Cuando se separa de él, Gabriel me lanza una sonrisa burlona. Hijo de puta. Ahora ya no tengo ninguna duda de que lo ha hecho a propósito. Tal vez pueda cambiar de opinión y joderle la vida.

## Lucas

Puedo asegurar que a esta distancia es imposible que Gabriel no haya notado mi erección. Ha crecido más si cabe al notar su cuerpo junto al mío. Sospecho que me ha abrazado para poner celoso a Óscar, y no sé si eso me gusta o no. Las cosas estaban más que raras entre los dos debido a nuestro beso de anoche. Ni siquiera hemos hablado de ello todavía. De eso ni de nada. Joder, voy a explotar. Hasta su piel sudada huele de maravilla.

Quiero irme de aquí, joder.

Joder, joder, joder.

## Simón

Este partido de fútbol parece más un espectáculo en vivo de porno gay. Entiendo que mis amigos estén completamente entregados a la causa, pero esto no va conmigo. Mierda, me aburro. ¿Puedo ir ya con Valle?

## Óscar

Vuelvo al juego y entro con violencia contra Julio para robarle la

pelota. El chico rueda por el suelo mientras protesta, pero yo no me paro para comprobar cómo se encuentra. En su lugar, apunto, tomo impulso y golpeo con todas mis fuerzas. El balón sale despedido como un proyectil, a tanta velocidad que no es más que un borrón. Y doy en el blanco, que no es la portería. No; es la cabeza de Gabriel. Le atizo en el cogote con tanta potencia que pierde el equilibrio y besa el suelo de tierra.

—¡Joder! —gime mientras intenta levantarse, desorientado.

Me permito una sonrisa de placer que no dura más que un instante y después finjo estar preocupado. Corro hasta él. La gente se arremolina a su alrededor. Algunos se ríen, otros parecen alarmados. Por suerte, el ambiente sigue siendo relajado. Nadie me odia por la agresión, supongo que todos creen (total y absoluta erróneamente) que ha sido un accidente. Helena se coloca a mi derecha y me susurra al oído:

—Buena puntería.

Sonrío y me giro.

## Simón

¡MENUDO BALONAZO!

## Óscar

¡JA!

# Lucas

¡LO HA MATADO! ¡HA MATADO A GABRIEL!

# Óscar

Lucas se arrodilla a su lado y le ayuda a incorporarse. Está genuinamente consternado. Tendría que haber previsto esto: al agredirle, Lucas se apiadará de él y eso lo alejará aún más de mí. Sin embargo, me da igual. La venganza sabe demasiado dulce ahora mismo.

—Tío, ¿estás bien? —le pregunto, palmeando su hombro—. Lo siento mucho.

Lucas me fulmina con la mirada mientras que Gabriel parece temer que vaya a lanzarme sobre él y machacarle a puñetazos. Ganas no me faltan, desde luego.

—Podrías tener un poco de cuidado —me ruge Lucas, con tanta ferocidad que se me eriza el vello de los brazos.

—Ha sido sin querer —me excuso, sin sonar demasiado convincente.

—Eres un…

—No pasa nada, Lucas. Déjalo. Estoy bien, Óscar. Sigamos jugando.

La multitud se dispersa y seguimos con lo nuestro. Gabriel se retira fuera del campo unos minutos y su madre le inspecciona para comprobar que no sufre ninguna lesión. Él no me pierde de vista. Sostengo su mirada y es aquí cuando replico su sonrisa de suficiencia; fabrico un calco del gesto con el que él me obsequió después de abrazar a Lucas. Frunce el ceño, rabioso. Si esto es la guerra, que no dude que sé defenderme.

—¡Óscar, tuya! —me chilla Mer.

Acepto su pase y corro hacia la portería contraria. Para mí ya ha acabado el partido. Me siento demasiado eufórico tras mi victoria personal.

# 20

# Simón

Tras el partido, Valle y yo nos hemos saltado la merienda posterior y nos hemos ido a dar una vuelta solos. No es que no nos gustase la compañía; es que somos tan peculiares como para rechazar comida gratis. Vamos sin rumbo fijo, andando sin saber dónde nos llevan nuestros pasos. Mi amiga dice:

—Lo de Óscar y Gabriel ha sido una auténtica pelea de gallos.

—Ya te digo. Les ha faltado sacársela para ver quién la tiene más larga.

—Creo que de hacer eso, alguien se habría puesto a hacer cosas muy diferentes a tomar medidas…

—Cerda.

Se ríe y se engancha a mi brazo. Ahora que sé lo que siento, este tipo de gestos no me incomodan. No ha insistido en ir a la cueva, lo cual me ha sorprendido gratamente. Como no tengo ninguna gana de arriesgar mi vida en una loca misión de espeleología, yo tampoco lo he sugerido. Es más agradable pasear.

Tengo un nudo en el estómago, y sé qué lo provoca. Hablar con mi amiga puede ayudarme, así que le digo:

—Hay algo que necesito contarte.

—Dime.

—Ha venido a visitarnos alguien. Fernando, el jefe de mi madre.

Asiente. No hace falta que le explique lo que sospecho. Me ha entendido perfectamente.

—Temes que esté saliendo con ella.

—Sí.

—¿Y eso es algo malo?

—Sí. No. No lo sé. Es raro.

—Entiendo, pero tu madre tiene derecho a rehacer su vida.

Otra vez lo mismo. Sin embargo, esta vez no me molesta tanto.

—Imagina que es tu madre la que está saliendo con otro hombre —

le digo. No lo hago para enfadarla, simplemente para que se ponga en la situación—. ¿Cómo te sentirías?

—No es lo mismo. Mi padre murió hace unos pocos meses; el tuyo falleció hace diez años. El tiempo no nos ha curado ni a mi madre ni a mí lo suficiente. Pero cuando eso pase, tarde lo que tarde, la apoyaré incondicionalmente.

No puedo creer que diga esto. Creía que estaría de mi lado.

—Pero está mal. Le estaría engañando.

—No, Simón. No lo haría. Que se enamore de otra persona no significa que haya dejado de querer a tu padre. Simplemente está avanzando. No se puede engañar a alguien que no está.

Sopeso sus palabras. Suenan razonables, pero no las quiero. No puedo darle la espalda así al recuerdo de mi padre. Y mi madre tampoco puede. No está bien. Valle toma mi mano y me mira directamente a los ojos, con tanta intensidad que tengo que parpadear varias veces.

—Simón, tu madre te quiere, y tú a ella. Deberías desear que sea feliz. La vida es demasiado dura como para pasarla solo si no es eso lo que buscas.

Asiento, perdido en mis pensamientos. Esto es demasiado difícil, demasiado complicado como para tomar una decisión así a la ligera. No es que tenga que darle permiso a mi madre para que haga con su vida lo que quiera, pues es una mujer libre. No obstante, sé que no hará nada sin mi beneplácito, aunque eso signifique acabar con todas sus ilusiones. Dios, soy un hijo de mierda. Tras unos segundos, ella me pregunta:

—¿Y cómo es él?

Lo pienso.

—Antes de que fuera un posible candidato para ser mi nuevo padre, creía que no estaba mal. Es guapo, y simpático. Cuida de mi madre. Además, es una persona de mundo. Le encanta la República Checa. Vivió un par de años en Praga cuando era joven.

Sus ojos se iluminan.

—¡A mi padre le maravillaba esa ciudad! Iba mucho por su trabajo. Decía que le hubiese encantado mudarse allí. Obviamente, no lo hicimos. Estaban demasiado anclados a este sitio.

—Tal vez podamos ir algún día —digo medio en broma.

Se ríe.

—Seguro que sí.

Su sincera sonrisa me hace confiar en la posibilidad. Me iría hasta el fin del mundo con ella.

—En cualquier caso, no parece un mal candidato para estar al lado de tu madre —apunta Valle, con voz suave.

Yo me encojo de hombros, apesadumbrado. No quiero parecerle un

niñato egoísta a mi amiga, aunque ahora mismo no puedo evitar sentirme un poco así.

—No, supongo que no. Aunque es raro.

—Lo imagino. Se irá haciendo más fácil, ¿no?

Desconozco si se refiere a mis dudas o a su dolor, y como tampoco me atrevo a mentirle, no digo nada. Es su lugar, una fuerza que no reconozco como propia de mi cuerpo me empuja a cogerla de la mano. Creo que en este instante las palabras sobran, que esto puede ayudarla más. Ella, sorprendiéndome, no se aparta de mi contacto.

***

Tardo dos días en decidirme. Dos días en los que no veo a Valle. Desde nuestra charla no ha parado de insistirme para que vayamos de una vez a la cueva, pero yo he escurrido el bulto poniendo una excusa tras otra. Sé que se muere de ganas; sin embargo, creo que debemos ir con calma. Me ha prometido que no irá sola, y espero no estar estirando la goma tanto que al final acabe rompiéndose.

Lucas y Óscar siguen sin hablarse, y ahora ya no disimulan a la hora de mostrar su enfado. Desde el balonazo a Gabriel, mucho menos. Es algo tan habitual ya que he dejado de molestarme en poner paz entre los dos.

Fernando continúa en casa. Mi madre está pendiente de su invitado; salen por ahí, preparan comidas fantásticas, se ríen en todo momento… La verdad es que hacía mucho tiempo que no veía a mamá tan feliz. Bueno, nunca la he visto con tanta luz. Es así, no se me ocurre otra forma de describirlo. Luz. Parece que brille desde dentro, como si tuviera una hoguera ardiendo en las entrañas.

Eso me ha hecho atreverme.

Aprovechando que Fernando está en la ducha y que Lucas y Óscar siguen durmiendo, me acerco a mi madre. Está en la cocina, terminando de desayunar. Me siento en una silla a su lado y me aclaro la garganta.

—¿Pasa algo? —me pregunta tras dar un sorbo a su café con leche.

—Quería hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—De ti.

Alza las cejas, sorprendida. Se coloca un mechón de pelo por detrás de la oreja. Lo tiene aún más rizado que yo.

—Dilo ya, me estás asustando.

—No es nada, de verdad. Simplemente quería decirte que lo sé.

—¿Qué sabes? —Su confusión parece sincera.

—Lo tuyo con Fernando.

Se queda blanca. Literalmente. El color abandona con tanta rapidez

su rostro que creo que va a desmayarse. Deja su taza en la mesa y se pasa las manos por la frente. Siempre hace eso cuando está nerviosa.

—Simón, no…

—No sigas, no es necesario. Simplemente quería que supieras que no me importa.

—¿No te importa?

—No. Quiero que seas feliz, y si Fernando te hace feliz, pues adelante.

Me mira como si lo hiciera por primera vez, a punto de llorar. Se me forma un nudo en la garganta y lucho por no derrumbarme.

—¿Le quieres?

Suelta una sonrisa triste y se sonroja. Le da vergüenza hablar de esto conmigo. A mí también, pero ¿qué demonios?

—No lo sé. Aún es pronto.

—Le conoces desde hace mucho tiempo.

—Desde hace años. Pero últimamente ha sido cuando he empezado a verlo de una manera diferente a «simplemente como mi jefe». Me hace reír, me distrae. Sí, supongo que me hace feliz. ¿Tan obvia fui al invitarle aquí?

—Sí. Nunca había sospechado que hubiera nada entre vosotros. Pensaba que tú le gustabas, pero no sabía que la cosa había llegado tan lejos.

—Y no lo ha hecho, aún no. Él también lo ha pasado mal con su divorcio.

—¿Por qué no me has contado antes lo que sientes? —le pregunto, un poco dolido—. Mamá, eres lo único que tengo. Puedes confiar en mí.

No se controla más y las lágrimas surcan sus mejillas. No obstante, su voz no tiembla cuando dice:

—Tenía miedo. No quería que pensaras que estaba traicionando a tu padre.

Trago saliva. No puedo decirle que eso era justamente lo que iba a conseguir de mi parte, reproches y negación. Ahora todo ha cambiado. He abierto los ojos. Como no respondo, continúa:

—Simón, nunca podré dejar de amar a tu padre. Lo que le pasó, cómo nos fue arrebatado, fue horrible. No ha habido un solo día en estos diez años en el que no le haya recordado, en el que no le haya extrañado con tanta fuerza que creí romperme en pedazos. Pero aprendí que hay que seguir adelante. El tiempo pasa, cura, aunque nosotros no olvidemos. No puedo ignorar el amor que compartí con tu padre, no quiero hacerlo, pero tampoco deseo seguir sola. Creo en el amor. Y estoy segura de que tu padre quiere, esté donde esté, que seamos felices. Aunque él se haya ido.

No sé en qué momento me he puesto a llorar. Tampoco sé en qué

instante mi madre me ha cogido de la mano. Noto el sabor salado de las lágrimas en mis labios. Asiento con la cabeza.

—Yo también lo creo.

—Me mataría que sintieras que te he defraudado, que he traicionado la memoria de tu padre. —Su voz se rompe con un sollozo y yo lucho por encontrar la mía para responderla.

—Es… complicado. Lo echo mucho de menos, y me horroriza olvidarme de él —gimo.

—No lo harás. Ese hombre fue la persona más increíble que he conocido nunca. Fernando sabe lo que hay, lo que todavía siento. Créeme cuando te aseguro que nadie podrá ocupar su lugar.

—Ojalá estuviera aquí. Es tan injusto… Lo siento por haberte hecho creer eso, que no aceptaría tu felicidad. Soy un hijo horrible.

—Cariño…

Mi madre se abalanza sobre mí y me abraza tan fuerte como yo a ella. Lloramos sobre el hombro del otro, nos decimos que nos queremos. Necesitábamos esto para curarnos, para saber que estamos listos para ir hacia delante, por mucho que duelan las heridas del pasado. Supongo que no es una cuestión de querer que desaparezcan como si nunca hubieran existido; es algo más como aprender a vivir con ellas una vez han cicatrizado, a que la compañía de esas marcas no resulte un tormento.

Nadie podrá sustituir a mi padre, ni para mí ni para mi madre. Fue único, en todos los aspectos, y gracias a lo que vivimos junto a él nosotros también fuimos especiales. Él hacía singulares a los que lo rodeaban. Su recuerdo siempre perdurará, a pesar de que alguien nuevo llegue a nuestras vidas.

Es el momento de afrontar el futuro, por fin me he dado cuenta.

—Gracias —susurra mi madre en mi oído.

No tiene nada que agradecerme, mientras que yo debería darle las gracias por todo mi mundo. Gracias por existir, por darme la vida, por ser mi madre. Pero no puedo. No puedo hablar mientras lloro de esta manera. En su lugar, aprieto un poco más mi abrazo. Quiero que comprenda lo que el gesto quiere decir, que no se pierda ni un solo detalle del amor inconmensurable que la profeso. Por cómo se recrudece su llanto, creo que lo he conseguido.

# Lucas

El viento mece mis cabellos. Miro al horizonte, a las calles que serpentean en la lejanía. Estoy en la azotea, solo. El crepúsculo da sus primeros pasos y yo espero a que caiga la noche. Han pasado dos días en los que no he cruzado ni una palabra con Óscar. Ni siquiera para recriminarle lo brutal que fue con Gabriel al atacarle de esa forma. Nada, absolutamente nada. Solo el más frío y aterrador silencio.

Aunque ya no esté enfadado con Simón, las cosas no es que sean muy diferentes con él. Esta mañana, cuando bajé a desayunar, lo encontré con Sofía en la cocina. Por el brillo en sus miradas comprendí que habían estado llorando. En cualquier otro momento le habría preguntado y él me habría contado todo lo relativo a la charla con su madre, hasta el más mínimo detalle. Pero ya no hacemos eso.

Este verano lo ha cambiado todo. Nos ha cambiado a nosotros.

Tampoco he quedado con Gabriel. Su beso me tiene demasiado confundido todavía, y yo no puedo estar a solas con él sin haber aclarado las cosas con Óscar. Al menos le debo eso. No quiero continuar con esta traición. Ya estoy harto. Ha llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa, de decir las verdades a las que tanto miedo tenemos. Regreso al interior de la casa y lo llamo. Está sobre su cama, leyendo un libro que se trajo desde Madrid. Lo deja a un lado y se incorpora, sorprendido.

Camina hacia mí y me acompaña fuera. Cierro la puerta a mi espalda, buscando intimidad. Fernando, Sofía y Simón preparan la cena en la cocina, por lo que tenemos la privacidad que tanto ansío. Voy hasta el borde de la terraza y miro el paisaje. Después digo:

—Tenemos que hablar.

Qué mal suena esa maldita frase. Es tan… definitiva.

Él asiente, colocándose a mi lado.

—Empieza tú.

No hay dureza en su voz. Está tan cansado de todo esto como yo, posiblemente más. No nos merecemos acabar así, no nos merecemos odiarnos.

—Creo que te debo una explicación.

—Yo también lo creo.

—No he sido sincero contigo —confieso.

El aire cada vez es más frío, o así lo siento yo. Tiemblo.

—¿Sobre qué?

No me lo va a poner fácil. Quiere escuchármelo decir. Quiere que acepte mi culpa.

—No he sido sincero sobre Gabriel.

Coge aire. El mundo parece silenciarse. Las calles a nuestros pies me resultan tan lejanas que creo que están a kilómetros de distancia, allí arriba, con las nubes.

—¿Le quieres?

Otra vez esa nada, ese hielo. No le importa, o no quiere que sepa cuánto le afecta. Le estoy destrozando. Cierro los ojos con fuerza y lucho por no llorar. No puedo hacerlo ahora.

—No, no le quiero. Apenas le conozco.

—Pero te gusta.

No lo pregunta. Y yo no tengo fuerzas para seguir mintiéndole. Ya está aquí, el momento que tanto he temido estos días pasados, desde nuestro encuentro en la piscina. La confesión.

—Sí, me gusta.

Él asiente y aprieta los dientes. Esto es tan duro que quiero gritar, patalear como un niño pequeño, terminarlo antes de que me consuma por completo. Se dobla por la mitad para luego enderezarse lentamente. Le he visto tantas veces hacer ese gesto que las ganas de llorar se recrudecen. Lo conozco todo de él, sus luces y sus sombras, sus secretos, sus temores. Lo que ama. Y sin embargo aquí estamos. Escribiendo nuestro punto y final.

—¿Lo suficiente como para acabar con esto?

Casi no puede acabar la frase. La realidad nos ha golpeado a los dos, y la gravedad de mis acciones ahora pasa factura.

—Óscar, yo te quiero. —Esta es la mayor verdad que he dicho. Nunca le mentiría porque nunca he dejado de amarlo.

—Pero eso a veces no es suficiente.

—Puede serlo. Podemos intentarlo. —No sé de dónde sale mi débil súplica. Ni siquiera yo creo en ella.

—¿Estás seguro? No puedo estar contigo si sé que piensas en otro. Lo siento, pero no me puedo fiar de ti. Ya no confío en ti —puntualiza.

La puñalada se clava hondo, muy hondo. Me lo merezco; yo tampoco podría conservar la confianza después de todo. Aun así, duele de una manera insoportable.

—¿Has… hecho algo con él?

Su interrogante flota entre los dos como una bomba de relojería a punto de estallar. Aprieto el detonador.

—Me besó.

—Joder…

—¿Esto es el final? —pregunto.

Pues claro que sí.

—¿Cuándo hemos llegado a esto, Lucas? Nos iba bien, éramos felices antes de… joder, ni siquiera puedo decirte cuándo se fue todo a la mierda. Ojalá nunca hubiéramos venido.

Me niego a contestarle y eso le da una mínima esperanza de que las cosas no estén tan mal. No estoy de acuerdo con él. No creo que este pueblo haya sido el responsable de nuestros problemas, sino la herramienta que los ha sacado a la luz. La oscuridad estaba ahí escondida, agazapada, esperando el instante adecuado en el que atacar. Y aquí la tenemos.

Aun así, no sé lo que pienso, no sé lo que quiero. Estoy tan confundido que nada tiene sentido para mí. Arriba es abajo, dentro es fuera. Yo ya no soy yo.

—Supongo que fuimos unos ilusos. —Sonríe con tristeza. Una solitaria lágrima escapa de su ojo y yo escucho cómo mi corazón se parte en dos—. Por pensar que lo nuestro era especial, que iba a durar para siempre. Por Dios, solo tenemos diecisiete años. Soy un gilipollas.

—No digas eso. No digas que lo nuestro no ha sido especial. Me mata que no lo creas.

—Me es difícil. Dices que me quieres todavía, pero ni yo mismo soy capaz de responderte a eso mismo estando cien por cien seguro de que digo la verdad. ¿Nos hemos aburrido el uno del otro?

No puedo darle una respuesta. Aunque sé que es la realidad, me cuesta aceptar que algo no funcionaba entre nosotros antes de este verano. Entonces recuerdo todas las peleas previas, las discusiones, las dudas que me asaltaban y que me pedían distancia. Toda la lista de ocasiones en las que contra mi voluntad me planteé acabar con la relación. Es posible que ya estuviéramos sentenciados desde hace tiempo y Gabriel solo haya sido la gota que ha colmado el vaso de algo inevitable.

No, no puede ser.

No.

La culpa es mía.

—¿Sabes lo que más me duele? —continúa—, no haberme dado cuenta antes de la fisura que existe entre los dos. Esto no es nuevo, Lucas, los dos lo sabemos, y hemos sido tan tontos como para no solucionarlo antes de que fuera tarde. Queremos engañarnos, pero lo nuestro estaba destinado a terminar así. Roto.

—¿Tú te has cansado de mí? —quiero saber, incapaz de creerlo.

—No encuentro otra explicación para esta desgana que me consume. Llevo sabiendo lo que pasa con Gabriel desde el primer día, pero no he podido reaccionar. No lo sentía… necesario.

—Preferías renunciar a mí —le escupo, odiándole profundamente.

—Nunca podría renunciar a ti. Has sido tú el que me ha buscado un sustituto.

El silencio se instala pesadamente. Hay mucho que digerir, mucho que procesar. Sus palabras han dolido tanto que tengo el cuerpo como dormido, insensibilizado. Después de esto, nada podrá ser lo mismo. Todo ha cambiado. Y ahora entiendo por qué tenía tanto miedo a que sucediera.

—Ni siquiera sé si quiero estar con él —le digo, disimulando lo máximo que puedo mis lágrimas.

—Que te lo plantees ya es suficiente indicativo para mí. Nuestra relación ya no funciona. No me gusta en lo que me convierte.

—Óscar, tienes que creerme cuando te digo que te quiero.

—Lo mismo te digo.

Nos quedamos mirando. Hemos vivido tanto, nos hemos amado hasta unos extremos… Éramos unos críos cuando nos encontramos, y en el fondo no hemos dejado de serlos todavía. Juntos hemos descubierto unas cosas que nos definirán para siempre, que marcarán nuestro camino en el futuro. Por él sé lo que es el amor, el sexo, la confianza. La lealtad.

Siento el impulso de alargar la mano y acariciar sus pómulos, sus suaves cejas, sus labios. No lo hago. No lo toco. Ya no lo merezco. Le he perdido.

—¿Crees que esto es por lo que viene ahora, por ir a la universidad? Nos separaríamos de todas formas…

Necesito saber su opinión, conocer qué cree. Solo puedo llorar.

—Es posible. No tengo ni idea, Lucas. No he querido a nadie como te quiero a ti, nadie me conoce como tú. Este adiós me parece tan increíble que todavía no he asumido que esté pasando.

Sollozo con tanta fuerza que me rasgo la garganta. Él llora, y verlo hacerlo es la imagen más triste del mundo. Odio que llore. Odio que sufra. Y me odio profundamente por ser la causa de su dolor.

—Lo siento tanto…

—Yo también.

—Necesito pensar. Los dos debemos hacerlo. No tomemos ninguna decisión hasta que no tengamos la cabeza fría.

Se lo pido con el corazón, suplicando que acepte. Solamente asiente con la cabeza. Es la afirmación más definitiva del mundo. El ambiente huele a despedida.

—De acuerdo. Tengo que salir de aquí.

No lo soporto más y me voy de la azotea. Cruzo mi cuarto, bajo las escaleras y cruzo la casa hasta la puerta de la calle. No les digo nada a Simón ni a los demás, que me miran con confusión. No puedo pensar. Lo único que quiero es alejarme de aquí, de ese tejado y de todo lo que he perdido en él.

Aunque aún no sea definitivo en las palabras, el adiós es más que una realidad en los hechos. Se acabó. Óscar y yo hemos terminado.

Solo somos otro cliché adolescente, otra historia condenada al fracaso por la inmadurez.

Lloro mientras corro, tan intensamente que casi no puedo ver entre la cortina de lágrimas. Me alejo del pueblo y me interno en los campos que lo rodean. Las plantas secas me arañan las piernas desnudas. Los insectos zumban a mi alrededor. La vida continúa, pero yo me siento muerto. Vacío y muerto. Paro cuando me falta el aire. Solo puedo hacer una cosa: correr o llorar. Elijo la segunda.

Óscar. Él…

Me duele el estómago por las contracciones del llanto. Tengo que solucionar esto. Tengo que aclararme de una puta vez y terminar con este juego. Y para eso tengo que hablar con Gabriel. Ahora mismo.

Saco el teléfono y le llamo. No sé cómo logro que mi voz suene comprensible, pero el caso es que lo hace. Le cito dentro de cinco minutos en la zona en la que estoy, solo que más cerca del límite del pueblo. Él acepta. Me pregunta que qué me pasa. Yo cuelgo.

Con el pulso desbocado, espero a que llegue. Se presenta puntual, tan espectacular como siempre. He dejado de llorar, aunque tengo los ojos tan enrojecidos que dudo que le haya pasado desapercibido el detalle.

—¿Estás bien? ¿Ha sido Óscar, te ha hecho algo? —quiere saber cuando me tiene delante.

Toma mis manos y espera a que responda.

—¿Qué es esto, Gabriel? ¿Qué es esto que tenemos?

—No te entiendo.

—Este juego entre los dos. Estoy arriesgando todo lo que tengo por un capricho que no sé ni lo que significa. Dime, ¿qué soy para ti?

Duda.

—Eres Lucas, mi Lucas. Me gustas, ya lo sabes.

—No te acerques —le digo cuando da un paso hacia delante.

—Vamos, tienes que tranquilizarte. No sé lo que te ha pasado con Óscar, pero podemos solucionarlo.

—Esto no tiene solución.

—Si es por el beso del otro día… no puedo decirte que lo sienta. Llevaba queriendo besarte desde el primer momento en que te vi. Quiero volver a hacerlo, eso y más. Lucas, lo quiero todo de ti.

—Gabriel…

Lo tengo tan cerca que nuestros alientos se confunden. Apoyo las manos en su pecho. No puedo lidiar con esto ahora. No puedo hacer otra cosa que añadir a la lista de arrepentimientos. Le empujo un poco.

—Gabriel, sepárate.

—Sé que a ti también te gustó. Veo cómo me miras; me deseas tanto como yo a ti, más que al soso de tu novio. Vamos, Lucas, deja de

reprimirte.

Acaba con la distancia que nos separa y junta sus labios a los míos. Es un beso posesivo, casi violento, que no dura más de un segundo. Me aparto de un fuerte tirón y le miro con incredulidad.

—¡¿Qué cojones te crees que estás haciendo?! —le chillo.

—Lucas…

—¡No! Solo quería aclarar las cosas y tú te comportas como un capullo. ¡JODER!

Grito la palabra al viento y echo a correr. Gabriel me llama, sin moverse del sitio.

—¡Lucas! ¡LUCAS!

No me detengo, no miro atrás. Salgo de los campos y me sumerjo entre las calles. Quiero perderme, internarme en un laberinto y no salir nunca. Voy tan concentrado en mi dolor que al cruzar una carretera de un carril no veo el coche que se aproxima a mí a toda velocidad. Sus focos me deslumbran. Mi corazón se detiene. Los frenos queman el asfalto y yo me quedo petrificado. El mundo no tiene sonido, ya nada lo tiene. Voy a morir.

Sin embargo, ocurre el milagro. El conductor consigue detener el vehículo a escasos centímetros de mí. El hombre suspira de alivio y después se asoma por la ventanilla para increparme a gritos por mi imprudencia. Yo le miro como si fuera un ser de otro planeta, como si no fuera consciente de que acabo de estar a punto de morir. Me alejo también de él. Sus insultos me acompañan hasta que estoy lo suficientemente lejos como para no oírle. Encuentro una zona arbolada desierta y mis piernas dejan de sostenerme. Caigo al suelo, me araño las manos contra la grava. Y lloro. Me destruyo.

La feria aún sigue, por lo que espero que todos estén lo suficientemente ocupados como para que nadie me encuentre aquí por casualidad. De momento, tengo suerte.

Lloro, lloro y grito. Me desahogo, me desarmo. No sé el tiempo que pasa, ni siquiera me importa. No puedo parar.

# 21

# Óscar

Última noche de feria. Último día para mí en este pueblo. Es veinte de agosto, y sinceramente, creo que ya he aguantado aquí lo suficiente. Demasiado, me atrevería a decir. No tiene sentido que siga perdiendo el tiempo. Han pasado muchas horas desde mi demoledora conversación con Lucas. Se marchó para pensar, aunque sé que fue a verlo a él. A su regreso, no dijo ni una palabra. No cenó siquiera. Caminó como un autómata hasta nuestro cuarto y se metió en la cama. Su móvil lleva sonando todo el día, pero él no le hace ni caso. Algo sucedió con Gabriel, algo que ha descuadrado por completo su mundo. No me acerco. No me intereso por su estado. En ese punto estamos.

Lo hemos dejado. Lucas y yo hemos roto. El dolor que siento en mi corazón es tan intenso que no puedo respirar. El miedo y las dudas me atenazan. ¿Qué demonios ha pasado para llegar a semejante desenlace?

Joder, cómo me gustaría tener a una figura materna para que me consolara. Ella diría que todo va a salir bien, aunque fuera mentira.

Es media tarde y me reúno con Helena cerca de su casa para contarle mis planes. Pienso irme mañana, a primera hora. Y quiero despedirme de ella. Al acercarse ve la gravedad en mi rostro y adivina que las cosas no están bien. Preocupada, me da un abrazo.

—¿Qué ha pasado?

Le cuento todo, absolutamente todo lo que pasó el día anterior. Repito cada palabra que dijimos, todas las conclusiones a las que llegué. Después lloro. Helena me escucha, me consuela y yo agradezco al destino que la haya puesto en mi camino. Termino mi discurso con:

—Me voy, Helena. No lo aguanto más. Me iré mañana a primera hora.

—Óscar…

—No, ya lo tengo decidido. No puedo soportarlo más, de ninguna

de las maneras. He terminado con Lucas; ni por un momento voy a aguantar esta situación insostenible. No te puedes ni imaginar lo doloroso que es.

Suspira, apenada. Me acaricia un brazo con ternura.

—Lo entiendo. Te voy a echar de menos.

—Siempre podremos vernos en Madrid cuando regreses. No quiero perderte a ti también.

Sus ojos se humedecen, pero aguanta estoicamente las lágrimas.

—No vas a perderme. Eres mi único amigo, joder. Y deja de intentar hacerme llorar; me estás cabreando.

Me río y la tensión se relaja un poco. No sé a dónde nos dirigimos; es agradable no tener una meta.

—¿Y qué vas a hacer después?

Cojo aire. Esto es algo que yo también me he preguntado. Lucas está tan metido en todo mi universo que no sé si sabré vivir sin él.

—Supongo que buscaré un trabajo. Mi familia necesita el dinero. Puede que dentro de unos años, cuando ahorre lo suficiente, vaya a la universidad.

—Pero eso no es lo que quieres…

—No siempre podemos tener lo que deseamos. Yo quiero a Lucas, y mira a dónde nos ha llevado eso.

Asiente, con gravedad. Mi amiga está triste por mí, por todo lo que me ha tocado vivir. Sin embargo, no hay nada que pueda hacer para aliviar mi sufrimiento. Aun así, lo intenta:

—Está bien; mañana te irás, pero tienes que venir esta noche conmigo a la feria. Es su último día, y no pienso consentir que te quedes en casa amargado. Tengo que distraerte, es mi responsabilidad como amiga.

—No pienso ir. Estará Gabriel.

—Que le jodan. Vamos a pasarlo bien y tú vas a conseguir olvidarte de toda la mierda que tienes en la cabeza. Es una orden.

Realmente no tengo ningún tipo de ganas de salir de fiesta, pero en cierta medida siento que se lo debo a la chica. A ella también le afectará mi partida; una vez me vaya, se quedará sola. Cierro los ojos y asiento una sola vez.

—Vale, iré.

—¡Ese es mi chico! —exclama con una sonrisa.

# Lucas

Mi móvil vuelve a zumbar sobre la mesita de noche. No sé la hora que es; llevo todo el día en la cama. No me hace falta mirar la pantalla para saber que este mensaje, el número tres millones de las últimas veinticuatro horas, es de Gabriel. Querrá saber cómo estoy, disculparse, besarme otra vez. No lo sé. No quiero saber nada de él, ni de Óscar. No quiero saber nada de nadie en el mundo.

Mi vida tal y como la conocía ha terminado, ya nada será lo mismo. Debo aprender a existir sin Óscar a mi lado, sin sus sonrisas, sus besos, sus palabras de amor, sin su mano sujetando la mía. Él era mi ancla, lo único que tenía por seguro y real en mi universo. Supongo que esto me sirve para aprender que no hay que dar nada por hecho.

La presión que hacen mis acciones es arrolladora, aplastante, insoportable.

No. Puedo. Respirar.

Simón, que también está esquivando a Valle por alguna razón, entra en la habitación y se sienta en mi cama, en el borde. Me da un toque en el brazo, gesto que viniendo de Simón podría considerarse hasta cariñoso.

—Lucas, tienes que comer algo. Mi madre está preocupada por ti.

—Dile que estoy bien. No tengo hambre.

—Tienes que arreglar lo que sea que ha pasado con Óscar. Por favor —me suplica.

—No hay nada que arreglar. Lo hemos dejado.

Noto cómo mi mejor amigo se pone tenso sobre el colchón, como si le hubiera dado una descarga eléctrica.

—No, eso no puede pasar. Vosotros tenéis que estar juntos. No lo podéis dejar.

—Simón, lo último que necesito ahora es una charla sobre lo estúpido que he sido.

—¡Pues deja de hacer gilipolleces! ¿No te das cuenta de lo que estás perdiendo por un capricho estúpido?

—Esto no es solo cosa mía. Él se ha cansado de mí.

Escucho cómo coge aire. Le estoy destrozando. Esta ruptura le afecta de una manera profunda, tanto que no me lo había planteado antes hasta ahora.

—Joder, esto no está bien. —Se levanta y empieza a caminar de un

lado a otro—. Esto no está nada bien…

—Son cosas que pasan.

—No a vosotros. Vosotros erais especiales. Joder.

Sale de la habitación como una fiera y cierra dando un sonoro portazo. Frustrado, me incorporo y cojo el teléfono. Exactamente tengo cincuenta y seis mensajes de Gabriel. Leo los últimos:

*Por favor, Lucas, no me hagas esto.*
*Lo siento, lo siento todo.*
*Veámonos esta noche en la plaza.*
*Por favor, ven.*

No le respondo, aunque sé con certeza lo que voy a hacer.

# Simón

Mierda, mierda y más mierda.

Esto no puede estar pasando, mis amigos no se pueden estar separando. No pueden hacerme eso.

Cambios, cambios por todas partes.

Mi vida se está desmoronando.

Y ni siquiera puedo acudir a Valle para desahogarme y contarle todo, pues querrá ir a la cueva si doy señales de vida.

Todo se viene abajo. No puedo consentirlo.

# Óscar

Lo estoy intentando con todas mis fuerzas, de verdad. Es inútil, pero aun así yo procuro pasármelo bien. No lo consigo. Helena baila

(hasta eso está dispuesta a hacer para que me distraiga) y bebe cerveza con ansia. De seguir así va a acabar como una cuba antes de que termine la canción.

Simón ha venido también. Está a mi lado, con Valle. Por alguna razón que desconozco, no quiere quedarse a solas con ella. Tal vez haya llegado *ese* momento y le haya entrado miedo repentinamente. No lo sé, debería preguntarle.

Es agradable estar con ellos. A Valle apenas la conozco, y ahora que el mes se acaba, me arrepiento de no haber pasado más tiempo con ella. Y con Simón, sinceramente. Lo he ignorado, aunque creo que cada uno hemos estado tan perdidos en nuestros propios problemas que no hemos sido conscientes de esas cosas hasta que ya ha sido demasiado tarde como para volver atrás.

Me animo a mover un poco el cuerpo al son de la música y mis amigos se vuelven locos, contentos por verme salir de mi letargo. No obstante, la euforia me dura poco. Veo aparecer a Gabriel cogido de la mano de Lucas entre la gente, ajeno a las miradas de curiosidad de sus vecinos. Lo lleva lejos de la multitud, internándose en la oscuridad de las calles solitarias.

Mi visión se llena de fuego.

Todo explota.

Les sigo.

# Lucas

Ir de la mano de Gabriel no me provoca lo mismo que antes despertaba en mi piel cuando me tocaba. Lo siento erróneo, equivocado, malo. No es que sea desagradable, pero tampoco pierdo la cabeza como antes. Todo ha cambiado, hasta esto.

Nos hemos encontrado en la plaza, tal y como decía en su mensaje. Su semblante estaba serio, acongojado, temeroso de que no acudiera a su llamada. Sin embargo, una vez más lo he hecho. Siempre vuelvo. Me ha pedido hablar lejos de aquí, en alguna parte donde tuviéramos intimidad. He aceptado.

Y ahora buscamos ese lugar solitario. Salimos de la plaza y caminamos a paso ligero por la calle principal. Nos metemos en la

primera callejuela que vemos y después torcemos a la derecha un par de veces. El suelo de adoquines me hace perder el equilibrio, pero Gabriel me tiene bien sujeto y evita que me caiga. Un gato negro callejero se cruza en nuestro camino y me pregunto si será alguna clase de señal. Espero que no.

Llegamos a una zona arbolada y Gabriel se detiene. Se vuelve con rapidez hacia mí y coge mi rostro entre sus manos. Me aprieta más de la cuenta, y su aliento huele a alcohol. Está borracho. Me revuelvo.

—Lucas, por favor, tienes que perdonarme. Lo siento si te molestó mi beso, de verdad, perdóname.

—Gabriel, tranquilízate. Me estás haciendo daño.

No me escucha. Parece enloquecido.

—Lucas, perdóname. Yo quiero estar contigo, y sé que te gusto. Debemos estar juntos. Sí, eso es lo que tiene que suceder.

—Gabriel, te estás pasando…

—Déjame demostrarte que estamos hechos el uno para el otro.

Aprieta más mi cara y pega a la fuerza sus labios a los míos. Lucho por liberarme. Este beso es asqueroso, nada comparado a cualquiera que he vivido anteriormente, nada comparado a Óscar. Este chico me está forzando para que le bese en contra de mi voluntad. Óscar jamás ha hecho ni haría nada parecido. Me doy cuenta del tipo de persona que tengo delante, alguien controlador, agresivo, que no tiene en cuenta mis sentimientos. No pienso consentir que nadie me fuerce a hacer algo que no deseo. Y no deseo que me bese.

Le pego un fuerte empujón en el pecho y sale unos centímetros disparado. Él es más fuerte que yo, más alto y musculoso, por lo que apenas logro moverlo.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo? —le grito, limpiándome su saliva.

—Lo que los dos queremos. Vamos, deja de resistirte.

Vuelve a la carga. Grito, pero no sirve de nada. Tapa su boca con la mía y me aprisiona contra su cuerpo. Puedo notar su erección. Eso me habría vuelto loco en cualquier momento. Ahora solo me provoca repugnancia y miedo. Manosea mi trasero y mi entrepierna. Se extraña de que no esté lo más mínimamente excitado.

—Vamos a tener que darle un poco de marcha a esto —gime contra mis labios.

Introduce la mano derecha por dentro de mis vaqueros y yo aprovecho para volver a intentar huir. No sirve de nada. Su brazo izquierdo es como un cepo alrededor de mi cuello. No puedo escapar. Esto no está pasando, no es real.

Y lo que más me duele es haber sido tan gilipollas.

Cierro los ojos y me rindo.

Gabriel se desata.

Escucho unos pasos a la carrera.

Un fuerte golpe.

Después estoy libre.

Vuelo.

Me derrumbo sobre el suelo de tierra.

# Óscar

Oigo sus gritos a través de la noche. Le está agrediendo, le está forzando. Estaba dispuesto a ver cómo se enrollaban con mis propios ojos para aceptar que alejarme de él no es un error, pero esto es algo muy diferente.

Me vuelvo loco. Me ciego. Corro.

Me muevo tan rápido que parece que vuelo. No noto mis pies tocar el adoquinado. Llego hasta ellos en un segundo, agarro a Gabriel por el cuello de la camiseta y le pego un puñetazo atroz en la cara. Sale despedido hacia atrás, rueda por el suelo y escupe sangre. Lucas también cae. Me agacho junto a él y lo abrazo con fuerza. El pulso me va a mil por hora y voy a echarme a llorar en cualquier momento. Estoy aterrado.

—¿Estás bien? —le pregunto, ansioso.

Él me mira desde abajo, como si me viera por primera vez. Puede que realmente lo haga. Acaricia mi mejilla y llora.

—Sí, ahora sí.

Escucho cómo Gabriel gruñe y me incorporo para seguir pateándole. Quiero destrozarle, golpearle hasta dejarle irreconocible. Pero Lucas me detiene.

—No lo hagas.

Nos miramos a los ojos; los dos llorando, en silencio. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo hemos dejado que todo se derrumbase hasta este punto? Le cojo la mano y él entrelaza sus dedos con los míos. No hay nada que decir, o al menos no por ahora. Me giro hacia Gabriel y le veo colocarse a cuatro patas. Tiene la ropa echa un desastre y la piel manchada de sangre. Le he partido el labio con mi puñetazo. Después nos mira. No lo hace con odio, ni con rabia. Parece profundamente

arrepentido, como si no pudiera creer haberse comportado de una forma tan horrible.

Simón, Valle y Helena llegan a la carrera. Me vieron seguir a los otros y ellos han hecho lo mismo conmigo. Simón se agarra a un brazo de Lucas y dice:

—¿Qué ha pasado?

No le contestamos. Todos contemplamos a Gabriel, que se levanta del suelo y llora en silencio. La voz se le quiebra cuando dice mirando directamente a Lucas:

—Lo siento.

A continuación, sale corriendo.

—Soy su amiga —apunta Valle, casi como si necesitase recordarse a sí misma ese detalle—. Será mejor que vaya a hablar con él.

Simón asiente y la chica se marcha tras él. Helena la sigue.

—Ya hablaremos —me dice ella antes de irse.

Nos quedamos los tres solos, alterados, con las respiraciones agitadas. Un relámpago ilumina el cielo nocturno y segundos después llega el trueno. Como si el tiempo reflejara nuestro estado de ánimo, se desata una tormenta increíble en apenas unos segundos. La cortina de lluvia nos empapa por completo. Hace frío, pero no nos movemos. Dejamos que el agua nos limpie. Lucas no me suelta la mano, ni yo a él. Simón, harto de esperar, se planta frente a los dos y dice:

—Esto se acabó, chicos. Basta ya de este jueguecito de mierda. Vamos a hablar y a dejar las cosas claras de una puta vez.

Dicho esto, se da la vuelta y corre hasta casa. Simón nunca pierde los papeles de esta forma, nunca nos habla así. Él jamás toma la iniciativa, sino que se deja llevar por la corriente que imponen los demás. Por eso tienen tanto efecto sus palabras. Aún cogidos de la mano, Lucas y yo vamos tras él.

# 22

# Simón

Calados hasta los huesos, entramos en la buhardilla. Mi madre y Fernando no están; mejor. Las cosas se van a poner muy feas por aquí como para tener testigos. Me posiciono frente a ellos, encarándolos con el ceño fruncido. Estoy cabreado. Asustado y cabreado, para ser más exactos. Odio la violencia, y toda esa mierda que acabamos de vivir podría haberse arreglado si hubieran hablado antes. Con los brazos colocados en jarra, imitando la mejor postura de madre enfadada, les increpo:

—Esto se acabó. ¿Se puede saber qué cojones pasa? Óscar, le has partido la cara a un tío, tú, que no eres capaz ni de matar una mosca. Y tú, Lucas. ¿Acaso has perdido la cabeza? Te has comportado como un cabrón con él.

—Simón, agradezco que quieras ayudarnos con esta especie de intervención, pero no es asunto tuyo —me responde Lucas, a duras penas disimulando su enfado.

—¡Y una mierda que no me incumbe! Sois mi familia. Cualquier cosa que os suceda me importa.

Masticamos el silencio, tan espeso que resulta tangible. Es Óscar el que lo rompe:

—Han pasado muchas cosas…

—Sí, nos han pasado. A todos. Pero vosotros habéis estado tan ocupados con vuestras locuras que no os habéis dado cuenta de nada.

—¿De qué coño hablas? —me increpa Lucas—. ¿Ahora tenemos que sentirnos culpables por no haber estado encima de ti? Ya es hora de que aprendas a valerte sin nosotros, Simón. La dependencia que tienes no es sana.

Vale, puede que tenga razón, pero jode un huevo oírselo decir.

—Eres un gilipollas.

—¡Tú también!

Vaya. Ahora mismo, y solo ahora, después de tantos años junto a

ellos, he comprendido que la mayoría del tiempo me tratan con pies de plomo. Temen mis reacciones, lo que puedan afectarme sus palabras. Pero lo que nadie parece entender es que ni yo soy tan frágil ni ellos tan fuertes. Que no siempre se puede cuidar de los demás porque en ocasiones debemos ocuparnos de nosotros mismos.

Estoy harto de esta imagen de chico desvalido y temeroso que me he ganado a pulso. Sí, es cierto que mi cabeza es como un campo de minas la mayoría del tiempo, pero es algo con lo que puedo lidiar, algo que no me controla. Tanto mis amigos como mi madre deben comprender esto. Bueno, hasta yo mismo debo hacerlo. Ya no quiero ser así.

Ya no lo soy.

—Chicos, así no vamos a llegar a ninguna parte —nos frena Óscar —. Yo también tengo ganas de insultar, pero no lo voy a hacer. Y vosotros tampoco. Sentaos y tranquilizaos.

Le obedecemos. Cuando se dirige a nosotros con esa calma tan paternal no le replicamos. Se nota que lidia continuamente con niños pequeños. Cada uno nos dirigimos hacia nuestra cama correspondiente y nos colocamos sobre ellas. Respiro hondo, calmándome. Lo necesito para continuar con esto. Más relajados, seguimos.

—Simón, lo que tengamos que resolver Óscar y yo debemos hacerlo a solas.

—No.

—¿Cómo que no?

—Que no me vas a sacar fuera de esto. Sois mis hermanos. Quiero ayudar.

—No hay nada que puedas hacer —apunta, cruel.

—Sí que hay algo: puedo mediar entre vosotros, así que venga, largadlo todo.

—Ya no tenemos nada más que decirnos —dice Óscar—. Ya está todo claro.

—¿Incluso después de lo que ha pasado esta noche? Lucas, deberías ir a la policía.

Noto que Óscar está de acuerdo conmigo.

—No voy a ir a ninguna parte. Gabriel no me hizo nada.

—Porque lo detuve —estalla Óscar, fulminándolo con la mirada—. Es increíble; a pesar de todo sigues defendiéndole.

—¡No lo hago! Jamás podría justificar un comportamiento así, pero no quiero hacer nada hasta que no hable con él.

—¡Y una mierda! No pienso dejar que te acerques a ese psicópata otra vez. —Ahora soy yo el que está de acuerdo con él.

—No voy a discutir sobre este tema, Óscar. No sé lo que pasará entre nosotros, pero es justo que te diga algo que he descubierto: no quiero estar con Gabriel.

Algo cambia en mi amigo. Sus hombros se relajan, su semblante se suaviza. Sin embargo, solo dura un segundo. La frialdad vuelve a recubrirle con una fina capa de escarcha. Estoy helado.

—Solo dices eso por lo que te ha hecho.

—No, no es solo por eso. No es que me haya dado cuenta milagrosamente después de que haya intentado violarme —se defiende—. Con esto no quiero decir que te haya elegido a ti; lo que sé es que no le quiero a él.

—¿Y cuándo te diste cuenta de ello?

—Cuando te perdí a ti.

El tiempo se detiene. Descubro que he contenido la respiración. Inspiro, avergonzado. Óscar chasquea la lengua, desesperado.

—¿Podrías dejar de ser tan contradictorio?

—Me parece que no. —Lucas está realmente apenado por no poder atender su petición.

—¿Y qué se supone que tengo responderte yo a eso?

—Lo que sientas.

—Yo siento que te quiero. Más que nada. Pero me duele estar aquí, estar en la misma habitación. Joder, me duele hasta mirarte a la cara. Lo que nos unía se ha convertido en una mierda tóxica que no me gusta nada.

Fuera, la tormenta se recrudece. La última noche de la feria se ha ido al infierno. Decido participar en la conversación:

—Está claro que los dos os queréis, es obvio. ¿Por qué le dais tantas vueltas?

—Simón, no seas crío —me pide Lucas. Aprieto los dientes; no he sido el único que se ha comportado como tal últimamente—. No es tan sencillo.

—Pues haced que lo sea.

—No —responde Óscar con rotundidad.

—¡Joder! —exploto—. ¡Sois unos hijos de puta egoístas! ¡Os importo una mierda!

Le doy una patada a la cama, que más que hacer que me desfogue consigue que me haga un daño atroz en el pie. Maldiciendo, cojeo por la habitación. No puedo quedarme quieto.

—Simón, no eres el protagonista de esto —me recrimina Lucas, sin piedad.

—No podéis dejarlo. No podéis dejarme.

Ahí está. Mi mayor miedo. Por lo que sufro.

—Nadie va a dejarte —contesta Óscar, que también empieza a perder la paciencia.

—¿Cómo que no? Si se acaba lo vuestro se acaba lo nuestro. Me voy a quedar sin amigos.

—Eso es una tontería. —Lucas hace un gesto con la mano para

restarle importancia—. Pase lo que pase, siempre serás nuestro amigo. A cinco pasos, ¿recuerdas?

A cinco pasos, siempre a cinco pasos. Más bien los siento ahora a cinco kilómetros de distancia.

—No quiero que nada más cambie. No quiero que dejemos de ser los tres.

Óscar se incorpora y le dejo abrazarme. Los dos estamos mojados y el frío me hace temblar. Aun así, es maravilloso sentirle aquí, tan firme y real.

—Entiendo tu temor —me dice—, pero no puedes controlar esto. No sé lo que va a pasar; lo único que puedo asegurarte es que tanto Lucas como yo intentaremos que te afecte lo menos posible. Te queremos, Simón.

Óscar nunca me había hablado así. Nunca lo había notado tan presente en mi corazón. Lucas asiente, corroborando sus palabras. Se me escapa una lágrima.

—Chicos, lo siento —me disculpo, repentinamente avergonzado por mi comportamiento infantil.

—No lo hagas. Por favor, esta conversación es como la que tendría un padre con su hijo… —bromea Lucas, aunque se limpia una lágrima con un rápido gesto.

—Menuda putada teneros a los dos de padres.

A pesar de todo, nos reímos. Absurdamente, con carcajadas sonoras provocadas por el estrés. Es una locura. Cuando nos tranquilizamos, Lucas me habla:

—Has dicho antes que no querías que nada más cambiase. ¿Qué te ha pasado para decir eso?

—Mi madre y Fernando están empezando una historia juntos, tal y como sospechábamos. Hablé con ella.

Lucas se inclina hacia delante, muy interesado. Le importa mi familia, pues es casi la suya también.

—¿Y bien?

—Le he dado mi permiso para que rehaga su vida, si es que me correspondía dárselo. No lo sé, pero yo le he dejado claro que no me importa que salga con él. Quiero que sea feliz.

—Eso es fantástico. —Me sonríe, orgulloso.

—Has hecho lo correcto —coincide Óscar, apretándome cariñosamente el hombro.

Un relámpago cegador ilumina la habitación. Ni siquiera hemos reparado en que las luces están apagadas. Tiemblo de frío otra vez. Lucas también se frota los brazos.

—Será mejor que nos cambiemos de ropa; vamos a coger una pulmonía.

Como siempre solíamos hacer, le obedecemos.

# Lucas

Deslizo la camiseta por mi cabeza. Tengo la piel de gallina. Miro de reojo. Óscar está frente a su cama, semidesnudo. Veo su ancha espalda, sus fuertes músculos, me lamo los labios. Quiero acercarme y acariciarle, como antes. Quiero que me vuelva a abrazar, refugiarme en su cuerpo, sobre todo después de esta noche de pesadilla. Necesito desesperadamente que me abrace como antes, que me desee como solo él lo hace. No nos hemos vuelto a tocar desde nuestro encuentro en el baño, muchos días atrás. Pero eso ya no va a pasar; ni yo me acerco buscando su afecto ni él me lo va a regalar.

Dios, no me creo que esto esté ocurriendo.

Ha sido una noche horrible.

Estoy tan cansado que solo quiero dormir unos mil años seguidos, para que cuando despierte toda esta locura haya desaparecido. Aún me parece increíble lo que ha intentado hacerme Gabriel. No me quiero parar a pensarlo mucho, porque sé que en el momento en el que lo haga me derrumbaré completamente y dudo que alguna vez pueda volver a recuperarme.

Óscar se gira y se pasa la camiseta que usa para dormir por la cabeza. Después nos dice:

—Mañana volveré a casa.

El frío se intensifica en mi cuerpo, solo que esta vez está por dentro. Que no se vaya, por favor. Por supuesto, no se lo pido. Él continúa:

—Cogeré el primer autobús que salga. Esta situación es insostenible para mí, y tampoco quiero estropearos los últimos días de vacaciones.

—Óscar, no es necesario. —No he podido contenerme.

Me mira; creo ver un brillo divertido en sus ojos.

—¿Estás seguro?

—No quiero que te vayas.

Nunca he sido tan sincero al decir algo. No puede irse, ni de esta casa, ni de mi vida, ni de mi corazón. Sé que es horrible que me haya dado cuenta ahora que es tan tarde, pero verme sin él me ha hecho darme cuenta de que mi existencia sin su apoyo no tiene sentido.

—Me parece que esta vez tengo que pensar en lo que yo quiero. Que no soy yo, claro.

Simón, que ya tiene puesto el pijama, apoya su mano en el hombro del chico al que amo.

—Te acompañaré a la parada.

Óscar asiente y le sonríe con cariño. Me dan ganas de patalear como Simón ha hecho antes. Yo tampoco puedo soportar que nada cambie. Y ha sido todo por mi culpa. Me trago las lágrimas y, sin volverme para mirarles, digo:

—Estoy agotado. Creo que voy a intentar dormir ya.

No sé si la conversación había terminado. No sé si aún quedaba algo más por decir.

—De acuerdo —me responde Simón. Óscar guarda silencio.

Me meto entre las sábanas y cierro los ojos con fuerza; esto es incluso peor. Las imágenes de los horrores de esta noche se repiten tras mis párpados con cegadores flashes. Es como una pesadilla en bucle, un final que se encadena con el principio constantemente.

Ojalá Óscar me diera un abrazo.

# 23

# Óscar

Amanece y sigue lloviendo. Todo está brillante por el agua. Riachuelos salvajes circulan calle abajo, arrastrando hojas y suciedad. Según las noticias, ha habido un desprendimiento de tierra en la salida del pueblo y las carreteras están cortadas momentáneamente hasta que se solucione. Genial. El universo se ha confabulado de nuevo en mi contra y ahora voy a tener que permanecer más tiempo en este sitio. De puta madre.

Simón baja a desayunar y yo me coloco frente a la ventana de la buhardilla, contemplando la lluvia. Es relajante ver su golpeteo constante contra los cristales, contra las aceras, los coches. Saco la mano y dejo que las gruesas gotas me mojen la piel.

Escucho a Lucas desperezarse e incorporarse en su cama. Camina hasta mí y se coloca a mi lado, fijándose también en el paisaje. Con suavidad, me pregunta:

—¿Has dormido tan poco como yo?

—O menos.

—¿Estás más tranquilo?

—Sí. ¿Y tú? ¿Estás bien?

Sabe que me refiero a Gabriel, a su ataque. Él asiente y traga saliva.

—Sí, creo que sí. Aún no me entra en la cabeza que haya pasado, pero supongo que sí, estoy bien.

Le creo. Es mucho más fuerte de lo que todo el mundo cree, incluso él mismo. Tras unos instantes de silencio, dice:

—Iba en serio lo que dije ayer. No quiero estar con Gabriel, y no es un pensamiento producido por lo que hizo. De verdad que ver que te separabas de mí, que ya no estaríamos juntos nunca más, me hizo darme cuenta de mi error.

—Son cosas que pasan, no podemos controlarlas.

—Lo sé, sé que no habría podido evitar que Gabriel me gustase, pero sí que podría haber hecho de otra forma las cosas. No fui sincero

contigo en ningún momento, y me permití meterme en este juego a tres bandas que mira dónde nos ha llevado.

—Yo también podría haberme comportado de otra forma —confieso, arrepentido.

—Tú no tienes la culpa.

—En cierta medida, sí que la tengo. Si tanto digo quererte, debería haber luchado por ti. No fue lógico que me quedara esperando a que tú te decidieras, por muchos problemas que tuviéramos de antes. Debí hacerte ver que seguimos valiendo la pena juntos.

—Claro que la vales. Siempre lo harás.

Se atreve a acariciarme la espalda y yo me estremezco. No es más que un segundo, pues teme que le rechace. Deseo que no se aparte nunca. Tengo que ser sincero con él.

—Yo también me he dado cuenta de una cosa después de todo.

—¿Cuál es? —quiere saber.

—Que no me eres tan indiferente como pensaba.

Sus ojos se iluminan y se le escapa una media sonrisa. Es tan guapo que me duele el pecho con solo mirarlo. Quiero besarlo. Lo necesito.

—¿Me quieres? —me pregunta. Su voz se quiebra a mitad de frase. Tiene tanto miedo a mi respuesta que casi no puede ni hablar.

Sin embargo, yo no tengo dudas.

—Sí. Más que a nada ni a nadie, ya lo sabes.

Llora silenciosamente, agradecido.

—Te quiero —responde—. Siento todo por lo que te he hecho pasar. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

—Supongo que sí, aunque necesitaré mi tiempo. Es totalmente cierto que te quiero, pero también lo es que ya no puedo confiar en ti. Necesito recuperarme. Los dos lo necesitamos; hablaba en serio cuando dije que no me gustaba lo que nos hacía el estar juntos.

—Lo comprendo —admite con seriedad.

—Gracias. —Me río.

—Pero ¿dónde nos deja esto? ¿Qué somos ahora?

Tengo que pensarlo un poco antes de contestar.

—Si de algo me ha servido toda esta mierda es para darme cuenta de que te quiero en mi vida. Si estás dispuesto a darme el tiempo y el espacio que necesito, podemos intentarlo. Paso a paso, poco a poco. No te prometo nada, no sé si podré olvidar este mes, pero necesito intentarlo. ¿Quieres tú?

—Por supuesto.

Otro silencio. Parece que la lluvia remite. Lucas se gira y se me queda mirando. No cede hasta que nuestros ojos conectan.

—Por favor, no te vayas a casa.

—No podría aunque quisiera: las carreteras están cortadas.

—No soporto que me odies.

—No te odio; simplemente ahora me caes un poquito mal…

Los dos nos reímos tristemente con mi broma. Después se pone serio otra vez.

—Sé que lo que voy a pedirte tal vez sea un poco precipitado, pero tengo que hacerlo. No sé si alguna vez podrás perdonarme, y quiero tener un recuerdo bonito si resulta que este es el final. Óscar, ¿podrías besarme?

—¿Solo un beso?

—Solo un beso.

—Sí, creo que podré soportarlo.

Nuestras manos viajan hasta las caderas del otro. Nuestros cuerpos se tocan, nuestras cinturas se pegan. Escucho el sonido de su corazón, tan atronador como el mío. Está nervioso, y yo también. La situación me recuerda a nuestro primer beso, hace años. Los latidos explosivos, la excitación, las ganas enloquecedoras. Esto es igual. Igual de bueno, igual de mágico.

Asciendo las manos por sus brazos, acaricio su suave cuello que tanto me gusta y las dejo descansar en sus mejillas. Tomo la iniciativa y soy yo el que pega nuestros labios, que danzan en un baile que conocen demasiado bien. Echaba de menos besarlo. Echo de menos todo de él.

Sé lo que le he dicho, y que este beso pone en evidencia mis palabras de mantener las distancias, pero no me detengo. Tal vez sea una equivocación que lo único que está haciendo es que nos confundamos todavía más, pero me da igual. Solo quiero disfrutar de él, de su sabor, de los recuerdos y sensaciones que despierta en mí a pesar de todo. Estoy perdidamente enamorado de Lucas, ahora lo sé al cien por cien.

Seguimos besándonos con pasión, con amor. No sé lo que será de nosotros en el futuro; ahora me permito perder la cabeza. Ya me preocuparé más adelante.

# Lucas

Le quiero. *Lequierolequierolequiero*.

# Simón

Hacia la mitad de la tarde deja de llover. Todo el pueblo está sumido en una especie de colapso. Se han inundado algunas casas, se han echado a perder cultivos e incluso ha habido desprendimientos. Una pequeña catástrofe, en definitiva.

No sé qué han hablado mis amigos, pero desde esta mañana parecen otros. Creo que han llegado a una especie de acuerdo de no agresión. Incluso se han sonreído durante la comida. Desde luego algo bueno ha sucedido. Y yo me alegro hasta el infinito.

Anoche, durante mi intento de intervención que acabó siendo una batalla campal, me comporté como un crío. Aunque fui sincero, no estaba siendo coherente ni razonable con la situación. Sin embargo, me sirvió para abrir los ojos a la realidad y ver la vida de otra forma. Mis sentimientos no son el centro del mundo en cada momento, no puedo dejar que todo me afecte tanto. Ni en un millón de años habría imaginado que este verano me cambiaría tan profundamente.

Ahora, los cinco vemos la televisión en el salón. Fernando y mi madre están sentados en el mismo sofá, muy juntos. No llegan a tocarse, aún no han alcanzado ese punto. Por cómo se miran de reojo, puedo intuir que no tardarán mucho. Óscar y Lucas, a mi lado, miran con fijeza el televisor. La mano de Óscar descansa sobre su pierna, en tensión. Solo se relaja cuando Lucas entrelaza sus dedos con delicadeza. Óscar no se retira. Yo suspiro de puro alivio.

No me estoy enterando de nada de la película que supuestamente estamos viendo. Creo que ninguno le estamos haciendo mucho caso. De pronto, mi móvil suena en mi bolsillo. Lo saco. Es una llamada de Valle. Mierda, va a volver a insistir para que la acompañe a la cueva. No quiero hacerlo; es peligroso, y técnicamente imposible que su padre escondiera nada allí, y mucho menos estando enfermo. Aun así, descuelgo.

—¿Valle?

—Hola, Simón. ¿Cómo estás?

Está rara, muy falsamente alegre. Siento un escalofrío.

—Bien, ¿y tú?

—De maravilla. Te llamaba para comentarte una cosa.

—Dime.

—Sé que dijiste que me acompañarías, pero visto que no paras de escabullirte y de poner excusas, he decidido ir a la cueva yo sola. De hecho, ya estoy a medio camino. He aprovechado que ha dejado de llover.

Me quedo paralizado.

—Valle, no puedes hacer eso. Es muy peligroso, mucho más con todo resbaladizo por el agua.

—Sabía que dirías eso, pero tranquilo, no pasará nada. No puedo esperar más, Simón. Necesito saber si allí dentro hay algo o no.

—Valle, no hagas ninguna locura.

—No hay nada que puedas decir para hacerme cambiar de opinión.

—¿Lo sabe tu madre?

Todos mis intentos para disuadirla son infructuosos. Tengo mucho, mucho miedo.

—No, obviamente. También te llamo por eso. No va a pasar nada, pero en el caso de que algo se tuerza, quiero que alguien sepa dónde estoy. Solo por si acaso.

—Valle, por favor, espérame.

—Me has estado dando largas casi una semana. Entiendo que no quieras hacerlo, pero yo sí. Cuando termine te llamo.

Me cuelga. Tengo el pulso desbocado y estoy un poco mareado. Mi madre, mis amigos y Fernando me miran con preocupación.

—¿Qué ha pasado? —quiere saber mamá.

—Es Valle. Se ha vuelto loca.

Les cuento su plan y luego fabrico uno propio. Le ordeno a mi madre que hable con la de Valle y después llamen a la policía, a los servicios de emergencia, a los bomberos o a quien coño sea. A continuación, le pido a Fernando que nos lleve en su coche hasta la cueva. Acepta de inmediato.

Salimos a la calle y salto sobre un charco. Recuerdo las indicaciones que mi amiga me dio sobre la ubicación de la montaña y se las hago saber a Fernando. Él arranca y sale despedido.

Por favor, que no lleguemos tarde…

# 24

# Simón

Mierda. La carretera está cortada. Una señal nos advierte, aunque el enorme montón de tierra desprendida que secciona en dos la calzada es mucho más llamativo que la misma señal. Maldigo y salto fuera del vehículo.

—¡Simón, espera! —me chilla Lucas, que también sale del coche junto a Óscar.

Los tres echamos a correr por los terrenos embarrados. La tierra está tan mojada que ir rápido se hace una tarea imposible. Los pies se me hunden por completo, y me cuesta un mundo volver a desenterrarlos. Fernando nos grita desde el coche. Le pido que se quede allí para guiar a quien quiera que venga a ayudarnos.

No me detengo. Mis amigos tampoco. Hay un conjunto de pequeñas montañas de color pardo frente a nosotros. Estamos en el límite del pueblo, y hemos tomado la carretera que Valle nombró cuando me habló de este sitio, por lo que supongo que estamos cerca. En cuanto la distancia es menor veo que no me he equivocado. Hay una brecha en la tierra del montículo que tenemos delante, una cavidad oscura a la que no se le ve un fácil acceso. Es como una sonrisa torcida que entiendo que atemorizara a mi amiga. Es imposible que el padre de Valle escondiera algo allí, absolutamente imposible.

Y entonces la veo. Está escalando por la pared, con decisión. La piedra arenosa está oscura, calada de agua. Cruzo los dedos para que no se desmorone bajo su peso. Coloco las manos para amplificar el sonido de mi voz y grito:

—¡VALLE!

Ella se vuelve y me lanza una sonrisa, sin soltarse de un precario saliente. Casi ha alcanzado la cueva.

—¡Simón! ¡Has venido! Hola, chicos.

—¡BAJA DE AHÍ DE UNA VEZ! —exclamo, fuera de mí.

—Ya casi estoy, no te preocupes.

Se da vuelta y continúa subiendo.

Mierda.

Corro y llego hasta la pared natural. La chica está a unos seis metros de distancia sobre nuestras cabezas. Lucas y Óscar me miran sin saber qué hacer, tan confundidos como yo.

—Voy a subir —les digo.

—Ni se te ocurra. —Óscar me agarra del brazo.

Me zafo de un tirón y me agarro a la piedra. Prácticamente todo es tierra apelmazada. Mis dedos se hunden unos milímetros. Joder…

—Quedaos aquí —les ordeno.

Comienzo mi ascenso. Sobra decir que no soy una persona atlética, y si a ese detallito le sumamos que estoy agotado después de mi carrera por el barro, los metros que me separan de Valle me parecen una distancia inalcanzable. Miro hacia arriba. Alcanzo a ver sus pies, que siguen alejándose con destreza. Entonces pasa algo. Valle da una sacudida, grita y desaparece dentro de la cueva. Siento el temblor que recorre el montículo y estoy a punto de caer.

—¡VALLE! —chillo a la inmensidad.

—¡Simón, ten cuidado! —exclama Lucas desde abajo, histérico.

Tengo que llegar, tengo que saber que está bien. Escalo, resbalo, vuelvo a afianzarme. El camino se me hace eterno, pero finalmente alcanzo la entrada de la cueva. Saco fuerzas de donde no las tengo y me encaramo. A cuatro patas, lucho por recuperar el aliento y busco en la oscuridad.

—¡Valle! —la llamo. No veo nada entre tanta negrura.

—Simón, estoy aquí…

Aunque su voz suena débil, creo que voy a llorar de alivio. Cojo el teléfono móvil de mi bolsillo y enciendo la aplicación de la linterna. Lleno toda la pantalla de mugre. El hueco es más pequeño de lo que creía, pero mucho más profundo. Cae hacia abajo, y distingo a Valle en el suelo, al fondo. Hay montañas de lodo por todas partes, también por encima de mi amiga. Rezo para que no haya otro desprendimiento y miles de toneladas de barro nos sepulten.

Gateo hasta ella. Me parece que ya estoy llorando. Valle cierra los ojos al notar el impacto de la luz de mi móvil y gime.

—Simón…

—¿Estás bien? —Acuno su cabeza con delicadeza. Está llena de manchas, igual que yo. Su cabello no es más que una masa apelmazada que se extiende a su espalda.

—Me duele mucho el pie.

Enfoco hacia allí la linterna y veo que tiene media pierna enterrada entre trozos de roca y lodo. La lluvia ha provocado todo esto. Intento liberarla, pero lo único que consigo es que grite de dolor.

—¡¿En qué demonios estabas pensando?! —le recrimino, cabreado.

—Simón, tienes que mirar si hay algo, por favor.

—Estás loca.

—No hagas que todo esto haya sido en vano. Por favor, echa un vistazo.

La fulmino. Ojalá mis ojos echaran rayos láser con los que hacer que se desintegrase en miles de ínfimas partículas. No es posible que una persona llegue a ser TAN CABEZOTA.

—¡Joder!

Me doy la vuelta y examino como puedo el espacio. De haber algo, lo más probable es que haya quedado enterrado por el desprendimiento. Aun así, sé que no hay nada. A ninguna persona en su sano juicio se le ocurriría esconder algo en este lugar.

—Está vacío.

—¿Seguro?

—Claro que sí, joder. —Estoy realmente cabreado por su estupidez.

—No te enfades conmigo —me pide, somnolienta—, eres lo único que tengo.

—Deja de desvariar. Y ni se te ocurra dormirte. Voy a asomarme para avisar a los otros de que estamos bien.

—Vale.

Contra mi voluntad, la beso en la frente (sabe a tierra) y me arrastro de nuevo hacia la salida. La luz del sol me ciega cuando saco la cabeza por la abertura y localizo a mis amigos. Los dos suspiran, aliviados. Les hago un gesto con la mano para que me escuchen.

—Valle está atrapada; es posible que se haya roto un pie. ¿Cómo va Fernando con los de emergencias?

Es Lucas el que responde:

—Yo no tengo cobertura, pero Óscar ha logrado localizarle. Ya vienen. Estarán aquí en unos minutos.

—De acuerdo.

Regreso a la oscuridad sin despedirme y me deslizo hasta colocarme junto a la joven. Tengo la ropa destrozada y la piel llena de heridas. Valle me debe una bien grande, ya lo creo que sí.

—Ya vienen a rescatarnos. Todo acabará pronto.

—No hay nada, Simón. Mi padre me mintió. No me dejó nada en ninguno de los lugares que me asustaban de pequeña. Es un mentiroso.

Rompe a llorar y yo la abrazo como puedo. Tiene razón, todo es un asco. Ha mantenido la ilusión en algo que ni siquiera sabía si existía, y el golpe con la realidad ha sido devastador. Su cuerpo se convulsiona contra el mío y yo la aprieto más fuerte. Es lo único que puedo hacer.

A lo lejos, resuenan las sirenas.

***

Una hora después estoy con los pies en suelo, con una manta térmica sobre los hombros y un sanitario curándome un feo corte sobre la ceja derecha. Mi madre, Fernando, Lucas y Óscar revolotean a mi alrededor, con expresiones que mezclan compungimiento y alivio a partes iguales.

La madre de Valle permanece junto a la camilla donde han tumbado a su hija. A mi amiga costó un poco más sacarla. Yo pude salir del agujero por mi propio pie, pero a ella tuvieron que rescatarla. Un rescate. Si no sufres peligro de muerte, casi suena guay. El caso es que han usado unas escaleras enormes, cuerdas y diversos aparatos para extraerla. Como la carretera estaba cortada, han tenido que meter la ambulancia y el camión de bomberos en pleno lodazal para llegar hasta aquí. Costó, pero lo consiguieron. Y ahora estamos todos a salvo.

Tal y como temía, Valle se ha roto el tobillo derecho. Una roca cayó y le partió el hueso limpiamente. Se recuperará, de esa y del resto de heridas. Las que tiene por dentro cicatrizarán con algo más de tiempo, si es que alguna vez lo hacen.

Cuando el sanitario acaba con su tarea, me alejo de mi familia y me coloco junto a Valle. Están a punto de meterla en la ambulancia para llevarla al hospital y terminar de realizarle pruebas. Saco la mano de la manta y cojo la suya. Está fría y áspera por el barro seco, igual que la mía. Me sonríe con tristeza.

—Soy lo peor —dice.

—No estás tan mal.

—Podrías haber muerto por mi culpa.

—A decir verdad, tú podrías haber muerto por tu culpa.

—Me da igual lo que me pase, Simón. Pero si tú hubieras resultado herido por mi causa jamás me lo habría perdonado.

—Por suerte, estamos bien.

Asiente.

—Perdón por todo esto, por haberte metido en este lío. Mi madre tiene un cabreo de pelotas.

—Siento decírtelo, pero la comprendo perfectamente.

Se ríe.

—Yo también.

Ahora soy yo el que se ríe.

—Te quiero, Valle.

Nunca le digo te quiero a nadie, y mucho menos a una persona que conozco de verdad desde hace menos de un mes. Sin embargo, lo hago porque lo siento. A ella le brillan los ojos.

—Y yo a ti.

Vuelvo a besar su frente, que sigue sabiendo a tierra.

—Iré a verte en cuanto estés en casa.

—Vale.

—Ten cuidado.

Un sanitario con pinta de estar molesto por tener que atender a dos adolescentes con ganas de jugarse la vida me pide que me aparte. Lo hago y él empuja con dificultad la camilla hasta la ambulancia. El barro sigue sin ponerle las cosas fáciles a nadie. Logra meterla dentro del vehículo (Valle ha puesto una expresión muy graciosa a causa de los bamboleos) e invita a su madre a que pase con su hija. La mujer nos da las gracias por millonésima vez y el sanitario cierra las puertas tras ella.

Se van, seguidos de los bomberos. Nos quedamos Fernando, mi madre, Lucas, Óscar y yo aquí plantados, en silencio.

—Simón, estás castigado —se me informa.

Esto me sorprende más que ver a mi mejor amiga escalar hacia la muerte.

—Mamá, nunca antes me habías castigado. Y ya tengo dieciocho años.

—¡Como si tienes ochenta! Tú nunca me habías dado un susto como este, así que estás castigado.

—Supongo que me lo merezco.

Echamos a andar hacia la carretera y, por consiguiente, hacia el coche. Los servicios de limpieza comienzan a trabajar en la retirada de los montículos de tierra que taponan la salida del pueblo.

—Eres un héroe —me dice Lucas, palmeándome el hombro con cariño.

—Lo sé desde hace tiempo, lo que pasa es que vosotros nunca habéis sabido apreciarme correctamente.

—Lo que has hecho ha sido alucinante —me alaba Óscar, sinceramente admirado—. Aunque peligroso, muy peligroso. E irresponsable —añade ante la mirada de reproche de mi madre.

Sonrío. Mis amigos van cogidos de la mano. Sonrío con más fuerza. Fernando y mi madre también, lo que hace que mi sonrisa flaquee un poco. No obstante, la mantengo. Las cosas van mejorando; hay una luz al final del túnel. Yo sigo siendo virgen, pero, honestamente, no es algo que me preocupe lo más mínimo.

Entonces me acuerdo de Valle y de la tristeza en su mirada y el mundo pierde un poco de su nuevo esplendor.

# 25

# Óscar

Al día siguiente Valle vuelve a casa.

Obviamente no me he ido del pueblo. La verdad es que no me apetece. No he perdonado a Lucas, ni mucho menos, pero necesito estar con él. Todo este episodio ha servido para que vuelva a descubrirle, para que vea su luz desde otra perspectiva nueva y fascinante. Simplemente le quiero.

Son casi las cinco y los tres nos preparamos para ir a ver a Valle. No tiene ninguna otra lesión más que la del pie, aunque prefirieron dejarla una noche en observación en el hospital. Sofía y Fernando irán después.

Por lo que sabemos, la casa de la familia de Valle se ha convertido en la atracción turística de la zona. Todo el mundo pasa a visitar a la herida como si realmente fuera necesario hacerlo. Supongo que la familia de Manuel, el pescadero fallecido, estará agradecida de que por fin los dejen en paz.

Como suponía, hay una pequeña multitud frente a la puerta cuando llegamos. Valle está sentada en una mecedora, atendiendo a todo el mundo con una amable sonrisa. Su aventura ha corrido como la pólvora; todo el mundo la conoce. O alguna variación de ella. Mi favorita es la que dice que se metió en la cueva para buscar un alijo secreto de drogas.

Tronchante.

La chica nos recibe con un abrazo cariñoso. Se entretiene sobre todo con Simón. Son muy importantes el uno para el otro; me alegro de que él haya encontrado a alguien que lo saque de su cascarón.

Helena se acerca a saludar. Su sonrisa es enorme cuando me ve. También están Mer, Julio, y los otros chicos de los que ni siquiera recuerdo el nombre. Los he visto durante todo el mes, pero su presencia ha sido tan intrascendente que me da cierta pena no haberlos conocido en mayor profundidad. Aun así, me alegro de que

estén aquí dándole apoyo a su antigua amiga. Tal vez a raíz de este incidente vuelvan a retomar su relación.

Por supuesto, está Gabriel. Lleva las manos dentro de los bolsillos de sus ajustados pantalones negros. Los botones superiores de su camisa blanca están desabrochados y una suave superficie de piel pálida se adivina. Su pelo azabache brilla al sol.

Hasta odiándolo está increíble.

Su rostro es una máscara de arrepentimiento. Lo dirige hacia Lucas, pero también hacia mí. Sobre todo hacia mí. Traga saliva y camina en mi dirección. Aprieto los puños y me preparo para defenderme en caso de que me ataque. No lo hace. Tiene una herida en el labio por el puñetazo que le di.

Lucas le observa como si hubiera perdido la cabeza. Yo lo creo. Sin embargo, me hace mantener la calma. Gabriel se aclara la garganta y me dice:

—¿Podemos hablar?

Alzo las cejas, sorprendido.

—¿Tú y yo? No tenemos nada de qué hablar.

Lucas apoya una mano sobre mi brazo y yo me relajo. El gesto no pasa desapercibido para Gabriel. Lo vuelve a intentar:

—Quiero disculparme. Vayamos allí, por favor. Solos.

Lucas me alienta a hacerle caso y yo acepto. Él siempre tiende a pensar lo mejor de la gente, aunque esas personas sean seres despreciables como Gabriel. Nos separamos unos metros y nos quedamos en medio del jardín. Dios, lo tienen hecho un asco.

En todo momento voy en tensión, preparado para responder a una posible agresión que nunca llega. Como continúa en silencio, decido provocarle un poco:

—¿Y bien?

—Como te he dicho, quería disculparme. No es fácil tenerte delante después de cómo me he comportado. Debes odiarme.

—Bastante.

—Y me lo merezco. He sido un gilipollas.

—Esta conversación me está gustando más de lo que creía.

Sonríe con timidez.

—Quiero que sepas que siento muchísimo lo que le hice a Lucas. Perdí la cabeza. Agradezco que no me hayáis denunciado.

—Díselo a él. Si por mí fuera ahora mismo tendrías una orden de alejamiento.

Él acepta el golpe sin rechistar.

—También lamento haberme interpuesto entre vosotros. No es mi culpa haberme encaprichado de Lucas, pero sí lo es haberme propuesto separaros. Dios, soy un asco.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunto con una curiosidad sincera.

Gabriel piensa un poco antes de hablar. Cuando lo hace, noto que es honesto.

—Lucas me gustó, y era la primera vez que dos chicos gais de mi edad se cruzaban en mi camino. Era una oportunidad única, y no acostumbro a no tener lo que quiero. Lucas era mi meta, así que me propuse alcanzarla fuera como fuera, cayera quien cayera. Lo lamento.

No es que le justifique, pero ser gay en un pueblo tan pequeño no tiene que ser nada fácil.

—¿Quieres a Lucas?

—No. —Niega con la cabeza—. Me gusta, o eso creo. No sé si me atraía más el hecho de estar con él o la idea de conseguirlo. Era mi pasaje para ser una persona… normal. Aquí todo el mundo empieza a tener su propia vida, mientras que yo me quedo estancado, solo. Es horrible y yo un estúpido. ¿Tú lo quieres a él?

—Más que a nada.

—Me alegro. Hacéis buena pareja, cuidas de él. Ojalá yo tuviera alguien así.

Si no creyese que es imposible, pensaría que está ligando conmigo. Y si no fuera imposible también que sienta pena por él, lo haría.

—Te quería pedir una última cosa.

Espero hasta que me explica de lo que se trata.

—Quisiera hablar con Lucas, a solas.

Me envaro en el acto, dispuesto a sacarle esa idea de la cabeza. Si tengo que hacerlo a golpes, mejor. Levanta las manos y me detiene.

—Tranquilo, por favor. Puedes quedarte cerca, si no te fías. Te juro que no pienso tocarle, solo quiero pedirle perdón.

—Lucas no necesita mi permiso para hablar con nadie; él es capaz de decidir lo que quiere hacer o no —replico, enfadado.

No me hace gracia que este cabrón se vuelva a acercar a él, pero sé que Lucas me regañaría si no le diera otra oportunidad a este chico. Y tampoco puedo decidir por él, por supuesto. No obstante, una amenaza preventiva nunca viene mal en estos casos:

—Como le toques un solo pelo, te machacaré, te lo juro.

—De acuerdo.

Le fulmino con la mirada y doy marcha atrás. Lucas se coloca a mi lado y dice:

—Quiere hablar conmigo, ¿verdad?

—Sí. ¿Quieres tú?

—Sí.

—Ten cuidado.

—Tranquilo. Podré apañármelas.

Besa con suavidad mis labios. Después se va. Me duele verlos juntos; reabre una herida que aún está lejos de curarse. Sin embargo, esta imagen no es como ninguna antigua. Tienen que pasar por ella,

despedirse, cerrar el círculo. Sé que Lucas quiere estar conmigo; me esfuerzo por tenerlo cada segundo presente para así poder alejar los paralizantes miedos que me atacan sin piedad. El resto de mis amigos contemplan la escena con una curiosidad morbosa, sobre todo los presentes en la pelea de aquella fatídica noche.

Helena se posiciona junto a mí y me da la mano. Con ella al lado todo es más fácil. En silencio, no pierdo de vista a los otros dos.

No sé si lo que hemos vivido va a reforzar mi relación con Lucas, ni tampoco tengo muy claro que Gabriel haya sido el problema principal. Nuestras vidas están a punto de cambiar, y eso da miedo, mucho miedo. Parece que vayamos a hacernos mayores en un parpadeo, que todo va a transformarse por completo y que nosotros mismos nos perderemos por el camino. No deseo que eso suceda. Gabriel se siente como una excusa, la razón perfecta para que nuestra nueva realidad no duela tanto cuando llegue. Para no atarnos.

He pasado toda mi vida ignorando el pasado. Estoy cansado de hacerlo.

Afrontaré lo que venga, sea lo que sea.

## Lucas

Camino con decisión, tragándome el pánico. Es alucinante cómo ha cambiado todo. Hace unos días me habría muerto de ganas de ver a Gabriel. Ahora me da un miedo atroz. No va a hacerme nada, lo sé, pero el recuerdo de la otra noche está demasiado fresco. Me detengo frente a él a una distancia prudencial, manteniendo la entereza. No es capaz de mirarme a los ojos y eso me da una agradable sensación de superioridad. Mi voz suena extraña cuando hablo:

—Tú dirás.

—Lucas, lo siento.

—Te creo.

—De verdad, lamento con toda mi alma lo que te he hecho. Me odio, no sé lo que me pasó. Perdí la cabeza.

Da un paso hacia delante y yo lo imito a la inversa. No va a acercarse nunca más. Una fría rabia me sube por el estómago.

—Eres un hijo de puta —le suelto—. ¿Te das cuenta de cómo

podría afectarme esto? ¿De los problemas a largo plazo que podría ocasionarme? Me forzaste, Gabriel. No voy a poder olvidarlo nunca.

Una furtiva lágrima se escapa de su ojo izquierdo y la veo deslizarse lentamente hasta perderse entre su barba incipiente.

—¿Me perdonarás?

—No lo sé, puede que con el tiempo, aunque creo que comprenderás que ahora no quiera volver a verte nunca.

—Sí, tiene sentido.

No puedo evitarlo; sonrío sin ningún rastro de alegría. Él también.

—Lo pasé bien contigo, pero la has cagado. Mucho.

—Parece que él te ha perdonado —señala a Óscar.

—Está en ello. No será fácil.

—Te deseo lo mejor, Lucas. De verdad.

—Gracias.

—¿Le quieres?

Se resiste a la idea de haber perdido esta batalla, de que yo no desee estar con él. Y es verdad que no lo hago. Nada en mi cuerpo me atrae hacia él; el fuego que había se ha extinguido por completo. He redescubierto mi lugar en el mundo, y no está junto a Gabriel.

—Sí —respondo con rotundidad.

—Espero que alguna vez puedas perdonarme.

—¿Te serviría de algo? No era broma cuando he dicho que no quiero volver a verte nunca.

Sonríe. Está triste por cómo ha acabado lo nuestro, por la imagen que nos ha dado de él a los demás.

—Sí, claro que sirve. A pesar de lo que creas, me importa lo que la gente piensa de mí. Odiaría saber que andas por ahí despreciándome.

Yo suspiro. Le he conocido un poco en estas semanas, y aunque es esencialmente un capullo, tampoco creo que sea una mala persona. Gabriel también tiene que gestionar multitud de problemas, y tomó una decisión equivocada. Por mucho daño que me haya hecho, anclarme en la rabia que siento por él no me permitirá avanzar y superarlo.

—De acuerdo, te perdono. Sé que lo haré con el tiempo; este solo es un pago por adelantado.

—Gracias.

Creo que ya he terminado aquí, que ya he acabado con él. Hemos cerrado algo así como un ciclo. Tuvo un principio, un desarrollo y ahora firmo su final. Y estoy feliz por ello.

—Espero que seáis muy felices juntos.

—Yo también.

—Adiós, Lucas.

Les dedica un gesto de la mano al resto y se da la vuelta. Nadie le detiene cuando se marcha. Cojo todo el aire que puedo y después lo

suelto despacio, poco a poco. Ha pasado. Todo ha pasado.

No sé por qué le he dado mi perdón; supongo que nunca he sido una persona rencorosa. Sé que lo que me hizo fue terrible, y en ningún caso lo justifico, pero necesito acabar con esta historia. Gabriel es un punto y aparte en mi vida en el que no pienso volver a detenerme.

Se terminó.

Vuelvo con mis amigos. Óscar entrelaza sus dedos con los míos y, por la mirada que me lanza, sé que está orgulloso por cómo he llevado la situación. Me alegro de haber madurado en este verano, aunque haya sido tan a la fuerza.

He tenido mucho miedo. Todavía lo tengo. A pesar de mi carácter y de mi aparente buena predisposición para afrontar todo lo que se me ponga por delante con una sonrisa, no soy inmune a los cambios. Ir a la universidad, dejar todo lo que me es conocido en el instituto, las nuevas clases, los compañeros, no tener a los chicos al lado a cada instante para darme su apoyo… Puede que para alguien esto no sea nada, pero para mí sí. Para mí es algo grande. Y me asusta. Me ha hecho falta pasar por esta experiencia para comprender que los cambios no siempre son buenos (hola, Gabriel), pero tampoco hay que temerlos. No sabemos las cosas maravillosas que pueden otorgarnos.

Repito que no sé lo que pasará con Óscar, eso depende de él y de lo que decida con el tiempo, pero ya me doy por satisfecho con todo lo que he aprendido sobre mí mismo.

Si antes creía que me conocía, ahora sé lo equivocado que estaba. Nada es blanco ni negro, y mucho menos en una relación. Solamente hay que aprender a apreciar los grises.

No quiero hacerme ilusiones, pero tener a mi casi medio posible potencial antiguo novio de la mano me hace tener las esperanzas por las nubes. Sí, Óscar y yo empezamos cuando solamente éramos unos críos, y sé que las historias de instituto no suelen tener un largo recorrido, pero ¿por qué no podemos ser nosotros parte de ese pequeño porcentaje que sí funciona? Desde luego, yo quiero luchar por ello.

De momento me sirve con tenerlo aquí, junto a mí, tan firme, duro, fiable y hermoso como siempre. Me sirve con que no se aparte, con que me mire sin reproches y con que me sonría con la ternura con la que lo hace.

Sí. El cielo hoy brilla con un fulgor cegador tras la increíble tormenta.

# 26

# Simón

Un par de horas más tarde ya se ha ido todo el mundo. Valle apenas se maneja con las muletas, así que la ayudo a subir las escaleras del segundo piso, lugar donde está su habitación. Estamos a punto de caer un par de veces, pero por suerte llegamos sanos y salvos. Bueno, sanos dentro de lo posible… Le ayudo a sentarse sobre la cama. Coloco una almohada tras su espalda para que esté más cómoda y ella me lo agradece con una sonrisa.

La madre de Valle no ha puesto ningún impedimento a que me quede a solas en el cuarto de su hija con ella. Supongo que salvarle la vida, como me aseguran que hice, me ha hecho merecedor de una serie de favores.

Para cuando termino de acomodar a mi amiga sobre su cama yo ya estoy empapado en sudor.

—Gracias —dice ella—. Me siento inútil.

—No te preocupes. Pronto estarás bien. La rotura fue limpia; esas curan mejor.

—Genial. Voy a empezar la universidad con una escayola —se lamenta.

—Yo la empezaré siendo virgen. Ojalá mi problema fuera un hueso roto.

Nos reímos por mi comentario y Valle me coge de la mano.

—Te voy a echar mucho de menos.

—Y yo a ti, aunque podremos volver a vernos. Si te tengo aquí, no opondré resistencia a la hora de venir en vacaciones.

—¿Cuándo os vais?

—En unos días. Mi abuela llega el veinticuatro, y mi madre se quiere cruzar lo mínimo posible con ella. Supongo que ese mismo día regresaremos.

—Eso es pasado mañana.

Pone una mueca triste y yo me revuelvo, incómodo. No quiero que

lo pase mal por mi culpa. Después, sonríe con cierta timidez.

—¿Sabes una cosa? Al principio, nada más conocerte, pensaba que lo único que querías era acostarte conmigo.

Decido ser sincero. Yo nunca miento.

—Yo también. ¿Te alegras de que no lo haya intentado? —la provoco, divertido.

Ella tuerce la boca, pensativa. Contesta:

—La verdad es que no lo sé; tal vez no hubiese estado mal.

Me pongo colorado hasta los dedos de los pies y sí, también un poco cachondo. Ella se ríe con ganas.

—Relájate, por favor. Parece que vaya a darte un infarto.

—No puedes decirme esas cosas; me haces querer replanteármelo todo.

—¿Ya lo tienes claro?

—Sí. Nunca podría haberme imaginado que una persona, en tan poco tiempo, iba a convertirse en alguien tan especial para mí. Y tampoco podría creerme que esa persona, siendo una chica tan inteligente y guapa como tú, no me despertara las ganas de meterme entre sus piernas.

Eso ha sonado fatal, aunque creo que me entiende.

Se ríe.

—Supongo que eso es lo que tiene el hecho de ser amigos.

—Muy buenos amigos.

—Sin embargo, creo que cuando éramos pequeños me… gustabas un poquito —confiesa entre risas.

—¡No te creo! —exclamo.

—¡Sí! Tranquilo, te he superado —asegura mientras nos reímos.

Me abraza con torpeza y yo le devuelvo el gesto con necesidad. La toco con cuidado, pues tiene el cuerpo lleno de magulladuras tras el accidente en la cueva. Ahora huele a jabón de frutas. Aspiro con fuerza; no quiero olvidarlo nunca.

—Perdón por mis locuras, Simón. Tenías razón desde el principio. Era una idiotez pensar que mi padre, estando tan enfermo, podría haber escondido algo para mí antes de morir.

—Es normal que te ilusionaras, lo que te dijo…

—Serían desvaríos provocados por la medicación. Me he devanado los sesos pensando en otro posible lugar y no…

Se interrumpe y guarda silencio, con los ojos muy abiertos. Algo ha cruzado su cabeza, algo que la ha cegado; ha sufrido un colapso, seguro. Preocupado, la zarandeo ligeramente para hacerla reaccionar. Nada.

—Valle, ¿qué pasa?

No responde. Sigue mirando al infinito como si se le hubiera fundido el cerebro.

—¿Cómo he podido ser tan estúpida…? —murmura para sí.

—¡Valle!

Vuelve a ser consciente de mi presencia y clava su mirada en la mía, emocionada. Sus pupilas están dilatadas. Mientras habla, intenta incorporarse.

—Hay otro lugar que me daba miedo de pequeña, Simón. Existe otra posibilidad. ¿Cómo no he podido darme cuenta antes?

Se levanta, bamboleante.

—Por favor, ten cuidado. —La sujeto hasta que se estabiliza—. ¿De qué lugar estás hablando?

Se ríe por lo absurdo de su olvido.

—Debajo de mi cama. Con tres años me aterraba mirar debajo de la cama.

Vaya, sí que era sencillo al fin y al cabo.

—¿Cómo puedes acordarte de algo de cuando eras tan pequeña?

—A duras penas lo hago. Dios, soy imbécil. Mi padre siempre venía a consolarme cuando tenía alguna pesadilla. Este miedo duró poco tiempo: por eso lo había olvidado por completo. Venga, ayúdame a mover la cama.

Con esfuerzo, empujo el armazón de madera hacia un lado. Pesa una barbaridad, y yo no es que esté muy fuerte que digamos. Hago el trabajo solo; Valle no puede cargar peso con la pierna así. Los tablones del suelo quedan al descubierto. No hay nada salvo pelusas.

—Mierda —musito.

—Debajo de los tablones. Algunos están sueltos.

Me agacho (ella lo intenta, pero no se lo permito. Lo único que va a conseguir es hacerse más daño) y palpo las maderas. Están ásperas y sólidas en el suelo.

Menos una.

La elegida, cerca de la pared, se ha movido un milímetro. Abro los ojos desmesuradamente por la sorpresa y la emoción. Valle está igual. Me levanto de un salto y rebusco por la habitación.

—Necesito algo con lo que hacer palanca, algo fino que quepa por la ranura.

—Allí, mira en esa bolsa. —Me señala un neceser de color rosa lleno de productos cosméticos—. Tiene que haber una lima en alguna parte.

La encuentro enseguida. Con ella en la mano, vuelvo a tirarme al suelo y la introduzco entre el hueco de las dos tablas. Se hunde varios centímetros. Me tiemblan tanto las manos que está a punto de escurrírseme. Valle, desde arriba, me azuza para que me dé prisa. Le gruño y sigo a lo mío. Después de maniobrar unos instantes consigo que el tablón se alce lo suficiente como para poder cogerlo con los dedos. Lo agarro y tiro hacia arriba. Se levanta un poco de polvo y

toso, apartándolo a manotazos.

Hay un agujero ante mí, un hueco correspondiente al espacio que hay entre el suelo de esta planta y el techo de la de abajo. No se ve nada, pues está muy oscuro, pero sé que es aquí, que aquí sí que hemos acertado.

Casi ceremoniosamente, meto el brazo en la abertura y mis dedos empiezan a registrar, ansiosos. Me lleno de suciedad y telarañas, pero no me detengo. Entonces rozo un objeto. Palpo un poco más y descubro que es una caja de madera no demasiado grande. Ahogo un grito. Valle se emociona por mi reacción y me pregunta si he encontrado algo.

—Una caja. Aquí dentro hay una caja.

Maniobro hasta que consigo sacarla. Como había supuesto, es de madera oscura, sin adornos. No pesa mucho, por lo que el contenido tiene que ser liviano. Por un momento temo que esté vacía, pero no creo que nadie se tomase las molestias de esconder una caja sin nada dentro en un sitio como este. Soplo sobre su tapa para quitarle el exceso de polvo y se la paso a Valle. Le corresponde a ella abrirla.

La chica la sostiene entre sus manos como si fuera una bomba a punto de estallar. Ha empalidecido y me mira con pánico.

—Simón, ¿esto es lo que creo que es?

Sí, el secreto de su padre. Lo que llevábamos días buscando.

—Solo lo descubrirás cuando la abras.

—Tengo miedo.

—Vamos.

Duda. Acaricia la tapa con delicadeza, deslizando los dedos con parsimonia por toda la superficie. Empiezo a impacientarme, aunque supongo que la chica necesita su tiempo.

—¿Quieres que te deje sola?

—No.

—Está bien. Siéntate.

La ayudo a llegar hasta la cama y se coloca la caja sobre las rodillas. Coge aire.

—¿Lista?

—Sí.

La abre.

El tiempo parece detenerse. Desde esta posición no puedo ver el interior; siento ganas de inclinarme hacia un lado y echar un vistazo, pero mi amiga necesita intimidad. Con el aliento entrecortado, saca un papel. Sus dedos tiemblan tanto que tiene que cogerlo con las dos manos para darle estabilidad. Cuando comprende lo que es se tapa la boca y suelta un jadeo. Después le da la vuelta; hay un mensaje escrito en el dorso. Sus jadeos se redoblan después de leerlo.

—No puede ser… —susurra sin poder creerlo.

Me muero de curiosidad, literalmente. Me muero porque estoy tan nervioso que sería probable que me dé un infarto ahora mismo.

—¿Qué es? —pregunto sin parecer muy ansioso.

Sin decir nada, me lo pasa. Lo tomo como si fuera el objeto más valioso del mundo y miro.

Vaya.

Ante mí tengo la fotografía de una familia. Hay una mujer de oscuros cabellos y radiante sonrisa, una niña de no más de cinco años en sus brazos, con el mismo pelo negro y las mejillas sonrosadas, y al lado hay un hombre. Lo reconozco de inmediato; hay fotos de él por toda esta casa.

El padre de Valle.

Está sonriente, feliz, con un brazo alrededor de la cintura de la mujer. La niña, por su parte, se agarra con firmeza a su cuello. No hace falta ser demasiado inteligente para descubrir qué coño está pasando aquí. Aun así, es fuerte, MUY fuerte. Dios mío, es su padre.

Posan para la cámara en medio de una plaza, con un imponente edificio detrás. Es la típica imagen de una familia de turistas durante sus vacaciones.

Comprendo.

Proceso.

El padre de Valle tenía otra familia.

Mi amiga llora en silencio, en shock. Yo giro la fotografía y leo lo que hay escrito por detrás. Dice esto:

*Te di lo que siempre quisiste, solo que ahora ya lo sabes. Espero que alguna vez puedas perdonarme. Te quiero.*

Joder. Esto es demasiado. Inmensamente grande. Nunca llegué a imaginarme que el secreto del padre de Valle era de tal envergadura.

Madre mía…

Recuerdo lo que la chica me dijo en una de nuestras conversaciones al principio del mes; durante toda su vida ha querido un hermano, alguien con quien compartir su vida, solo que sus padres no tuvieron más hijos. Fue así más o menos.

Valle tiene una hermana pequeña en algún lugar del mundo.

Miles de preguntas se amontonan en mi mente. ¿Cuánto tiempo tiene esta foto? No parece muy antigua. ¿Lo sabrá su mujer? ¿Conocerá la doble vida que llevaba el hombre al que todavía ama y del que llora su pérdida? ¿Sabrán las personas de la foto de la existencia de Valle y su madre? ¿Serán conscientes de la situación? ¿Sabrán que ha muerto el hombre al que tal vez esperan? ¿Cuándo empezó todo?

Son cuestiones para las que no tengo respuesta, y mi amiga

tampoco. Acaricio despacio su mano y ella me mira, llorando sin parar.

—Valle…

—Tengo otra familia. Simón, tengo una hermana.

—Lo sé.

—Esto es… increíble.

Ni siquiera puedo acercarme a imaginar la tormenta que se está librando en su interior. Está alucinada, impactada, totalmente perpleja.

—Tengo una hermana. No sé cómo me siento. ¿Soy horrible por no estar enfadada con mi padre?

No lo sé. Es posible que yo en su situación le odiase por haber traicionado la confianza de mi madre y el vínculo de nuestro hogar, pero yo no soy Valle. Yo nunca he deseado más que nada tener un hermano porque, en definitiva, es como si los tuviera.

—Supongo que no —respondo.

—Sí que dejó algo. Me dejó esto. —Coge la foto que yo había soltado sobre la cama.

—¿No hay nada más dentro de la caja?

—No. Está vacía. Dios mío…

—¿Vas a decírselo a tu madre?

—No. Ella reaccionaría de otra forma. Se pondría furiosa. No podría soportar que llegase a odiar el recuerdo de papá —me explica.

—Tiene derecho a saberlo —expongo.

—¿Y crees que le serviría de algo? Dudo que tenga la más mínima idea de nada de esto. Solo le destrozaría más el corazón, y encima la amargaría para siempre. Mi padre ya está muerto, no puede escuchar su versión de la historia. No, no voy a contarle nada.

Asiento. Es su problema, y en el fondo considero que es posible que lleve razón. Joder, esto es tan enorme que me voy a volver loco.

—¿Sabes dónde está tomada la foto? —pregunto, colocándome a su lado para poder verla.

—Sí. Es la plaza del ayuntamiento de Praga. Mi padre adoraba esa ciudad, me la enseñó en miles de ocasiones en otras fotografías.

Esto explica sus continuos viajes. Gracias a su profesión tenía la excusa perfecta para visitar de cuando en cuando a su segunda familia. Me pregunto si esto pasa en otro lugar del mundo, si en otra parte del planeta hay otra hija y otra mujer esperándole. No digo nada, obviamente.

—¿Crees que lo sabrán?

Me comprende a la perfección. Es poco probable que esas pobres personas sepan que ha muerto. En todo ese tiempo en el que estuvo ingresado en el hospital dudo que pudiese ponerse en contacto con ellas para avisarlas de su estado, pues su «familia oficial» no le quitaba

el ojo de encima en ningún instante, así que es factible que sigan ahí, aguardando a su regreso. Se me parte el corazón. Valle traga saliva y acaricia el rostro de la niña.

—Tengo que ir a verlas. Tengo que conocerlas.

Cuando clava sus ojos en los míos veo una determinación tan férrea que no dudo ni un segundo de que lo hará.

—¿Estás segura? Valle, esto es muy fuerte. No sabes cómo pueden reaccionar.

—No me importa. Necesito hacerlo. Iré a Praga y me las apañaré para encontrarlas. Tengo que hacerlo. Iré en cuanto tenga curada la pierna.

—¿Y la universidad?

—Ahora mismo las clases son lo que menos me preocupa.

Es comprensible. Si yo me enterase que mi padre tiene una familia secreta por ahí probablemente colapsaría. No querría conocerlos, ni saber de ellos, nada. Haría como si no existieran. Pero otra vez más, yo no soy Valle. Ella es más valiente.

Sabe que lo veo complicado, que este nuevo plan es una locura. Por eso toma mi mano y me suplica:

—Simón, por favor. Necesito que tú lo comprendas.

—Lo entiendo. —Es cierto—. Iré contigo.

Lo he decidido en el momento, como una súbita revelación. La he acompañado a lo largo de todo este camino; no voy a abandonarla ahora, no cuando va a dar el paso más largo e importante. Ella sonríe con tristeza.

—No. Muchísimas gracias, de verdad, pero esto tengo que hacerlo sola. Quiero hacerlo sola.

El rechazo no me duele, porque la comprendo. Entiendo que quiera vivir esta experiencia consigo misma. Y siendo egoísta, agradezco no tener que ir: no tengo ni un euro ahorrado para gastármelo en un viaje (ni el ánimo para explicárselo todo a mi madre, dicho sea de paso). Aun así, insisto:

—¿Estás segura?

—Completamente. Este es el sueño de mi vida, y quiero vivirlo sola. No me lo puedo creer…

—Es que es increíble. —Asiento, igual de impactado que ella.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —pregunta, molesta. No tengo la respuesta, y tampoco espera que se la dé.

—Tendría miedo. Supongo que saber que se acababa su tiempo le dio el valor suficiente. Te hizo un último regalo.

Otra lágrima se escapa de su ojo.

—Él siempre lo supo, siempre supo que deseaba un hermano, pero nunca me lo dio con mi madre. Prefirió hacerlo con otra mujer. Joder, era un puto infiel; probablemente haya alguien más por ahí. Era una

persona despreciable. Y a pesar de todo, solo puedo darle las gracias. Es una mierda, lo sé, y yo soy una cabrona por perdonarle con tanta facilidad, pero ahora mismo estoy demasiado emocionada.

—Era tu padre, no es necesario que justifiques tus sentimientos hacia él.

—No quiero que pienses que soy una hija horrible.

—No lo pienso. Creo que tienes razón; contarle la verdad a tu madre solo la destrozaría aún más. Su dolor se volvería tóxico. La estás protegiendo; eres… buena.

Sonríe con agradecimiento. Después se pone seria de repente.

—Prométeme que no le contarás esto a nadie —me pide—, que será nuestro secreto. Tampoco puedes contarle a nadie mi plan de irme en cuanto me recupere. Si mi madre se entera todo se irá a la mierda.

—Te lo prometo. Será nuestro secreto—repito.

—Simón, no me lo puedo creer.

—Yo tampoco.

Me abraza con tanta fuerza que estamos a punto de caer de la cama. Yo la sostengo, feliz porque todo haya terminado, porque a pesar de las acciones reprochables de su padre, Valle está contenta con el desenlace. Más que contenta, parece pletórica. Sus ojos y su piel brillan con una luz que desconocía, y una enorme sonrisa que nunca había visto se resiste a desaparecer de sus labios.

Es una Valle diferente.

—Sabes que esto es una pasada, ¿verdad? —le digo, contagiado por la emoción de su nerviosismo.

Ella se ríe y da unos saltitos divertidos sobre el colchón.

—Es una pasada increíble. Ahora mismo quiero gritar.

—Tu madre está abajo —le recuerdo.

—Por eso no me pongo a berrear como una loca. —Suelta una carcajada—. ¿En serio escalé hasta una cueva en vez de mirar primero debajo de mi cama? Me podría haber ahorrado esto. —Señala la escayola de su pierna.

—Sí, y yo me caí por un agujero. También me podría haber ahorrado eso.

—Me alegro de que hayas sido tú, Simón. Mi primero.

—¿Tu primero? Creía que habíamos acordado que yo era el virgen de los dos.

—Mi primer amigo de verdad.

Sus palabras me conmueven y ahora soy yo el que la abraza. Digo en su oído:

—Por mucho que te vayas a ir, no te pienses que te vas a librar de mí.

—No lo he hecho ni por un segundo.

Sonrío.

Bien.

# 27

# Óscar

Mañana volvemos a casa y, sinceramente, no me da ninguna pena marcharme. Han pasado demasiadas cosas en este lugar como para que guarde buenos recuerdos. Es cierto que las cosas no han terminado del todo mal, pero aun así ha sido devastador.

Con Lucas todo va bien. Nos tocamos, nos besamos de vez en cuando; incluso reímos. No puedo evitar cierta tirantez y frialdad, aunque creo que solo es cuestión de tiempo para que todo vuelva a ser como antes. Yo deseo que lo sea, y Lucas también: ya tenemos gran parte del trabajo realizado.

Simón está diferente. Este mes le ha transformado. No sé qué ha pasado con Valle, no nos lo quiere decir, pero parece otro. Está feliz. Ayer pillamos a Fernando y Sofía besándose. Creían que estaban solos, y al ir a entrar en la cocina nos encontramos con esa escena. Por suerte, no se dieron cuenta y nosotros conseguimos escondernos tras el marco de la puerta. Espiamos como buenos cotillas, enternecidos con el amor que florecía ante nuestros ojos. Simón se tensó, aunque no puso ninguna expresión rara. Se mantuvo bastante neutral, lo que supongo que es un avance de lo más favorable. Me alegro por ellos; le vendrá bien tener una figura paterna… que no sea Lucas.

He quedado con Helena. Ella también regresa a casa en pocos días y hemos aprovechado este momento para despedirnos con calma. Simón y Lucas han ido a decirle adiós a Valle; yo me pasaré luego por su casa. No sabía que esto iba a ser tan duro, que resultaría tan complicado separarse. Hemos vivido cosas muy intensas en muy poco tiempo; supongo que eso tiene que dejar huella a la fuerza.

Vamos despacio, de camino a casa de Valle. Le pregunto:

—¿Cómo van las cosas con tu primo?

—Pues bien, creo. Nuestra relación no ha mejorado, pero desde que se comportó como un completo gilipollas con Lucas y desde que tú le partiste la cara por ello su actitud ha cambiado radicalmente. Está

mucho más amable, lo que es de agradecer.

Me río.

—Me alegro de que mi violencia haya servido para algo —comento, incapaz de disimular el arrepentimiento de mi voz. Pese a que se merecía una buena paliza, no me enorgullezco de mi actitud. Sin embargo, Helena no le da la más mínima importancia.

—Solo fue un puñetazo; de haber estado yo en tu lugar le habría arrancado la cabeza con mis propias manos.

Me quedo en silencio, perdido en mis pensamientos. Hay algo a lo que le he dado muchas vueltas en las pasadas horas, y voy a compartirlo con mi amiga. Como siempre, siento esa cercanía, esa conexión al estar a su lado. Puedo confiar en ella.

—He estado pensando en algo —comienzo.

—Vaya, qué buena noticia —se burla.

Como guardo silencio, ella me alienta con un gesto para que continúe.

—Creo que voy a intentar ir a la universidad. Mi padre siempre me ha animado a ello, y quiero hacerlo. Puedo formalizar la matrícula en septiembre; creo que todavía estoy a tiempo.

—¡Eso es fantástico!

Sonrío, animado. Casi esperaba que me dijera que era un irresponsable por desatender así a mi familia y por gastar un dinero que no tenemos. Por supuesto, esas cosas solo las pienso yo. Como en todo, soy mi peor enemigo, el que más trabas me pone para no alcanzar mis metas. Bien, eso tiene que terminarse.

—¿Lo sabe Lucas?

—No, aún no. Eres la única. Primero tengo que hablar con mi padre para saber si es posible.

—Te dirá que sí, por supuesto que lo hará.

—Estoy nervioso —confieso.

—Es normal. Todo saldrá bien.

—Eso espero.

Llegamos a la casa de Valle y entramos después de llamar. Su madre nos recibe con una sonrisa y nos dice que los demás están arriba, en el cuarto de su hija. Subimos las escaleras y los encontramos en una bonita y cálida habitación, con muebles de madera clara y paredes pintadas de un suave azul celeste. Valle está recostada sobre la cama y ríe a carcajadas por algo que le dice Simón. Nos saludan con efusividad y nos unimos a su conversación.

Y aquí estamos, reunidas las cinco personas que de una forma u otra hemos influido en la vida del resto, tal vez dejando una marca imborrable que perdurará siempre. Siento un amor profundo por mis amigos, y un cariño inmenso por las chicas que acabo de conocer. Supongo que aquí está lo bonito de todo esto: es posible encontrar a

gente especial en cualquier parte y momento de tu vida.

De pronto, mi teléfono suena. Lo saco del bolsillo y miro la pantalla. Mi padre. Todos guardan silencio para no molestarme mientras hablo. Descuelgo y me llevo el aparato a la oreja.

—¿Sí?

—Óscar. Siento llamarte, pero ha pasado algo.

Un frío desagradable me baja por la boca del estómago hasta extenderse por mis entrañas.

—¿Estáis bien, los niños y tú?

—Sí, sí, todos estamos bien, no te preocupes.

El alivio es momentáneo. Conozco a mi padre, y por su voz puedo saber que está fuera de sí aunque intente controlarse. Lucas se coloca a mi lado y apoya una mano sobre mi hombro. Tiene el gesto contraído por la preocupación. Necesito saber qué pasa.

—¿Entonces qué es?

—No te pediría esto si no creyera que es importante, de verdad, pero ahora mismo no me veo capaz de enfrentarme a esto sin ti. —Su voz se quiebra y a mí se me rompe el corazón—. Es tu madre, Óscar. Tu madre ha vuelto.

***

El viaje hasta Madrid pasa como en una especie de nebulosa. Sé que le conté a mis amigos que mi madre había vuelto, que salimos corriendo de casa de Valle hasta la de la abuela de Simón, que le repetimos la historia a Sofía, que esta nos hizo recoger todo en un tiempo récord y que montamos en su coche. Le dejó una nota a su madre disculpándose por habernos ido tan repentinamente y prometiendo compensárselo en otro momento.

Recuerdo que Helena se despidió de mí con un fuerte abrazo. Recuerdo la velocidad con la que Sofía conducía, con Fernando, en su propio coche, pisándonos los talones. Sin embargo, todas esas imágenes se confunden, se entremezclan en una imparable maraña de colores. Estoy como anestesiado, en shock.

Todo está hecho añicos.

Lucas no suelta mi mano. Cuando llegamos a mi edificio sale del vehículo junto a mí. Simón promete quedarse esperando aquí abajo por si necesito algo. Lucas se lo agradece por mí. Ni siquiera cojo mi equipaje. Simplemente saco las llaves y abro la puerta del portal. Lucas hace el amago de retirarse, pero estiro el brazo y atrapo su mano con la mía. No hace falta que diga ni una palabra para que comprenda que por nada del mundo quiero que no me acompañe. Ni de puta coña quiero pasar por esto sin él a mi lado.

Subimos en el ascensor. No puedo hablar, no me creo que esto sea

cierto. Ella no puede haber vuelto, y menos así, por sorpresa, sin avisar. Aunque ahora que lo pienso no lo podría haber hecho de otro modo, ya que se fue de la misma manera.

Creo que voy a desmayarme.

Llegamos hasta mi planta y con paso tembloroso me coloco frente a mi piso. Las llaves me tiemblan tanto en los dedos que es Lucas el que abre la puerta. La madera se entorna y me parece percibir su olor, un aroma que creía olvidado. No es posible.

—Vamos. —Lucas me empuja con suavidad para que entre.

No me había dado cuenta de que me he quedado clavado al suelo. Doy un par de pasos y él cierra a nuestra espalda. Escucho unos pasos a la carrera y Javier, mi hermano, aparece por el fondo del pasillo. Tiene las mejillas sonrosadas y parece completamente perdido. Me mira y corre para abrazarme con fuerza. Siento su corazón palpitando imparable contra el mío.

—Está en el salón. —Es lo único que me dice.

Lo bajo al suelo y le cojo con la mano que tengo libre. Camino hacia allí con paso lento, pero firme, convenciéndome a mí mismo de que tengo que hacerlo, que tengo que pasar por esto. Cuanto antes lo despache, antes podré olvidar esta pesadilla. Doblamos la esquina del pasillo y ahí está, sentada en el sofá, con total tranquilidad.

Mi madre.

Está más delgada de lo que la recordaba y luce más pecho, probablemente se lo haya operado. También tiene los labios más gruesos y un antinatural rubio oxigenado en el pelo. Viste con una escotada camisa blanca, una falda de cuero y camina sobre unos tacones de más de diez centímetros.

Casi no la reconozco.

Verla me hace comprender que es real, que esto está pasando. Había deseado que no fuera más que un mal sueño. Pero no, aquí está.

Se levanta cuando repara en mí y sonríe, enseñando todos los dientes. Mi padre está de pie, en la otra punta del salón, y se le podría describir como descompuesto. Sí, esa palabra le representa muy bien. Está total y completamente fuera de sí. Saúl y Daniel, los gemelos, están en el otro sofá, aburridos. Dudo que sepan quién es esta mujer que a mí me ha destrozado la vida.

Mi madre alza los brazos y dice:

—¡Óscar! No me puedo creer lo mayor que estás. Y lo guapo que eres.

Se pasa por mi mente la cantidad de chicos de mi edad que se habrá tirado y me entran náuseas.

Saco fuerzas de donde no las tengo y consigo hablar:

—¿Qué haces aquí?

—He venido a veros.

—No le mientas —ruge mi padre, a punto de desbordarse. Si esto es duro para mí, él tiene que estar pasando por un infierno.

—No lo hago. Sois mi familia, mi marido y mis hijos. Os quiero.

Yo me río sin diversión; papá se limita a bufar. Mi madre pone cara de consternación.

—¿Se puede saber qué os hace tanta gracia?

—Tú —responde él.

La mujer lo fulmina con la mirada, pero se queda callada por algún motivo. Quiere algo.

—Dime qué haces aquí realmente —le exijo.

Cede y me cuenta sus verdaderas intenciones:

—Me he cansado de mi vida. Quiero volver a casa, con vosotros, lo que realmente me importa.

No. Puede. Ser.

Esto tiene que ser una broma.

Y a pesar de todo, me ilusiono.

Recuerdo todas las ocasiones en las que he deseado que estuviera a mi lado y las fuerzas me flaquean. Mi determinación se tambalea por momentos.

—Nos abandonaste, nos dejaste por… —miro a mis hermanos; no quiero que sepan a lo que se dedica, o dedicaba, nuestra madre— porque eres una egoísta.

—Fue un error. Lo siento mucho.

—Un error que te ha llevado años descubrir.

No sabe qué responder, por lo que limita a mirarme con súplica. Yo tengo la palabra en esta conversación porque mi padre no puede. Él odia a su mujer, pero también la ama. Hay tanto tormento en su expresión que solo pienso en protegerlo.

Entonces mi madre se fija en la mano que tengo fija con la de Lucas. Ni siquiera se había dado cuenta de su presencia hasta ahora.

—¿Quién es este? No me digas que eres maricón, hijo.

¿En serio?

Lo que me faltaba.

Lucas se tensa e inclina hacia delante, dispuesto a saltar al ataque. Por una vez, soy yo el que le contiene a él. Si de algo me han servido todos estos años de instituto ha sido para crearme una coraza contra palabras que pretenden ser ofensivas, incluso si esas palabras me las dirige mi propia madre. No obstante, mi padre no está tan entrenado como yo:

—¡No te atrevas a hablar así a MI HIJO! ¡Fuera de esta casa! —le grita.

Los niños se encogen, asustados. Nunca han visto a nuestro padre perder los papeles de esta manera. Mi madre lo mira como si fuera un crío con una rabieta.

—No pasa nada, papá. Y sí, soy gay. ¿Algún problema con ello?

—No, no, en absoluto. Tengo muchos amigos maricones. Ya sabes, son geniales.

Me sonríe. Dios. Ya he tenido suficiente.

No le digo el nombre de Lucas; no tiene derecho a saber nada de él, ni sobre mi vida ni sobre con quién la comparto. En su lugar, pregunto:

—¿Cómo nos has encontrado?

—Por mi hermana. Me dijo que os habíais mudado y vuestra nueva dirección.

La relación con nuestra tía materna era prácticamente inexistente. Ahora que sabemos que es un topo que pasa información al enemigo, seguro que a mejor no va a ir.

—Bueno, pues ya nos has visto. Ahora puedes irte —digo yo, señalando la dirección en la que está la salida.

Ella finge no escucharme.

—Hijos, os he echado tanto de menos…

Se acerca al sofá donde están mis hermanos pequeños y eso me saca de mi estupor. Me enciendo como una bengala cerca de una llama. Doy un paso adelante y le corto el paso.

—No te acerques a ellos. No tienes derecho a aparecer aquí y reclamar un espacio al que tú misma renunciaste. Vete de aquí.

Se endereza, enfadada.

—No me hables así, soy tu madre. Tenme un poco de respeto. Esta es mi casa, claro que tengo derecho a volver cuando quiera.

—Te equivocas. Todo lo que tenías lo perdiste en la otra antes de mudarnos. Hemos construido esta nueva vida sin ti y nos va muy bien. No te necesitamos y no te queremos aquí.

Un silencio tan espeso que casi se puede cortar con un cuchillo se instala entre nosotros. Mi madre no sabe qué reponer. Nadie dice nada; los niños me contemplan con temor, sin saber qué está pasando. Ni siquiera saben quién es esta señora, por el amor de Dios.

Por otro lado, mi padre sigue teniendo cara de irse a poner a gritar en cualquier momento. La mujer se vuelve hacia él y dice:

—¿Tú estás de acuerdo con eso?

Papá coge aire y por un instante creo que va a aceptar su vuelta, que va a echar por tierra todas las palabras que he luchado por decir con convencimiento. Después, dice:

—Ya le has oído.

—Debéis de estar de coña.

—Fuera. De. Aquí.

He crecido, soy gigante. Me alzo ante esta mujer que tanto daño me ha hecho como un titán frente a una hormiga. Puedo aplastarla, y ella lo sabe. Temerosa de la gravedad de mi voz, asiente una sola vez. Se

da la vuelta y camina hacia la puerta. Coge sus maletas y nos da la espalda. No se despide, no suelta ni una sola lágrima. No ha vencido y eso es lo único que le importa, que no ha conseguido su interesado objetivo. No se preocupa por nosotros, lleva años demostrándolo. Algo le ha tenido que pasar para motivar su regreso, pero por suerte no nos ha arrastrado a nosotros hasta sus sucios y oscuros juegos.

Ella ya no es mi madre. No tengo madre.

El portazo que da al salir retumba como un eco lejano por toda la casa y yo por fin puedo respirar.

—Joder —jadea Lucas. Me abraza el cuello con fuerza.

Lo estrecho contra mí, agradecido de que me haya cogido en el momento preciso, justo antes de que las piernas dejen de sujetarme. Miro a mi padre. Sus hombros tiemblan, aguantando a duras penas el llanto. Me suelto de Lucas y camino despacio hacia él. Tengo miedo de que me odie por haberla echado. Sé lo que sufre por ella, cuánto la quiere a su pesar. Mi padre me odia, estoy seguro. La voz se me quiebra cuando digo:

—¿Lo he hecho bien, papá?

Él me mira y las lágrimas se deslizan por su rostro, gotas que se pierden entre su barba canosa. Asiente una sola vez y yo me libero. Nos abrazamos con necesidad, con tanta fuerza que duele.

—Gracias —susurra en mi oído.

Cierro los ojos, agradecido de que la tormenta haya pasado de una vez. Esta inesperada visita nos ha trastornado profundamente, a mi padre sobre todo, aunque lograremos salir adelante, siempre lo hacemos. Ahora sí que se ha cerrado el círculo. Todo ha encajado en su lugar, está como tiene que estar. Mi madre hace tiempo que no tiene cabida en nuestra vida, ella misma se encargó de asegurárnoslo. Aún me falta contarle a mi padre mis planes de ir a la universidad, las ganas que tengo de perseguir mis sueños y mi cada vez menos precaria situación con Lucas. Pero todo eso puede esperar hasta otro momento.

Ya ha pasado todo, y estamos bien.

Eso es lo único que importa.

# *Epílogo*

# Simón

Esto es inmenso. Estoy de los nervios. Es mi primer día de universidad.

Estamos a principios de septiembre y aún hace mucho calor. Lucho contra mí mismo para no sudar (a nadie le gustará verme con la ropa empapada), pero es una batalla que tengo perdida de antemano.

Es la primera vez en mi vida que comienzo un ciclo académico y Lucas no está a mi lado. Él está en su facultad, haciendo amigos y descubriéndolo todo, como yo. Óscar, que nos dio la tremenda alegría de querer estudiar, ha conseguido plaza para la carrera que le gusta. Los tres estamos separados, en diferentes centros y en cada punta de la ciudad, pero nos va bien. Aún es pronto, aunque creo que podremos superar la distancia. Nuestra amistad es demasiado grande como para no hacerlo.

Supongo que en eso consiste, en ponernos a prueba. Es natural que cada uno tome el camino por el que desee encauzar su vida, pero aunque el ahora sea un poco absorbente, eso no significa que el ayer deba darse de lado. Óscar y Lucas representan mi pasado, pero también espero que hagan lo mismo con mi presente y mi futuro. Estemos donde estemos, tomemos el rumbo que escojamos, sé que podré contar con ellos.

Es lo que se espera de la familia, ¿no?

Además, últimamente he logrado dominar un poquitín la fuerza del bucle de pensamientos que solía llevarme por delante. No está siendo un proceso fácil, pues es sencillo perderse, pero merecen la pena los resultados. No sé, tal vez decida recurrir a ayuda profesional si lo veo necesario. No es una opción que descarte.

Hoy he tenido tres clases de presentación (que no han estado mal como manera de perder varias horas haciendo NADA) y ahora busco un lugar donde sentarme a comer mi almuerzo. Me encuentro como un pez fuera del agua. Todo es demasiado nuevo, demasiado grande y confuso. Voy a la universidad, por lo que supongo que ya soy una

persona mayor, un adulto respetable. Luego me miro en el espejo y veo mi pelo rizado, mi metro setenta y mi desgarbado cuerpo flacucho y me doy cuenta de que sigo siendo el mismo Simón de siempre.

El patio del campus es fantástico. Una manta de césped de un verde muy brillante lo cubre todo. Hay árboles, bancos de madera y gente, mucha gente. Aún no he hecho ningún amigo, aunque espero no tardar demasiado. No tengo a Lucas para que se encargue de la socialización; debo ser yo el que saque sus propias castañas del fuego.

No obstante, después de este verano, eso me da un poquito menos de miedo.

Encuentro una sombra debajo de un árbol y me siento. Justo en ese instante mi teléfono suena. Es Lucas.

—¡Hola! —saludo con alegría. Los vi ayer, pero ya les echo de menos.

—¡Hola, Simón! Estoy con Óscar. Espera, que pongo el altavoz para que los dos podamos oírte.

Cuando lo hace escucho a mi otro amigo saludarme. Han pasado por cosas muy duras últimamente, pero parece que todo vuelve a su cauce. Él está ilusionado con sus clases, y la unión que compartía con Óscar poco a poco va recuperando la consistencia del pasado. Todos estamos encontrando nuestro lugar, incluida mi madre. Sigue trabajando en la pastelería, Fernando todavía es su jefe y ellos continúan descubriéndose el uno al otro de una forma totalmente nueva y hermosa. Mamá está radiante. Me ha costado aceptar que no busca a nadie con quien sustituir a mi padre. Simplemente busca a alguien con quien ser feliz.

Valle también ha empezado las clases, aunque solo porque el hueso no se le ha curado del todo. En cuanto esté en perfecto estado, partirá hacia Praga. A Helena la veremos en unos días; hemos quedado con ella para dar una vuelta por ahí. De Gabriel, por suerte, no tenemos ninguna noticia.

—¿Cómo va todo? —me preguntan. Siempre tan protectores a pesar de que ellos estén pasando por lo mismo.

—Novedoso. Da un poco de miedo.

—Nosotros estamos igual —responde Lucas. Sé que está sonriendo —. Menos mal que Óscar se ha pasado por aquí para comer conmigo; ya me estaban dando ganas de irme a casa llorando.

—Sois unos exagerados, nos va de maravilla —responde el otro, quitándole importancia.

—¿Cómo te sientes al ser el único virgen del campus? —me pincha Lucas, en broma.

Dudo profundamente ser la única persona que todavía no se ha estrenado en las artes amatorias de todo este edificio, y la verdad es que no me puede importar menos. Aun así, decido seguirle la gracia.

Supongo que es divertido si tenemos en cuenta cómo empezó el verano.

—Todo el mundo me mira raro. Lo notan. Me van a discriminar por ello.

Los dos se ríen. Esta conversación es tan absurda que no tengo más remedio que reírme yo también.

—Tenías que haberte esforzado más. A Valle la tenías a punto de caramelo.

Voy a mandarle a la mierda cuando la veo.

A ella.

Es delgada, no muy alta y camina buscando un sitio en el que sentarse mientras sujeta precariamente una montaña de libros (seguramente innecesaria a estas alturas del curso) entre los brazos. Su cabello, del color del maíz, brilla bajo el sol. Lo lleva recogido en una descuidada trenza que cae sobre su hombro. Sus gruesas gafas de pasta están un poco torcidas sobre el puente de la nariz. Es preciosa. No puedo describirla de otra forma más que así. Absolutamente preciosa.

Anda con timidez, sin darse cuenta de lo asombrosa que resulta. Me tiene completamente fascinado.

Mi corazón resuena por todo el campus, por todo el universo. Se escucha desde las estrellas.

Bum. Bum. BUM.

—¿Sigues ahí? ¿Simón?

Regreso a la realidad y respondo:

—Chicos, ha pasado algo. La he visto.

—¿A quién?

—A la chica.

Sé que me estoy comportando como un tarado, pero algo dentro de mí me dice que es ella, que es… auténtica. Su desconcierto es más que razonable.

—¿Qué chica? Por Dios, habla claro.

—Acabo de ver a una chica. Y me encanta.

Casi puedo ver sus expresiones de regocijo.

—Ni se te ocurra dejar que se te escape. Te llamamos luego.

Y Lucas cuelga. En serio, los conozco tan bien que ahora mismo me los imagino dando palmaditas de emoción. Vale, a lo mejor eso no lo están haciendo, pero sí que se estarán partiendo de risa.

La chica se sienta a unos cuantos metros de distancia, sola. Trago saliva y me levanto. Voy a hacer caso a mi amigo. Si lo que me dice mi cuerpo es cierto, esta chica es especial. Lo noto en cada fibra de mi piel. En cuanto me acerco más observo que lleva puesta una camiseta de *Arctic Monkeys*, mi banda preferida.

Es perfecta.

Me planto frente a ella. La sombra que le proyecto encima llama su atención. Me mira y sonríe de medio lado.

—¿Querías algo? —Es amable, aunque hay algo de recelo en su voz.

—No. Solo quería decirte que me encanta tu camiseta. Es mi grupo favorito.

Su sonrisa se ensancha y se relaja un poco.

—Eres nueva, ¿verdad?

—Sí, ¿tanto se nota?

—Yo estoy igual. Creo que los novatos sabemos reconocernos entre nosotros.

Se ríe. ¿Quién es este Simón y qué ha hecho con el chico tímido que no podía levantar la mirada del suelo ante los desconocidos?

Agradezco enormemente el haber ido al pueblo de mi abuela en verano; el cambio que se ha obrado en mí es asombroso, y me gusta esta nueva faceta mía. Me encanta este nuevo yo.

—¿Quieres sentarte aquí conmigo? —inquiere. Sus ojos brillan. Espera que le diga que sí.

—Claro.

Tomo asiento a su lado y coloco mi mochila junto a mis piernas. La chica saca un sándwich y le pega un gran bocado. Tengo que contarle las novedades a los chicos y a Valle en cuanto pueda.

Van a flipar.

—¿Cómo te llamas? —quiero saber.

—Olga. ¿Y tú?

—Yo soy Simón.

—Encantada de conocerte, Simón.

Su sonrisa es sincera; sus pupilas relucen con algo precioso y desconocido para mí. Mi estómago ha salido a dar una vuelta. Dios.

—Lo mismo digo.

Estrechamos nuestras manos más tiempo del políticamente correcto mientas nos sonreímos como idiotas.

Vaya, adoro la universidad.

# *Agradecimientos*

Por más que pase el tiempo, Lucas, Simón y Óscar no me abandonan. Darles esta segunda vida ha sido un proceso muy divertido y emocionante en el que he vuelto a enamorarme de ellos. Me hace especial ilusión que sean estos tres amigos con los que inicie mi camino en la autopublicación, experiencia que me está encantando.

Escribí esta novela en 2017 y se publicó por primera vez un año después, así que no puedo olvidarme de darle las gracias a todos aquellos que hicieron posible esa aventura. Pero ahora estamos aquí, mucho después, y las cosas han cambiado una barbaridad para mí. Gracias a los libros he encontrado a gente increíble que ha ido de mi mano para sostenerme en este desconocido camino, y por supuesto que les doy las gracias:

A Bea, Sara, Esme y Fanny, por todos los consejos, comentarios, revisiones, propuestas, risas y momentos. Gracias por hacer especiales los instantes que compartimos, por mejorar este libro y por el incansable apoyo en las redes sociales (y fuera también, claro).

A Silvia, por todo lo anterior y por esta maravillosa maquetación. Gracias por hacerme un hueco entre tus mil ocupaciones para darle forma al texto. Me has salvado la vida.

A Patri, te sumo a los agradecimientos del inicio y te añado el increíble trabajo que has hecho con la cubierta. Gracias por plasmar mis ideas de una manera tan precisa, y por aguantarme con todos los detalles a modificar hasta que alcanzamos el resultado final. Eres una artista.

También, gracias a mi familia y al resto de mis amigos por los ánimos, el interés y el aliento constante.

Y, por último, gracias a ti, lector. Gracias por interesarte por mi novela, por acompañar a mis chicos en su viaje y por leer estas palabras. Espero, de corazón, que hayas disfrutado del libro. Ojalá volvamos a encontrarnos en unas nuevas páginas.

A todos: gracias, gracias y mil gracias más.

# *Sobre el autor*



Mi nombre es Ricardo y nací en Madrid en el caluroso verano de 1991. Estudié Publicidad y Relaciones Públicas y luego realicé un Máster en Escritura Creativa. Todos estos estudios, y los muchos trabajos que he desempeñado después, los he compaginado con mi gran pasión: escribir. Llevo haciéndolo tanto tiempo que ni siquiera recuerdo cuándo empecé, y solo deseo que las historias no me abandonen nunca.

Otras cosas que adoro son el cine, las series de televisión, leer todo lo que pueda y disfrutar de la compañía de las personas a las que quiero.

Para ponerte en contacto conmigo puedes encontrarme en mi Instagram:

@ricardocarrasco_escribe